

IMPRIMIR

GUILLERMO H. HUDSON

MANSIONES VERDES

**Espacio
Disponibile**

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PROLOGO

MUCHÍSIMO tengo que lamentar que este trabajo haya demorado tanto más tiempo del que yo suponía tardaría en terminarlo. Han pasado ya muchos meses -más de un año, en realidad- desde que escribí a Georgetown, anunciando mi propósito de publicar, dentro de muy pocos meses, la verdad entera acerca del señor Abel. No se podía esperar menos de su más íntimo amigo, y yo confiaba en una cesación de las discusiones de prensa, por lo menos, mientras no apareciera el libro prometido. No ocurrió así, y a tal distancia de la Guayana, yo no me daba cuenta de tanta suposición como se publicaba semana a semana en los periódicos locales, buena parte de lo cual debía ser ingrata lectura para los amigos del señor Abel. Una sala clausurada, cuya existencia no se sospechaba en aquella residencia familiar de la calle Mayor, amoblada únicamente con un estante de ébano, encima del cual se hallaba una urna cineraria de cubierta exornada con una decoración de flores, hojas y espinas, entrelazadas por la figura de una serpiente; además, una inscripción de siete breves palabras que nadie podía interpretar o descifrar con certeza, y finalmente, el destino que debía darse a las misteriosas cenizas -eso era todo lo que se sabía tocante a una faz ignorada en la vida de un hombre, y que había de servir para que la imaginación tejiera sus historias. Esperamos que ahora, por lo menos, esas leyendas habrán tocado a su fin. Era sin embargo, muy natural que se despertase la más ardiente curiosidad, no solamente en gracia a la peculiar e indescriptible simpatía del sujeto, que era por todos reconocida, y que se ganaba todos los corazones, sino también en razón de aquel capítulo ignorado -esa residencia en el desierto acerca

de la cual mantenía tal reserva. Sus íntimos tenían una vaga impresión de que las extraordinarias experiencias que había recogido llegaron a afectar profundamente su ánimo y torcieron el curso de su vida. Yo era el único que sabía la verdad, y ahora debo contar en el menor espacio posible, cómo fue que llegamos a ser amigos de tanta intimidad.

Al llegar a Georgetown en 1887, a hacerme cargo de un empleo público, encontré que el señor Abel era ya un antiguo residente, hombre de fortuna, y un favorito en sociedad. Debe tenerse en cuenta que se trataba de un extranjero, de un venezolano, uno de esa raza turbulenta, a la que nuestros colonos han mirado siempre como sus naturales enemigos. Lo que me contaron fue que unos doce años antes, él había llegado a Georgetown desde alguna remota comarca del interior: que había caminado a pie, y sin compañía, desde el centro del continente hasta la costa, apareciéndose por primera vez entre ellos como un joven desconocido, sin recursos, andrajoso y reducido casi al esqueleto por la fiebre y los padecimientos de toda especie, y con la cara retostada por la intemperie bajo el sol y el viento. Sin relaciones, y con escaso conocimiento del inglés, tuvo que luchar duramente para ganarse la vida; pero de alguna manera lo consiguió, y poco más tarde le llegaron cartas de Caracas, en que se le anunciaba que había recuperado los derechos sobre una cuantiosa propiedad que le había sido antes confiscada, terminando por invitarle a volver a su patria y participar en el gobierno de la república. Pero el señor Abel, pese a su edad juvenil, había abandonado ya pasiones y aspiraciones políticas, y por lo visto ni el amor de la patria tenía ahora influencia sobre él; en todo caso, prefirió seguir donde estaba -sus enemigos, solía decir sonriendo, eran sus mejores amigos-, y uno de los primeros actos que le permitió su fortuna, fue la adquisición de esa casa del centro de la ciudad, que debía ser más tarde para mí como mi propio hogar.

Debo declarar sin más tardanza que el nombre completo de mi amigo era Abel Guevez de Argensola, pero como a su llegada a Georgetown se le conociera por su nombre de pila solamente, más tarde él mismo pidió que se le llamara simplemente Mister Abel.

No había hecho más que trabar conocimiento con él, cuando dejé de maravillarme de la estimación, del afecto con que se le miraba, a él, un venezolano, en esta colonia británica. Todos le conocían y apreciaban, atraídos por la simpatía que emanaba de su persona, su amable disposición, su actitud con las mujeres -siendo halagüeña para ellas, no alcanzaba a provocar los celos de los hombres, ni siquiera entre esos rudos plantadores con mujer joven y poco seso-, su pasión por los niños, por toda clase de criaturas salvajes, por la naturaleza y por cuanto aparecía más ajeno a los comunes intereses materiales de una comunidad puramente comercial. Las cosas que entusiasmaban a otros hombres -la política, los deportes, el precio de los metales- no ocupaban su pensamiento, y cuando los demás se habían hartado de discutir sus asuntos y agotado su aliento sobre tales temas en las oficinas y salas de club, y deseaban un cambio, era un placer recurrir a Mr. Abel y hacerlo hablar de su mundo, el mundo de la naturaleza y del espíritu. Era, después de todo, una suerte contar, con un Mister Abel en Georgetown. Yo fui uno de los primeros en descubrirlo. Por cierto que nunca esperé encontrarme en tal sitio con una persona que compartiera mis gustos: ese amor de la poesía que fuera la pasión más fuerte y el deleite de mi vida, pero tal hombre había venido a presentármese en el señor Abel. Me sorprendió que él, amamantado con la literatura española, y apenas con unos cuantos años de lecturas inglesas, tuviera un conocimiento de nuestra poesía moderna tan extenso como el mío, y un amor por ella no menos grande. Este sentimiento nos acercó, e hizo de ambos -el nervioso tropical hispanoamericano de tez aceitunada, y el flemático anglosajón de ojos azules del frío norte- uno en espíritu y más que hermanos. Muchas fueron las horas diurnas que pasamos juntos,

"fatigando al sol con nuestra charla"; muchas, incontables, las preciosas veladas en aquella acogedora casa de mi amigo que yo visitaba casi diariamente. Yo no esperaba tal felicidad; ni tampoco él, según a menudo declaraba. Como resultado de esta intimidad nació la vaga idea referente a su secreto pasado, de que algún suceso extraordinario le había tocado profundamente, cambiando el curso de toda su existencia posterior, y esta impresión, en vez de disminuir, se fue por el contrario acentuando, y me preocupaba con frecuencia. Era casi penoso de ver el cambio que se operaba en él cada vez que nuestra libre charla tocaba el tema de los aborígenes y del conocimiento alcanzado por él respecto de su carácter y lenguaje cuando vivió o viajó entre ellos; todo lo que daba encanto a su conversación -la inteligencia rápida y curiosa, el ingenio, la viveza de espíritu matizada con una tierna melancolía- parecía desvanecerse de repente; hasta la expresión de su fisonomía se transformaba, haciéndose dura y rígida, y comenzaba a enumerar hechos en forma seca y maquinal, como si los estuviese leyendo en un libro. Me apenaba notarlo, pero no lo daba a entender en forma alguna, y no me habría referido a eso jamás, a no ser por una disputa que vino a interrumpir por una sola vez aquella estrecha amistad de años. Mi salud se quebrantó, y Abel no sólo se preocupó por ello, sino que, además, se mostró contrariado, como si yo no procediera con él como debía, por el hecho de enfermarme, y hasta llegaba a decir que yo podría mejorarme si así lo quisiera. Yo no tomé esto en serio, pero una mañana que pasó a verme a mi oficina comenzó a hacerme cargos en una forma tal, que me irrité de veras con él. Díjome que la indolencia y el uso de estimulantes eran la causa de mi enfermedad. Su tono era más bien de broma, como si pretendiera quitar intención a sus palabras, pero el sentimiento que dictaba sus cargos no alcanzaba a disimularse enteramente. Resentido por sus reproches, me desahogué diciéndole que él no tenía derecho a hablarme en tal forma, ni aún en broma.

-Ciertamente -dijo él, poniéndose serio- tengo el mejor derecho, que es el de la amistad. No sería yo un verdadero amigo si mantuviera reserva acerca de esto.

Entonces, sin meditarlo, repuse yo que en mi sentir esa amistad nuestra me parecía a mí tan perfecta y completa como a él. Una condición de tal amistad era que ambas partes se conocieran uno al otro. El había visto mi vida entera y mi pensamiento expuestos ante él como las páginas de un libro. Su vida era un libro cerrado y sellado para mí.

Su semblante se ensombreció, y tras algunos momentos de callada meditación, se levantó y me dejó con un seco adiós, y sin ese apretón de manos que acostumbrábamos entre nosotros.

Después de su partida sentí que una gran pérdida, una gran calamidad me abrumaba, pero mi vanidad seguía herida por su demasiada franca censura, y tanto más cuanto que en mi fuero interno yo admitía la verdad de lo dicho. Pasé la vigilia presa del arrepentimiento por las duras palabras con que había replicado a las suyas, y resolví pedirle perdón, y dejarlo en libertad de determinar la cuestión de nuestras relaciones futuras. Pero él se me anticipó, y a la mañana siguiente me llegó una carta pidiéndome excusas e invitándome a cenar con él.

Estuvimos solos, y durante la comida y luego más tarde, mientras fumábamos y tomábamos café en la terraza, permanecemos en desusado silencio, hasta los lindes de la cavilación, lo cual fue motivo para que los dos sirvientes de alba vestimenta -el hindú de faz morena y ojos penetrantes que hacía de maestresala y un negro retinto de la Guayana- sondearan con sus furtivas miradas el semblante de su amo. Estaban ellos acostumbrados a verle de ánimo mucho más complaciente cuando tenía un amigo a comer en su compañía. Para mí ese cambio no era una sorpresa; desde el momento de mirarlo adiviné que tenía resuelto abrir el volumen cerrado y sellado a que me referí, que había llegado para él la ocasión de hablar.

CAPITULO PRIMERO

AHORA que hemos recobrado la serenidad y que lamentamos habernos ofendido uno al otro -dijo-, no me arrepiento de que esto haya ocurrido; un centenar de veces tuve deseos de contarle la historia entera de mis andanzas y aventuras entre los salvajes, y una de las razones que me impedían hacerlo, era el temor de que tuviera un efecto desfavorable en nuestra amistad. Era algo precioso que yo quería conservar por encima de todo. Pero ya no tengo para qué preocuparme por eso. Solamente debo pensar en cómo voy a relatarle mi historia. Comenzaré por la época en que tenía veintitrés años de edad. Era una edad temprana para hallarse metido en lo más enconado de la política, y tan comprometido, que debí huir de mi patria a fin de conservar la libertad, acaso la vida.

Alguien ha dicho que cada país tiene el gobierno que merece, y Venezuela tenía, ciertamente, el que merecía y el que le convenía más. La llamamos una república no tan sólo porque no lo es, sino también porque una cosa debe tener un nombre; y el tener un buen nombre, o un lindo nombre, es muy conveniente, mucho más cuando se quiere pedir dinero prestado. Si los venezolanos, que viven esparcidos sobre una superficie de medio millón de millas cuadradas, en su mayoría gente sin letras, mestizos e indios, fueran gente educada, inteligente, interesados solamente en el bien público, les sería posible tener una verdadera república. Tienen, en cambio, un gobierno de camarillas, temperado por revoluciones; y es un muy buen gobierno, al fin de cuentas, en armonía con las condiciones naturales y con el temperamento de los habitantes. Pues bien, ocurre que los

hombres cultos equivalentes a la clase alta de ustedes son allá tan pocos en número, que no son muchas las personas que no tengan relaciones de familia con los miembros más prominentes de los grupos políticos respectivos. Esto le permitirá apreciar cuán fácil y en cierto modo inevitable resulta que nos acostumbremos a mirar conspiraciones y revueltas contra el partido gobernante -los hombres de otra camarilla-, simplemente como un fenómeno natural. En la eventualidad de un fracaso, tales actos son castigados, pero no se les considera como reprobables. Por el contrario, hombres de la más alta inteligencia y honorabilidad entre nosotros, toman parte directiva en esas aventuras. Yo no pretendo dictaminar que tales condiciones de las cosas sean intrínsecamente culpables en ciertas circunstancias, y no lo sean, por ser inevitables, en otras; y todo este fatigoso preámbulo no tiene otro objeto que darle a comprender cómo fue que yo -un joven de imaculada reputación, que no pertenecía a la carrera militar, sin ambiciones de figurar en política, rico para el concepto general, bien visto en sociedad, aficionado a los placeres de mi clase, amante de los libros y de la naturaleza-, procediendo, según creía, de acuerdo con los más altos motivos, me dejé arrastrar sin resistencias por mis amigos y relaciones a una conspiración para derrocar al gobierno del momento, con el objeto de poner en su lugar a gente más meritoria; nosotros, para el caso.

Nuestro intento fracasó debido a que las autoridades husmearon el asunto y todo se precipitó. Nuestros conjurados se hallaban esparcidos por el momento en varios puntos del país; otros en el extranjero, y unos cuantos exaltados que se encontraban entonces en Caracas, y que, probablemente, temieron ser arrestados, dieron un golpe de audacia desatentado: el presidente fue atacado en la calle y recibió una herida. Pero los atacantes fueron tomados y varios de entre ellos fusilados al día siguiente. Cuando me llegaron las noticias, yo me hallaba algo lejos de la capital, como huésped de un amigo en las tierras que poseía a orillas del río Quebrada Honda, en el Estado de Guarico,

a unas cinco o seis leguas del pueblo de Zaraza. Mi amigo, uno de los jefes del ejército, era uno de los cabecillas de la conspiración; y como yo era hijo único de un hombre muy odiado por el ministro de la Guerra, ambos nos vimos en el caso de buscar nuestra salvación en la fuga. En vista de lo ocurrido, no podíamos esperar el perdón, ni siquiera en mérito de nuestra juventud.

Nuestra primera determinación fue escapar por el lado de la costa; pero como era muy riesgoso el viaje a La Guayra o hacia cualquier otro puerto del litoral norte, torcimos camino en dirección contraria, hasta alcanzar el Orinoco, y nos embarcamos río abajo para llegar a Angostura. Ahora bien, cuando hubimos alcanzado este sitio de comparativa seguridad y reposo -seguro, por lo menos, por el momento-, yo cambié de parecer en cuanto a salir o intentar salir del país. Desde mi niñez me había sentido particularmente interesado en ese vasto y casi inexplorado territorio que poseemos al sur del Orinoco, con sus infinitos ríos de ignorado curso y sus selvas sin senderos; y también en los salvajes que allí viven, preservando sus antiguos caracteres y costumbres, no desfigurados por el contacto con los europeos. Visitar esas primitivas soledades había sido uno de mis sueños más queridos, y hasta cierto punto me había venido preparando para tal aventura con el conocimiento de los dialectos de más de una tribu de la región norte de Venezuela. Y ahora, allá en el lado sur de nuestro gran río, con tiempo ilimitado a mi disposición, resolví satisfacer ese deseo. Mi compañero se dirigió de allí directamente a la costa, mientras que yo me dedicaba a prepararme y a hacer averiguaciones entre las personas que habían penetrado al interior en vías de comerciar con los salvajes. Resolví por último remontar el río y penetrar al interior por la parte occidental de nuestra Guayana, y en el territorio amazónico que limita con Colombia y el Brasil, con la intención de volver a Angostura en unos seis meses. No temía ser arrestado en esa región semi-independiente y casi enteramente salvaje, visto que las autoridades de

nuestra Guayana se preocupaban lo menos posible de las revueltas políticas de Caracas.

Los primeros cinco o seis meses que pasé en la Guayana, después de dejar el pueblo de refugio, fueron lo suficientemente animados como para satisfacer a un espíritu de cierta índole aventurera. Un funcionario complaciente de Angostura me había provisto de un pasaporte en el cual constaba (aunque pocos estarían en condiciones de leerlo) que el objeto de mi visita al interior era recoger información tocante a las tribus del distrito, a los productos del suelo y otras investigaciones que habían de redundar en beneficio de la república; y se pedía a las autoridades del tránsito que me prestaran protección y me ayudaran en mis trabajos.

Seguí aguas arriba por el Orinoco, emprendiendo de vez en cuando alguna expedición hasta las pequeñas colonias de cristianos en las vecindades de la margen derecha, como también hasta las aldeas indias; y viajando de esta manera, viendo y aprendiendo muchas cosas, tardé unos tres meses en alcanzar el río Meta. Durante este tiempo me entretuve en escribir un Diario de viaje, un memorándum de sucesos personales, impresiones de la comarca y sus habitantes, tanto los semicivilizados como los salvajes; y a medida que mi Diario aumentaba, me puse a pensar que a mi regreso dentro de algún tiempo a Caracas, eso podría ser de interés y de utilidad para el público, a la vez que ganaba fama para mí. Como la idea fuera halagüeña y muy estimulante, me puse a observar las cosas con más detenimiento y a estudiar el lenguaje. Pero el libro no estaba destinado a tomar cuerpo.

De la embocadura del Meta, seguí adelante con la intención de visitar la localidad de Atabapo, donde el gran río Guaviare, junto con otros más, se vacía en el Orinoco. Pero no estaba destinado a alcanzarlo, pues al llegar al pequeño poblado de Manapuri me postró una fiebre lenta; y allí terminé mi primer medio año de andanzas, acerca de lo cual no hay para qué seguir hablando.

Sería muy difícil poder imaginar un sitio peor que Manapuri para un enfermo de fiebre. El poblado, compuesto de miserables chozas de barro, con algunas construcciones más espaciosas del mismo material o de juncos, entretejidos con techos de hojas de palmera, se rodeaba de pantanos y bosques donde tenían sus viveros millares de bulliciosas ranas y nubadas de zancudos; hasta un hombre de perfecta salud habría sentido la existencia como una carga en tales sitios. Los habitantes llegaban difícilmente a un total de ochenta o noventa, en su mayoría indios de esa especie degenerada con que se tropieza a menudo en las pequeñas comunidades ribereñas. Los salvajes de la Guayana son tremendos bebedores, pero no borrachos por el estilo de los nuestros, ya que sus bebidas fermentadas contienen tan poco alcohol, que deben ingerir cantidades enormes antes de sentirse intoxicados. En las poblaciones de los blancos, prefieren nuestros más vigorosos licores, con el resultado de que en una pequeña comunidad como Manapuri, uno puede ver representado, igual que en un teatro, el último acto de la gran tragedia americana. La cual será seguida, indudablemente, por otras tragedias posiblemente más grandes. Mis ideas en ese período de dolencias eran en extremo pesimistas. A veces, cuando las continuas lluvias dejaban un medio día de respiro, me arrastraba por una corta distancia hasta el aire libre; pero ya no me era posible hacer el menor esfuerzo; apenas tenía interés en vivir y no me preocupaba en absoluto de las noticias que recibía de Caracas, a largos intervalos. Pasados unos dos meses, sintiéndome con una ligera mejoría, y que volvía con la salud el interés en la vida y sus afanes, se me ocurrió sacar mi Diario y escribir en él una breve relación de mi estancia en Manapuri. Lo había guardado para mayor seguridad en una cajita que me prestara con tal fin un negociante venezolano, antiguo residente de la localidad, llamado Pantaleón -y conocido por Don Pan-ta-, un sujeto que mantenía abiertamente media docena de esposas indias en su casa, y era bien conocido por su falta de honradez y su desidia, pero que se había mostrado muy servicial conmigo.

La caja se hallaba en un rincón de mi infeliz vivienda techada con hojas de palmera; pero al sacar el manuscrito vine a descubrir que la lluvia había penetrado durante varias semanas hasta el interior y que aquello estaba reducido a una masa blanducha. Lo tiré al suelo entre maldiciones y me arrojé nuevamente a mi cama.

En ese estado de abatimiento fui encontrado por mi amigo Panta, quien me visitaba a toda hora, y cuando para satisfacer sus ansiosas preguntas le señalé la masa acuosa sobre el suelo apisonado, él la dio vueltas con el pie y luego, estallando en una carcajada, la echó afuera de un puntapié, declarando, al mismo tiempo, que había tomado aquello por algún reptil que hubiese venido a refugiarse allí huyendo de la lluvia. Se mostró asombrado de que yo me doliera de su pérdida. Era un relato muy puntual, de punta a cabo, me dijo; pero que si yo quería escribir un libro para que lo leyeran las gentes caseras, nada me costaría inventar un millón de mentiras más entretenidas que cualquier hecho real. Venía ahora, agregó, a proponerme algo. Había pasado veinte años en la localidad, y estaba ya aclimatado; pero era inútil que yo me empeñara en quedarme, si quería salir con vida. Yo debía partir sin tardanza para una región diferente, para las montañas, donde había abundancia de sequedad y espacio y aire puro, "Y si necesita quinina cuando esté allá -añadió- no tiene más que abrir la boca al viento cuando éste sople del sud-oeste, y podrá saturarse el cuerpo con un vaho recién salido de la selva." Cuando respondí desconsolado que en mi condición sería imposible salir de Manapuri, él continuó diciendo que un grupo de indios se hallaba en la población; que habían venido no solamente a negociar, sino también a visitar a una persona de su raza, que era una de las mujeres de Don Panta, comprada años antes a su padre. "Y no me he arrepentido nunca de la plata que pagué por ella, porque es una buena mujer y nada celosa", agregó, echando una maldición sobre las demás. Esos indios venían nada menos que de los montes Queneveta, y pertenecían a la tribu Maquiritari. El, Panta, y lo que es mejor, su buena esposa, me reco-

mendarían a los indios, y éstos, por una compensación apropiada, me llevarían a cortas jornadas hasta su tierra natal, donde me tratarían bien y recobraría mi salud.

Esta proposición, después de maduro examen, produjo tan buen efecto en mi ánimo, que no solamente consentí gustoso, sino que al siguiente día estuve en condiciones de levantarme y comenzar con entusiasmo los preparativos para el viaje.

Una semana más tarde me despedí de mi generoso amigo Panta, a quien yo miraba ya, a fuerza de conocerlo, como a una especie de bestia salvaje que se abalanzaba sobre mí, no a destrozarme, sino a salvarme de la muerte. Pues es bien sabido que los brutos más crueles y los hombres más malvados suelen tener tiernos impulsos de bondad, en el curso de los cuales proceden de una manera contraria a su naturaleza, como si fueran agentes pasivos de un poder superior. Era muy penoso para mí viajar en el estado de debilidad en que me hallaba, y esto debió agotar la paciencia de mis indios, pero ellos no me abandonaron. Por fin nos hallamos con que habíamos atravesado aquella distancia, que calculo en unas sesenta y cinco leguas, y al terminar la última jornada me sentí realmente más fuerte en todo sentido que al comenzar. De entonces en adelante, mi salud mejoró rápidamente. Ya sea que el aire recibiera o no las emanaciones salu-tíferas de la chinchona, de las lejanas florestas andinas, siempre resultaba tonificante; cuando salía a pasearme por el faldeo, más arriba de la población india, o más tarde cuando pude alcanzar las cumbres, el mundo se me apareció en torno de los salvajes montes de Queneveta, con una amplitud y una gloriosa profusión de paisajes que rejuvenecían y deleitaban el alma.

Pasé algunas semanas con la tribu de los Maquiritari, sintiéndome por el momento feliz con la sensación del retorno a la salud; pero esas sensaciones rara vez persisten más allá de la convalecencia. No hice más que sentirme nuevamente en buena salud, cuando comenzaron a revivir en mí las inquietudes de mi espíritu andariego. La mo-

notonía de la vida salvaje en aquel rincón se me hizo intolerable. La reacción había llegado después de aquel largo período de marasmo y todo lo que ahora deseaba era la actividad, la aventura, por peligrosas que fuesen, y con ello nuevos escenarios, caras nuevas, otros dialectos. Por último concebí la idea de seguir hasta el río Casiquiare, donde encontraría colonos blancos, y probablemente, ayuda de las autoridades que me permitiera alcanzar hasta el río Negro. Pues se me había metido en la cabeza el plan de bajar por este río hasta el Amazonas y continuar el viaje hacia Pará y la costa atlántica.

Dejé las montañas de Queneveta con dos indios por guías y compañeros de viaje; pero ellos sólo me acompañaron la mitad del camino, hasta el río que quería alcanzar, y me dejaron con una tribu amiga que habitaba las orillas del Chunapay, un tributario del Cunucumaná, que va a desaguar en el Orinoco. No me quedaba allí otra cosa que hacer que esperar la oportunidad de que alguna partida de indios pasara en dirección al sudoeste; porque a estas alturas había agotado todo mi pequeño capital en comprar las baratijas y el percal que traje de Manapuri; de manera que ya no estaba en situación de pagar los servicios de nadie. Y acaso no esté de más que haga ahora mismo un inventario de mis haberes. Hacía ya algún tiempo que sólo me calzaba con sandalias para proteger mis pies; mi vestimenta consistía en un solo traje y una camisa de franela, para lavar la cual debía quedarme desnudo de medio cuerpo arriba, mientras se secaba. Por fortuna contaba con un capote de paño azul vistoso y durable, que me había regalado un amigo en Angostura; y la predicción que me hizo al obsequiármelo, de que la prenda duraría más que yo, por poco sale cierta. Me servía de cobertor por la noche, y no he visto nada igual para mantenerlo a uno abrigado cuando viajaba con tiempo frío y húmedo. Tenía un revólver y una cajita de metal con balas dentro de mi ancho cinturón de cuero, además de un grueso cuchillo de cazador, de mango de recio cuerno y una hoja como de nueve pulgadas de largo. En el bolsillo del sobretodo, llevaba un lindo yesquero y una

caja con fósforos -que he de mencionar más adelante-, y una o dos menudencias más, que me había propuesto conservar todo el tiempo que pudiera.

Durante los aburridos días de espera junto al Chunapay, los indios me contaron una historia tan tentadora, que fue al fin causa de que abandonara mi proyectado viaje al río Negro. Los indios llevaban collares parecidos a los de todos los salvajes de la Guayana; pero noté que uno de ellos tenía un collar diferente al de los demás, lo cual despertó grandemente mi curiosidad. Estaba formado por trece placas de oro de forma irregular, y del ancho de la uña pulgar, mantenido por un lazo de fibra vegetal. Se me permitió examinarlo de cerca y me convencí de que las piezas eran de oro puro, laminado a golpes por los salvajes. Al preguntarles de dónde lo sacaron, me dijeron que lo habían obtenido de los indios de Parahuari, agregando que Parahuari era una región montañosa que quedaba al oeste del Orinoco. Me aseguraron que todos, hombres y mujeres, se adornaban allí con tales collares. Esta información me inflamó a tal punto el ánimo, que no descansaba ni de día ni de noche soñando sueños de opulencia y cavilando en cómo alcanzar aquella rica comarca desconocida del hombre civilizado. Los indios meneaban gravemente la cabeza cada vez que pretendía que me condujesen allí. Estaban ya bastante alejados del Orinoco, decían, y Parahuari quedaba a diez o quizás quince días de marcha de ahí adelante; una región que desconocían y donde no tenían amigos.

A pesar de las dificultades y retrasos, y no sin que me ocurrieran tropiezos y algunas peligrosas aventuras, conseguí, sin embargo, llegar al alto Orinoco y cruzar por último a la otra orilla. Arriesgando mi vida a cada paso y con grandes esfuerzos, avancé hacia el oeste por una región desconocida, pasando de un poblado indio a otro y expuesto cada día a que me asesinaran a mansalva para apoderarse de mis pocas prendas. Me cuesta hacer el elogio de los salvajes de la

Guayana; pero debo estampar aquí que no sólo no me hicieron daño mientras estuve a merced de ellos en este largo viaje, sino que me recibieron bajo techo y me alimentaron cuando estaba hambriento y me ayudaron a seguir mi jornada cuando no tenía con qué recompensarles. Esto no quiere decir que deban ustedes imaginarse que sean gentes con cierta dulzura de carácter o con cualquiera de esos instintos afectuosos o humanitarios que se encuentran entre las de naciones civilizadas: muy lejos de eso. Mi opinión de ellos es ahora, y afortunadamente para mí lo era ya entonces, cuando, como he dicho, me hallaba a merced de ellos, la de ser simples animales de presa, con el añadido de una astucia o inteligencia rudimentaria mucho mayor que la de las bestias dañinas; y toda su moralidad consistía en ese respeto por los derechos de otros miembros de la misma familia o tribu, sin lo cual ni aun las comunidades más primitivas pueden mantener su cohesión. ¿Cómo fue, pues, que pude salirme con la mía, y permanecer y viajar libremente, sin recibir un rasguño, en medio de tribus que tratan mal y odian al forastero y en sitios donde los blancos son rara vez vistos? Nada más que por conocerlos tan bien. Sin ese conocimiento que cualquiera puede adquirir y gracias a la extrema facilidad con que me posesionaba de nuevos dialectos, la cual yo desarrollara con la práctica hasta el punto de hacerla casi una materia de intuición, me habría ido harto mal una vez que abandoné a la tribu de los Maquiritari. Así y todo, tuve dos o tres difíciles escapadas.

Volvamos a lo que iba contando. Al fin tuve cerca las famosas montañas de Parahuari, las cuales resultaron para mí una sorpresa: unas cadenas de cerros apenas de mediana altura. Esto no fue, sin embargo, una contrariedad para mí. Por lo mismo que Parahuari no tenía grandes bellezas naturales, me pareció probar más bien que debía ser rico en oro: ¿por qué otra razón podían haber llegado su nombre y la fama de sus tesoros a ser familiares para gentes que vivían en la remota Cunucumaná?

Resultó, sin embargo, que no había oro. Exploré toda la cadena de cerros, que tendría unas siete leguas de largo, y visité todos los poblados, donde tuve largas entrevistas con los indios y les hice muchas preguntas; pero el hecho era que no tenían collares de oro ni oro en ninguna otra forma, ni siquiera habían oído hablar de su existencia en Parahuari o en cualquier otro sitio conocido por ellos.

El último poblado donde hice averiguaciones sobre el asunto, aunque ya sin esperanza alguna, quedaba como a una legua de la extremidad poniente de la serranía, en medio de unos altozanos de bosques y pastizales cruzados por numerosos raudales. El poblado está a orillas de uno de éstos, llamado el Curicay, y lo rodean algunos árboles ralos y achaparrados; consta de una vasta construcción bajo la cual los de la tribu, unas dieciocho personas en total, pasan juntos siempre que no anden de caza; dos chozas más pequeñas se apegan a aquélla. El cacique, de nombre Runi, aparentaba tener unos cincuenta años, y era un salvaje de apariencia taciturna, bien formado y con cierto aire de dignidad. Me pareció que debía ser hombre de mal carácter, o bien que no estaba contento con la presencia de un blanco. Y por algún tiempo no hice empeño alguno por ganarme su voluntad. ¿Qué ventaja hubiera tenido eso para mí? Hasta la expresión alegre que había mostrado por tanto tiempo y con tan buen resultado, me molestaba ahora; deseaba dejarla a un lado y mostrarme tal como estaba mi ánimo: callado y mohíno como mi bárbaro huésped. Si es que alguna mala intención estaba fermentando en su ánimo, que hiciera lo que se le antojase; pues cuando el fracaso se enfrenta cara a cara con uno, es tan sombrío y repelente su aspecto, que nada que pueda añadirse logrará aumentar nuestra miseria, ni siquiera despertar nuestra aprensión. Había pasado semanas rebuscando con ojos afiebrados en cada aldea, en cada grieta de las rocas, en cada torrente, el reluciente polvo de oro que viniera a buscar de tan lejos. Y ahora todos mis hermosos sueños -todo el placer y el poder que pudo ponerse

a mi alcance- se desvanecían como un simple espejismo bajo el sol de la sabana.

Fue un día de desaliento el que pasé en aquel sitio, refugiado el día entero en el interior, pues, llovía con fuerza. Sumido en mis propios pensamientos fingía hallarme dormitando, mientras observaba por entre los párpados entrecerrados a los indios que se acurrucaban por allí o iban de un lado a otro, como sombras o como criaturas vistas en sueños; y sentía que nadie me importaba nada, y ni siquiera quería mostrarme amable con ellos, así fuese para que más tarde me convidaran con parte de su alimento.

La lluvia cesó al anochecer, y la aproveché para levantarme y caminar una corta distancia hasta el estero cercano, a cuyo borde me senté en una piedra y sumergí mis doloridos pies en el agua fresca. El cielo por el lado poniente estaba otra vez azul, con ese azul diáfano que se ve tras la lluvia, pero las hojas salpicadas de gotas relucientes y los húmedos troncos se veían casi negros bajo el verdor del bosque. La rara belleza del paisaje me emocionó y aligeró mi corazón. En la lejanía hacia el oriente los cerros Parahuari, bañados por los rayos horizontales del sol, aparecían con una extraña luminosidad bajo las nubes grisáceas cargadas de lluvia que se entreabrían por ese lado, y ésta su nueva belleza mística, por poco me hace olvidar lo que esos mismos cerros me habían hecho padecer y lo que se habían burlado de mí. De ese lado, igual que hacia el norte y el sur, se prolongaba pareja la selva; pero por el oeste el paisaje era muy diverso. Más allá del torrente y de la franja de verdura que lo encerraba, más allá de los escasos árboles enanos que se desparramaban por las márgenes, se extendía una sabana pardusca que iba ascendiendo hasta un largo y desnudo ribazo, detrás del cual se levantaba un alto cerro solitario, o, mejor dicho, un monte de forma cónica, revestido de vegetación casi hasta la cima. Era éste el monte Ytaioa, el punto más prominente de la región. A medida que el sol caía por encima del ribazo, más allá de la sabana, todo el cielo poniente se tiñó de un rosado tierno que tenía

la apariencia de una humareda encarnada que el viento hubiera empujado hasta allá y dejándola así en suspenso, un velo sutil y brillante a través del cual se divisaba el remoto cielo, de un azul etéreo. Unas bandadas de pájaros, una especie de turpiales, pasaban volando por encima de mi cabeza -bandada tras bandada- en dirección a sus dormitorios, lanzando al pasar un grito tan claro como la voz del metal; y había también algo etéreo en esas gotas de son melodioso que iban cayendo en mi corazón a semejanza de gotas de lluvia en un pozo, donde la fresca agua del cielo viene a mezclarse con el agua de la tierra.

No hay duda de que algunas gotas milagrosas habían caído sobre el turbio lago de mi corazón -provenientes del canto de los pájaros viajeros, del disco encendido que acababa de perderse bajo el horizonte, de la serranía que se arrojaba en sombras, del rosa y azul del cielo infinito, de la ancha circunferencia visible-; y me sentí purificado y con una extraña sensación y presentimiento de una secreta inocencia y espiritualidad de la naturaleza -una presencia del remoto objetivo hacia el cual todos nos encaminamos-, de cuando llegue el día en que la lluvia celeste nos limpie de toda mancha y culpa. Esta inesperada paz que ahora venía a descubrir, me pareció de un valor infinitamente más grande que el metal amarillo que no había podido encontrar pese a todas sus posibilidades. Mi deseo era ahora quedarme por un tiempo en este sitio, tan remoto, adorable y tranquilo, en que había venido a sentir sensaciones tan desusadas y una tan confortadora desilusión.

Este fue el fin de mi segunda etapa en la Guayana: la primera había sido colmada por aquel sueño de escribir un libro que me diera fama en mi patria y acaso en Europa; la segunda, a partir de mi salida de los montes Queneveta, con la ilusión de riquezas incalculables (el viejo sueño que había atraído a tantos buscadores de oro a esta región, desde los tiempos de Alonso Pizarro). Pero si quería permanecer allí, debía comenzar por ganarme la voluntad de Runi, yendo a

sacarlo de su muda cavilación en el interior de su cabaña; y, según mi modo de ver, no iba a ganármelo con palabras, por halagüeñas que fuesen. Me convencí de que había llegado para mí el momento de despedirme de mi último tesoro: mi yesquero de plata pulimentada.

Volviendo a la casa, me fui derecho a sentarme en un tronco junto al fuego, quedando al frente de mi hosco huésped. Este se hallaba fumando, y, al parecer, no había cambiado de actitud desde que me ausenté. Después de torcer un cigarrillo, saqué la cajita con su eslabón y su pedernal colgando de dos cadenillas de plata. Sus ojos se avivaron un punto, al seguir con curiosidad mis movimientos y me indicó con un simple gesto las brasas que había a mis pies. Yo le dije que no con la cabeza, y dando un golpe con el pedernal, esparcí en torno un brillante chisperío; luego soplé la yesca y encendí mi cigarrillo. Una vez cumplida mi demostración, en vez de guardar el yesquero pasé la cadena por el ojal de mi abrigo y lo dejé colgando sobre el pecho, como un adorno. Ya consumido mi cigarrillo, ca-rraspeé a la usanza india y fijé la mirada en Runi, quien, a su vez, hizo un ligero movimiento para indicar que estaba pronto a oír lo que tuviera que decirle.

Mi discurso duraría por lo menos una media hora, y fue recibido en profundo silencio. El tema principal fue la relación de mis andanzas por la Guayana; y como se reducía a poco más que a una lista de nombres de todos los lugares que había visitado y de las tribus y caciques con quienes había estado en contacto, pude mantenerme hablando sin interrupción, en forma de disimular mi ignorancia de un dialecto que no me era todavía familiar. El salvaje de la Guayana juzga a un individuo por su resistencia. Permanece tan fijo como una estatua por una o dos horas seguidas a la espera de un pájaro. Quedarse sentado o acostado sin moverse por toda una tarde; soportar el sufrimiento, a menudo causado por la propia mano, sin un gesto, y al pronunciar un discurso, vaciarse en un torrente de palabras, sin una pausa para respirar o para escoger una expresión; hacer eso es demostrar

que se es todo un hombre, un igual, alguien a quien se puede respetar y hasta llamar amigo. Lo que realmente quería darle a entender, lo dije al término de mi disparatada arenga. Por dondequiera que anduve, le dije, fui amigo del indio, y ahora quería ser amigo suyo, vivir con él en Parahuari, tal como había vivido con otros caciques y sus familias; para que él me considerase, igual que otros me habían considerado, no como un extraño o un blanco, sino como un amigo, un hermano, un indio.

Mis palabras fueron acogidas con un largo murmullo, como si todas aquellas gentes dejaran escapar la respiración largo tiempo contenida; en tanto que Runi, siempre impasible, dejaba escapar un ronco gruñido. Entonces me puse de pie, y desatando mi yesquero de plata del ojal de mi abrigo, se lo ofrecí. El lo aceptó en una forma que habría parecido poco cortés a uno que no conociera la maneras del indio; pero yo quedé satisfecho, con la certeza de haber causado una favorable impresión. Al poco rato, Runi le pasó el yesquero a la persona que tenía más cerca, quien después de examinarlo se lo pasó al vecino, y así fue de mano en mano hasta volver a las del cacique. En seguida, Runi pidió que sirvieran de beber. Ocurrió que había una provisión de *caseri* en casa, probablemente las mujeres habían estado preparando la bebida desde varios días antes, sin figurarse que estaba destinada a ser consumida prematuramente. Trajeron un gran jarro lleno. Runi, usando de política a su manera, se sorbió el primer trago. Yo le seguí y después bebieron los demás, hasta las mujeres, a las que correspondió una copa por cada tres que se bebían los hombres. Pero Runi y yo bebimos más que los otros, pues nos correspondía confirmar con ello que éramos los dos principales personajes de la reunión. Las lenguas comenzaron a soltarse, pues aunque el licor contenía poco alcohol, habíamos bebido tal cantidad, que comenzó a afectarnos el cerebro. No poseía yo el estómago en forma de odre que tienen los indios, hecho para contener ilimitadas cantidades de bebida; pero estaba resuelto a no merecer en esta importantísima ocasión el despre-

cio de mi huésped, a ser comparado, por ejemplo, con un pajarito que se contenta con seis gotas de agua, recogidas con el pico. Iba a probar mis fuerzas con las suyas, y a beber, si fuese necesario, hasta perder el sentido. Llegó un momento en que apenas podían sostenerme las piernas. Pero hasta el propio salvaje, un bebedor de años, estaba ya alterado por la bebida. *In vino veritas*, decían los antiguos; y el principio sigue confirmándose hasta cuando en vez de *vinum* sólo hay simple *caseri*. Runi pasó a contarme que una vez había conocido a un blanco que era un mal hombre, por lo cual se había quedado con la idea de que todos los blancos eran malas personas; tal como el rey David, dijo con mayor énfasis, que todos los hombres eran falsarios. Ahora estaba convencido de que no era así, y que yo era un buen hombre. Su amabilidad aumentó con la borrachera. Me regaló un curioso yesquero, hecho con la cola cónica del armadillo, una vez vaciada, y con un tarugo de madera; esto me serviría para reemplazar el yesquero de plata de que me vería ahora privado. Me dió además una hamaca de junco, que hizo colgar en seguida a la puerta, por si deseaba recostarme en cualquier momento. No había cosa que no estuviese dispuesto a hacer por mí. Y, por último, tras vaciar muchas otras copas, comenzó a aliviar su corazón de muchos sombríos y envenenados secretos. Derramó lágrimas -pues "el hombre que no sabe llorar" no es el que habita la Guayana-, lágrimas por los que habían sido asesinados a traición muchos años atrás; por su padre, que había sido muerto por Trípica, el padre de Managa, quien se hallaba aún en la faz de la tierra. Pero que él y los suyos tuvieran cuidado con Runi. El había derramado antaño sangre de ellos, había alimentado al zorro y al buitre con su carne, y no descansaría mientras Managa y su gente vivieran en Uritay, las cinco lomas de Uritay que quedaban a dos jornadas de Parahuari. A medida que recordaba a sus antiguos enemigos, iba entrando en una especie de frenesí en que se golpeaba el pecho y rechinaba los dientes; y, por último, tomando una lanza corta, enterró toda la punta en el suelo apisonado, para arrancarla en segui-

da y volver a clavarla una y otra vez, a fin de demostrar lo que iba a hacer con Managa o con cualquiera de las gentes de Managa que llegara a tener a su alcance, hombre, mujer o niño. Luego salió a tropezones al lado afuera de la puerta, y encarándose hacia el noroeste le gritó a Managa que viniera a matar a su gente y a quemarle la casa, tal como había amenazado una y otra vez hacerlo.

-¡Que venga, que venga Managa! -grité yo también abalanzándome a la puerta en su seguimiento-. Soy tu amigo, tu hermano; no tengo ni lanza ni flecha, pero tengo esto... ¡esto! -Y sacando mi revólver lo hice relucir en lo alto-. ¿Dónde está ese Managa? -seguí diciendo-. ¿Dónde quedan las lomas de Uritay?

Runi señaló en dirección a una estrella que se ocultaba hacia el oeste.

-Pues bien -grité-, que esta bala vaya a encontrar a Managa mientras se halla sentado con los suyos junto al fuego, y que caiga y derrame sangre por el suelo. Y con esas palabras descargué mi pistola en la dirección señalada.

Un chillido de espanto se escapó de las mujeres y los niños, en tanto que a mi lado, Runi, en un acceso de feroz regocijo, se volvía a abrazarme. Fue el primero y único abrazo que hube de tolerar de un varón salvaje desnudo, y aunque aquella no parecía una ocasión para andarse con remilgos, el sentirse en contacto con su cuerpo sudoroso era una desagradable sensación.

Nuevos tragos de *caseri* siguieron a esa efusión, y al fin llegó un momento en que, incapaz de soportar más, salí también tambaleándome en dirección a la hamaca; pero como no consiguiera treparme a ella, Runi, chorreando amabilidad, vino en mi ayuda, de resultas de lo cual caímos ambos y rodamos abrazados por el suelo. Por último, me levantaron los demás y caí en mi lecho colgante, sumiéndome instantáneamente en un profundo sueño sin ensueños, del que no desperté hasta estar el sol alto, a la mañana siguiente.

CAPITULO II

Es una suerte que el *caseri* sea elaborado por un procedimiento extremadamente lento y laborioso, ya que las mujeres que son las encargadas de prepararlo, deben comenzar por reducir a pulpa el fruto de la casaba, por medio de sus propias muelas, tras lo cual se le agrega agua y se pone a fermentar. Esas buenas esclavas trabajan con entusiasmo; pero por más que se afanen, sólo pueden satisfacer la afición de su amo y señor a pescar una buena borrachera a muy largos intervalos. Una función tal como ésta en que yo tomé parte es, pues, el resultado de larga y paciente masticación y de una silenciosa fermentación: la delicada flor de una planta que demora largo tiempo en crecer.

Una vez instalado como un miembro de la familia, sin más costo que algunas sensaciones desagradables y uno que otro aguijonazo de disgusto conmigo mismo, me resolví a no dejarme dominar por ninguna otra cosa mientras estuviera en Parahuari, viviendo la vida despreocupada de un ocioso, incorporándome a las partidas de caza o de pesca si me hallaba de humor; otras veces, gozando de la existencia a mi manera, aparte de los demás, comulgando con la naturaleza salvaje en aquel solitario lugar.

Además de Runi, vivían en aquella pequeña comunidad dos hombres maduros, primos de aquél, a lo que creo, con sus mujeres y chiquillos ya crecidos. Otro grupo estaba formado por Piaké, un sobrino de Runi, su hermano Kuakó -de quien tendré mucho que hablar- y su hermana Oalava. Piaké tenía mujer y dos hijos. Kuakó era soltero, y entre los diecinueve y veinte años de edad; Oalava era la menor de los

tres. Por último la que tal vez debimos mentar al principio, la madre de Runi, apodada Claclá, probablemente para remedar el grito de algún pájaro, pues en esas comarcas una persona es rara vez o casi nunca conocida por su propio nombre, el cual constituye un secreto celosamente guardado, aun del conocimiento de sus parientes cercanos. Creo que la propia Claclá era la única persona viviente que sabía el nombre que sus padres le habían dado al nacer. Era una mujer viejísima, descarnada, de piel oscura como el cuero quemado por el sol; la cara acuchillada por innumerables arrugas, y su largo pelo áspero enteramente blanco. Con todo, mostrábase extraordinariamente activa, y parecía realizar más trabajo que cualquiera otra mujer de la casa. Más todavía, cuando terminaban las tareas del día y a los demás no les quedaban ya otros quehaceres, entonces comenzaba la labor nocturna de Claclá, que consistía en poner a los demás, o por lo menos a los hombres, a dormir. Era como una máquina de cuerda automática, y puntualmente en cada velada, apenas se cerraba la puerta y se acomodaba el fuego para la noche y los hombres se hallaban tendidos en sus hamacas, ella se soltaba a hablar contando las historias más interminables, hasta que el último oyente se quedaba dormido; más tarde, si algún hombre se despertaba con un ronquido o un gruñido, allá se largaba ella a hablar de nuevo, tomando el hilo de la historia en el punto en que la había interrumpido.

La buena Claclá me divertía mucho, tanto de día como de noche, y rara vez me cansaba de contemplar su rostro de lechuza acurrucada junto al fuego, sin que nunca lo dejara a éste debilitarse por falta de leña, siempre preocupada de la olla cuando estaba por soltarse a hervir, y siguiendo al mismo tiempo los movimientos de los demás, para lanzarse al primer llamado tras un pollo andariego o un niño taimado.

Tanto me divertía ella que pensé sería lo más propio que a mi vez le procurara algún entretenimiento. Estaba yo un día ocupado en hacer floretes de madera con mi cortaplumas, silbando o entonando tro-

zos de viejas canciones a medida que trabajaba, cuando de repente me fijé en que la vieja señora estaba encantada, regocijándose en su interior, aprobando con meneos de cabeza y palmoteando el compás. Estaba a la vista que era capaz de apreciar un estilo de música superior al de los aborígenes, y sin más abandoné por lo pronto mi tarea y me puse a hacer preparativos para fabricar una guitarra, en la cual trabajé bastante y hube de aguzar el ingenio a un extremo de que nunca me hubiese creído capaz. Reducir la madera a la finura necesaria, luego darle la forma y la firmeza requeridas con tarugos de madera y colapez, añadiéndole el brazo, los trastes, las clavijas, y por último las cuerdas de tripa de gato -ya que no había esperanza de hallar de mejor calidad- me ocupó varios días. Una vez terminada, resultó un rudo instrumento, apenas capaz de afinación; sin embargo, cuando pulsé las cuerdas, tocando aires vivarachos o llevando el acompañamiento a mis propias canciones, descubrí que me celebraban muchísimo, de manera que me sentí tan satisfecho de mis aptitudes como si hubiese tenido la más rica guitarra traída de España. También me di a ensayar pasos de danza dentro de la habitación, llevando el compás con una cuerda, y demostrándoles los bailes más lucidos de los blancos, en los cuales los pies deben aparecer tan ágiles como los dedos del tocador. Es verdad que, estas exhibiciones eran siempre miradas por los adultos con una profunda gravedad, que habría desalentado a cualquiera que no conociese su modo de ser. Era un grupo de huecas estatuas de bronce que me miraban, pero yo sabía que el animal viviente que residía dentro de cada una se deleitaba con mis canciones, trinos y piruetas. Claclá era, sin embargo, una excepción, y a menudo me animaba con una exclamación que era en parte cacareo y en parte chillido, y que hacía las veces de risa; pues parecía llegada a su segunda infancia, o por lo menos, a una edad en que se abandona la máscara de impasibilidad que el joven salvaje de Guayana, imitando a sus mayores, se ajusta sobre su expresión allá por los doce años de edad, para no soltarla ya en toda la vida, o cuando mucho en los casos

de gran borrachera. Los chiquillos también manifestaban abiertamente su regocijo, aunque por lo corriente procuraban dominar sus sentimientos en presencia de los adultos. Ellos también me tomaron por un gran camarada.

Poco después volvía a labrar mis floretes de palo, y les di lecciones de esgrima, en ocasiones invitando a dos o tres muchachos a atacarme a un tiempo, nada más que para demostrarles lo poco que me costaría desarmarlos y darles muerte. Estas demostraciones despertaron el interés de Kuakó, el que poseía un poco de más curiosidad y campechanería que los demás, y menos de su estiramiento, y con él llegamos a la mayor intimidad. Un asalto de esgrima con Kuakó resultaba altamente divertido; apenas se hallaba en posición, con el arma en la mano, cuando se olvidaba de todas mis instrucciones y cargaba contra mí en la forma más encarnizada, con la consecuencia de que yo le hacía saltar volteando su florete por una docena de metros, en tanto que él, sin poder moverse, se quedaba mirándolo con la boca abierta por el asombro.

Tres semanas nada desagradables habían transcurrido, cuando una mañana se me metió en la cabeza irme solo a través de la árida sabana que quedaba al poniente de la aldea y del torrente, y la cual terminaba, como he dicho, en un largo ribazo pedregoso de poca altura. Desde la aldea no había nada que invitara la mirada en esa dirección; pero yo quería abarcar mejor aquel solitario monte de Ytaioa y las cumbres que se perdían más allá como nubarrones en la distancia. El terreno ascendía desde el estero en suave pendiente, y la parte más alta del ribazo a la que yo me dirigía, quedaba a unas dos millas del punto de partida, un llano reseco y pardusco, sin vegetación casi, excepto algunas manchas de pasto blanquecino, de la consistencia de la pelusa.

Una vez que llegué a lo alto y pude abarcar las tierras del otro lado, recibí una sorpresa muy agradable al descubrir que la región estéril se extendía solamente una media legua de ese lado, hasta donde

comenzaba un bosque, un atrayente macizo de vegetación que ocupaba una especie de ensenada oblonga, desde el pie del Ytaioa por el norte, hasta una cadena de cerros bajos por el sur. Del bosque central arrancaban en varias direcciones angostas bandas de bosque semejantes a los tentáculos de un pulpo, uno de cuyos pares abrazaba las faldas del Ytaioa, en tanto que otra banda mucho más ancha se extendía a través de un valle que cortaba perpendicularmente la cadena de cerros del lado sur y se perdía detrás de la serranía. A lo lejos, por el oeste, el sur y el norte, aparecían vagas montañas que no formaban cadenas regulares, sino esparcidas en grupos o aisladas, con apariencia de nubes azulejas suspendidas en el horizonte.

Feliz por haber descubierto la existencia de un bosque tan vecino a casa y extrañado de que mis amigos indios no me hubiesen conducido nunca a él, o que siquiera hubiesen tomado esa dirección, me lancé con ánimo despreocupado a explorarlo por mi cuenta, sintiendo solamente no disponer de un arma apropiada para procurarme caza. La marcha desde el ribazo a través de la sabana era muy aliviada, visto que la pendiente reseca y pedregosa iba de bajada en todo el camino. Los bordes del bosque por el lado que yo caminaba se mostraban muy ralos, formados en su mayor parte por árboles enanos de los que crecen en el suelo rocoso, y por matorrales espinosos que daban una flor en forma de lentejas. Poco más allá me encontré con una vegetación más tupida, donde los árboles eran más altos y de especies más variadas. Una vez pasado esto llegué a otro claro estéril, como el que orillaba el bosque, donde las rocas asomaban a la superficie del terreno y no había otras plantas que los matorrales espinudos de amarillas flores. Pasada esta banda estéril que parecía extenderse por distancia considerable de norte a sur, y tenía de unos cincuenta a cien metros de ancho, el bosque volvió a tupirse y los árboles a ganar altura, con una espesa vegetación menuda debajo, que estorbaba la vista y hacía difícil la marcha.

Pasé unas cuantas horas en este paraíso salvaje, que era mucho más delicioso que las anchas selvas que tan bien conocía en la Guayana; pues aquí, si bien los árboles no alcanzaban proporciones tan majestuosas, era aún mayor la variedad de plantas; en todo lo que pude internarme no había ningún sitio lóbrego bajo los árboles, y la cantidad de hermosos insectos que aparecían por todas partes probaba la benéfica influencia del aire y la luz. Aun allí donde los árboles eran más corpulentos, los rayos del sol penetraban tamizados por el follaje hasta alcanzar exquisitos tonos de un dorado verdoso, que bañaban los espacios inferiores con una tierna media luz y desvaídas sombras azul-grisáceas. Tendido de espaldas y con la vista en lo alto, no sentía deseos de levantarme y proseguir mi paseo. ¡Dónde encontrar techo comparable al que se dilataba por encima de mi cabeza! Lo llamo techo, igual que los poetas que en su pobreza de expresión suelen describir con esa palabra el infinito cielo etéreo; pero no era más parecido a un techo ni estorbaba más al vuelo del espíritu, que lo hacen las nubes altas que flotan con formas y tintes cambiantes, e igual que el follaje tamizan el intolerable resplandor del mediodía. ¡A qué remota distancia por encima de mi cabeza parecía estar aquel flotante islote de follaje en que ponía la mirada! Es sabido que la naturaleza fue la primera en enseñarle al arquitecto cómo producir por medio de altas columnatas la ilusión de la distancia; pero la opacidad de las techumbres fabricadas por el hombre le impide obtener estos luminosos efectos de altura. La naturaleza es aquí inimitable con su verde pabellón aéreo, tal una nube impregnada de sol -nube tras nube-, y aun cuando la más alta no alcancen a distinguirla los ojos, la luz se filtra siempre a través de ella, iluminando los anchos espacios inferiores, aposento tras aposento, y cada uno con su luz y su sombra propias. Muy por encima de mi cabeza, pero no tanto como parecía, la tierna penumbra de uno de esos aposentos aéreos es ahora traspasada por un dardo de luz áurea que cae por algún claro del ramaje más alto, inundando de glorioso resplandor a cuanto toca: la punta de

las ramas, las manchas de musgo en forma de rostros barbados, y las cuerdas serpentinadas de las plantas parasitarias. Y en el claro más abierto de aquellos espacios, no suspendido en cosa alguna visible, el rayo de sol revela una maraña de hilos de plata reluciente: la tela de alguna araña gigante de los bosques. Estos hilos, remotos en la apariencia, pero claramente visibles, me ayudan a recordar que el artista humano consigue sus efectos de distancia horizontal por medio de una monótona repetición de sus arcos y pilares, colocados a regulares intervalos, y que la menor alteración de ese orden vendrá a destruir el efecto. Pero la naturaleza produce sus efectos al azar y parece solamente aumentar la hermosa ilusión con esa infinita variedad de decoración en que se complace, atando un árbol con otro por medio de lianas semejantes a serpientes, y pasando de esos enormes cables a las telas transparentes y esas fibras no más gruesas que un cabello, que hasta la vibración de las alas de un insecto hace estremecer.

De esta manera dejé pasar el tiempo, sumido en la ociosidad y feliz de saber que ningún ser humano, civilizado o salvaje, estuviera conmigo. Era mejor estar solo para escuchar a los monos que se entretenían en su cháchara que a nadie ofende, seguirlos en las ocupaciones nada graves de su existencia. Con esa lujuriente naturaleza tropical, sus nubes de follaje y sus fantásticas mansiones aéreas repletas de misterio, esos seres armonizaban bien en lenguaje, apariencia y movimientos: ángeles grotescos que viven sus fantásticas vidas muy por encima del suelo en un semiparaíso a su hechura.

Vi más monos esa mañana que los que acostumbraba encontrar en el curso de una semana de andanzas. Aparecieron también otros animales; recuerdo particularmente dos *accouries* que hice salir de su escondite y que tras huir por una corta distancia, se pararon y volvieron a observarme, como indecisos entre mirarme como amigo o enemigo. Abundaban también los pájaros en manera extraña; y aquello me impresionó en conjunto como la más rica reserva de caza que hu-

biese yo visto, asombrándome al pensar que los indios de la aldea no parecieran frecuentarla.

Al caer la tarde volví al poblado y les hice una entusiasta relación de mis impresiones, hablándoles no por cierto de las cosas que habían impresionado mi espíritu, sino de lo que podía tocar al alma de un indio de la Guayana: el alimento animal que ansía y que, por lo que se ve, la naturaleza se empeña en negarle a fuerza de mezquinárselo. Para sorpresa mía, los indios movieron la cabeza y se mostraron alarmados por lo que dije, y, finalmente, mi huésped me dio a saber que el bosque visitado por mí era un sitio peligroso; que de frecuentarlo ellos podrían recibir grave daño, y terminó aconsejándome no volver por allá.

Comencé a comprender por su manera de mirar y por las vagas palabras del cacique, lo supersticioso de sus temores. De haber existido allí criaturas peligrosas -tigres, serpientes *camudis* o indios alzados- me lo habrían dicho claramente; pero cuando los urgí a preguntas, todo lo que hicieron fue repetir que "algo malo" existía en aquel lugar, y que abundaban allí los animales porque ningún indio que estimara su vida se atrevía a aventurarse en sus vecindades. Yo repliqué diciendo que, a menos que me dieran razones más precisas, iría ciertamente otra vez, corriendo los riesgos por ellos temidos.

Lo que ellos tomaron por una temeridad mía no dejó de sorprenderles; pero ya comenzaban a comprender que sus supersticiones no me afectaban; que las miraba como historias inventadas para entretener a los niños, y por lo pronto no hicieron otro intento para disuadirme.

Al día siguiente volví al bosque de mal agüero, el que ahora tenía para mí un mayor encanto: la fascinación de lo desconocido y lo misterioso; bien que la advertencia que acababa de recibir me hiciera desconfiado y cauto al principio, pues no podía dejar de preocuparme. Cuando uno piensa en que la mayor parte de su vida se pasan en los bosques, que llegan a serles tan familiares como las calles de nuestro

pueblo natal a nosotros, parece casi increíble que estos salvajes sientan un temor supersticioso hacia la selva, esquivándola hasta de día claro, tanto como un chiquillo nervioso atiborrado de historias de aparecidos teme a un cuarto oscuro. Pero, semejantes al niño en el cuarto oscuro, ellos sólo temen al bosque cuando andan solos, y por esta razón siempre salen a cazar en parejas o grupos. ¿Qué era, pues, lo que les impedía frecuentar este bosque en particular, donde podrían hallar tanto provecho? El enigma no dejaba de preocuparme; aunque al mismo tiempo me avergonzaba de ello y me esforzaba por olvidarlo, hasta que por fin me interné hacia el mismo punto escondido donde había permanecido por tanto tiempo en mi primera visita.

En este sitio me tocó presenciar algo nuevo y tuve una extraña experiencia. Sentado en el suelo a la sombra de un árbol corpulento, comencé a oír un rumor confuso, como el de un temporal de viento que se acercara, entremezclado con agudos gritos y llamados. Se oyó más y más cercano el rumor hasta que una multitud de pájaros de toda especie, pero en su mayoría pequeños, se presentó a mi vista como nubarrón por entre los árboles, unos corriendo por los troncos y ramajes gruesos, otros volando por entre el follaje, y algunos manteniéndose en el aire o lanzándose como flechas en una u otra dirección. Andaban todos a la rebusca de insectos, al mismo tiempo que avanzaban, por lo que en poco rato hubieron registrado los árboles de la vecindad, y desaparecieron; pero no satisfecho con lo que había visto, yo me incorporé de un salto y corrí tras la bandada para no perderla de vista. Toda mi cautela y hasta el recuerdo de lo que habían dicho los indios fueron echados en olvido, a tal punto me interesaba aquella legión de pájaros; pero como ellos avanzaban sin cesar, pronto me dejaron atrás, pues mi avance fue detenido por una impenetrable maraña de matorrales, guías de plantas y raíces de grandes árboles que se tendían como cables por el suelo. En medio de este laberinto boscoso, me senté en la raigambre saliente de un árbol, a fin de refrescarme antes de emprender el regreso hacia mi refugio ante-

rior. Tras esa tempestad de movimiento y de confusos rumores, el silencio del bosque parecía muy hondo; pero antes de muchos minutos de reposo, surgió de él un aire suave de exquisita melodía, como el gorjeo de un ave maravillosamente puro y expresivo y sin semejanza con sonido musical alguno que yo hubiese oído antes. Parecía salir de un macizo de anchas hojas de enredadera, a pocos pasos apenas de donde me hallaba sentado. Con los ojos fijos en aquel verde escondite me quedé como sin aliento a la espera de su repetición, pensando si algún individuo civilizado habría escuchado jamás melodía semejante. Por supuesto que no, pensé, o de otra manera la fama de tan divina melodía habría sido propagada desde hace mucho tiempo por el mundo. Recordé al *rialejo*, el celebrado pájaro-flauta, y las diversas versiones de su canto que dan los viajeros. Para algunos su canto es semejante al sonido de un instrumento maravilloso, mientras que a otros les parece el cantar de un niño contento con una voz altamente melodiosa. A menudo había oído yo también el canto del rialejo, en los bosques de la Guayana; pero lo que ahora oía, esta canción, esta frase musical, era enteramente diferente en su carácter. Era más pura, más expresiva, más suave, tan baja que a una distancia de cuarenta metros me habría costado oírla. Pero su mayor encanto era su parecido con la voz humana, una voz purificada y abrillantada hasta parecer algo celestial. Es de imaginar, pues, mi impaciencia tras tanto aguzar mis sentidos; mi tremendo desaliento al no oírla repetirse. A la larga me levanté de muy mala gana y comencé lentamente el regreso, pero cuando había andado unos treinta pasos, otra vez la suave voz volvió a oírse allí a mis espaldas, y volviéndome de repente me quedé inmóvil y a la espera. La misma voz, pero no la misma nota, no la misma frase; las notas eran diferentes, más variadas y dichas con más rapidez, como si el cantante se sintiera excitado. La sangre se me agolpó al corazón mientras lo escuchaba; mis nervios vibraban con un extraño deleite, el éxtasis producido por esa música, exaltado aún más por la sensación de misterio. No pasaron más que unos mo-

mentos hasta volver a oír la voz, ahora más lenta y profunda, infinitamente dulce y tierna, bajando hasta un secreteo que pronto dejó de ser audible; y todo no duró más que lo que yo tardaría en decir una sentencia de una docena de palabras. Esto debió ser la despedida del cantor, porque en vano puse el oído en espera de su repetición; y después de volver al punto de partida, me pasé más de una hora sentado con la esperanza de oírla una vez más.

El sol que se ponía me obligó a salir del bosque, pero no antes de que hubiera hecho la resolución de volver a la mañana siguiente en busca del sitio donde había encontrado esa revelación encantadora. Después de cruzar el claro reseco del bosque de que ya he hablado, y cuando estaba a punto de alcanzar el borde donde se hallaban los árboles enanos y matorrales que morían al margen de la sabana, ¡con qué alegría y asombro oí nuevamente la melodía misteriosa! Parecía salir de un matorral vecino; pero a estas alturas yo me hallaba ya convencido de que esta voz del bosque poseía un ventriloquismo que me impedía apreciar su dirección. Sin embargo, estaba cierto de una cosa: de que el cantor me había venido siguiendo desde los comienzos. Una y otra vez mientras estuve allí la voz se dejó oír, ya tan desvanecida y, en apariencia, tan remota que apenas se distinguía; luego, rompía de pronto clara y sonora a unos cuantos pasos de mí, como si el hurraño pajarito se pusiera de repente audaz; pero, cercano o distante, el vocalista permanecía invisible, y a la larga la tentadora melodía se extinguió del todo.

CAPITULO III

NO salí chasqueado de mi próxima visita al bosque ni de las que siguieron; y esto me pareció probar que si yo tenía razón en creer que esas extrañas melodiosas voces procedían de un pájaro u otra criatura, ésta o aquél, por más que persistiera en no mostrarse, andaba a la espera de mi aparición y me seguía dondequiera que yo fuese. Esta idea solamente sirvió para aumentar mi curiosidad. Me lo pasaba cavilando en el asunto y por último llegué a la conclusión de que lo mejor sería inducir a uno de los indios a que me acompañara al bosque, por si estaba en situación de explicarme el misterio.

Uno de los tesoros que había podido conservar en mi convivencia con estos hijos de la selva, que andaban mostrándose siempre ansiosos de llegar a ser dueños de mis prendas, era una linda cajita de metal para guardar fósforos contra la intemperie, y que se abría por medio de un resorte. Recordando que Kuakó entre otros había puesto ojos codiciosos en esa prenda -la codicia que ellos mostraban había aumentado mi aprecio por ella-, traté de tentarlos con la oferta de la cajita a condición de acompañarme a mi retiro favorito. El bravo mocetón se negó una y otra vez, pero en cada ocasión se ofreció para hacerme otro servicio o darme alguna otra cosa a cambio de la caja. Por último, le dije que se la daría a la primera persona que quisiera acompañarme, y temiendo que alguien se mostrara bastante valiente para ganar el premio, por fin reunió todo su valor, y a la mañana siguiente, al verme salir de paseo, de pronto se me ofreció para acompañarme. Con su malicia de salvaje trató de obtener la cajita a la partida; pero la astucia del pobre no era muy profunda. Le dije que el

bosque que íbamos a visitar abundaba en pájaros y plantas diferentes de los que había podido conocer en otras partes, que yo deseaba aprender sus nombres y todo lo tocante a ellos, y que cuando hubiera obtenido la información que necesitaba, entonces la cajita pasaría a su poder..., pero no antes. Al fin emprendimos la marcha; él, como de costumbre, con su cerbatana, con la cual me figuré obtendría más caza que la que generalmente sucumbía a sus flechitas ponzoñosas. Al llegar al bosque noté que el indio estaba intranquilo; nada podía persuadirlo a internarse en lo más espeso, y hasta en los sitios más claros y limpios de follaje, estaba constantemente mirando hacia los matorrales y parajes sombríos, como si esperara ver allí acechándolo a alguna espantosa criatura. Su conducta podría haberme hecho perder la serenidad, a no estar ya definitivamente convencido de que sus temores eran pura superstición y que no podía haber animales temibles en un lugar que yo acostumbraba frecuentar diariamente. Mi plan era vagar de aquí para allá con un aire despreocupado, indicando de vez en cuando algún árbol desconocido, un arbusto o enredadera, o llamar su atención hacia algún grito distante de pájaro, y que me dijera su nombre, en la esperanza de que se hiciera oír la voz misteriosa y él pudiera darme una explicación de la misma. Pero pasarían cerca de dos horas yendo de aquí para allá, sin oír otra cosa que las voces ordinarias de los pájaros, y en todo este tiempo, Kuakó no se movió una pulgada de mi lado ni hizo intento alguno de cazar algo.

Al fin nos sentamos debajo de un árbol, en un claro próximo a la linde del bosque. El se sentó de muy mala gana y parecía más preocupado que nunca, volviendo los ojos a uno y otro lado, en tanto que seguía ansioso cada ruido. Los ruidos no eran ciertamente, escasos, debido a la abundancia de vida animal, y especialmente de pájaros, en este favorecido lugar. Comencé a preguntarle a mi acompañante si conocía las voces de algunos de los pájaros que gritaban. Unas eran voces tan familiares para mí como el canto del gallo; gritos de loros y graznidos de tucanes, los distantes llamados lamentosos del *maam* y

el *duracara*, las agudas notas que remedan una carcajada del corpulento trepador de árboles, a medida que pasaba de un árbol a otro; el rápido silbido del *cotinga*, y los extraños lamentos entrecortados, como de pigmeos que redoblaran en metálicos tambores, de los tordos llamados *pita*. Con éstas se mezclaban otras voces menos conocidas. Una venía de las copas de los árboles, por donde andaban merodeando constantemente a través del ramaje; una nota baja repetida a intervalos de algunos segundos, tan tenue y doliente y empapada de misterio que a ratos esperaba oír que procedía del inquieto fantasma de un pájaro difunto. Pero no; todo lo que el indio me dijo fue que provenía de una "avecita" -tan pequeña por lo visto como para no merecer un nombre especial-. Del follaje de un árbol cercano llegaron unos cuantos sonoros trinos, como de las cuerdas de un pequeño mandolín que hubiesen sido pulsadas al azar por el tocador. Díjome que procedían de una menuda rana verde que vivía en los árboles; y en esta forma el rudo indio -molesto acaso con tanta pregunta trivial- barrió de mi imaginación las fantasías que tejiera en la soledad del bosque. Pues yo acostumbraba escuchar con frecuencia el retintín de esa música, y me había formado la idea de que aquel sitio era frecuentado por una tribu de fantásticos monos trovadores, y que si mi vista fuese bastante rápida, algún día podría sorprender al músico sentado a pierna cruzada y revestido de una túnica verde, acaso balanceándose en cualquiera rama alta, mientras pulsaba al capricho su mandolín suspendido del cuello por una cinta amarilla.

No pasó mucho sin que un pájaro apareciera volando bajo y rápidamente, con su gran cola desplegada en abanico, y se parara en una rama bien visible, a no más de veinte metros de nosotros. Era de un color castaño rojizo, de cuerpo alargado y de un tamaño comparable al de la paloma; su actitud demostraba que su curiosidad estaba alerta, pues se volvía de un lado a otro, mirándonos primero con un ojo, luego con el otro, en tanto que su larga cola se alzaba y bajaba con movimiento acompasado.

-Mira, Kuakó -le dije-, ahí tienes un pájaro para matarlo.

Pero él se contentó con menear la cabeza, sin abandonar su vigilancia.

-Dame tu cerbatana, entonces -le dije riendo y estirando el brazo para tomarla. Pero él rehusó entregármela, a sabiendas de que sería flecha perdida si yo disparaba.

Y como yo insistiera en que matara al pájaro, al fin se inclinó a mi oído para decirme muy bajito, como temiendo que alguien pudiera oírlo:

-No puedo matar nada aquí. Si le disparara al pájaro, la hija de la *Didí* tomaría la flecha al vuelo y me la clavaría aquí. Y se tocaba el pecho por encima del corazón.

Yo volví a reírme, diciéndome para mí, que después de todo Kuakó no era tan mala compañía, ya que no carecía de imaginación. Pero a pesar de reírme, sus palabras no dejaron de avivar mi interés y parecían indicar que la voz que interesaba mi curiosidad había sido oída por los indios y era un misterio tan grande para ellos como lo era para mí, ya que no siendo parecida a la de ninguna otra criatura conocida de ellos, su espíritu supersticioso la atribuiría a alguno de los numerosos demonios o semihumanos monstruos que habitan cada selva, raudal o montaña, y el temor a ellos los haría alejarse del bosque. En este caso, a juzgar por las palabras de mi acompañante, la forma de su superstición se había modificado un tanto, al inventar la hija de un espíritu del agua a quien temerle. Mi conclusión fue que si su ojo penetrante no había conseguido jamás ver en el bosque a la esquiva criatura de alma musical, no era probable que yo alcanzara mejor suerte en mi empeño.

Comencé a interrogarlo, pero ahora él se mostraba menos inclinado que nunca a hablar y más asustado que antes, y cada vez que pretendí dirigirle la palabra, él me imponía silencio, con un vivo gesto de alarma, al mismo tiempo que clavaba los ojos en el contorno, con las pupilas dilatadas. De pronto se puso de pie como dominado por el

terror y salió arrancando a toda carrera. Contagiado con su miedo, me incorporé de un salto y lo seguí tan rápido como pude, pero él me llevaba mucha ventaja y corría como si la muerte fuera persiguiéndolo; y antes de haber corrido treinta metros los pies se me enredaron en las guías de las plantas y quedé tendido a la larga en el suelo. El choque inesperado, repentino, por poco no me hacer perder el sentido por el momento, pero al incorporarme y no ver delante de mí ningún horrible monstruo -Curupitá u otro- abalanzándose a devorarme allí mismo, comencé a sentirme avergonzado de mi cobardía, con el resultado de que a poco me volví caminando hacia el sitio que había abandonado, donde me senté nuevamente. Aún pretendía entonar un aire cualquiera, nada más que para probarme a mí mismo que me había restablecido completamente del pánico con que me contagió el indio miserable; pero en tales casos nunca se puede recobrar inmediatamente la serenidad, y una vaga inquietud continuó agitándome por algún tiempo. Pasada algo más de media hora en esa postura, oyendo los ruidos que hacían pájaros distantes, empecé a recobrar mi antigua confianza, hasta sentirme inclinado a penetrar algo más en el bosque. Tan de repente que casi me hace pegar un salto, mucho más cerca y más alta de lo que jamás la oyera antes, la melodía misteriosa se dejó sentir. No había duda que provenía de la misma criatura a la que había oído en ocasiones anteriores, pero hoy era de un carácter diferente. Su expresión era mucho más apresurada, con menos intervalos de silencio; nada le quedaba de su acostumbrada ternura, ni bajó hasta esa nota de cuchicheo que me daba la impresión de que el alma del viento hubiese expresado sus secretos suspiros en sílabas y palabras. Ahora no era solamente fuerte, rápida y continua, sino que, sin dejar de ser armoniosa, poseía una nota cortante, algo como el filo tajante del resentimiento que la hacía herir dolorosamente los sentidos.

La impresión de un ser inteligente aunque no humano que se dirigiera a mí con ira, se apoderó a tal punto de mi espíritu, que me

volvió el miedo de antes, y poniéndome de pie, comencé a alejarme a paso rápido con la intención de escapar del bosque. La voz continuó amonestándome violentamente, según mi entender, por lo cual apresuré el paso, y pronto habría comenzado de nuevo a correr, de no haber notado un cambio en el tono. Ahora se producían pausas, intervalos de silencio cortos o largos, y tras cada uno de ellos la voz llegaba a mis oídos con un tono más suave y más tierno -más vecino a aquella blanca nota de flauta que había mostrado al principio-; y esta dulzura de tono, reforzada por el acento de conversación que asumía, me dio la idea de un ser que dominara su irritación para dirigirse a mí con ánimo apaciguado, procurando desvanecer mis infundados temores e implorándome que permaneciera con él en el bosque. Por extraña que fuese esta voz sin cuerpo, y por más que fuera causa de un ligero escalofrío con su aire misterioso, parecía ya imposible dudar que viniera a mí en un espíritu de sincera buena voluntad. Y cuando hube recobrado mi compostura, gocé más que nunca oyendo esa voz -tanto más cuanto había sido grande el terror sufrido-, y aparenté la reconciliación. Volví a sentarme por la tercera vez en el mismo sitio. A intervalos la voz me habló de nuevo por algunos momentos, y en mi entender expresaba satisfacción y placer con mi presencia. Pero más tarde, sin perder su tono amistoso, volvió a cambiar. Parecía alejarse y llegar con fuerza desde una distancia considerable, y de tarde en tarde, se me acercaba nuevamente con un acento distinto, que me pareció un ruego. ¿Venía, me pregunté, a invitarme a seguirla? Y si le obedecía, ¿a qué deliciosas sorpresas o tremendos peligros me exponía? ¿Mi curiosidad junto con la creencia de que esa criatura -la llamaré así y no pájaro- ahora estaba bien dispuesta para conmigo, dominó al fin mi timidez, y levantándome me puse a caminar a la buena de Dios hacia el interior del bosque. Pronto no me quedó duda alguna de que ese ser misterioso deseaba que lo siguiera, pues aparecía una nueva nota de alegría en su voz, y continuó cerca de mí mientras caminaba, por momentos acercándoseme tanto que yo no

podía dejar de clavar mis ojos en la espesura del contorno, igual que el pobre Kuakó.

En esta ocasión comencé a sentirme sugestionado por una nueva ilusión -pues estaba resuelto a tenerla por fantasía o ilusión-: la de que algún ser de pies ligeros iba haciendo su camino cerca de mí; de que por momentos percibía el apagado rumor de sus pasos, y alcanzaba a notar un movimiento en las hojas y guías que colgaban como flecos de las ramas, como si al pasar un cuerpo las hubiera tocado y hecho temblar; y una o dos veces creí vislumbrar un objeto gris y desvanecido que se movía a cierta distancia en los espacios más sombríos.

Guiado por este caprichoso ser vagabundo, llegué a un punto en que los árboles eran muy altos y el terreno oscuro y húmedo se veía casi libre de matorrales, y aquí la voz dejó de oírse. Después de esperarla con paciencia y suma atención por un rato, comencé a echar ojeadas medrosas en torno. Faltarían unas dos horas para la puesta del sol, aunque en este sitio la sombra de los árboles mantenía una penumbra permanente; y además había aquí una extrema quietud, pues los gritos de los pájaros llegaban de una larga distancia. Ya me ufanaba de que la voz era hasta cierto punto comprensible para mí: sus explosiones de rabia, causadas a no dudarlo por mi cobarde fuga a la siga del indio; luego su recobrada dulzura que me impulsó a volver, y por último su alegría desde que la siguiera. Y ahora que me había conducido hasta sitio discreto y de profundo silencio y había dejado de guiarme y reclamarme, no podía dejar de pensar que se me había traído hasta allí con determinado propósito, que en este salvaje y solitario retiro estaba por ocurrirme alguna tremenda aventura.

Lo imperturbable del silencio permitía mantenerse en ese pensamiento. Miré frente a mí y me puse a escuchar con atención reconcentrada, respirando apenas, hasta que la espera se hizo penosa -demasiado penosa por fin-, y entonces me volví y di un paso con la intención de dirigirme a la linde del bosque, cuando de muy cerca y

tan clara como una campana de plata, resonó nuevamente la voz, pero sólo por un instante: dos o tres sílabas en respuesta a mi movimiento, y luego volvió a callarse.

De nuevo me había quedado inmóvil, como obedeciendo a una orden, y en actitud de espera. No sabría decir si el cambio era real o puramente imaginado; pero lo cierto es que ese silencio se hizo más profundo y más honda la penumbra. Comenzaron a asaltarme imaginarios terrores. Antiguas leyendas de individuos que fueron atraídos a su perdición por formas bellas y voces melodiosas, adquirieron de repente una tremenda significación. Recordé algunas de las leyendas de los indios, especialmente aquella de un ogro monstruoso que se cree atrae a sus víctimas dentro de lo más sombrío del bosque con su imitación de la voz humana -a veces con la voz de una mujer que pide auxilio- o por medio de una extraña, hermosa y conmovedora melodía. Casi sentía miedo de mirar en derredor por temor a verlo acercarse por sorpresa sobre sus descomunales pies, cuyos dedos se doblan hacia abajo, y el hocico entreabierto en un horrible gesto para lucir sus grandes colmillos verdes. Nada tan alarmante como tener tales ocurrencias en un sitio tan salvaje y escondido; era odioso sentir que me dominaban, a pesar de estar yo cierto de que sólo eran fantasías y creaciones de la mentalidad del salvaje. Pero si esos seres sobrenaturales no tenían realidad, había en cambio otros monstruos de una realidad excesiva, cuyo encuentro sería espantable en estos bosques, estando solo y desarmado, ya que un revólver sería tan poco contra ellos como un fusil de juguete. Algún gigantesco camudi, capaz de molerme los huesos como un manojo de hierbas entre sus anillos constrictores, podría estar al acecho entre las sombras y acercárame sin sentirlo ni ver su piel sombría en la espesura del suelo. O algún jaguar o tigre negro podría acecharme al amparo de un matorral o tronco de árbol, para saltar sobre mí cuando menos lo pensara. O peor todavía, pudiera venir por estos lados una cuadrilla de esos veloces, cruelísimos leopardos carnívoros, de los cuales huye cuanto

alienta en el bosque, dando gritos de consternación, o se quedan paralizados en su camino para caer hechos pedazos en un momento y ser devorados en seguida.

Un ligero roce en el follaje por encima de mi cabeza me sobresaltó y me hizo mirar hacia arriba. Muy alto, allá donde un pálido lampo de luz tamizada del sol caía por entre las hojas, una grotesca cara casi humana, negra como el ébano y bordeada por una gran barba roja, se mostró clavando los ojos en mí. En un momento más había desaparecido. Era simplemente un corpulento araguato, uno de esos monos aulladores; pero me hallaba tan nervioso, que no podía desechar la idea de que fuese algo más que un mono. Otra vez quise alejarme, pero en el momento de mover un pie, clara, firme, imperativa resonó otra vez la voz. Ya no era posible dudar de su significado. Me ordenaba estar quieto, ¡esperar, vigilar, escuchar! De haberme gritado: "¡Escucha, no te muevas!", yo no habría podido entenderla mejor. Por molesta que fuese la espera, ya me sentía incapaz de escapar. Algo terrible iba a ocurrir, según estaba ya convencido, algo que sería mi ruina o que me libraría del encanto que me tenía sujeto.

Y mientras me hallaba en tal forma como clavado al suelo, con gruesas gotas de sudor corriéndome por la frente, de repente sonó junto a mí un grito, débil y claro en su comienzo, y que fue elevándose hacia el fin hasta un aullido tan fuerte, penetrante y sobrenatural, que me pareció que la sangre se me helaba en las venas, y una exclamación de espanto se escapó de mis labios; luego, antes de que expirara aquel largo aullido, un tremendo coro de voces atronadoras resonó en torno mío. En medio de esta terrible tempestad de ruidos yo temblaba como una hoja, el follaje de los árboles se estremecía como bajo la presión de un viento que soplara con furia, y hasta la tierra parecía remecerse bajo mis pies. Indescriptiblemente horribles fueron mis sensaciones de ese momento; estaba ensordecido, y posiblemente me hubiese vuelto loco, de no haber como por

milagro, divisado un corpulento araguato, sentado en una rama por encima de mi cabeza, y que gritaba a toda boca, dilatando en el esfuerzo su pecho y su garganta.

¡No era más que un concierto de monos aulladores lo que tanto me había asustado! Pero mi gran miedo no dejaba de tener su razón en esas circunstancias, desde que todo lo que había ocurrido antes, el silencio y la quietud, el período de espera y la imaginación sobreexcitada, habían arrastrado mi espíritu hasta el último grado de nerviosidad y expectación. Había estado en lo cierto, a no dudarlo, al suponer que mi invisible guía me había traído hasta este sitio con miras determinadas; y ese propósito no era otro que el dejarme en medio de una congregación de araguatos a fin de ponerme en situación de apreciar por la primera vez en mi vida el poder incomparable de sus cuerdas vocales. Siempre los había oído a la distancia: ahora los tenía reunidos por centenares -toda la población de araguatos del bosque, al parecer- junto a mí; y para que se tenga una vaga idea del tremendo poder y el terrible alcance del sonido producido por esta combinación de voces, diré que este animal es capaz de sobrepasar con su aullido al rugir del más poderoso león que haya alarmado los ecos de la floresta africana.

Una vez que hubo terminado este concierto de rugidos, que duró de tres a cuatro minutos, me quedé por unos minutos más en aquel punto y al no volver a oír la voz, me dirigí al linde del bosque y de allí salí de regreso para la aldea.

CAPITULO IV

TAL vez no estuve en situación de pensar en forma coherente acerca de lo que había ocurrido, hasta que no volví a encontrarme completamente libre de las sombras del bosque, bajo la plena claridad del día, en que las cosas se ven como son, y la imaginación, al igual que un prestidigitador pillado en sus farsas y silbado, desaparece todo corrido. De vuelta a casa me detuve a medio camino en el pelado faldeo para echar una mirada de lejos al sitio que acababa de dejar, y entonces la reciente aventura comenzó a tomar en mi ánimo un aspecto medio ridículo. Todos aquellos aprontes del comienzo, el misterioso prelude de algo insólito, inconcebible, que habría de sobrepasar a todas las fábulas antiguas y modernas, y todas las tragedias..., para terminar por fin en un concierto de monos aulladores. El concierto había sido una gran cosa, ciertamente, y hasta podría llamársele lo más asombroso en la naturaleza; pero así y todo... Me senté en una piedra y me solté a reír a mis anchas.

El sol se ocultaba ya detrás de la selva, mostrando todavía su ancho disco rojo por entre el follaje de las copas, y las ramas altas se ponían de un verdor luminoso, como verdes llamaradas que despidieran chispas de luz temblorosa, refulgente; pero en su parte inferior los árboles estaban sumidos en la sombra.

Me sentí muy liviano de espíritu mientras contemplaba esta escena, pensando en lo grato que era recordar la extraña aventura: pensar que había escapado a salvo de todo daño, que ningún ser humano había sido testigo de mi flaqueza, y que el misterio seguía manteniendo para mí su fascinación. Pues, por grotesco que resultara el desenlace,

la causa de todo, la voz misma, era algo más maravilloso que nunca. Estaba firmemente convencido de que procedía de un ser inteligente, y aunque mi materialismo fuera demasiado arraigado para admitir por un momento que se tratase de un ser sobrenatural, no dejaba, por eso, de creer que había algo más de lo que me figuré al principio en las palabras de Kuakó, a propósito de una hija de la Didí. Era evidente que los indios conocían bastante la voz misteriosa y la tenían en sumo terror. Pero eran salvajes, de un carácter muy diverso del mío, y por amistosos que se mostraran hacia un hombre de raza superior, siempre existiría en sus relaciones con él un bajo disimulo, debido, en parte, a la desconfianza que inspiraban todas sus palabras y acciones. No es más hacedero para el blanco ponerse mentalmente al nivel del salvaje, de lo que sería para éste proceder con la franqueza de un niño respecto de los blancos. Cualquier asunto que logre interesar a un blanco que viva entre ellos, será motivo para ponerlos reticentes, y esa reticencia, que se disimula bajo fáciles mentiras o so capa de estupidez, crece invariablemente a medida que es más aparente el deseo de saber algo. Era claro para ellos que un interés muy vivo me llevaba al bosque, de resultas de lo cual yo no podía esperar que me dijeran cosa alguna de lo que ellos sabían, a fin de ponerme al corriente del asunto; y con esto me convencí de que las referencias de Kuakó a cierta hija de la Didí, y a lo que ella le haría si disparara una flecha contra un pájaro del bosque, se le habían escapado en un raptó de sobreexcitación. En consecuencia, nada tenía que ganar con hacerles preguntas, o por lo menos, con manifestarles cuanto me interesaba el asunto.

Tampoco tenía nada que temer, según había quedado convencido por las investigaciones hechas por mi cuenta: la voz podía pertenecer a alguna criatura muy juguetona y voluntariosa, rebosante del más fantástico y caprichoso humor, pero nada más. Estaba seguro de que ella me miraba bien, aunque pudiera ser que no mirara a los indios con buenos ojos, ya que aquel día no se dejó oír hasta que mi escolta

no se dio a la fuga, y en esos momentos se había mostrado irritada conmigo, posiblemente, debido a que yo me había hecho acompañar por el salvaje.

En eso vinieron a parar mis reflexiones sobre las ocurrencias del día, tras lo cual volví a casa de mi huésped, y me senté entre mis amigos, a restaurar las fuerzas con la fuente de ave y pescado que quedaba en el centro del grupo, en tanto que una india me invitaba amistosamente a extraer mi parte de adentro con mis propios dedos.

Kuakó se hallaba tendido en su hamaca, supongo que fumando..., en ningún caso leyendo. Cuando yo entré, levantó la cabeza y me clavó su mirada, probablemente sorprendido de verme vivo, sin ninguna señal de daño, y muy tranquilo. Me reí de su expresión, y él, medio desconcertado, dejó caer de nuevo la cabeza. Después de uno o dos minutos, tomé la cajita de metal y se la tiré sobre el pecho. El la tomó en su mano, e incorporándose de nuevo, me miró con el más vivo asombro. Se veía que le costaba convencerse de su buena suerte, ya que no había sido capaz de cumplir su promesa y parecía resignado a perder el codiciado premio. Deslizándose hasta el suelo de un salto, levantó la cajita por encima de su cabeza, y bajo esa impresión de regocijo desaparecía su aire estólido habitual, en tanto que se agrupaban en torno de él todos los demás, tratando de tomar la cajita en sus manos para admirarla de cerca, a pesar de haberla visto antes no menos de una docena de veces. Pero ahora era de Kuakó, y no del forastero, y por lo tanto, casi les pertenecía, y tenía que verse diferente, más bonita, con un bruñido más brillante en el metal. Y aquel maravilloso gallo esmaltado en la cubierta (dibujado en París, probablemente, pero igual a cualquier otro de la Guayana: el ave favorita que no se les ocurriría matar y comérsela, por lo menos, antes de que se nos ocurriera a nosotros comernos nuestros gatitos o nuestros vistosos canarios), debía verse más gallardo y valiente que nunca, con su cresta carmesí y sus mollejas escarlata y las arqueadas plumas verdeoscuro de su cola. Pero Kuakó, por dispuesto que estuviera a dejar

admirar y elogiar la cajita, no la soltaba de su mano, y les dijo con voz pomposa que no era para que la manosearan ellos, sino para él - de Kuakó-, de hoy para siempre; que se la había ganado por acompañarme a mí (¡ah, hombre valeroso!) hasta el interior del bosque maldito, dentro del cual ellos (criaturas ordinarias y tímidas como eran) no se habrían atrevido a sentar jamás el pie. No estoy traduciendo aquí sus palabras, pero eso fue lo que les daba a entender a ojos vistas, para regocijo mío.

Una vez que hubo pasado el alboroto, Runi, que se había mantenido dentro de una digna calma, hizo algunas observaciones indirectas, al parecer con miras a obtener una relación de lo que yo había visto y oído en el bosque de mal nombre. Yo le respondí que había visto muchísimos pájaros y monos, monos tan mansos que pude haber cazado uno si hubiera dispuesto de una cerbatana, a pesar de que nunca había disparado con esa arma.

No dejó de interesarles eso de que los monos fueran mansos y abundantes, por más que no fuese una novedad para ellos; pero cómo serían de mansos cuando hasta yo, un extraño que no practicaba sus costumbres desde el nacer -que no andaba desnudo, ni tenía la piel oscura, ni ojos de lince, ni movimientos tan callados como los de la lechuza-, había podido mirarlos de cerca. Runi solamente advirtió a propósito de lo que acababa de decirles, que ellos no podían ir a cazar allá. Luego me preguntó si no temía nada.

-Nada -le repliqué con aire indiferente-. Lo que ustedes temen no daña al hombre blanco, y no vale más que esto para mí... y diciendo eso tomé un poquito de ceniza blanca entre los dedos y la soplé con mi aliento. Y contra otros enemigos tengo esto -añadí tanteándome el revólver. Un discurso valiente, apenas transcurrido aquel episodio de los araguatos; pero lo pronuncié sonrojándome..., mentalmente.

El movió la cabeza y dijo que eso era una pobre arma contra ciertos enemigos; agregando, con fundamento, que no procuraría pájaros ni monos para la olla.

La mañana siguiente mi amigo Kuakó tomó su cerbatana, y me invitó a salir con él. Yo consentí con cierta desconfianza, pensando que él había dominado su temor supersticioso, y entusiasmado con mi relato acerca de la abundancia de caza en el bosque, se propondría dirigirse allá conmigo. La experiencia del día anterior me había hecho pensar que sería mejor que en adelante yo me presentara solo. Pero le estaba dando al pobre mozo más crédito que el que merecía: se hallaba muy lejos de sus intenciones encarar nuevamente el misterio terrible. Tomamos una dirección diferente y anduvimos horas por regiones boscosas, donde escaseaban los pájaros, y cuando los había, solamente de poco tamaño. Luego mi guía me dio una segunda sorpresa al ofrecérseme para enseñarme el uso de la cerbatana. ¡Este iba a ser, pues, mi premio por haberle regalado la cajita! Consentí de buena gana, y con aquella arma interminable y molesta en mi mano, e imitando los movimientos felinos y la cautela inquisidora de mi acompañante, procuré convencerme de que yo era un simple salvaje de la Guayana, sin conocimiento alguno de ese artificioso estado social en que había nacido, y que ahora dependía de mi habilidad y del puñado de flechas envenenadas para ganarme el sustento. A fuerza de voluntad me desprendí de mi experiencia y conocimientos de toda la vida -o de tanto como era posible-, y me reconcentré a pensar en las generaciones de mis imaginarios antepasados difuntos que habían recorrido esos bosques desde los tiempos anteriores a Colón; y por pueril que fuese el placer que derivara de tales fantasías, me hicieron pasar el día volando. Kuakó estaba constantemente a mi lado, ayudándome y dándome indicaciones, mientras yo disparaba una flecha tras otra, sin alcanzar a un solo pájaro. Sólo Dios sabe a donde iban a parar esas flechas que salían disparadas al azar e iban a perderse para no aparecer nunca, con excepción de algunas que mi acucioso compañero siguió con la mirada en su trayectoria y pudo recobrar al fin. Dos o tres pájaros fue todo lo que recogimos en un día de caza, y éstos fueron muertos por Kuakó y no por mí, además de una zarigüeya pe-

queña que su aguda mirada descubrió en lo alto de un árbol, metida dentro de un nido abandonado; pero habiendo dejado por olvido que su larga cola colgara hacia abajo. El número de flechas que derroché debió ser una pérdida considerable para Kuakó, pero él no pareció preocuparse por ello, ni hizo comentario alguno.

Al día siguiente me sorprendió con un ofrecimiento para darme una segunda lección, y volvimos a salir. En esta ocasión se había provisto con un buen número de dardos, aunque -¡hombre prudente!- no los había envenenado, y no importaba mucho, en consecuencia, que se perdieran o no. Creo que esta vez mejoré un poco la puntería; fuese así o no, mi instructor declaró que no pasaría mucho tiempo sin que yo fuera capaz de alcanzar a un pájaro. Esto me hizo reír, y decirle que si me colocara a unos veinte pasos de un pájaro no más chico que un hombre de poca estatura, acaso consiguiera alcanzarlo con una flecha.

Estas palabras tuvieron un efecto tan inesperado como considerable. Kuakó se paró de repente, me miró con ojos desencajados, se le arrugó la cara y luego rompió en una tremenda carcajada, que no dejaba de parecerse al rugido de los monos aulladores, al mismo tiempo que se golpeaba los muslos con un vigor estupendo. A la postre recobró su compostura para preguntarme si una mujer menudita no daría lo mismo que un hombre chico, y como yo le respondiera afirmativamente, él se largó a reír con la misma gana.

Pensando que sería fácil hacerlo reír mientras estuviera en tal estado de ánimo, comencé a hacer algunos chistes desabridos -desabridos, pero tan pasables, por lo menos, como el que había provocado su tremendo regocijo-, pues me divertía verle comportarse en forma tan desusada. Pero ninguno alcanzó su efecto: no había manera de dar en el blanco por segunda vez; él se contentaba con mirarme con ojos distraídos y dar un gruñido semejante al del pécarí, pero sin pizca de aprobación, y seguir andando. Con todo, a intervalos volvía a referirse a lo que yo había dicho tocante a alcanzar un pájaro grande

con mi flecha, y se echaba a reír de nuevo a toda orquesta, como si ese admirable chiste no se agotara tan fácilmente.

Al tercer día volvimos a salir juntos a ejercitarnos con los pájaros..., a asustarlos, por lo menos, ya que no a matarlos; pero antes del mediodía, al ver que Kuakó tenía intenciones de ir a un lugar distante donde esperaba encontrar caza mayor, lo dejé solo y me volví a la aldea. La práctica con la cerbatana había perdido su novedad, y no tenía intenciones de continuar día a día con ese ejercicio; más que eso, estaba ansioso, después de tan largo tiempo, de hacer una visita a mi bosque, conforme empezaba a llamarlo, a la espera de oír aquella misteriosa melodía que comenzaba a saborear y a echar de menos aun cuando hubiera pasado apenas un día sin oírla.

CAPITULO V

DESPUÉS de almorzar apresuradamente en la aldea, salí con las más agradables anticipaciones en dirección al bosque, pensando en lo grato que resultaba internarse en él. ¡Qué belleza tan suya, qué fragancia y melodiosidad poseía por encima de cualquier otro bosque, debido al misterio que me atraía a él! Y era mío, real y absolutamente mío, tanto como cualquiera porción de la superficie de la tierra podía pertenecer a un mortal.... mío con todos sus productos; las maderas preciosas, y frutos y resinas fragantes que nunca serían vendidos por dinero; sus animales monteses que ningún hombre acosaría; ni siquiera habría salvajes envidiosos que me disputaran su posesión o pretendieran que estaba dentro de sus dominios de caza. Me entretuve con esta función mientras crucé la sabana; pero una vez que alcancé lo alto de la cuesta para abarcar desde arriba todo mi nuevo dominio, el capricho de mi fantasía se convirtió en un sentimiento tan agudo que me penetró hasta el corazón, y era comparable al dolor en su intensidad, hasta el punto de hacer afluir lágrimas a mis ojos. Y sin importarme en tales soledades disimular mis sentimientos ante mí mismo, ni ante los anchos cielos que me miraban y veían desde lo alto -pues, lo más dulce de la soledad es que nos sentimos libres en ella y no sujetos ya a los convencionalismos-, caí de rodillas y besé el suelo pedregoso, y luego levantando la mirada di gracias al Autor de mi ser por la merced del bosque virgen, de sus mansiones de follajes donde había encontrado una felicidad tan grande.

Exaltado con sensaciones tan intensas, penetré en el bosque poco después de mediodía; pero ninguna voz melodiosa me dio la bien-

venida familiar que esperaba, ni mi invisible acompañante se hizo sentir una sola vez en todo el día, o por lo menos, en su acostumbrado gorjear de pájaro. Pero este día me ocurrió una curiosa aventurilla, y oí algo realmente extraordinario, muy misterioso, que no podía dejar de asociar en mi imaginación con el ser musical que tan a menudo me seguía en mis andanzas.

Era un día extraordinariamente claro, sin una nube, pero con mucho viento, y hallándome en una parte rala del bosque, cerca del borde, donde podía sentirse la brisa, me senté a descansar en la parte más baja de una gruesa rama que estaba medio tronchada, pero que seguía unida al tronco del árbol mientras que la punta se apoyaba en el suelo. Frente a donde me hallaba crecía una planta baja y de vasto ruedo, cubierta de anchas y redondas hojas relucientes, y la rotundidad, firmeza y posición horizontal de las hojas más altas las asemejaba a una colección de pequeñas tarimas o mesas redondas distribuidas casi al mismo nivel. Un tallo delgado sobresalía por encima de las hojas hasta la altura de un pie o poco más, y de un brote de la copa colgaba una telaraña deshilachada. Una hojita seca se había enredado en la punta de uno de los hilos y arrojaba su pequeña, nítida sombra sobre las hojas de más abajo; y como aquélla temblaba y se balanceaba al capricho del viento, la manchita negra palpitaba o volaba de un lado a otro sobre la superficie bruñida de las hojas, y no estaba casi nunca en reposo. Ahora bien, mientras yo me quedaba observando la planta y la pequeña sombra danzante, dándome cuenta apenas de estar observando algo, reparé en una menuda araña, de cuerpo chato y patas cortas, que trepaba con cautela hasta alcanzar una de las hojas más altas. Su color de un rojo pálido con franjas de un negro aterciopelado, fue lo primero que atrajo mi atención hacia ella, pues eran colores muy hermosos; y pronto voy descubriendo que ésta no era una araña tejedora y casera, sino un cazador furtivo que capturaba su presa igual que un gato, abalanzándose desde su escondite con un solo salto. La sombra movable había atraído su atención, y según pudo

verse más tarde, la confundió con una mosca que corriera de un lado a otro y saltara de una a otra hoja. Comenzó entonces una serie de asombrosas maniobras de parte de la araña, con el fin de atrapar a la imaginaria mosca, y tales maniobras parecían especialmente adaptadas a este caso particular, visto que nunca se habría presentado un insecto tan incansable como esa mosca. Cada vez que la sombra pasaba frente a ella, la araña corría rápidamente en la misma dirección, escondiéndose bajo las hojas, siempre con miras de ponerse a tiro sin alarmar a su presa; pero en ese momento la sombra comenzaba a girar en estrechos círculos y la araña debía comenzar un nuevo plan estratégico para adaptarse a las circunstancias. Me interesé a tal punto en esta curiosa escena, que comencé a desear que la sombra se mantuviera quieta por unos segundos, a fin de darle una oportunidad al cazador. Por último, se cumplió mi deseo: la sombra estuvo casi inmóvil, mientras la araña se acercaba con tanto disimulo que parecía no moverse, y al acercarse me pareció distinguir un temblor de nerviosidad en el menudo cuerpo azotado de la araña. Luego vino la escena final: rápida y recta como una flecha, la araña se lanzó sobre la sombra-insecto, envolviéndola y girando en torno, con la evidente intención de hacer presa en ella con sus garras y sus mandíbulas; y cuando se convenció de que no tenía cosa alguna entre sus patas, levantó en el aire la parte anterior de su cuerpo como para otear en torno en busca de la fugitiva, aun cuando tal movimiento bien pudiera expresar solamente su estupefacción. En este instante me hallaba a punto de dar rienda suelta a la risa que había estado conteniendo todo este tiempo, cuando justamente a mi espalda, como de alguien que hubiese mirado la escena por encima de mi hombro y se sintiera tan regocijado como yo del chasco, resonó la clara nota de una alegre carcajada. Me incorporé de un salto y me volví rápidamente a mirar, pero no vi allí a criatura viviente. El macizo del follaje donde tropezaba mi mirada se agitaba todavía como si un cuerpo hubiese pasado a través un momento antes. Un instante después todo estaba quieto

nuevamente, aunque yo no estaba seguro de que una bocanada de viento no hubiese remecido las ramas. Pero estaba tan convencido de haber oído junto a mí una verdadera risa humana, o una imitación exacta de la risa, de parte de alguna criatura viviente, que me puse a registrar con gran cuidado el terreno en derredor, en la esperanza de descubrir a un ser de cualquiera especie. Pero no hallé a nadie, y volviendo a mi asiento en la rama tronchada, me quedé meditando por un largo tiempo, ya poniendo el oído a los rumores, ya cavilando en el misterio de aquella cristalina carcajada, hasta llegar a imaginarme que a ejemplo de la sombra de la araña, yo también era engañado y me había parecido oír un sonido que no era tal sonido.

Al día siguiente volví al bosque, y después de vagar por dos o tres horas en él sin oír ninguna voz extraña, pensando que no tenía objeto recorrer los sitios conocidos, me interné hacia el sur y penetré en lo más espeso del arbolado, donde se hacía difícil abrirse paso por entre las marañas del suelo. No temía extraviarme porque alcanzaba a divisar el sol sobre mi cabeza, y contaba, además, con mi instinto, que siempre me sirviera para orientarme y que ahora me permitiría volver al punto de partida.

Había avanzado resueltamente en esa dirección por algo así como media hora, poniendo un grande esfuerzo en abrirme paso en el sentido que deseaba conservar, a pesar de los quites y rodeos que me veía obligado a hacer, cuando llegué a un sitio mucho más abierto. Los árboles eran aquí más bajos y ralos, debido a lo rocoso del suelo, que se inclinaba rápidamente hacia un lado, pero continuaba húmedo y acolchado con musgo, helechos, enredaderas y pequeños arbustos, todo del verdor más encendido. No podía ver nada a unos cuantos pasos adelante, por culpa del matorral y de las altas frondas de helechos; pero momentos después comencé a distinguir un rumor sordo y continuo que, al acercarme unos treinta pasos más, identifiqué con el gorgoriteo del agua corriente. Al mismo tiempo, me di cuenta de que tenía la garganta reseca y de que las palmas de mis manos me pica-

ban con el ardor. Apresuré el paso anticipándome al placer de un buen trago de agua fresca, cuando distinguí de golpe entre el suave chasquido y el canturreo del agua, un sonido distinto -una nota baja y gorjeante- o sucesión de notas que parecían salir de la garganta de un pájaro. Así y todo me sorprendió -todo lo que imitara el gorjeo de un pájaro había llegado a tener tanta importancia para mí-, y deteniéndome donde estaba, agucé el oído. Como no se repitiera, avancé al fin con el mayor sigilo, a fin de no alarmar al misterioso cantante, hasta llegar a un macizo del que pendía un gran manojo de hojas tan ligeras como plumas que crecían en torno de su tronco. Noté que más allá el claro se hacía más ancho todavía, dejando penetrar el sol desde lo alto, y que el raudal que buscaba se descubría por ese lado, a no más de veinte pasos de distancia, aunque todavía no se alcanzara a divisar la corriente. Algo más había allí, que yo alcancé a ver, y que me hizo detener al punto mis pasos. Concentré todos mis sentidos en esa mirada, en tanto que casi no me atrevía a respirar por el temor de ponerla en fuga.

Era una forma humana..., una niña, reclinada en el pasto entre los helechos y las hierbas, junto al tronco de un arbolillo. Uno de sus brazos estaba recogido detrás del cuello sosteniendo su cabeza, en tanto que el otro se mantenía tendido frente a ella, con la mano levantada hacia un pajarito pardusco que se balanceaba en una rama apenas fuera de su alcance. Su actitud era de juguetona familiaridad con el pajarito, probablemente con miras de hacerlo bajar a su mano. El parecía muy tentado a hacerlo, pues brincaba sin descanso de un lado a otro, se daba vueltas de todos lados, sacudiendo las alas y la cola, siempre en la actitud de estar casi decidido a dejarse caer en la mano que se le tendía. Desde donde me hallaba era imposible distinguir bien a la joven, pero así y todo no me atrevía a hacer un movimiento. Alcanzaba a darme cuenta de que era menuda de cuerpo, no más de un metro cincuenta de estatura, delgada, con manos y pies de delicado contorno. Tenía los pies desnudos, y su única prenda de

vestir era una especie de túnica que le llegaba por debajo de las rodillas, y de un material gris oscuro con un ligero lustre parecido al de la seda. Su pelo era muy hermoso, suelto y abundante, y parecía naturalmente ondulado o rizado, arremolinándose sobre sus hombros y brazos. Oscuro era el tono de sus cabellos, pero su verdadero color era tan impreciso como el de su piel, la cual aparecía de un tinte, ni rubio, ni moreno. Cerca de mí como estaba, el conjunto de aquella figura mostrábase, sin embargo, disimulado por una especie de velo que la hacía aparecer vaga y distante, envolviéndola en una tonalidad dominante de un gris verdoso. Este tinte vine a atribuirlo al efecto de la resolana que se colaba por entre el verdor del follaje, pues al incorporarse por un momento para acercar más su mano al pajarito, un rayo desnudo de sol cayó en su pelo y en la piel del brazo, dándole a éste un tinte de perlada blancura, mientras que el cabello, allí donde era tocado por el sol, se mostraba de un lustre desusado, con visos de irisado color.

No más de tres segundos había tenido para observarla, cuando el pájaro levantó el vuelo en repentina alarma, dando cortos y agudos piídos; en el mismo instante ella volvió la cara y me vio a través del reparo transparente del follaje. Pero bien que fuese repentina mi presencia para ella, no dio muestras de una alarma semejante a la del pájaro; solamente sus ojos, muy abiertos, y con una mirada de sorpresa en sus pupilas, se quedaron clavados en mí. Y luego, muy poco a poco, imperceptiblemente, al punto de que no alcancé a notar el movimiento mismo -tan gradual y suave fue, imitando en ello a esos copos de neblina que cambian de forma y de posición, y sin embargo, parecen no haber variado-, la joven se incorporó sobre las rodillas, se puso de pie, retirándose, y con la cara vuelta hacia mí, sus ojos fijos en los míos, desapareció como si se hubiera desvanecido entre las hojas. El follaje estaba ocupando el punto preciso donde ella estuvo un momento antes -las plumas de un ramo de acacia, los tallos y hojas puntiagudas de una planta acuática, junto a los macizos de hele-

chos de grandes hojas macilentas-, y todo aquello aparecía inmóvil, como si ningún cuerpo hubiera podido tocarlo al pasar. Mucho después de haber desaparecido ella, yo seguía sin moverme, con el cuerpo casi enteramente doblado hacia adelante, y la mirada fija en el punto donde ella se había mostrado por última vez, mientras que en mi ánimo las sensaciones más contradictorias se dejaban sentir con aguda intensidad. Era tan vívida la imagen de ella en mi cerebro, que parecía estar siempre presente ante mis ojos; y no estaba allí ni nunca había estado, pues no era más que un sueño, una ilusión, ya que no era posible que en este mundo grosero existiese semejante criatura; al mismo tiempo yo estaba cierto de que ella había estado allí y que la imaginación era incapaz de concebir una forma tan exquisita.

Tuve al fin que contentarme con la imagen grabada en mi memoria, pues por más que permanecí por algunas horas en el mismo sitio, no volví a verla ya ni a sentir aquellos gorjeos familiares. Estaba ahora convencido de haber descubierto en esta muchacha huraña y solitaria, al cantor misterioso que tan a menudo me siguiera por el bosque. Tras larga espera, viendo que se hacía tarde, bebí un sorbo en el manantial y paso a paso salí de mala gana del bosque y me dirigí a mi alojamiento.

Muy de mañana volví al otro día al bosque, gozando por anticipado con mi deliciosa aventura, y apenas hube puesto los pies en los matorrales, llegó a mis oídos un suave rumor de gorjeos, muy semejante al que sintiera el día anterior poco antes de descubrir a la joven reclinada entre los helechos. ¡Tan pronto!, me dije entusiasmado, y me adelanté con paso cauteloso, en la esperanza de pillarla de nuevo descuidada. Pero nada vi; y solamente cuando empezaba a dudar de haber oído algo desusado y me había sentado a descansar en una roca, el gorjeo se repitió con la misma suavidad de antes y muy claro en su proximidad. Ya no volvió a oírse en ese sitio, pero una hora más tarde, en un lugar más apartado, la misma nota misteriosa resonó junto a mí. En el resto del tiempo que permanecí en el bosque se repitió

muchas veces ese saludo, pero siempre sin que nadie se dejara ver ni la voz experimentara cambio alguno.

Solamente cuando el día estaba por terminar abandoné mi rebusca, sintiendo la amargura del desengaño. Entonces se me ocurrió que la causa de la hurañía de la misteriosa criatura se debiera a que se sentía molesta conmigo por haber ido a descubrirla en uno de sus más secretos retiros en el corazón del bosque, y que se había dado la satisfacción de volverme la mano en tal forma.

Al día siguiente todo ocurrió lo mismo, con ella a la siga pero siempre invisible, y sin variar la nota burlona con que parecía desafiarme a descubrirla por segunda vez. Al fin me fastidió y resolví desquitarme de ella con no visitar el bosque por algún tiempo. Se me ocurrió que al mostrarme indiferente conseguiría que ella se dejara de veleidades.

Habiendo amanecido firme en mi resolución, acompañé al día siguiente a Kuakó y a dos indios más a un lugar distante, donde esperaban que las frutas maduras de un marañón atraerían muchos pájaros a la vecindad. Desgraciadamente las frutas continuaban verdes, de manera que no recogimos nada y matamos muy pocos pájaros. Al regreso Kuakó se mantuvo a mi lado, y poco a poco fuimos quedándonos rezagados de nuestros compañeros, momentos que aproveché él para felicitarme por mi puntería, aunque, como de costumbre, yo solamente había desperdiciado las flechas que disparara.

-Pronto será capaz de acertar sus tiros -me dijo-, de alcanzar a un pájaro del porte de una mujer pequeña; y, volvió a reír con su viejo chiste en forma inmoderada. Por último, entrando en confianza, me aseguró que pronto sería yo poseedor de una cerbatana propia para mí solo, con flechas a destajo. El mismo haría las flechas, y su tío Otawinki, cuya vista era muy segura, haría el cañón. Yo tomé la cosa a broma, pero él me aseguró solemnemente que el ofrecimiento era en serio.

A la mañana siguiente me preguntó si iría al bosque de mala fama, y al contestarle negativamente, pareció sorprendido, y cosa inesperada para mí, se sintió a todas luces contrariado. Llegó hasta procurar persuadirme de que debía ir allí, donde antes se me aconsejaba no acercarme siquiera, hasta que ya convencido de mi resistencia, me llevó a cazar por el monte. A poco volvió al tema, expresando que no comprendía por qué no quería volver a ese bosque, y me preguntó si había comenzado a darme miedo.

-No, no es miedo -dije-; es que conozco el sitio de sobra y he empezado a cansarme de él. He visto cuanto allí puede verse -bestias y pájaros-, y oído todos sus extraños rumores.

-Sí, oído, nada más -dijo moviendo con intención la cabeza-; pero no has visto nada extraño. Tus ojos no están bastante aguzados todavía.

Yo me reí con desprecio, añadiendo que había visto todo lo extraño que el bosque podía contener, sin exceptuar a la joven misteriosa, y pasé a describir su aspecto, para terminar preguntando si él se figuraba que un blanco podía asustarse a la vista de una chiquilla.

Mis palabras le causaron asombro; luego pareció sentirse muy complacido, y creciendo en intimidad y confianza, declaró que pronto me convertiría en un personaje de suma importancia entre ellos, y que ganaría grandes honores. Que yo me riera de sus promesas pareció no gustarle ni pizca, y siguió hablándome con mucha seriedad de la cerbatana que me tenía prometida, refiriéndose a eso con la solemnidad de quien ofreciera algo grandioso, igual al presente de algunas leguas cuadradas de tierra o a una gobernación al norte del Orinoco. No tardó en pasar de eso a prometerme algo más maravilloso todavía que la cerbatana y sus flechas sin cuenta; era su hermana menor, Ulava, una doncella de unos dieciséis años, de aspecto tímido, callada y dócil, un poco flaca y algo sucia; y sin ser fea, nada tentadora. ¡Y esa cobriza de un rincón salvaje era lo que se proponía darme a guisa de premio, por mujer! Ansioso por conocer sus intenciones, conseguí

dominar la expresión de mi semblante y preguntarle con qué autoridad un ente como él -que no alcanzaba todavía la prerrogativa de adquirir una mujer para sí- podía pretender disponer tan a la ligera de una hermana. Me respondió que no habría dificultad alguna; que Rumi daría su consentimiento, al igual que Otawinki, Piaké y demás parientes; y por último y *a lo último*, de acuerdo con las costumbres matrimoniales de esas latitudes, Ulava estaría pronta a entregar su persona -con su *queyou* de colmillos de pécarí puesto como collar- a un pretendiente tan digno como yo. A la postre, con la intención de hacer más tentadora la proposición, agregé que no sería necesario que yo me sometiera a ninguna tortura voluntaria, a fin de probar que era todo un hombre, capaz de entrar al purgatorio del estado matrimonial. Yo le di a entender que era demasiado generoso conmigo, y manteniendo toda la gravedad de que era capaz, le pregunté qué clase de tortura me recomendaba. Para mí, en premio de mi valor, no habría tortura, fue su magnánima respuesta. En cuanto a él, Kuakó, ya tenía resuelta la clase de tortura que se prometía experimentar en su propia persona. Prepararía un saco de gran capacidad y echaría hormigas de fuego adentro... -¡Así, a puñados! -exclamó triunfante, agachándose a tomar arena a puñados en sus dos manos-. Una vez que estuvieran las hormigas en el saco, se metería él adentro en cuecos, atándose en torno al pescuezo para mostrarles a todos que las infernales picaduras de todas esas lancetas venenosas metidas en su carne podían soportarse sin un gemido y con semblante impassible. El pobre muchacho no tenía nada de original, puesto que ésa era una de las formas más comunes de autotortura entre las tribus de la Guayana. Pero el insólito entusiasmo con que hablaba de ésto, la infernal alegría que encendía su semblante por lo común tan estólido, hizo que recorriera mi cuerpo una sensación de asco y horror. ¡Vaya una extraña y perversa especie de crueldad es ésa que se deleita anticipadamente con una tortura infligida en uno mismo y no en un enemigo! Para el concepto general, estos salvajes son pacíficos, apacibles.

No, yo no podía creer en su mansedumbre; eso era pura apariencia, siempre que no ocurriera algo que provocase sus crueles instintos salvajes. El asunto era como para reírse a carcajadas; pero la mirada de ufanía que mostraban sus ojos me hicieron odioso el tema, y preferí no mencionarlo en adelante.

Sin embargo, él se empeñaba en hablar de eso..., un sujeto que por lo general no se dejaba sacar las palabras ni con tirabuzón, como nosotros decimos; e insistiendo siempre en el tema, declaró que nadie en la aldea tendría la pretensión de que yo me torturase, pues una vez que hubiese hecho por ellos lo que se esperaba de mí -después de salvarlos de un gran mal-, nada más podría pedírseme.

Le pedí que se explicara, pues sus palabras comenzaban a hacer evidente que todo lo dicho por él iba encaminado a algo muy importante. Habría sido, por supuesto, un error grave suponer que mi indio se hallaba dispuesto a ofrecerme una cerbatana y una virgen ya vendible, por motivos puramente desinteresados.

Como respuesta, él volvió sobre el manoseado chiste tocante a la posibilidad de que yo llegara a alcanzar con una flecha un pájaro del porte de una mujer menuda. Todo quedó en claro cuando pasó a preguntarme si la joven misteriosa que había visto en el bosque no era de un tamaño suficiente para que me sirviera de blanco una vez que hubiera adiestrado más la puntería. Ese era el importante trabajo que querían encomendarme... ¡esa esquiva, misteriosa joven de la voz melodiosa era la infernal criatura que se me pedía ultimar con flechas envenenadas! Para eso quería verme ir más a menudo al bosque, adquirir más familiaridad con los sitios que ella frecuentaba y con sus costumbres, hasta vencer su esquivez y sus sospechas; y llegado el momento, cuando estuviera seguro de no errar el tiro, ¡traspasarla con la flecha fatal! El disgusto que antes me había inspirado el indio mientras se regodeaba con la idea anticipada de la tortura, fue algo débil y pasajero comparado con lo que ahora sentía. Me encaré con él en un violento arranque de furor, y en un momento le habría deshe-

cho en la cabeza la cerbatana que llevaba en la mano, a no ser por la expresión de estupefacción que había en sus ojos, que fue lo que me hizo contenerme y evitar una fatal imprudencia. Hube de contentarme con apretar los dientes y dominar los nervios, a fin de disimular una irritación casi incontenible. Por último, arrojé al suelo la cerbatana y le indiqué que la tomara, añadiendo que no volvería a tocarla jamás, aun cuando me ofreciera, en cambio, todas las hermanas de todos los salvajes de las Guayanas como esposas.

Kuakó seguía observándome mudo de asombro, y la prudencia aconsejaba dominar, en lo posible, la violenta antipatía que había concebido contra él. Le observé entonces con tono de sorna, si creía que yo podría llegar alguna vez a alcanzar a un pájaro o a una criatura humana con una flecha:

-No -le dije casi a gritos, a fin de desahogar de esta manera lo que tenía adentro, y empuñando mi revólver, añadí: -Esta es el arma del hombre blanco; pero es para matar hombres con ella, hombres que pretendan matarlo o perjudicarlo a él; pero ni con ésta ni con ninguna otra arma va él a matar a traición a inocentes doncellas.

De ahí en adelante seguimos en silencio por algún tiempo; hasta que a él se le ocurrió decir que la criatura que yo había visto en el bosque, y que no había llegado a temer, no era una niña inocente, sino una hija de la Didí, un ser perverso; y que mientras ella siguiera habitando el bosque ellos no podrían ir a cazar allí, y aun en otros sitios estaban constantemente con temor de tropezarse con ella. Tal era mi repugnancia del individuo, que estuve oyéndole sin despegar los labios, y cuando llegamos al estero que hay junto a la aldea, me saqué las ropas y me tiré al agua para refrescarme la sangre y recobrar la serenidad antes de volver donde esperaban los demás.

CAPITULO VI

PENSANDO en la joven del bosque mientras reposaba aquella noche en mi camastro, llegué a la conclusión de que ya le había demostrado con bastante claridad lo poco que me gustaba su caprichosa conducta, y que, por lo tanto, ya no era necesario seguirme privando del placer de visitar mis amadas mansiones de follaje. En consecuencia, al día siguiente, tan pronto como hubo parado la lluvia, que cayó tupida toda la mañana, me encaminé cerca del mediodía en dirección al bosque. El cielo se había aclarado por el cenit, pero el aire estaba pesado y húmedo, mientras la aglomeración de nubes plomizas hacia el poniente amenazaba con un nuevo aguacero para más tarde. Mi ánimo estaba, por lo demás, demasiado excitado con la expectativa de un posible encuentro con la ninfa del bosque, para que fuera a preocuparme por esas señales de mal agüero.

Había pasado ya la primera mancha de bosque y cruzaba en esos momentos la porción estéril de terreno que queda a su espalda, cuando mi vista tropezó con un destello de vivos colores que se mostraba en el suelo a unos cuantos pasos de mí. Era una culebra que descansaba sobre el suelo desnudo y de haber seguido caminando sin poner atención, muy probablemente la habría pisado o pasado demasiado cerca de ella. Al mirarla con detenimiento vi que era una víbora de coral, tan afamada por su belleza y rareza como por su mortífero carácter. No tendría más de un metro de largo y era muy delgada, de piel de un rojo brillante con anchos anillos renegridos a trechos, iguales a lo largo de su cuerpo, y cada anillo dividido en la mitad por una estrecha franja amarilla. La simetría del dibujo, los colores en vívido contraste, habrían hecho creer en una serpiente artificial, pin-

tada por algún artista imaginativo, a no ser por el fulgor de vida que se desprendía de sus brillantes escamas. Sus ojos inmóviles eran asimismo como gemas vivientes, y de la punta de su amenazadora cabeza en forma de flecha asomaba la lengua reluciente, moviéndose sin cesar, mientras yo la contemplaba a algunos pasos de distancia.

-Mucho te admiro, señora serpiente -le dije o lo pensé-; pero es peligroso según las autoridades militares, dejar un enemigo o un posible enemigo a retaguardia; quien haga tal cosa será o un mal estratego o un genio, y yo no soy ni una ni otra cosa.

Reculando unos pasos hallé y recogí una piedra tan grande como el puño, y se la disparé a la peligrosa cabeza de la coral, con intención de aplastársela; pero la piedra pegó en el suelo reseco a poca distancia del blanco, y siendo blanda, voló en una infinidad de fragmentos. Mi gesto provocó el enojo del bicho; en un momento avanzó rápido hacia mí con la cabeza en alto. Volví a retroceder, ahora con menos lentitud, y hallando otra piedra me disponía a tirársela, cuando se sintió un grito agudo y penetrante que salía de los matorrales vecinos; y antes de que se apagara el eco salió al frente la joven del bosque, no ya esquivada y tímida, apenas entrevista en lo sombrío del follaje, sino desafiando abiertamente la atención, expuesta a la claridad meridiana del sol, que la hacía aparecer de un color tan rico y luminoso que a nada era comparable. En su presencia todas esas emociones de miedo o repugnancia que nos produce la vista de una agresiva serpiente venenosa que nos sale al paso, se desvanecieron al punto de mi ánimo: todo lo que ahora sentía era asombro y admiración ante aquella brillante criatura, a medida que avanzaba con rápido y airoso paso hacia mí, o mejor dicho, en dirección a la serpiente, que se había interpuesto entre nosotros y se movía con más lentitud a medida que se acercaba. La causa de su repentina audacia, tan extraña a sus costumbres anteriores, era evidente. Ella había estado atisbándome desde cualquier escondite entre el matorral, pronta, a no dudar, a llevarme aquí y allá con su voz juguetona, tal como lo hiciera otras veces,

cuando mi ataque a la serpiente la hizo perder la calma. El torrente de retumbantes sonidos, para mí inarticulados en esa lengua desconocida, sus rápidos gestos y por sobre todo sus chispeantes y dilatadas pupilas, su semblante encendido, hacían imposible equivocarse acerca de la naturaleza de sus sentimientos.

Buscando en la memoria una expresión o una imagen que describa la impresión que me produjo por el momento, se me ocurre *waspish*, o mejor aún, *avispada*, como dicen los españoles, sin darle idéntico sentido al calificativo nuestro ni menos emplearlo jamás en un sentido despectivo... Pero me veo forzado a rechazarlas en seguida, tras un instante de reflexión. Sin embargo, he de insistir en la imagen de una avispa irritada, como la que ofrece acaso la evocación más fiel; alguna grande avispa tropical que se abalanzara sobre mí, como habré visto un centenar de veces, no volando, exactamente, sino moviéndose con rapidez, medio corriendo, medio saltando por el suelo, con fuerte y furioso zumbido y las alas iridiscentes abiertas y agitadas; más bella que muchas otras criaturas animadas en sus esbeltas y graciosas líneas, en su bruñido caparazón y en su variado y brillante colorido, y por esa irritabilidad que viene tan bien y parece darle mayor lustre.

Maravillado ante su extraña belleza y su apasionamiento, me olvidé de la culebra atacante, hasta que la joven se detuvo a unos ocho pasos de mí; entonces advertí con horror que el reptil estaba junto a su pie desnudo. Aun cuando hubiera dejado de caminar, mantenía la cabeza levantada como en actitud de ataque; pero en este punto toda irritación pareció abandonarla; la cabeza comenzó a bajar oscilando despacio de un lado a otro hasta descansar finalmente sobre el empeine del pie desnudo de la joven; y tendido allí inmóvil, el mortífero bicho tenía la apariencia de una liga de seda de vistoso colorido que hubiera resbalado de su pierna. Estaba a la vista que la serpiente no le infundía ningún temor; que era una de esas criaturas excepcionales que suelen encontrarse, según se dice, en todas partes del mundo y

que poseen algún poder magnético de efecto apaciguador hasta sobre los reptiles más ponzoñosos e irritables.

Con todo eso, es posible que para usted, amigo mío, ella no aparezca tan hermosa, ya que, por desgracia, sólo dispongo de las palabras que todos usamos para pintar las cosas más comunes y ordinarias, y ningún medio para representar los exquisitos detalles, todas las delicadas luces y matices, sus rápidos cambios de color y expresión. Por otra parte, ¿no es un hecho que lo extraño e insólito jamás aparecerá bello en una mera descripción, debido a que lo más desusado atrae demasiado la atención y obtiene demasiada prominencia en la pintura, haciéndonos echar de menos lo que hubiera hecho desaparecer el efecto de extrañeza: el perfecto equilibrio de las partes y la armonía total? Por ejemplo, los ojos azules de la gente nórdica, al ser descritos por primera vez ante un habitante de las regiones calientes, no parecerán nada bellos y hasta aparecerán como una monstruosidad, puesto que verán vívidamente con la imaginación esa increíble mancha de azul, sin alcanzar a percibir con la misma precisión los tintes claros de la piel y el cabello que armonizan con aquélla.

No se preocupe, pues, tanto de la pintura que acabo de darle en palabras, como de los sentimientos que me inspirara el original, cuando por primera vez me quedé mirando de cerca su rara belleza, temblando de deleite y gritando en mi fuero interior: "Oh, ¿cómo pudo la naturaleza, que ha creado tantos tipos de seres e innumerables individuos de cada uno de ellos, darle al mundo uno solo de esta calidad?"

Apenas se había formado esta idea en mi cerebro, me apresuré a rechazarla como enteramente absurda. No, esta criatura exquisita era sin duda de una raza diversa que había existido en este rincón del continente por miles de generaciones, por más que ahora se hallara acaso reducido a unos cuantos sobrevivientes próximos a desaparecer.

Su figura y sus rasgos eran de una singular delicadeza, pero lo que más me impresionó fue el colorido de su piel, que era realmente como para diferenciarla de todo otro ser humano. Este sería casi imposible de describir por lo mucho que variaba con cada cambio de humor -y eran muchos y pasajeros- y con el ángulo de donde le caía la luz solar y el grado de claridad.

A cierta distancia bajo los árboles, me había parecido de un blanco desvaído o gris pálido; más cerca, a pleno sol, ya no era blanca, sino alabastrina, con transparencias de color de rosa, y en cualquier punto en que los rayos de luz cayeran directamente sobre ella, este color era vivo y luminoso, como el que vemos en nuestros dedos cuando los ponemos delante del fuego. Pero la parte de su piel que permanecía en la penumbra aparecía de un blanco más apagado, y su tono fundamental variaba de un vago rosa purpúreo a un azul desvanecido. El color de sus ojos armonizaba perfectamente con la tez. Al principio, iluminados por la ira, habían tenido reflejos de llamaradas; ahora el iris era de un tono rojizo tierno, muy particular, un matiz que suele verse en las flores. Pero este delicado tono era discernible solamente cuando se le observaba de muy cerca, debido a que siendo grandes las pupilas, como en muchos ojos grises, las largas y espesas pestañas oscuras las hacían aparecer pardas a corta distancia. No se imagine, pues, ver a la flor roja expuesta al sol en contraste con el verde encendido del follaje; suponga solamente tal matiz en el iris medio escondido, brillante y húmedo con el brillo del ojo, profundo con la profundidad de la pupila e iluminado con la emanación de un alma clara y hermosa. El cabello era todavía de un color más cambiante, debido a su extrema finura y lustre, y a su elasticidad, que le hacía adaptarse dócilmente a la forma de la cabeza, de los hombros y la espalda; una nubecilla resplandeciente en su superficie, debido al revuelo de la cabellera, que le hacía el fondo y el coronamiento más apropiado para tan rara y cambiante belleza. A la sombra, el tono general del cabello era de pizarra, con tendencias a púrpura a retazos;

pero aun en la penumbra el nimbo de cabellos que flotaban libres por encima, medio velaba los tintes más oscuros con una palidez de auro-ra naciente, y a la distancia de unos cuantos pasos, esto le daba a su pelo una apariencia de vaporosa vaguedad. Al sol, su color variaba más, apareciendo ya oscuro, a veces intensamente negro, o ya de un tono incierto, con matices iridiscentes en la superficie, tal como vemos en el plumaje lustroso de algunos pájaros, y a corta distancia, con el sol cayendo en pleno sobre su cabeza, se veía a ratos blanco, igual que una nube de primavera. Era tan cambiante y etérea su apa-riencia, con sus matices de nube, que cualquiera otra cabellera huma-na, hasta la de más bellos matices dorados, rubio claro o cobrizo, ha-bría parecido opaca, pesada y sin vida en comparación.

Pero más que la forma y color, o esa encantadora variabilidad, era la expresión de inteligencia lo que parecía al mismo tiempo comple-tar y confundirse con la vivacidad de los sentimientos que expresaba su semblante: esa viveza que uno nota en cualquiera bestezuela sal-vaje, aun cuando se halle en reposo y sin temor alguno; pero que rara vez se muestra en el hombre y acaso nunca en el hombre intelectual o estudioso. Era ella un ser solitario y montaraz para quien era ininteli-gible el dialecto indiano en que me había dirigido a ella. ¿Qué vida interior o del entendimiento podía tener una criatura semejante, que superase a la de cualquier animal salvaje que existiera en semejantes condiciones? Sin embargo, bastaba mirarla a la cara para convencerse de su inteligencia. Esta unión que en ella se realizaba de dos cualida-des opuestas, que con nosotros no pueden o no llegan a verse juntas, aunque tan inesperada, me impresionó como el mayor encanto de la joven. ¿Por qué la naturaleza no había realizado eso antes..., por qué en los demás el brillo de la inteligencia apaga esa hermosa viveza física que posee el animal salvaje? A mí me bastaba que lo que otros hombres no se habían imaginado o atrevido a esperar, estuviera ahora ante mí; que a través del lustre animal de la vida salvaje irradiara la

lumbre espiritual del entendimiento que nos emparentaba uno con otro.

Estos pensamientos pasaron rápidos por mi cerebro mientras mis ojos se deleitaban en la contemplación de su semblante vivaz y tentador; en tanto que ella me devolvía la mirada clavando la suya en mis ojos, no solamente con una curiosidad sin temores, sino con una expresión asaz inconfundible de confianza y placer ante el encuentro, alentado por ella la tomé del brazo acercándome al mismo tiempo un paso más. En este momento apareció de pronto en su semblante una expresión de sorpresa, casi de espanto; miró al suelo y luego me miró a los ojos; temblaron sus labios entreabriéndose y murmuró una especie de lamento sordo que apenas se hacía sentir.

Pensando que algo la había asustado y que estaba a punto de escapárseme de las manos, y temiendo más que todo que fuese a perderla tan pronto, rodeé con mi brazo su delgada cintura, avanzando al mismo tiempo un paso para conservar el equilibrio; y en este instante sentí un ligero golpe en la pierna y una aguda sensación de quemadura que me atravesó las carnes, y esto fue tan repentino e intenso, que dejé caer el brazo con un grito de dolor y retrocedí dos o tres pasos. Ella no se movió al sentirse libre; sus ojos siguieron mis movimientos y luego se clavaron en el suelo. Yo seguí su mirada, y figúrese usted mi espanto cuando vi allí la serpiente que había olvidado por completo, y que ni siquiera la mordedura me había hecho recordar. Se hallaba allí tendida, enroscando la cola en torno al tobillo de la joven, con la cabeza bien alta balanceándose de un lado a otro y la lengua que movía su doble punta con rápido y continuo temblor. Solamente entonces me di cuenta de lo que había pasado, al mismo tiempo que llegaba a comprender el motivo de la expresión alarmada que asomó a su semblante, junto con los apagados sonidos que salieran de su boca y la mirada de espanto que dirigiera al suelo. Su temor había sido únicamente por mi seguridad, y había querido hacerme una advertencia. ¡Tarde, demasiado tarde! Al acercarme, había tropezado o tocado

a la serpiente con el pie, y ésta me había mordido poco más arriba del tobillo. En pocos momentos comencé a darme cuenta de lo terrible de mi situación. "¡Tendré que morir, tendré que morir! ¡Oh, Dios mío! ¿No habrá medio de salvarme?", decía angustiado en mi corazón.

Ella seguía sin moverse de aquel sitio: sus ojos iban de mí a la serpiente; poco a poco ésta había ido bajando la cabeza sin dejar de balancearla, y la cola se había desenroscado del tobillo de la joven. En seguida comenzó a alejarse, lentamente al comienzo y con la cabeza algo levantada, luego más ligero y al fin se escabulló hasta desaparecer. ¡Se había ido, pero no sin dejar su ponzoña en mi sangre! ¡Maldito bicho!

Después de observar su fuga, levanté la vista hacia el semblante de la joven, ahora velado por la turbación; sus ojos se bajaron ante los míos, a la vez que las palmas de sus manos se apretaban una contra otra y sus dedos se entrelazaban y retorcían alternativamente. ¡Qué cambiada se veía ahora, con aquella fisonomía antes llena de vida, ahora tan pálida y de rasgos tan alterados! Pero no provenía esto solamente de que el trágico fin de nuestras relaciones la traspasara de dolor, sino también a causa de que las nubes que se amontonaban antes por el poniente se habían extendido hasta cubrir todo el cielo con vastas exhalaciones de lívidos vapores, borrando al sol y dejando caer una gran tristeza sobre la tierra.

Aquel repentino crepúsculo y el largo estampido de un trueno cercano, repercutiendo en la serranía, aumentaron mi angustia y desesperación. La muerte en esos momentos se me aparecía indescriptiblemente espantosa. El recuerdo de cuanto hacía amable la vida me traspasó hasta las entrañas -todo lo que la naturaleza significaba para mí, todos los placeres de los sentidos y del intelecto, las esperanzas que prohijaba-, todo se me apareció como bajo el resplandor de un relámpago. Lo más amargo de todo era la reflexión de que había llegado el momento de decir adiós a la hermosa criatura que había descubierto en la soledad -a esta brillante hija de la Didí-, en los precisos

momentos en que había logrado vencer su esquivez... para sepultarme en la maldita tiniebla de la muerte, sin haber llegado a saber jamás el misterio de su vida. Esto fue lo que acabó de privarme de la serenidad, haciéndome temblar las piernas a la vez que asomaban gruesas gotas de sudor a mi frente, al punto de pensar que el veneno comenzaba su rápida y fatal obra en mis venas.

Con paso vacilante me dirigí a una piedra que estaba a dos o tres pasos distantes y me senté en ella. Al hacerlo, me vino la esperanza de que esta niña que vivía en tan estrecha comunión con la naturaleza, pudiera conocer algún antídoto que me salvara la vida. Tocándome la pierna y por medio de otros signos, le hablé en la lengua de los indios:

-Me ha mordido la serpiente -le dije- ¿Qué puedo hacer? ¿No hay alguna hoja o raíz que pueda salvarme de la muerte? ¡Socórrame! ¡Socórrame! -le grité en mi desesperación.

Es probable que ella entendiera mis gestos, ya que no mis palabras, pero no respondió de ninguna manera, y siguió allí inmóvil, de pie, entrelazando y volviendo a desenlazar sus dedos, mientras su mirada me expresaba el más inefable desconsuelo y compasión.

¡Ay!, era en vano recurrir a ella: ella sabía lo que había pasado y lo que probablemente resultaría al final; pero sin dejar de compadecerme, era impotente para salvarme. Luego se me ocurrió que si lograba alcanzar hasta la aldea india antes de que el veneno me arrebatara las fuerzas, acaso ellos pudieran hacer algo para librarme de la muerte. ¡Oh, a qué fui a permanecer por tanto tiempo perdiendo minutos tan preciosos! Comenzaban a caer gruesas gotas de lluvia, aumentaba la oscuridad y el trueno resonaba casi sin interrupción. Con un grito de angustia me levanté de un salto e iba a lanzarme en dirección a la aldea, cuando el resplandor deslumbrante del rayo me detuvo por un momento. Al desvanecerse aquél, dirigí una última mirada a la joven, que se mostraba pálida como la muerte y con el cabello

más negro que la noche. Al verme partir ella tendió los brazos hacia mí y exhaló un sordo lamento.

-¡Adiós, adiós, para siempre! -murmuré, y volviéndole de nuevo la espalda, me interné corriendo como un loco por el bosque.

En la confusión en que me hallaba, había tomado, probablemente, una mala dirección, porque en vez de salir en unos cuantos minutos al borde, donde comenzaba la sabana, descubrí que a cada instante se hacía más densa la espesura. Me paré, perplejo, sin poder abandonar la noción de que había partido con buen rumbo. Por lo pronto, resolví seguir el mismo camino por unos cien metros más, y luego, de no hallar salida, volver sobre mis pasos. Pero esto no era tan fácil. Pronto me encontré preso en un espeso matorral en que me hallé tan confundido, que por primera vez hube de reconocer que me había extraviado sin remedio. ¡Y en qué terribles circunstancias! De rato en rato, un relámpago arrojaba un vívido resplandor azulado por entre los árboles, y esto sólo me servía para comprobar que me hallaba perdido en un sitio donde aun en pleno día y con el mejor tiempo, la marcha habría sido muy dificultosa. La claridad duraba ahora sólo un instante, para dar paso a una oscuridad más espesa. No me quedaba sino avanzar a toda costa, arañándome y destrozándome la piel a cada paso que daba, cayendo y levantándome a medida que avanzaba, unas veces salvando troncos y ramajes caídos, otras, sumido hasta el pecho en algún pantano o corriente de agua.

Perdidos..., enteramente perdidos parecían mis rabiosos esfuerzos, y a cada alto que hacía para tomar resuello casi sofocado por las palpitaciones de mi corazón, un dolor sordo, continuo y provocador en una pierna, venía a recordarme que me quedaban pocas horas de vida, que por culpa de mi tardanza, en un principio, había dejado pasar la única posibilidad de salvarme.

No podría decir cuánto tiempo empleé en abrimme camino por entre la oscuridad y espesura del bosque; tal vez dos o tres horas; solamente que para mí las horas eran como siglos de agonía intermina-

ble. Por fin, inesperadamente, me encontré caminando por terreno libre y parejo. Aquí estaba más oscuro todavía..., más oscuro que en la noche más cerrada, y a la larga, cuando un relámpago vino a través del alto ramaje, descubrí que me hallaba en un lugar de extraño aspecto, donde los árboles eran muy corpulentos y crecían muy separados unos de otros, sin que hubiese ya vegetación parásita que me impidiera la marcha. Una vez que hube recobrado el aliento, eché a correr hasta que, pasado un rato, me vi en un sitio donde no había ya árboles, sino arbustos ralos y plantas pequeñas; y esto me hizo creer por un momento, que había alcanzado la linde del bosque. Pero mis esperanzas salieron fallidas: otra vez hube de abrirme a la fuerza camino a través de la espesura, hasta que al fin salí a una pendiente desnuda, y pude distinguir algo a la luz difusa que dejaban pasar las grietas del cielo anubarrado. Repechando hasta lo alto de la cuesta, descubrí que más allá comenzaba el campo abierto, y por un momento sentí la satisfacción de haberme librado del bosque. Unos pasos más allá, me encontré al borde de un precipicio que no tendría menos de quince metros de profundidad. Nunca había visto esta ladera hasta entonces, y, por lo tanto, comprendí que no estaba en el buen camino. Pero toda la esperanza que me quedaba era la de librarme enteramente del bosque, y buscar el camino de la aldea; así que comencé a seguir el acantilado en busca de una bajada. No vi ninguna brecha y de pronto me hallé detenido por un denso matorral. Me hallaba a punto de volverme sobre mis pasos, cuando noté abajo un árbol de tronco alto y delgado, cuya copa no quedaría a más de dos metros por debajo de donde yo estaba. Crecía desde el fondo del precipicio, pareciendo ofrecerme un medio de escapar. Animándome con la idea de que en caso de matarme en la caída, no haría más que evadir una muerte más lenta y mucho más dolorosa, me dejé caer sobre la copa del árbol y me agarré desesperadamente a sus ramas. Por un instante, me sentí sostenido; pero una y otra rama fueron cediendo bajo el peso de mi cuerpo, y desde ese momento solo recuerdo muy

borrosamente una rápida caída por el espacio antes de perder el conocimiento.

CAPITULO VII

AL recuperar los sentidos, tuve primero la vaga impresión de que estaba tendido en alguna parte, herido y sin poder moverme; que era de noche y que debía mantener los ojos cerrados para evitar que me cegaran las casi continuas llamaradas del rayo. Herido y magullado por todo el cuerpo, estaba, sin embargo, al abrigo de la intemperie y con las ropas secas, bien secas; no eran tampoco los relámpagos los que me deslumbraban, sino el resplandor de una fogata. Comencé poco a poco a darme cuenta de las cosas. El fuego ardía en mitad del piso de arcilla apisonado, a unos pasos de donde yo me hallaba tendido. Una figura humana se hallaba junto al fuego, sentada o apolonada sobre un tronco. Era un viejo que tenía la barbilla sumida en el pecho y las manos anudadas sobre las rodillas, y todo lo que alcanzaba a ver de él era un retazo de la frente y de la nariz. Me hicieron pensar que sería un indio su pelo grueso y liso, ya canoso, y su piel cobriza. Me hallaba en una choza de buen tamaño, cuyo techo inclinado llegaba hasta unos dos pies del suelo; pero no se veían en todo el ámbito de ella ni hamacas, ni arcos, ni flechas; ni siquiera un cuero de animal, pues yo mismo me hallaba tendido sobre una estera. Alcanzaba a sentir todavía la furia de la tempestad en torno nuestro; los ramalazos y el chapoteo de la lluvia, y a intervalos, el gruñido distante del trueno. También se dejaba sentir el viento; le oía gemir en los árboles y de tarde en tarde una bocanada se colaba adentro y soplaba las cenizas sobre los pies del indio, agitando la llama del fuego como una bandera. Comenzaba a recordar ahora cómo fue el comienzo de la tempestad, a la niña del bosque, la mordedura de la serpiente, mis desesperados esfuerzos para escaparme del laberinto, y

por último, aquel salto desde el borde del despeñadero, donde cesaba todo recuerdo. Era para mí algo como un milagro el no haber muerto de resultas de la mordedura venenosa o de la caída que le siguió. Y en aquel lugar salvaje y solitario, tendido sin conocimiento, en medio de la terrible tormenta y la oscuridad, había sido descubierto por una criatura humana -un salvaje, a no dudarlo, pero un buen samaritano, en todo caso- a la que le debía el haberme salvado del abandono y de la muerte. Estaba magullado en todo el cuerpo y temía moverme para no provocar el dolor; la cabeza me dolía horriblemente; pero todo esto no pasaban de ser menudas molestias ante la consideración de las aventuras y peligros por que había pasado. Sentía que me había recobrado o me iba recobrando de la mordedura; que no moriría de ella y llegaría a mejorarme; que podría volver a mi patria; y a esta idea, mi corazón se enterneció de gratitud, y lágrimas de felicidad asomaron a mis ojos.

En tales circunstancias, el hombre se siente impregnado de benevolencia, y participaría con gusto del exceso de su felicidad, para aliviar a otros corazones; y este viejo que tenía delante, y que probablemente había sido el instrumento de mi salvación, comenzó a interesarme grandemente y a inspirarme compasión. ¡Parecíame tan miserable en su vejez y su astrosa pobreza, tan abandonado y abatido, con sus rodillas encogidas y sus grandes pies desnudos, que se veían casi negros por contraste con la blanca ceniza que los cubría! ¿Qué podría hacer por él? ¿Qué podría decirle, para animar su espíritu, en esa lengua indiana que poseía tan poca o ninguna expresión significativa de tiernos sentimientos? Incapaz de encontrar algo mejor que decir, al fin le grito con todas mis fuerzas:

-¡Fuma, viejo! ¿Por qué no fumas? ¡Es un gusto fumar!

El tuvo un tremendo sobresalto, y dándose media vuelta, fijó sus ojos en mí. Entonces pude ver que no era un indio puro, pues aunque tenía la piel tan oscura como el cuero curtido, llevaba barba y bigote. Había algo muy curioso en su fisonomía, como si la juventud y la ve-

jez la hubieran convertido en su campo de batalla. Su frente era lisa, excepto dos rayas que corrían paralelas de un extremo al otro, dividiéndola en zonas; sus arqueadas cejas eran negras como la tinta china, y sus ojuelos renegridos brillaban de astucia, como los de ciertos animales de presa. En esa parte de su fisonomía, la juventud había logrado conservarse, especialmente en los ojos, que aparecían lustrosos y vivarachos. Pero los rasgos inferiores de su cara eran los de un viejo, con la piel acribillada de arrugas, y la barba y el bigote del color de la plumilla del cardo.

-¡Ah, ah, el muerto ha resucitado! - exclamó con una risilla entre dientes.

Eso lo dijo en la lengua indiana; luego agregó, en castellano:

-Pero hágamelo en la lengua que le resulta más familiar, señor, porque si usted no es venezolano, yo seré entonces una lechuza.

-¿Y tú, viejo? -le dije.

-Ah, ¿no ve?, ¡estaba en lo cierto! ¡Cómo, señor, mi raza se me asoma patente a la cara! No voy a creer que usted me toma por un infiel. Antes sería un negro de Africa, o un inglés, pero un indio..., ¡eso, nunca! Hace un momento, usted tuvo la amabilidad de invitarme a fumar. ¿Cómo podría fumar, señor, un pobre hombre que carece de tabaco?

-¿Sin tabaco... en La Guayana?

-¿Se lo habría imaginado usted jamás? Pero, señor, no me culpe a mí, porque si la bestia que vino y destruyó mis plantas cuando estaban ya maduras, hubiese destruido en su lugar los zapallos camotes, le habría ido mejor, si es que las maldiciones tienen algún efecto. Y el tabaco crece muy despacio, señor, pues no es ninguna de esas malezas dañinas que maduran en un día. En cuanto a otras yerbas del bosque, las fumo, sí, señor; pero eso no da ninguna satisfacción a los pulmones.

-Mi bolsa tabaquera estaba repleta -dije-. La encontrarás en mi blusa, si no se ha perdido.

-¡Los santos no lo permitan! -exclamó-. Nieta, Rima, ¿tienes la bolsa tabaquera junto con las demás cosas? Dámela.

Sólo entonces advertí otra persona en la choza, una joven de menuda figura y que se hallaba sentada contra la pared, al lado opuesto del fuego y parcialmente oculta en las sombras. En su regazo tenía mi cinturón de cuero con el revólver metido en su funda, junto con el machete y los objetos que llevaba en los bolsillos. Tomando la bolsa tabaquera, se la pasó al abuelo, quien la agarró con extraordinaria avidez:

-Pronto te la devolveré, Rima -dijo-. Déjame fumarme un cigarrillo, y luego otro...

Según esto, parecía probable que el buen viejo hubiese ya echado más de una mirada codiciosa a mi tabaco, y que su nieta se encargara de cuidarlo. Pero cómo pudo aquella niña recatada y silenciosa imponerle tal respeto, me pareció algo increíble, viéndole ahora gozar del cigarrillo con tal intensidad, aspirando con fuerza el humo hasta sus pulmones, y retenerlo después allí unos diez o quince segundos, para dejarlo escapar en azules nubecillas por boca y nariz. Su cara aparecía mucho más amable, sus palabras se hicieron más alegres y abundantes, y me preguntó cómo era que había venido a parar en este rincón del mundo. Le dije, entonces, que estaba parando con los indios de Runi, su vecino.

-Pero, señor -me dijo-, si no es una impertinencia, ¿a qué se debe que una persona de apariencia tan distinguida como usted, un venezolano, esté viviendo con esos hijos del diablo?

-Tú no quieres a tus vecinos, por lo visto.

-Los conozco bien, señor: ¿cómo podría quererlos? A estas alturas, se hallaba torciendo su segundo o tercer cigarrillo, y no pude dejar de notar que cada vez tomaba entre sus dedos mucho más tabaco del necesario, pasando el sobrante en cada ocasión a un receptáculo secreto, entre sus andrajos-. ¡Querer a mis vecinos, señor! Son unos infieles, y en consecuencia, un buen cristiano no puede hacer otra co-

sa que odiarlos. Son unos ladrones..., tan descarados, que le robarían delante de sus ojos. Y bandidos, además, que con gusto quemarían este pobre techo de paja que me protege, y nos asesinarían a mí y a mi pobre nieta, la que comparte conmigo esta soledad..., si tuvieran suficiente valor para hacerlo. Usted se reiría si supiera qué es lo que temen... ¡un niño se reiría de sus temores!

-¿Qué es lo que temen? -dije, pues sus palabras me habían interesado grandemente.

-Mire, señor, ¿le parece a usted creíble? Le temen a esta criatura... a mi nieta, la misma que ve sentada frente a usted. Una pobre inocente chiquilla de diecisiete primaveras, una cristiana que se sabe su Catecismo, y que no le haría daño al más insignificante bicho de la mano de Dios..., ni siquiera a una mosca, a la que nadie considera en razón de su pequeñez. Vea usted, señor, al buen corazón de ella le debe usted el hallarse aquí a salvo, en vez de estar abandonado a la intemperie, en esta noche de temporal.

-¿A ella, a esta niña? -repliqué estupefacto-. Explícate, buen viejo, pues no me doy cuenta de como escapé de la muerte.

-Hoy mismo, señor, por culpa de su propia imprudencia, usted fue mordido por una serpiente venenosa.

-Sí, es verdad, aunque no se me ocurre cómo vinieron a saberlo ustedes. Pero, ¿por qué no he muerto, entonces?... ¿Hiciste algo para librarme de los efectos de la ponzoña?

-Nada. ¿Qué podía hacer, tanto tiempo después de la mordedura? Cuando un hombre es mordido por una serpiente en un sitio apartado, su suerte esta en las manos de Dios. Vivirá o morirá, según Dios disponga. No hay esfuerzo humano que valga. Pero, seguramente usted no habrá olvidado, señor, que mi nieta estaba con usted en el bosque, cuando la serpiente la atacó.

-Una joven estaba allí..., una extraña joven que vi y oí antes, cuando paseaba por el bosque. Pero no esta niña..., ¡seguramente no era esta niña!

-No puede ser otra -dijo él, torciendo con cuidado otro cigarrillo.

-¡No es posible! -insistí.

-Le habría ido muy mal, señor, si ella no está allí. Pues al ser mordido, usted se lanzó de cabeza en lo peor de la espesura, y se puso a dar vueltas en círculo, como un verdadero demente, por Dios sabe cuánto tiempo. Pero ella no lo desamparó nunca; siempre se mantuvo tan cerca de usted..., que habría podido tocarlo con la mano. Por último, el ángel de su guarda, que debía estar vigilándolo, hizo que, para cesar en su carrera, usted se volviera loco del todo y se arrojara por el despeñadero y perdiera el conocimiento. Y apenas había llegado usted al suelo, cuando ella estaba a su lado... ¿no me pregunte cómo bajó ella! Y una vez que lo hubo dejado a medio incorporar en la ladera, vino a buscarme. Afortunadamente, el lugar donde usted cayó esta cerca..., ni quinientos pasos de mi puerta. Por mi parte, le ayudé sin vacilar a socorrerlo, pues me di cuenta de que no era un indio el caído, ya que ella no quiere a esa ralea, ni ellos se acercan por aquí. No fue cosa fácil traerlo, pues usted pesa bastante, señor; pero entre ambos lo trajimos a casa.

Mientras él hablaba, la niña seguía sentada en la misma actitud en que la descubriera por primera vez, con la vista clavada en el suelo y las manos cruzadas sobre su regazo. Evocando aquella brillante criatura que había protegido a la serpiente contra mí y calmado la rabia del reptil, me costó mucho creer las palabras del viejo, y seguía sintiéndome algo incrédulo.

-Rima..., ése es tu nombre, ¿verdad? -le dije-. ¿Quieres ponerte junto a mí y dejarme mirarte de cerca?

-Bueno, señor -me respondió mansamente; y dejando a un lado lo que tenía en su regazo, se puso de pie. Luego, pasando por detrás del anciano, vino a pararse frente a mí, con la vista siempre baja... la imagen de la humildad.

Su cuerpo era el de la joven del bosque, pero cubierto ahora con una corta y descolorida bata de algodón, en tanto que el torbellino de

sus cabellos estaba ahora prisionero en dos trenzas y colgaba por su espalda. El semblante tenía también la misma delicadeza de rasgos, pero sin muestras de brillante animación, sus cambiantes tonos y su expresión. Sin dejar de observar su aspecto, viéndola frente a mí, callada, tímida y opaca, la imagen de su animado aspecto anterior se presentó vívida en mi imaginación, y me quedé dominado por el asombro que me produjo ese contraste.

¿Han observado ustedes alguna vez a un picaflor que va de aquí para allá en su danza aérea entre las flores -una gema prismática viviente, que cambia de color con cada cambio de posición-, cómo al girar refleja el sol en su bruñida garganta y en la gorguera de plumas... verde y oro y color de fuego, y sus lampos se truecan en partículas visibles al caer, disolviéndose en una nada, para ser alcanzadas por otras y otras? Por su forma exquisita, su cambiante esplendor, sus rápidos movimientos e intervalos de suspensión en el vacío, es una criatura de belleza tan feérica, que desafía cualquier descripción. ¿Y han visto ustedes a esta misma fantástica criatura detenerse de repente en un tallo cualquiera, en la sombra, con sus irisadas alas y su cola de abanico plegadas, desvanecida su gloria de colorido, y con la apariencia de cualquier pajarillo común, de opaco plumaje, que reposara adormecido en una jaula? No menos grande era la diferencia de la joven, tal como la viera en el bosque y como aparecía ahora bajo el techo humoso, al resplandor del fuego.

-Rima, ese cuerpecito tuyo, que parece tan delicado, debe ser bastante vigoroso -le dije, después de observarla por algunos momentos-; ¿querrías ayudarme a incorporarme un poquito?

Ella dobló una rodilla en tierra, y poniéndome su brazo en torno a la espalda, me dejó sentado en el camastro.

-Gracias, Rima... ¡Oh, Dios mío! -me lamenté-. ¿Me queda un solo hueso que no esté roto en mi pobre cuerpo?

-No hay nada roto -exclamó el viejo, dejando salir nubes de humo junto con sus palabras-. Le he examinado atentamente... piernas, bra-

zos y costillas. Lo que pasó fue esto, señor. Una planta clavadora en la que usted cayó, fue lo que lo salvó de aplastarse contra las piedras del suelo. Pero está magullado, señor, negro de magulladuras, y hay más rasguños de espinas en su piel, que letras en una página escrita.

-Alguna espina muy grande debe de haberseme clavado en el cerebro, según lo que me duele -dije-. Rima, tócame la frente: ¿esta muy seca y calurosa?

Ella hizo lo que le pedía, tocándome apenas con su manita fresca:

-No, señor, no está caliente, sino tibia y húmeda.

-¡Gracias a Dios por ello! -dije-. ¡Pobre niña, y tú me seguiste por el bosque, en aquella terrible tempestad! Ah, si pudiera levantar un brazo, te tomaría la mano para besártela, en señal de agradecimiento por tan gran servicio. Te debo la vida, mi buena Rima... ¿Qué puedo hacer para pagarte una deuda tan grande?

El viejo se rió por lo bajo, al parecer muy divertido con eso; pero la niña ni habló ni levantó los ojos del suelo.

-Dime, hija mía -le dije-, pues todavía no me doy cuenta, ¿fuiste realmente tú quién le salvó la vida a la serpiente cuando yo quería matarla? ¿De veras estuviste junto a mí en el bosque, con la serpiente tendida a tus pies?

-Sí, señor -fue su suave respuesta.

-¿Y eras tú la que yo vi un día en el bosque, tendida en el suelo, jugando con un pajarito?

-Sí, señor.

-¿Y eras tú la que me seguía tan a menudo por entre los árboles llamándome, pero siempre desde algún escondite donde no alcanzaba a verte?

-Sí, señor.

-¡Oh, es maravilloso! -exclamé. A lo cual el viejo volvió a reírse.

-Pero, dime esto, mi buena niña -continué-. Tú nunca me dirigiste la palabra en español. ¿Qué extraña lengua musical era la que empleabas para dirigirte a mí?

Ella levantó tímidamente los ojos hasta los míos, pero no dijo palabra.

-Señor -dijo el viejo-, ésa es una pregunta que usted disculpará a mi nieta; no se la puede responder. No por falta de voluntad, señor, porque ella es dócil y obediente, aun cuando sea yo quien lo diga; pero no hay otra respuesta que la que yo mismo puedo darle. Y ésta es, señor, que cada criatura, sea hombre o pájaro, tiene la voz que Dios le ha dado; y en algunas la voz es musical y en otras no.

"-Muy bien, viejecito -dije entre mí-. Conformémonos con eso, por ahora. Pero si mi destino quiere que yo sobreviva a esto, no he de permanecer mucho tiempo satisfecho con tu demasiado sencilla explicación."

-Rima -dije-, debes estar cansada; es una desconsideración de mi parte dejarte aquí de pie por tan largo tiempo.

Su semblante se animó ligeramente, e inclinándose hacia mí, replicó en voz baja:

-No estoy cansada, señor. Deje que le traiga ahora algo de comer.

Se acercó con paso vivo al fuego, y volvió en seguida con un lebrillo de greda colmado de zapallo asado y camote; arrodillándose junto a mí, me dio de comer diestramente con una cucharilla de madera. No me apenó la falta de carne ni de los condimentos picantes de que gustan los indios, ni siquiera reparé en que los vegetales no estaban sazonados: tan pendiente me hallaba de observar su linda carita, mientras ella me servía. La exquisita fragancia de su aliento, valía más para mí que las viandas más deliciosas; y era un verdadero deleite, cada vez que ella levantaba la cuchara hasta mi boca, sorprender una momentánea mirada de sus ojos, los que ahora se veían del color del vino tinto, cuando levantamos la copa para ver el resplandor rubí de la luz dentro del líquido purpúreo. Pero ella nunca abandonó por un instante sus maneras reservadas, casi tímidas; y al recordar aquella explosión de invectivas que me dirigiera en su misterioso lenguaje, me quedaba sumido en la duda y la admiración de ver tal

cambio en ella, y en su doble personalidad. Una vez que vio satisfecha mi hambre, se alejó muy quietecita, y levantando un petate que colgaba de la pared, desapareció tras él dentro de su dormitorio, que se hallaba separado por un tabique del aposento en donde estaba acostado.

El viejo dormía en un camastro de madera o cuja, al otro lado de la habitación; pero él no mostraba ningún deseo de irse a dormir, y una vez que Rima nos hubo dejado, puso un trozo más de leña en el fuego y encendió otro cigarrillo. Sólo Dios sabe cuántos había fumado hasta entonces. Se puso muy parlanchín, y llamó a su lado a sus dos perros, a los que yo no había notado antes, para que los conociera. Me hizo reír al decirme sus nombres: *Sucio* y *Goloso*.

Eran unas bestias de aspecto arisco, con un áspero pelaje amarillento, por lo que no me inspiraron pizca de simpatía; pero de acuerdo con sus palabras, poseían todas las virtudes caninas. Y él seguía explayándose sobre el tema, cuando me quedé dormido.

CAPITULO VIII

AL despertar a la mañana siguiente, me sentía demasiado envarado y dolorido para moverme, y sólo al otro día fui capaz de arrastrarme fuera del lecho y sentarme a la sombra de los árboles. Mi huésped, cuyo nombre era Nuflo, salió con sus perros y me confió al cuidado de la niña. Dos o tres veces se acercó ella a ofrecerme alimento y bebida, pero siempre callada y con la misma reserva en su actitud que le viera en nuestra primera velada en la cabaña.

Cerca del anochecer, el viejo Nuflo estuvo de vuelta, pero sin dar a entender dónde había pasado el día; y poco después apareció Rima de nuevo, reservada como de costumbre, vestida con su traje de algodón deslavado y con su abundante cabellera retorcida en dos largas trenzas. Mi curiosidad estaba más excitada que nunca y resolví penetrar hasta el fondo del misterio de su vida. La niña no se manifestaba comunicativa, pero con el regreso de Nuflo se me ofreció tanta charla como yo podía tolerar. El habló de muchas cosas, omitiendo solamente lo que yo deseaba saber; pero su tema favorito parecía ser el gobierno de las cosas del mundo por la Providencia, y sus manifiestas imperfecciones, o en otras palabras, los mil y un abusos que de tiempo en tiempo había dejado colarse dentro. El viejo era un hombre piadoso, pero al igual de muchos de su laya en mi país, se permitía el placer de criticar libremente a las potencias superiores, desde el Rey de los Cielos hasta el santo más insignificante de los inscritos en el calendario.

-Estas cosas, señor -me decía-, no están bien manejadas. Considere mi situación. Aquí me tiene obligado a pagar mis pecados viviendo en este desamparo, con mi pobre nietecita...

-¡Rima no es tu nieta! -le interrumpí de pronto, creyendo que así por sorpresa le haría confesar la verdad.

Pero él no se apresuró a responderme:

-Señor, nunca estamos seguros de nada en este mundo -dijo al fin. No absolutamente seguros. Así, puede que un día ocurra que usted se case, y que su mujer salga a su debido tiempo obsequiándole con un hijo, uno que herede su fortuna y transmita su apellido a la posteridad. Y, con todo eso, señor, en este mundo usted no sabrá jamás con certeza si es su hijo.

-Vuelve a lo que estabas diciendo -le repliqué con cierta dignidad ofendida.

-Aquí nos tiene obligados a vivir en esta comarca, sin contar con la protección suficiente contra el infiel. Bueno, señor, esto es una indignidad, y considero que no es más que lo justo, que un buen creyente que sea leal en su corazón al Todopoderoso, haga ver que El esta cada día más descuidado en el manejo de sus asuntos y va perdiendo buena parte de su prestigio. ¿Y dónde está la culpa de todo? En el favoritismo. Bien sabemos que el Soberano no puede estar en todas partes, ocupándose de cada menudo triquitraque que ocurra en el mundo..., cosas indignas de molestar su atención; y que El tenga, al igual del presidente de Venezuela o el Emperador del Brasil, que nombrar a ciertos sujetos -llámelos usted ángeles, si gusta-, para que administren y vigilen cada distrito. Y salta a la vista que para esta comarca de la Guayana no se ha buscado un buen gobernador. Las peores cosas ocurren aquí y el cristiano no recibe más consideración que el infiel. Pues bien, señor, en un pueblo de las cercanías del Orinoco vi una vez, en una iglesia, al arcángel Miguel, hecho de piedra y de un tamaño doble al de cualquier hombre, teniendo un pie puesto encima de un monstruo de aspecto parecido al caimán, pero con alas

de murciélago y con la cabeza y la garganta como las de una serpiente. Su lanza iba clavándose en el cuerpo de este monstruo. Esa es la clase de patrono que se necesita nos manden a gobernar estos parajes: una persona de energía y resolución, con el puño firme. Y con todo, lo más probable es que la mismísima persona -San Miguel- esté perdiendo el tiempo en el Palacio Celestial, mano sobre mano, en espera de un nombramiento, mientras que gentes con mucho menos agallas, y (que Dios me perdone este pensamiento) que no le harán ascos a la idea de recibir coima, sean favorecidas con el puesto de patrono de esta provincia.

En esa cuerda podía estar dando y dando por horas. Era un tema grandioso, al que había consagrado muchas horas de reflexión en su vida solitaria, y se sentía feliz de hallar una oportunidad de desahogar sus quejas y explayar sus opiniones. Al comienzo fue un puro placer volver a oír hablar castellano, y el viejo, aunque iletrado, se expresaba bien; pero esto, se puede decir, es algo que se ve a menudo en mi país, donde la prontitud de la inteligencia en el campesino y su sentimiento de la poesía, compensan la falta de instrucción. Además, me divertían sus opiniones, por más que carecieran de novedad. Pero al poco tiempo ya me sentía cansado de oírle, aunque seguía escuchándole, aprobándole y endilgando su charla, siempre en la esperanza de que llegaría al fin a hablar de sus asuntos personales y hacerme una relación de su vida y del origen de Rima. Pero mis esperanzas quedaron fallidas, ni una palabra reveladora salió de sus labios, por más que agucé mi inteligencia para conseguirlo.

"Qué vamos a hacerle -pensé-; pero si tú eres astuto viejo, yo también lo seré... y paciencia, ya que todo lo logra al fin el que sabe esperar".

El no mostraba ningún apuro por librarse de mi compañía. Por lo contrario, hizo algo más que insinuar que yo me encontraría más seguro viviendo con ellos que con los indios, pidiéndome al mismo tiempo disculpas por no poderme dar carne en las comidas.

-Pero, ¿por qué no dispones de carne?. Nunca había visto tantos animales y tan mansos como en este bosque.

Antes de que pudiera responderme, Rima entró a la vivienda con un jarro de agua fresca del manantial. Dirigiéndome una mirada significativa, Nuflo levantó un dedo para indicarme que tal asunto no debía ser discutido en presencia de ella; pero tan pronto como Rima salió del cuarto, él volvió al tema:

-Señor -dijo-, ¿se le ha olvidado ya su aventura con la culebra? Sépase, pues, que mi nieta no viviría un solo día más conmigo si se me ocurriera levantar una mano contra cualquiera criatura viviente. Para nosotros, señor, cada día es un día de cuaresma... pero sin pescado, siquiera. Tenemos maíz, zapallo, casaba, patatas, y con eso hay que contentarse. Y aun de estos productos cultivados de la tierra, ella come lo menos posible, prefiriendo ciertos frutos silvestres y resinas que encuentra más agradables a su paladar, y que va recogiendo aquí y allá en sus andanzas por el bosque. Y yo, señor, por lo mucho que la quiero, sin pensar en mis propios gustos, no derramo sangre alguna ni pruebo bocado de carne.

Lo miré con sonrisa incrédula:

-¿Y tus perros, buen viejo?

-¿Mis perros? Señor, ellos no se detendrían ni se apartarían de su camino, aun cuando un *coatimundi* se les atravesara en la senda (un animal que despide un olor fuerte). Tal el hombre, tal su perro. ¿No le ha tocado, señor, ver a los perros comiendo pasto, aun en Venezuela, donde no dominan estas ideas? Y cuando no hay carne -cuando la carne les está prohibida- estos sagaces animales se acostumbran a una alimentación vegetariana.

No era propio que le dijera en su cara al viejo que estaba mintiendo, porque eso lo habría echado todo a perder... y así, me hice como que creía.

-No dudo que estás en lo cierto -le dije-. He oído decir que hay perros en China que no comen nunca carne, pero que son comidos por

sus amos después de ser engordados con arroz. No me seduce la idea de comerme uno de tus perros, viejo.

Nuflo los miró reflexivamente, y luego dijo:

-No se puede negar que están flacos.

-No me refería a su flacura, sino a su fetidez -repliqué-. El olor que despiden cuando se me acercan, no es precisamente el de las flores, sino muy semejante al de los perros que se alimentan de carne, y que han ofendido mi delicado olfato hasta en los salones de Caracas. Es algo que no se parece en nada a la fragancia del rebaño cuando vuelve del potrero.

-Cada animal -replicó Nuflo- despide el olor propio de los de su especie. Y con ese hecho incontrovertible, me dejó callado, sin tener qué replicar.

Una vez que hube recuperado suficientemente la elasticidad de mis miembros para andar sin esfuerzo, reanudé mis paseos por el bosque, en la esperanza de que Rima fuera en mi compañía y de que una vez solos bajo los árboles, ella dejase a un lado esa reserva artificial y esa timidez que eran su actitud invariable en torno de la cabaña.

Ocurrió tal como yo lo suponía: ella me acompañó, en el sentido de estar siempre junto a mí o al alcance de mis llamados, y sus maneras eran ahora naturales y desembarazadas a la medida de mi deseo; pero no salí ganando gran cosa con el cambio. Rima volvía a convertirse en la inalcanzable, esquiva y tentadora criatura misteriosa que había conocido en un principio, a través de su melodiosa voz errante. La única diferencia consistía en que sus gorjeos inarticulados se oían ahora con menos frecuencia, y que ya no evitaba mostrarse en mi presencia. Esto fue suficiente por algún tiempo para hacerme feliz, visto que no se hallaría una criatura más hermosa en quien recrear la mirada, y la cual estuviera más distante de perder su encanto a fuerza de ser vista.

Pero de pronto descubrí que era imposible mantenerla cerca de mí o al alcance de mi vista: tenía que marchar siempre libre como el viento, como una mariposa, yendo y viniendo al capricho de su voluntad, y perdiéndose en la espesura una docena de veces cada hora. Inducirla a caminar tranquilamente a mi lado o sentarme a conversar conmigo, parecía tan irrealizable como el domesticar al minúsculo picaflor que aparece como un relámpago, se mantiene por unos segundos suspendido en el aire frente a nosotros y luego vuelve a desaparecer con la rapidez de un celaje.

Convencido a la larga de que ella estaba más contenta cuando me veía seguirla en sus vagabundeos por el bosque, y que a pesar de su hurañía de pájaro poseía un corazón tierno y sensible, muy fácil de conmover, resolví intentar una aproximación por medio de una inocente estratagema. Saliendo bien de mañana, después de mucho llamarla inútilmente, comencé a mostrarme con ánimo decaído, como si estuviese enfermo o apenado, y por último, hallando una raíz que sobresalía en una posición apropiada, en un lugar en que el suelo estaba seco y cubierto con arena suelta y amarillenta, me senté, negándome a seguir más lejos, pues ella siempre estaba queriendo que fuéramos más y más adelante, y cada vez que me detenía, volvía a mostrarse, a reconvenirme o estimularme con su misterioso lenguaje. Todas sus pequeñas artimañas no surtieron ahora efecto alguno: la mano en la mejilla, yo seguía inmóvil con la vista clavada en la mancha de arena amarilla que tenía a mis pies, observando como los granos más menudos relumbraban como gemas al ser tocados por el sol. Dejé pasar una hora entera en esa forma, animándome para adentro con estas palabras: "Esta es una competencia entre nosotros, que ha de ganar el de mayor resistencia y más firme voluntad, o sea el hombre. Y si venzo en esta ocasión, será más fácil para mí en el futuro... más fácil descubrir esas cosas que me propongo conocer y que ha de revelarme la niña, ya que el viejo se ha mostrado inaccesible".

Entretanto, ella vino y se fue una y otra vez; y por fin, comprendiendo que no lograría hacerme dar un paso, se acercó y se quedó de pie junto a mí. Su semblante, al descubrirse, mostraba cierta expresión turbada y, a la vez, llena de curiosidad.

-Ven acá, Rima -le dije-, y quédate conmigo por un rato... Yo no puedo seguirte, por lo pronto.

Ella se adelantó uno o dos pasos, siempre vacilante; y al fin, lenta y como a la fuerza, se acercó a cosa de un metro de distancia. Entonces me levanté del tronco donde estaba sentado, a fin de observar mejor su semblante, y me quedé con una mano apoyada en la áspera corteza de un árbol.

-Rima -dije, con voz baja y acariciadora-, ¿quieres quedarte un rato conversando conmigo, no en tu lengua, sino en la mía, de manera que yo pueda comprenderte? ¿Atenderás a lo que voy a decirte, y me darás una respuesta?

La vi mover los labios, pero sin dejarse oír. Parecía presa de extraña agitación, y sacudió su suelta cabellera, al mismo tiempo que desparramaba la arena reluciente con los dedos de sus pies. Una o dos veces sus ojos me observaron disimuladamente.

-Rima -insistí-, no has querido responderme. ¡No me dirás que sí?
-Sí.

-¿Adónde va tu abuelo cada vez que pasa el día afuera con sus perros?

Agitó levemente la cabeza, pero no quiso responder.

-¿No tienes madre, Rima? ¿Recuerdas a tu madre?

-¡Mi madre, mi madre! -exclamó con una voz ronca, pero con sorprendente animación.

Inclinándose un poco, continuó:

-¡Oh, está muerta! Su cuerpo está en la tierra y se ha convertido en polvo. Igual que esto. -Y con los dedos de sus pies revolvió la arena suelta-. Su alma esta allá arriba, donde se hallan las estrellas y los ángeles, según me cuenta el abuelo. Pero, ¿qué tengo que ver yo con

eso? Yo estoy aquí, ¿no es así? Yo le hablo como si la viera. Cuanta cosa veo se la señalo, y le cuento cuanto me ocurre. Por el día..., cuando estamos juntos en el bosque. Y de noche, cuando cruzo mis brazos sobre el pecho para dormirme... así, digo: Madre, madre, ahora te tengo en mis brazos; durmamos bien juntas. A veces, digo: Oh, ¿por qué no me respondes, con tanto y tanto hablarte? ¡Madre..., madre..., madre!

Hacia el final, su voz se elevó en un gemido, para bajar en seguida, y con la última repetición del nombre, se apagó en un susurro.

-¡Ah, pobre Rima, tu madre está muerta y no puede responderte..., no puede oírte! Habla conmigo, Rima; yo estoy vivo y puedo responderte.

Pero la nube que envolvía su corazón, y que se había descorrido por un momento dejándome ver su misteriosa profundidad -sus fantasías tan pueriles y sus sentimientos tan intensos- volvía a cubrirlo, y mis palabras no lograron respuesta, excepto por el aire de turbación en su semblante.

-¿Vuelta al silencio? -dije-. Háblame de tu madre, entonces. Rima, ¿sabes que has de volver a verla algún día?

-Sí, cuando me muera. Eso es lo que asegura el cura.

-¿El cura?

-Sí, el de Voa..., ¿lo conoces? Mi madre murió allá cuando yo era pequeña... ¡Es muy lejos de aquí! Hay allá trece casas a esta orilla del río; y al otro lado... árboles y más árboles.

Esto era un dato importante, pensé, y podría llevarme a saber precisamente lo que quería. En consecuencia, le urgí me contara algo más acerca de ese poblado a que acababa de referirse, y que yo nunca oí mentar.

-Te lo he dicho todo -replicó ella, manifestando sorpresa de que yo no hubiera comprendido que había agotado el tema en la media docena de palabras que había dicho.

Obligado a cambiar de táctica, dije al azar:

-Dime lo que le pides a la Santa Virgen cuando te arrodillas ante su imagen. Tu abuelo me contó que tenías una imagen en tu cuartito.

-¿Lo sabías? -rompió a decir, con cierto tono de resentimiento-. Todo está allá, allá adentro -prosiguió, agitando su mano en dirección a la cabaña-. Aquí afuera, en el bosque, todo desaparece..., igual que esto, dijo, agachándose a tomar un puñado de arena y dejándola escurrir por entre los dedos.

De esta manera me dio a comprender como era que todo lo que se le enseñara se le borraba de la mente al salir al aire libre, fuera de la presencia de la imagen. Y pasado un momento de pausa, añadió:

-Solamente mi madre está aquí..., siempre a mi lado.

-¡Ah, pobre Rima! -dije-. ¡Sola y huérfana, y nada más que con el abuelo! El está viejo..., ¿y qué harás cuando él muera, y se vaya al país estrellado, donde se halla tu madre?

Ella se quedó mirándome inquisitiva, y luego dijo en voz baja:

-Tú estas aquí.

-Pero, ¿y cuando yo me vaya?

Se quedó sin responder; y no queriendo insistir en un tema que parecía enfadarle, proseguí:

-Sí, ahora estoy aquí, pero tú no quieres estar conmigo y hablarme con franqueza. ¿Seguirás siendo igual, si permanezco contigo? ¿Por qué te muestras tan callada en la casa, tan fría con tu abuelo? Tan diferente..., tan llena de vida, igual que un pájaro, mientras estás sola en el bosque. ¡Rima! ¡Háblame! ¿No soy para ti algo más que tu abuelo? ¿No te gusta que hable contigo?

Mis palabras le causaron una rara turbación.

-Oh, tú eres como él -respondió-. Todo el día sentado en un tronco, junto al fuego... el día entero, el día entero. *Goloso y Sucio* echados junto a él... dormitando... dormitando... Oh, cuando te vi en el bosque, te seguí hablándote, hablándote; pero ni una palabra en respuesta. ¿Por qué no acudías cuando te llamaba? ¡No te acercabas a mí!

Luego, remedando mi voz:

-¡Rima, Rima! ¡Ven aquí! ¡Haz esto y lo otro! ¡Di estotro! ¡Rima, Rima! ¡Eso no significa nada, no eres tú!

Decía esto señalando mi boca; y en seguida, como si temiera no haber sido bastante explícita, tocóme de pronto los labios con sus dedos:

-¿Por qué no me respondes... no me hablas... no me hablas así?

Y volviéndose un poco más hacia mí, y mirándome a los ojos con una expresión que había cambiado su opacidad por una exquisita tersura, dejó fluir de sus labios una sucesión de esos sonos misteriosos que me atrajeron por primera vez hacia ella, una melodía rápida y baja de tono, como el prelude del canto de un pájaro, pero mucho más penetrante y enternecedora que cualquier gorjeo. ¡Ah, qué sentimientos y aspiraciones, qué inefables rasgos de expresión, ignorados para mí, se acumulaban en esos dulces símbolos perdidos! Nunca podría saberlo... jamás podría acudir a sus llamados o responder a su espíritu. Para mí serían siempre sonidos inarticulados, que habrían de impresionarme como una tierna música espiritual... un lenguaje sin palabras, más sugerente que las palabras para el alma.

El lenguaje misterioso fue apagándose en un susurro, semejante al canto de un pajarito que nos llegara de lo más espeso de la copa de un árbol; y, al mismo tiempo, noté que su animada expresión se desvanecía y me ocultaba la cara con un gesto de desaliento.

-Rima -le dije tras algunos momentos de reflexión, al ocurrírseme una idea nueva-, ¿es verdad que yo no estoy aquí (tocándome los labios) y que mis palabras no quieren decir nada? Pero mírame a los ojos, y me verás ahí... entero, todo lo que hay en mi corazón.

-Oh, ya sé lo que he de ver ahí, replicó prontamente.

-¿Qué llegarías a ver? Dímelo.

-Hay una bolita negra en el centro del ojo; y ahí podré verme no más grande que esto... -y marcaba con el dedo apenas un octavo de la uña del meñique-. Hay un pozo en el bosque donde puedo verme en-

tera. Eso es mejor. En todo mi tamaño... y no del porte de un mosquito chiquitito.

Y tras decir esto con aire desdeñoso, se retiró de mi lado y se puso al sol; y luego, mirando de reojo, mirando primero a mi cara y en seguida a lo alto, levantó su mano para indicarme algo allá arriba.

Muy alto, al nivel de las copas de los árboles más crecidos, una gran mariposa de alas azules iba cruzando un claro con vuelo perezoso. En unos instantes más desapareció tras el ramaje. Rima se volvió a mirarme de nuevo, al mismo tiempo que reía cantarínamente... la primera risa que le oía, y me dijo:

-¡Ven, ven!

Ahora era un placer caminar con ella, y por más de dos horas vamos juntos por el bosque; es decir, juntos a su modo, pues aunque no se alejara de mí, hallaba la manera de mantenerse oculta a mi vista la mayor parte del tiempo. Era evidente que ahora se sentía en ánimo alegre y juguetón; una y otra vez, en que me puse a buscarla por entre los densos matorrales o echaba una mirada detrás de un tronco, de donde parecía llegarme su llamado, una carcajada saltaba a borbotones de un punto opuesto. Pasado un buen rato, en las vecindades del centro del bosque, me condujo hasta una inmensa morera, que crecía casi aislada y cubría con su sombra un gran espacio de terreno desnudo de vegetación. En este sitio desapareció de repente, y tras poner oído y aguzar la vista en vano por algún tiempo, me senté a esperarla junto al tronco gigante. Pronto me llegó un rumor semejante a un gorjeo que parecía provenir de muy cerca.

-¡Rima, Rima! -llamé, y al instante mi llamado fue como repetido por el eco. Una y otra vez volví a llamarla, y siempre las palabras rebotaban en mi oído, sin que llegara a decidir si era o no el eco. Entonces dejé de llamarla, y al punto se oyó el mismo gorjeo, tan cercano, que comprendí que Rima se hallaba junto a mí.

-Rima, ¿dónde estás? -dije.

-Rima, ¿dónde estás? -fue la respuesta.

-Estás detrás del tronco.

-Estás detrás del tronco.

-Te pillaré, Rima.

Y esta vez, en vez de repetir mis palabras, respondió:

-Oh, no.

Me incorporé de un salto y corrí en torno del árbol, seguro de que iba a sorprenderla. El tronco tendría unos diez metros de circunferencia, y tras darle dos o tres vueltas en contorno, me volví corriendo en sentido contrario. Pero, como no consiguiera divisar ni su sombra, volví a sentarme donde estaba.

-¡Rima! ¡Rima! -resonó la voz burlona tan pronto como me hube sentado-. ¿Dónde estás, Rima? ¡Voy a pillarte, Rima! ¿Pillaste a Rima?

-No, no la pillé. Ya no hay Rima. Se ha desvanecido como los colores del iris... como una gota de rocío bajo el sol. La he perdido; me echaré a dormir.

Y tendiéndome a la larga bajo el ramaje de la morera, me quedé sin moverme por espacio de dos o tres minutos. Luego sentí un ligero crujido del follaje, y eché una ansiosa mirada al contorno en su busca. Pero el ruido venía de lo alto y era producido por una avalancha de hojas que comenzaba a caerme encima desde aquella vasta cúpula de verdor.

-¡Ah, monito-araña..., culebrita verde..., estás allá arriba!

Pero no había manera de distinguirla en aquel inmenso palacio aéreo, cuyas espesas colgaduras eran verdes y cobrizos mantos de follaje. Pero, ¿cómo había llegado hasta allí? Por el estupendo tronco ni siquiera un mono podría treparse, ni había tampoco lianas que colgaran de las ramas horizontales hasta el suelo; pero mirando hacia otro lado, a la larga vine a descubrir que una de las ramas bajas más extendidas tocaba el ramaje de los árboles vecinos. Volviendo a mirar a lo alto sentí su risa sonora de manantial, y luego alcancé a percibir su silueta que pasaba corriendo a lo largo de una rama descubierta, y

bien derecha sobre sus pies. El corazón me dejó de latir de terror, pues ella estaba a no menos de veinte metros del suelo. En un momento más se había perdido entre el follaje, y no volví a verla por unos diez minutos más, hasta que de repente se me apareció a mi lado, saliendo de detrás del tronco de la morera. Su cara tenía una expresión viva y satisfecha, y no se le notaban trazas de fatiga o agitación.

Le retuve una mano en las mías. Era una manita fina y bien formada, suave como terciopelo, y tibia al tacto: una verdadera mano humana. Solamente al retenerla por la mano me pareció estar ante una criatura real, y no de un jugueteón espíritu de la selva, una hija de Didí.

-¿Te gusta que te tome la mano, Rima?

-Sí -replicó en tono de indiferencia.

-¿Soy yo quien te toca?

-Sí.

Esto lo dijo como si fuera bien poco satisfactorio trabar conocimiento con la porción puramente física de mi persona.

El tenerla tan cerca me dio la oportunidad de examinar el liviano traje que vestía, mientras andaba por el bosque. Se sentía suave y satinado al tocarlo, y era imposible distinguir en él dobleces o costuras, mostrándose de una pieza, como el capullo de la crisálida. Al verme ocupado en pasar mis dedos sobre el tejido, a la altura de su hombro, y examinándolo de cerca con la vista, sus ojos me miraron con expresión burlona.

-¿Es seda? -pregunté. Y como no me contestara, insistí:- ¿Dónde hallaste este traje, Rima? ¿Lo hiciste tú misma? Cuéntame.

Su respuesta no se expresó en palabras; pero provocada por mi pregunta, una nueva expresión apareció en su semblante. Dejó de mostrarse inquieta y cambiante en sus maneras, para aparecer imperturbable como una estatua de alabastro, sin que temblara una sola hebra de sus cabellos sedosos; sus ojos estaban bien abiertos, mirando

fijamente hacia adelante, y cuando los miré, me pareció que lo veían todo, pero sin reparar en mí. Eran como los ojos claros y brillantes de los pájaros, que reflejan como en maravilloso espejo todo el mundo visible, sin responder a nuestra mirada, y que tienen el aire de vernos meramente como uno de los mil detalles que entran en la imagen total. De pronto Rima apuntó con mano rápida como el relámpago, tan rápida que me sobresaltó, y luego retirándola con la misma rapidez, estiró un dedo frente a mis ojos. Una arañita tejedora, no más grande que el doble de la cabeza de un alfiler, aparecía pendiente de un hilo casi invisible de unas tres o cuatro pulgadas de largo.

-¡Mira! -me dijo, con una mirada muy decidora.

La arañita que ella había capturado, ansiosa de verse libre, iba cayendo, cayendo hacia tierra, pero sin llegar a alcanzarla. Inclinando el hombro hacia adelante, Rima tocó apenas el filamento con la punta del dedo, sin dejar de moverlo de un lado a otro con la ligereza de las alas de una mariposa, en tanto que la araña, siempre hilando su hebra, seguía suspendida en el aire a la misma distancia del suelo y subiendo y bajando ligeramente con el movimiento del dedo. Tras algunos momentos más, la joven exclamó: "Bájate, arañita". El dedo dejó de moverse y la pequeña cautiva se dejó caer, para perderse entre la hojarasca.

-¿Qué, no ves? -me dijo, señalándome su hombro. Precisamente donde el dedo había tocado la tela quedaba una mancha brillante, parecida a una moneda de plata; pero al tocarla con el dedo, me pareció ser parte de la tela original; sólo que aparecía más brillante y clara sobre el fondo gris, debido a lo flamante de la hebra con que había sido tejida.

De manera que toda esta curiosa, elegante demostración, que parecía instintiva en su espontánea precisión y rapidez, no tenía otro objeto que mostrarme cómo se hacía ella un traje con las hebras flotantes de una minúscula araña tejedora.

Antes de que pudiera expresar mi sorpresa y admiración, volvió a gritar con tono de sorpresa:

-¡Mira!

Una diminuta figura borrosa pasó al igual que una flecha, apenas visible como una línea más clara sobre el espeso follaje lustroso de la morera, y luego contra el follaje más claro a la distancia. Rima agitó su mano imitando el rápido vuelo ondulante, para dejarla caer en seguida con un:

-¡Ya se fue, oh, esa criatura!

-¿Qué era? -le pregunté, pues bien pudo ser un pájaro, una mariposa o una abeja.

-¿No viste, entonces? ¡Y me pedías que mirara dentro de tus ojos!

-¡Ah, mi pequeña ardilla Salawinki!, tú me haces pensar en ese animalito -le dije, poniéndole el brazo en torno de la cintura y atrayéndola un poco más hacia mí-. Mírame ahora a los ojos, y ve si estoy ciego o si hay en ellos algo más que una imagen de Rima del porte de un mosquito.

Ella movió la cabeza riendo con cierto tono burlón, pero sin hacer ningún esfuerzo para desasirse de mi brazo.

-¿Te gustaría que hiciera siempre lo que tú quieras, Rima... seguirte por el bosque cada vez que me digas "Ven"?... ¿Correr alrededor de los troncos persiguiéndote; tenderme para que tú te entretengas echándome hojas encima, y sentirme alegre cuando tú estás alegre?

-Claro que sí.

-Entonces hagamos un convenio. Yo haré todo lo que pueda complacerte, y tú me prometerás hacer cuanto me agrade a mí.

-Explícate.

-Pequeñeces, Rima... nada que sea tan difícil como darte caza alrededor de los árboles. Basta que tú estés junto a mí o te sientes a mi lado y converses conmigo, para que yo me sienta feliz. Y para comenzar, debes llamarme por mi nombre: Abel.

-¿Es ése tu nombre? Oh, ¿ése no era tu nombre real y verdadero? Abel, Abel ... ¿Qué hay en eso? ¡No dice nada! Yo te he llamado por tantos nombres... veinte, treinta... y ninguna respuesta.

-¿De veras? Pero, mi querida niña, cada individuo tiene un nombre... el nombre con que le llaman los demás. Tu nombre, por ejemplo, es Rima, ¿no es así?

-¡Rima!, ¿nada más que Rima... para ti? ¿Por la mañana... por la tarde... ahora en este sitio, y más tarde, cómo sé adónde?... ¿De noche cuando despiertas y lo hallas todo oscuro, y me ves de todos modos? ¿Nada más que Rima?... ¡oh, qué extraño!

-¿Qué otro nombre entonces, mi dulce niña? Tu abuelo te llama Rima.

-¿Nuflo? -dijo esto como si ella misma se interrogara-. ¿Ese viejo con dos perros que vive por ahí junto al bosque? -Y luego añadió con brusca petulancia:

-¡Y así me pides que hable contigo!

-¡Oh, Rima!, ¿qué puedo decirte? Oyeme...

-No, no -exclamó, volviéndose de repente hacia mí y poniendo sus dedos en mis labios para cortar la palabra, al mismo tiempo que una repentina expresión de contento brillaba en sus ojos:

-Tú debes escuchar cuando yo hablo, y hacer todo lo que diga. Y cuando quieras que yo haga algo para complacerte, dímelo con los ojos... déjame mirarte a los ojos siempre que no estén ciegos.

Ella se puso cara a cara conmigo, e inclinando ligeramente la cabeza hacia atrás de costado, me miró de frente en los ojos, tal como yo lo quería. A los pocos momentos se puso a mirar a lo lejos, entre los árboles. Pero yo podía ver dentro de sus divinas pupilas, y sabía que no estaba mirando a ningún objeto en particular. Todas sus cambiantes expresiones -inquisitiva, petulante, turbada, tímida, juguetona- se habían desvanecido de su quieto semblante, y la mirada iba hacia adentro empapada en una extraña y exquisita claridad, como si una nueva felicidad o esperanza hubiese encendido su espíritu.

Bajando la voz hasta un suspiro, le dije:

-Dime lo que has visto en mis ojos, Rima.

Ella, por toda respuesta, murmuró algo melodioso e inarticulado, luego me miró a la cara como inquiriendo algo, pero solamente por un momento, para velar en seguida sus dulces ojos bajo las pestañas.

-Escucha, Rima -le dije-. ¿Era un picaflor lo que vimos hace pocos momentos? Tú eres como él, ya una sombra entre las sombras, entrevista por un instante, y luego... no más, ¡oh, criatura! Ya en plena luz, sin moverse, ¡qué bella!... mil veces más hermosa que el picaflor. Oyeme, Rima, tú eres como todas las bellas cosas del bosque... flores y pájaros, y mariposas, y hojas tiernas, y frondas, y esos monitos de pelaje sedoso que se columpian en las copas de los árboles. Cuando te miro, veo todo eso... todo y más, mil veces más, porque veo a la propia Rima. Y cuando me pongo a escuchar la voz de Rima, hablando una lengua que no puedo comprender, oigo el viento que susurra entre el ramaje, el agua corriente que gorgoritea, la abeja entre las flores, el pájaro-órgano que canta a lo lejos, allí lejos a la sombra de los árboles. Los oigo a todos, y más, porque oigo a Rima. ¿Me comprendes ahora? ¿Soy yo el que te hablo?... ¿te he respondido?... ¿estoy cerca de tí?

Ella volvió a fijar sus ojos en los míos, con labios temblorosos y con cierta secreta turbación en la mirada.

-Sí -dijo en un murmullo, y luego-: No, no eres tú-. Y pasado un momento, dudosa-: ¿Eres tú? ¿Eres ése tú?

Pero no esperó que le respondiera: en un momento había desaparecido detrás de la morera; y fueron inútiles todos mis llamados para que volviera.

CAPITULO IX

AQUELLA tarde en el bosque en compañía de Rima, a la sombra de la morera, había sido tan grata para mí, que estaba ansioso de continuar mis vagabundeos y charlas con ella; pero la voluble hechicerita me tenía reservada una gran sorpresa. Toda su vivacidad natural la había abandonado en forma inexplicable; al salir de paseo por el bosque, la encontré allí, pero no era ya la despierta, fantástica criatura, bella como un ángel, inocente y cariñosa como un niño, vivaracha como un monito, que se había divertido jugando a las escondidas conmigo. Volvía a ser ahora mi tímida y callada compañera, presente sólo a ratos, y mostrándose entonces como la misteriosa doncella que había desaparecido a mi vista igual que un jirón de niebla que se evapora. Cuando la llamaba, ya no me respondía como antes, sino que se presentaba por algunos momentos como para asegurarme que no me había abandonado; tras algunos instantes, su silueta gris y vaporosa volvía a desvanecerse entre los árboles. La esperanza de que ella, una vez fortalecida la confianza y acostumbrada ya a conversar conmigo, terminaría por revelarme la historia de su vida, hubo de ser abandonada, por lo menos temporalmente. Debía, después de todo, recurrir a Nuflo para informarme, o permanecer en la ignorancia. El viejo pasaba la mayor parte del tiempo afuera con sus perros, y de esas expediciones no traía otra cosa apreciable que algunas frutas y semillas, cortezas finas para reemplazar el tabaco, y de vez en cuando un puñado de resina de *haima* con que perfumar la choza por la noche. Después de haber perdido tres días en tratar de vencer la inexplicable hurañía de la joven, me resolví a vigilar exclusivamente al abuelo, a

fin de averiguar, en lo posible, adónde iba y en qué ocupaba el tiempo.

Mi nuevo juego a las escondidas, con Nuflo en vez de Rima, comenzó a la mañana siguiente. El era astuto; yo también. Comencé por salir de la cabaña y esconderme a vigilarlo desde la espesura. Dudaba de poder eludir los ojos penetrantes de Rima; pero esto no me preocupaba. Ella no marchaba en armonía con el viejo, y no haría cosa alguna para malograr mi plan. No había pasado mucho tiempo en mi escondite, cuando el viejo salió en compañía de sus perros y fue a sentarse en un tronco a poca distancia de la vivienda. Estuvo fumando un rato; luego se puso de pie y tras una cuidadosa mirada en torno suyo, se metió entre los árboles. Vi que había tomado en dirección de la cadena de lomas pedregosas que corrían al sur de la selva. Yo sabía que el bosque no se extendía gran cosa por ese lado, y calculando que alcanzaría a divisarlo al salir de él, corrí por entre los árboles con todas mis fuerzas a fin de tomarle la delantera. Al llegar donde el bosque comenzaba a ralea, descubrí un llano estéril que se extendía por un cuarto de legua entre éste y los cerros. Creyendo que el viejo podría atravesar por ahí, me subí a un árbol a observar. Después de algún tiempo apareció él caminando a buen paso por entre los árboles, con los perros a la siga; pero no se dirigió por el lado de la llanura abierta. Al llegar al linde del bosque, debió, al parecer, cambiar de dirección, para encaminarse al poniente, siempre al abrigo de los árboles. Cuando hubieron pasado unos cinco minutos, me dejé resbalar hasta el suelo y comencé a seguirlo; volví a divisarlo por entre los árboles y le seguí por unos veinte minutos más; hasta que llegó a una espesa mancha de vegetación que se prolongaba por encima de la cadena de cerros, y aquí lo perdí de vista. Siempre en la esperanza de salirle al encuentro, seguí adelante, pero pronto vi que la espesura se hacía intransitable y hube de abandonar el intento. Me dirigí entonces hacia el oriente, hasta salir del bosque y hallarme al pie de un empinado cerro que se unía a la cadena por donde cortaba el bosque en

ángulo recto. Se me ocurrió que sería una buena idea trepar a la cumbre del cerro, a fin de dominar el trozo de bosque donde había perdido a mi hombre; y tras un rato de marcha llegué a un sitio que permitía el ascenso. La cumbre del cerro quedaba a unos cien metros por encima de la llanura, y no tardé en alcanzarla. De arriba se abarcaba una buena vista y ahora pude ver que el cordón de bosque se extendía a todo lo ancho de la cadena de cerros y se dilataba hacia el sur en una extensa selva.

"Si vas en esa dirección, viejo zorro, pensé, tus secretos están a salvo de mí."

Era todavía temprano y una ligera brisa templaba la atmósfera y hacía el aire fresco y agradable en la altura, tras mi largo esfuerzo. Mi brega con la espesura me había fatigado un tanto, y decidido a pasar allí algunas horas, me puse a buscar un claro donde reposar. Pronto encontré un lugar sombreado al borde de un bloque de piedra, donde podía reclinar-me cómodamente sobre una alfombra de líquenes. Allí me quedé con la cabeza apoyada contra la roca, pensando en Rima, que estaría hoy sola en el bosque, y mi pensamiento tenía su tinte de amargura; lo suficiente para hacerme desear que ella me echara tanto de menos como yo a ella. Y por último, me dormí.

Cuando desperté era pasado mediodía y el sol estaba justamente por encima de mi cabeza. Al levantarme para dar al panorama una mirada más, divisé un hilillo de humo que salía de las proximidades del centro del jirón de bosque que quedaba a mis pies. Inmediatamente adiviné que Nuflo había hecho fuego en aquel sitio, y resolví darle una sorpresa en su escondite. Al descender hasta el pie del cerro, el humo dejó de verse, pero yo había estudiado el terreno bien desde arriba y puesto mis ojos en un macizo de árboles del contorno para orientarme; y después de una búsqueda de media hora, conseguí descubrir dónde se ocultaba el viejo. Primero volví a divisar la humareda entre los árboles y luego una pequeña choza de hojas de palmera y ramaje. Me acerqué con precaución y divisé por una rendija a Nuflo

que se ocupaba en asar un pedazo de carne al fuego, al mismo tiempo que retostaba unos huesos sobre las brasas. Había capturado un coa-timundi, un animal algo más grande que un gato, con el hocico aguzado y la cola larga y caracoleada; uno de los perros estaba royendo la cabeza del animal, y la cola y las patas estaban también junto a él, mezcladas con los desperdicios y huesos que cubrían el piso. De puntillas di la vuelta hasta la puerta de la choza y me presenté de repente en ella, a tiempo que los perros se incorporaban con un gruñido y Nuflo se levantaba de repente, puñal en mano.

-¡Ah, vejete -exclamé riéndome-, te he pillado en una de tus comidas vegetarianas, y también a tus perros anticarnívoros!

Se mostró corrido y receloso, pero al decirle que había descubierto el humo por casualidad mientras andaba por el bosque buscando una florecita azul muy rara, y me había acercado a descubrir de qué provenía el fuego, él recobró su tranquilidad y me invitó a acompañarlo a comer carne asada.

Me sentía ya hambriento y nada contrariado por probar otra vez alimento animal; a pesar de todo comí esta carne con cierto disgusto, a causa de su sabor rancio y su fetidez, y era asimismo desagradable tener al lado a esos repugnantes perros que roían al mismo tiempo los huesos del animal.

-Ya ve -me dijo el viejo hipócrita, mientras se limpiaba la grasa del bigote- lo que me veo forzado a hacer para no ofender a nadie. Mi nieta es una criatura rara, como usted habrá tenido ocasión de ver...

-Esto me hace recordar que tenía pensado me contaras su historia -dije interrumpiéndole-. Ella es, como dices, una persona extraña, y tiene un lenguaje y facultades distintos de los nuestros, lo que prueba que proviene de una raza diferente.

-No, no: sus facultades no son diferentes de las nuestras. Son más agudas, eso es todo. El Todopoderoso se place en darles a unos más que a otros. No todos los dedos de la mano son iguales. Usted encon-

trará hombres que toman la guitarra y la hacen hablar, mientras que yo...

-Eso lo comprendo perfectamente -le interrumpí de nuevo-. Pero lo que yo deseo saber es su origen, su historia.

-Y eso, señor, es precisamente lo que estoy por contarle. Pobre niña, me la confió a mi cuidado su santa madre -mi hija, señor-, que murió muy joven. Pues bien, el lugar de su nacimiento, donde aprendió sus primeras letras y el Catecismo bajo la dirección del cura, se halla en una región muy insalubre. Era muy caluroso y húmedo, siempre húmedo... algo más apropiado para que vivieran ranas, y no gente. Con el tiempo, en la creencia de que le probaría mejor -pues la niña estaba pálida y sin ánimos- vivir en una comarca más seca entre las montañas, me la traje aquí. Por esto y por lo demás que he hecho por ella, no espero ninguna recompensa aquí en la tierra, sino allá donde mi hija ha sentado pie (y no se crea que a la entrada, sino bien adentro del Paraíso). Pues al fin de cuentas sólo debemos esperar justicia de las autoridades divinas, pese a los errores que cometen en la administración de nuestros asuntos aquí en la tierra. Ahora, señor, ésa es con toda franqueza la historia del origen de mi nieta.

-Ah, ya veo lo bien que tu historia me explica cómo puede ella hacer que un pájaro selvático se venga a parar en su mano, y tocar una serpiente venenosa con su pie desnudo, sin recibir daño alguno.

-No hay duda de que usted está en lo cierto. -me dijo el viejo embaucador-. Viviendo sola en los bosques, sólo ha tenido a mano las criaturas de Dios para jugar y hacerlas sus amigas; y he oído decir que los animales silvestres conocen a todo el que los mira bien.

-Tú en cambio tratas harto mal a sus amigos -le dije, arrojando lejos de un puntapié la cola del coatimundi, y sintiéndome apesarado de participar en la comida.

-Señor, usted tiene que considerar que somos lo que Dios quiso que fuéramos. Cuando todo esto se formó -dijo, abriendo sus brazos para indicar toda la Creación-, la persona que se encargó de ello hizo

las semillas y frutos y miel para el sustento de sus pajaritos. Pero nosotros no tenemos su gusto delicado. El estómago más fuerte que le dio al hombre, clama por la carne. ¿Me ha comprendido? Pero ni una palabra de esto a Rima.

Me reí con desprecio.

-¿Me crees tan niño, pobre viejo, como para suponer que Rima, esa zahorí, va a ignorar que eres un comedor de carne? Rima, que no deja sitio del bosque adonde no se mete, viéndolo todo, hasta cuando amenazo a una serpiente, y aun cuando ella no se deja ver.

-Pero, señor, si no le ofende mi presunción, usted supone demasiado. Ella no viene nunca por estos lados, y no puede por lo tanto saber que como carne. En todo ese bosque donde ella se expande y canta, donde ella se siente como en el jardín de su casa, ama y señora de todas sus criaturas, hasta de las mariposas de alas pintadas, ahí yo no cazo ningún animal, señor. Ni mis perros van a perseguir allí un solo animal. Eso es lo que quise decir cuando afirmé que si un animal viniera a tropezar en sus piernas, ellos levantarían la nariz al aire y se harían como si no lo vieran. Pues lo que pasa es que en el bosque hay una ley, la impuesta por Rima, y fuera del bosque una ley diferente.

-Celebro que me hayas dicho eso -le respondí-. La idea de que Rima pudiera estar cerca y, sin dejarse ver, mirarnos comer con los perros y como los perros, devorando carne, era algo que me tenía muy preocupado.

Me echó una de esas miradas rápidas y maliciosas que acostumbraba:

-¡Ah, señor, también usted siente eso... después de tan corto tiempo que está con nosotros! Hágase cargo, entonces, de lo que sufriré yo, incapaz como soy de pasar con frutos y gomas y lo poco de miel que hacen las avispas con el zumo de las flores, viéndome obligado a andar grandes distancias y comer a escondidas para no ofenderla.

Era cosa dura, no hay para qué dudar, pero no me daba lástima de él; en el fondo no podía dejar de sentirme irritado contra él por

negarme la información que buscaba, mientras pretendía presentármese como hombre franco, y también me sentía disgustado conmigo mismo por haber participado en su rancia comida. Era necesario disimular, sin embargo, y en consecuencia, tras tocar algunos otros temas de conversación, le di las gracias por su hospitalidad y lo dejé entregado a su tarea de sahumar la carne.

De regreso a la cabaña, con el temor de que algún tufo del hediondo escondrijo de Nuflo y de su comida siguiera disimulado entre mis ropas, me desvié del camino hasta donde un arroyo formaba un pozo, para darme una buena zambullida. Después de secarme a todo viento y de sacudir y golpear mis ropas, encontré un claro del bosque donde me tendí a la sombra, en espera de que llegaran las oraciones para volver a la vivienda. Para entonces el aire fresco y fragante me habría purificado enteramente. Por otra parte, estimaba que no había castigado a Rima lo suficiente por la forma en que me había tratado. Acaso estuviera ansiosa por lo que pudiera haberme ocurrido y me anduviese buscando por todo el bosque. No era mucho que la hiciese sufrir un día, cuando ella me había hecho sentirme miserable por tres; y pudiera ser que al darse cuenta de que yo podía vivir sin su compañía, comenzara a tratarme menos caprichosamente.

Esos eran mis pensamientos mientras descansaba tendido en el suelo tibio, con la vista en lo alto, paseando por el follaje, que se veía verde como el pasto tierno en las ramas bajas, luminoso de sol en las copas y poblado por el rumor de vida de los insectos. Cada una de mis acciones, palabras y pensamientos, tenía a Rima por motivo. ¿Por qué, comencé a preguntarme, Rima ha llegado a significar tanto para mí? Era fácil contestar a tal pregunta: Porque nunca había conocido nada tan exquisito. Toda esa belleza aislada que había en la naturaleza, la armonía, la gracia de movimientos, estaba concentrada y armoniosamente combinada en ella. ¡Qué varia, qué luminosa, cuán divina era! Un ser para la admiración del entendimiento, para maravillarse continuamente, descubriéndole una nueva gracia y encanto a cada

hora, a cada momento, para sumarla a la anterior. Y quedaba por agregar el fascinador misterio que rodeaba su origen, para despertar y mantener siempre vivo mi interés en ella.

Esa fue la pronta respuesta que di a lo que me había preguntado a mí mismo. Pero bien sabía que había otra respuesta... una razón más poderosa que la primera. Y ya no podía rechazarla, ocultando su brillante imagen con la pesada y opaca máscara de una mera curiosidad intelectual. Porque la amaba; porque la quería como no había querido antes jamás, ni podría amar a ninguna otra criatura, con una pasión que se había apropiado algo de su brillo e intensidad, haciendo que toda pasión anterior apareciera pálida y vulgar en comparación: algo que todos hemos sentido, algo viejo y desgastado, una cosa que fastidiaba de sólo pensarlo.

De estas reflexiones vino a sacarme el lamentoso grito en tres notas de un pájaro nocturno, el chotacabras, que abunda en esos bosques; y me sorprendí al darme cuenta de que el sol se había puesto y el bosque comenzaba a llenarse de sombras. Me incorporé y comencé a andar apresurado en dirección a casa, pensando en Rima y acosado por la impaciencia de verla; y al acercarme a la vivienda, por un sendero que conocía, me encontré de pronto con ella cara a cara. Indudablemente me había sentido acercarme, y en vez de rehuirme como otras veces para verme pasar sin dejarse ver, como lo hiciera el día anterior, se había adelantado a mi encuentro. Me quedé maravillado del cambio que notaba en ella, al verla adelantarse con rápido y fácil movimiento, como un pájaro volador, con las manos tendidas como para estrechar las mías, sus labios entreabiertos por una radiante sonrisa de bienvenida, sus ojos chispeantes de contento.

Me abalancé a su encuentro, pero no había hecho más que tocar sus manos cuando cambió su expresión, y se recogió temblando, como si el contacto le hubiese helado la cálida sangre de sus venas; y apartándose unos pasos, se quedó con la vista baja, tan pálida y afligida como se había mostrado el día antes. En vano le rogué que me

dijera la causa de este cambio y del malestar que a todas luces sentía; sus labios temblaron como para hablar, pero no me dio ninguna respuesta, y solamente se esquivó un poco más lejos cuando pretendí acercármele, hasta que por último saliendo del sendero se perdió en la penumbra del bosque.

Seguí mi camino solo y me senté afuera por algún tiempo, hasta que el viejo Nuflo estuvo de vuelta; y sólo cuando éste se fue adentro a encender fuego, Rima volvió a presentarse, callada y esquivada como siempre.

CAPITULO X

AL día siguiente Rima continuó en el mismo inexplicable estado de ánimo; y sintiendo mi derrota muy acerbamente, determiné ensayar de nuevo el efecto de la ausencia en ella, permaneciendo esta vez alejado por un período más largo. Como el viejo Nuflo, disimulé mi salida a la mañana siguiente, esperando que la niña se hubiese ausentado antes de meterme por los matorrales en dirección a lo más espeso del bosque; y finalmente dejando su amparo, corté por en medio de la sabana en dirección a mi antiguo paradero. Grande fue mi sorpresa al no encontrar a nadie en la aldea. Comencé por suponer que mi desaparición en el bosque maldito los habría impulsado a huir presa del pánico; pero mirando en torno mío llegué a la conclusión de que mis amigos habían ido solamente en una de sus periódicas visitas a alguno de los poblados cercanos. Pues cuando estos indios van a visitar a sus vecinos, lo hacen de una manera cabal: van todos, llevando consigo todas sus provisiones, sus tiestos de cocina, sus armas, hamacas y aun sus animales domésticos. Por fortuna, esta vez no se lo habían llevado todo; mi hamaca había quedado aquí, junto con una olla pequeña, un poco de casaba o fruto del árbol del pan, patatas moradas y unas cuantas mazorcas de maíz. Llegué a la conclusión de que todo esto había sido dejado para el caso de que yo regresara; también supuse que no se habrían ido hacía mucho tiempo, pues un tizón seguía ardiendo bajo las cenizas del hogar. Ahora, como sus ausencias se prolongaban por lo general por muchos días, era evidente que tendría el caserón para mí solo por todo el tiempo que se me ocurriera quedarme, y su poquito de comida. Pero esto no me desalentó, y resolví entretenerme con un poco de música. En vano busqué mi guita-

rra; los indios la habían llevado consigo con miras de entretener a sus vecinos punteando las cuerdas. En los ratos perdidos durante los dos últimos días me había pasado componiendo una simple melodía en mi cabeza, adaptándola a una letra muy antigua; y ahora, sin tener instrumento que me acompañara, comencé a cantar en voz baja para mí solo:

*Muy más clara que la luna
sola una
en el mundo vos naciste...*

Después de la música hice fuego y puse en el rescoldo una mazorca de maíz para la cena, y mientras me ocupaba de masticar con gran trabajo los duros granos, le di gracias a Dios por los buenos molares que me había dado. Por último, colgué mi hamaca en el mismo rincón de antes y tendiéndome en ella en mi favorita posición medio de través, con las manos detrás de la cabeza, una rodilla levantada y la otra pierna colgando, me resigné a dejar pasar el tiempo sin pensar en nada en particular. Me sentía muy feliz. ¡Cosa muy rara, pensaba con cierta vanidosa complacencia en que una persona acostumbrada a la grata sociedad de hombres inteligentes y mujeres encantadoras, y a la compañía de los libros, se encontrara aquí tan a su gusto! Pero mis congratulaciones fueron demasiado prontas. El profundo silencio comenzó a pesarme a la larga. No era como en el bosque, donde lo acompañan a uno los pájaros en libertad, y donde sus gritos, por más que sean inarticulados, tienen un significado y le dan encanto a la soledad. La misma presencia y el susurro de las hojas y las cañas que tiemblan en el viento, tienen para nosotros algo como inteligencia y simpatía; pero yo no podía intimar con las paredes de barro y con los tiestos de greda. Sintiendo la soledad en forma punzante, comencé a arrepentirme de haberme alejado de Rima, y luego a sentir remordimiento por mi disimulo con ella. Todavía ahora, mientras yo pasaba

mis ocios en la hamaca, ella andaría en mi busca de un extremo al otro del bosque, poniendo oído por si sentía mis pasos, acaso temiendo que me hubiera ocurrido un accidente en un sitio donde nadie pudiera socorrerme. Sentía agudos remordimientos al imaginármela en esta forma y al pensar en la pena que le habría causado indudablemente con haberme escapado a escondidas, sin prevenirla. Saltando al suelo, salí a la carrera de la casa y me fui al estero. Se estaba mejor allí, pues había pasado lo peor del día, y el sol poniente comenzaba a verse más crecido, rojo y sin rayos tras las brumas del horizonte.

Me senté en una piedra a unos pasos de la clara corriente; y ante la vista de la naturaleza, envuelto por el aire tibio y la luz vivificante del sol que penetraba mi espíritu, me puse a pensar calmamente y hasta con esperanza en el estado en que me hallaba. Mi situación era ésta: por varios días se me había metido en la cabeza la idea, ahora ya arraigada, de que este desamparo sería mi residencia permanente. La idea de volver a Caracas -ese pequeño París de América, con sus vicios del Viejo Mundo, sus estériles pasiones políticas y su vacía ronda de diversiones- me era intolerable. Yo había cambiado, y este cambio -tan grande y completo- era prueba de que la antigua vida artificial no había sido ni podía ser la verdadera vida, en armonía con mi naturaleza más profunda y real. Me engañaba, dirá usted, como yo mismo he dicho a menudo. Sí y no. Es un asunto demasiado amplio para discutirlo aquí, pero en ese momento sentía que había abandonado la atmósfera calurosa y contaminada de los salones, que el aire matinal de los cielos me refrescaba y me enaltecía, y que era suave de respirar. Tenía amigos y relaciones que me eran queridos; pero me hallaba capaz de olvidarlos en la misma forma en que podía olvidar los espléndidos sueños que me había forjado. Y a la mujer que había amado yo y que probablemente me amaba... también podía olvidarla. Hija de la civilización y de esa vida artificial, ella no llegaría nunca a experimentar tales sentimientos ni volver a la naturaleza como yo lo estaba sintiendo. Pues la mujer, aun cuando dentro de ciertos estre-

chos límites es más moldeable que el hombre, carece todavía de esa amplia adaptabilidad que puede conducirnos a nosotros a las fuentes de la vida, que para ellas han quedado a su espalda por una eternidad. Mejor, mil veces mejor para ambos, que ella esperara por meses y meses, hasta que se fatigara su corazón de posponer sus esperanzas una y otra vez; mejor que, no viéndome más, me llorara por muerto y se consolara a la larga, hasta encontrar la felicidad a su manera y dentro de su círculo.

Y mientras estaba meditando de este modo, con cierta tristeza, pero sin desesperación, sobre el pasado, el presente y el futuro, de repente llegó en alas del aire cálido y quieto el resonante, poderoso *cling-clang* del "campanero", desde algún árbol muy alto a no menos de media legua de distancia. ¡*Cling-clang!*, se sintió nuevamente, y así con breves intervalos, causándome por el momento una extraña emoción, con su perfecta semejanza a una campanada, lo que instantáneamente me hizo recordar los llamados de las iglesias cristianas. Y sin embargo, nada tan diferente. Una campana, pero no fundida con el basto metal que se saca de la tierra, sino hecha de un etéreo, más noble material que flota impalpable e invisible en el espacio... una campana viviente suspendida de la nada, que despedía vibraciones en armonía con la anchura de los límpidos cielos, la inmaculada virginidad de la naturaleza, la gloria del sol, y trayendo al alma un mensaje místico, más elevado que los sonos que surgen de los campanarios de los templos.

¡Oh, místico pájaro campanero, de la raza celeste de la golondrina y la paloma, el quetzal y el ruiseñor! ¡Cuando el bestial salvaje y el bestial hombre blanco que te persiguen, uno para comerte, el otro para sus museos, hayan desaparecido, sigue tú viviendo, vive para que oiga tu mensaje la limpia raza espiritualizada que vendrá después de nosotros a habitar la tierra, no por un millar de años, sino para siempre! Cuánto no dirá tu voz a nuestros esclarecidos sucesores, cuando hasta a mi alma opaca y manchada puedes hablarle de cosas tan altas

y traerle la sensación de un Ser Universal que todo lo abarca, que está en mí y en él, carne de su carne y alma de su alma.

El canto cesó, pero yo seguía presa de mi arrebató lírico y como una persona hipnotizada, mirando sin ver hacia el bosquecillo de árboles enanos que se extendía a la otra orilla del raudal, cuando vi de repente a la distancia una grotesca figura humana que venía caminando hacia esta parte. Tuve un violento sobresalto, atónito y algo alarmado, pero luego reconocí a la vieja Claclá, que volvía a casa trayendo a la espalda un atado de leña, que casi la doblaba en dos y no la dejaba reparar en mi presencia. Muy a paso a paso llegó al borde del estero y comenzó a pasarlo con cuidado, pisando en la hilera de piedras que servía de puente; y solamente cuando estuvo a unos diez metros aquel vejestorio se dio cuenta de que alguien estaba sentado en silencio e inmóvil a su paso. Dando un agudo grito de sorpresa y terror, Claclá dejó caer el bulto a tierra y se dio vuelta para huir de mí. Estas fueron por lo menos sus intenciones, pues su cuerpo se inclinaba adelante y sus brazos y su cabeza se movían como cuando una persona va a todo correr; pero sus piernas parecían paralizadas y sus pies seguían en el mismo sitio. Solté una carcajada, y al oírla ella dio vuelta la cabeza hasta mostrar su cara arrugada y prieta, cuyos ojillos se clavaban en mí. Esto me hizo reír de nuevo, con lo cual ella acabó de enderezarse y se volvió por entero a examinarme con cuidado.

-Anda, Claclá -le grité-, ¿cómo no te das cuenta de que soy una persona viva y no un ánima? Pensé que nadie se había quedado a hacerme compañía y darme de comer. ¿Por qué no te fuiste con los demás?

-¡Ah, por qué! -me respondió en tono trágico. Y en seguida, volviéndose de espaldas y poniéndose en una actitud bien poco señorial, se golpeó las nalgas, diciendo: A causa de un dolor que tuve aquí.

Como continuara en la misma actitud y dándome la espalda, volví a reírme y le rogué que se explicara.

Poco a poco se fue volviendo y avanzó con precaución, pero sin despegarme la vista. Por último, siempre sin despintarme los ojos, me contó que los demás se habían ido a visitar un poblado distante -ella con todos-, pero que por el camino le había atacado un dolor tan agudo y repentino, que inmediatamente la había paralizado; y para demostrarme lo brusco de la parada, se dejó caer al suelo con un gran porrazo. Pero apenas había tocado el suelo, volvió a levantarse inmediatamente, con una expresión de alarma en sus ojos de lechuza, como si se hubiese sentado en un nido de avispas.

-Creímos que te habías muerto -me dijo, con un acento en que se veía que siempre sospechaba que pudiera estar conversando con un aparecido.

-No, todavía vivo -le dije-. ¡Y así, porque caíste enferma, te dejaron atrás! Vaya, no te aflijas, Claclá, ya somos dos y procuraremos pasarlo muy felices juntos.

A todo esto sus temores se habían desvanecido y comenzaba a sentirse muy contenta de mi regreso, lamentando solamente no tener carne que darme. Mostrábase ansiosa por conocer mis aventuras y la causa de mi larga ausencia. Yo no tenía el menor deseo de complacer su curiosidad, por lo menos diciéndole la verdad, a sabiendas de que tocante a la hija de Didí, su sentir era tan salvaje y malintencionado como el de Kuakó. Pero era necesario decir algo, y fortificándome con la buena creencia española de que las mentiras contadas al infiel no entran en la cuenta, le conté que una serpiente venenosa me había mordido, tras lo cual una tremenda tempestad me había sorprendido en el bosque, y la llegada de la noche me impidió escaparme a tiempo. Luego, al siguiente día, recordando que el que es mordido por una serpiente ha de morir, y no queriendo afligir a mis amigos con mi agonía, preferí quedarme donde estaba, entretenido en cantar canciones y fumar cigarrillos; y que después que hubieron pasado varios días y noches, convencido de que no moriría al fin de cuentas y co-

menzando a sentirme con hambre, me había encaminado para la casa.

La vieja Claclá se veía muy seria, moviendo la cabeza de un lado a otro y murmurando entre dientes. Finalmente me dio a entender que, en su opinión, no había cosa que pudiera matarme. Pero ni por pienso dio a entender si había creído mi cuento o no.

Pasé una noche bastante divertida con mi rústica patrona. Ella había dejado a un lado sus achaques, y feliz de sentirse acompañada en aquella pesada soledad, se mostró conversadora y de buen humor, y mucho más dispuesta a reírse que cuando estaban presentes los demás y debía mostrarse en toda su dignidad.

Nos sentamos junto al fuego, mientras se cocía lo poco que teníamos para comer; luego me puse a cantarle canciones españolas, con aquella melodía de mi invención:

Muy más clara que la luna ...

a lo que ella me correspondió emitiendo un bárbaro sonsonete con una voz aguda y chillona. Por último, poniéndome de pie, bailé por darle gusto, polca, mazurca y vals, silbando y cantando al compás de mis movimientos.

Más de una vez en el curso de la velada ella trató de llevarme a discutir asuntos serios, diciéndome que debía vivir siempre con ellos, aprender a matar pájaros y a pescar, y casarme. Luego se ponía a ponderar a su nieta Oalava, insistiendo en sus virtudes, ya que no era necesario describirme sus encantos personales, pues no ocultaba ninguno. Cada vez que llegaba a tocar este asunto yo la hacía callar jurándole que si alguna vez me casaba, no quería otra mujer que ella. A lo que ella respondía que estaba muy vieja y había pasado la edad de darme hijos; que no continuaría largo tiempo haciendo pan de casaba, soplando el fuego con el viejo fuelle asmático, y poniendo a dormir a los hombres con sus cuentos. Pero yo seguía empeñado en conven-

cerla de que todavía estaba joven y hermosa y que nuestros descendientes serían más numerosos que los pájaros de la selva.

Me fui allí cerca a un campo donde había visto unas matas de flor de la pasión, y tomando unos cuantos ramilletes de espléndidas flores escarlata, con hojas y todo, las tejí en una guirnalda para adornar la cabeza de la vieja india. Luego la saqué a tirones al centro de la habitación, y pese a sus gritos y esfuerzos, la hice dar vueltas y vueltas de un extremo al otro, hasta volver a dejarla donde estaba antes sentada. Y al depositarla allí, con la respiración entrecortada y la cara tajeada en una sonrisa que le formaba mil arrugas, me arrodillé ante ella, y con gesto apropiado a una gran pasión, le declamé los antiguos y delicados versos que compuso Mena antes de que Colón cruzara los mares:

*Muy más clara que la luna
sola una
en el mundo vos naciste,
tan gentil, que no venciste
ni tuviste
competidora ninguna.
Desde niñez en la cuna
cobraste fama, beldad,
con tanta graciosidad
que vos dotó la fortuna.*

¡Y todo el tiempo pensando en otra! ¡Oh, pobre vieja Claclá, que no sabías lo que significaba la canción ni el secreto de mi loca alegría; ahora que te recuerdo allí sentada con tu cabeza cenicienta de lechuga, coronada con una guirnalda de flores rojas de la pasión, encendida la piel por el reflejo de la fogata y resaltando sobre el fondo negro de humo de las paredes y las vigas, cómo vuelve a sobrecogerme aquella pena invencible!

Así pasó nuestra velada, bastante divertida. En seguida nos pusimos a arreglar el fuego echándole leña dura y cubriéndolo para que durara toda la noche, y nos fuimos a nuestras hamacas, aunque sintiéndonos bien despiertos todavía. La vieja india, mostrándose orgullosa de poder cumplir con sus deberes hasta lo último, se puso religiosamente a hacerme dormir con sus historias; pero aunque de vez en cuando le dirigía la palabra para animarla a continuar, no hice empeño alguno por seguir el hilo de sus antiguas consejas, aprendidas de pequeña de labios de otras abuelas ha mucho tiempo deshechas en polvo. Mi cabeza estaba afanada pensando, pensando, pensando, ya en la mujer que había querido antes, allá en la remota Caracas, y que me esperaba llorando y desesperada con tanta esperanza pospuesta; ya en Rima, que estaría vigilante y atenta a los menores ruidos de la selva..., atenta, escuchando a la espera de mis pasos.

A la mañana siguiente, comencé a flaquear en mi resolución de permanecer alejado de Rima por algunos días. Antes del anochecer, mi pasión, contra la cual había dejado de luchar, reforzada por la idea de que había procedido con crueldad al abandonarla, y que estaría presa de la ansiedad, se apoderó por completo de mí. Estaba pronto a regresar. La vieja india, que había estado observando mis movimientos con muestras de sospecha, salió de carrera detrás de mí, al verme abandonar la cabaña, gritándome que se venía encima una tempestad, que era demasiado tarde para salir, y que la noche estaría llena de peligros. Le indiqué con el ademán que me iba de todas maneras, y le dije riendo que no olvidara que yo estaba a salvo de todo peligro. Pensé que bien poco le importaría si me ocurriese algo malo; pero lo que había es que no le gustaba quedarse sola. Hasta una criatura como ella, por baja que fuese su inteligencia, no encontraba alimento para el espíritu en el tiesto puesto sobre el fuego, ni podría conciliar el sueño con las leyendas de antaño.

En lo que tardé en llegar a los lomajes, me convencí de que Claclá me había vaticinado la verdad, pues se notaba ya un cambio amenazador en la naturaleza. Un vapor gris turbio se había extendido por toda la mitad poniente del cielo; más abajo, del otro lado del bosque, el horizonte estaba renegrido como la tinta, y el sol se había perdido detrás de esa oscuridad. Era demasiado tarde para volverse ahora; había permanecido demasiado tiempo alejado de Rima, y toda mi esperanza era poder alcanzar hasta la vivienda de Nuflo, seco o empapado, antes de que me alcanzara la noche en el bosque.

Por algunos momentos me quedé parado en lo alto de la loma, impresionado con el siniestro aspecto de la sombría escena que tenía delante..., la larga franja de uniforme verdor sin lustre, destacando de trecho en trecho una que otra palmera que levantaba su penacho por encima de los demás árboles, permaneciendo inmóvil, en extraño relieve contra la oscuridad que se adelantaba. Luego me puse nuevamente en camino a la carrera, aprovechándome de que la senda iba cuesta abajo, para alejarme lo más posible antes de que estallara la tormenta. Estaba ya próximo al bosque cuando se vio la luz de un relámpago, una luz pálida, pero que encendió toda la bóveda del cielo, seguida después de un rato por un trueno distante que duró varios segundos y que terminó con una sucesión de profundas vibraciones. Era como si la Naturaleza, presa de suprema angustia y desconsuelo, se hubiese arrojado a tierra, mientras su corazón latía resonante, sacudiendo al mundo con sus palpitaciones. No se sintieron nuevos truenos, pero la lluvia caía ahora en gruesas gotas que volaban rectas a través del aire inmóvil y opaco. En menos de un minuto me encontré empapado hasta el pellejo, aunque por algún tiempo la lluvia me pareció una ventaja pues venía impregnada de claridad, que cambiaba la penumbra en un gris luminoso. Esta claridad de la lluvia no duró mucho; no habría andado más de veinte minutos por el bosque, cuando una tiniebla más espesa cayó sobre la tierra, acompañada de un verdadero diluvio. Era evidente que el sol se había puesto ya, dejando

el cielo cubierto por una espesa masa de nubes. Como aumentara mi nerviosidad, me incliné más hacia el sur, con el fin de mantenerme más cerca del bosque, donde el arbolado era menos denso. Es probable que estuviera confundido desde antes y me hubiese desviado hacia el mal camino, pues en vez de hallar más fácil el paso, fui metiéndome más y más en la espesura. Antes de mucho aumentó a tal punto la oscuridad, que no alcanzaba a distinguir los objetos a más de cinco pasos de distancia. Avanzando como un ciego, me metí en un matorral, por donde fui cayendo y levantándome por un trecho, hasta que hube de detenerme completamente desesperado. Había perdido ya toda orientación y me sentía sepultado en una espesa tiniebla, tiniebla de la noche, del cielo nublado, de la lluvia y el follaje goteante, y de la red del ramaje entrelazado con lianas y guías de plantas parásitas, en una inextricable maraña. Me había metido en un agujero, o pozo de vegetación, cercado de todas partes por la espesura, y donde podía mantenerme de pie y darme vueltas y vueltas sin tropezar con cosa alguna; pero al estirar los brazos podía tocar el ramaje y las guías de las plantas. En mi sentir, era una locura pensar en moverse en cualquiera dirección; pero no era menos desesperante permanecer parado allí en el barro, calado por la lluvia y envuelto por una oscuridad en que no aparecía otra luz que la de los ojos de algún animal de presa, que ardían con interno resplandor. Con todo esto, el peligro, la intensa tortura física de esta situación y la angustia de pasar toda una noche en tal estado, me oprimían menos el corazón que el recuerdo de la ansiedad en que se hallaría Rima y de la pena que le habría causado con mi secreta desaparición.

Estando así, con el corazón oprimido, me sorprendió oír a corta distancia uno de sus melodiosos llamados. No había cómo equivocarse; si el bosque hubiese estado lleno de ruidos de animales y de cantos de pájaros, su voz se habría distinguido inmediatamente de las demás. ¡Qué misteriosa, cuán infinitamente tierna resonaba en aquella oscuridad!... Tan musical y de una modulación tan exquisita, tan

melancólica, y sin embargo traspasando repentinamente mi corazón con una inefable alegría.

-¡Rima, Rima! -exclamé-. Habla otra vez. ¿Eres tú? Ven a mi lado.

Volvió a sentirse el gorjeo o serie de gorjeos, al parecer a una distancia no mayor de algunos pasos. No me extrañé que no respondiese en español; siempre lo había hablado como a la fuerza y sólo cuando estaba a mi lado; pero al llamarme desde cierta distancia, volvía instintivamente a emplear su misteriosa lengua nativa, llamándome como un pájaro llama a otro. Comprendí que me invitaba a seguirla, pero rehusé dar un paso.

-¡Rima! -grité nuevamente-, ven aquí a mi lado, porque no sé dar un paso y no podré moverme hasta no tenerte junto a mí y sentir tu mano.

No tuve respuesta, y tras algunos momentos, ya alarmado, la llamé de nuevo.

Entonces, muy próxima, con una voz baja y temblorosa, ella me dijo.

-Aquí estoy.

Estiré una mano y toqué algo suave y mojado; era su seno. Levantando la mano más arriba, toqué su cabellera deshecha y empapada por la lluvia. Estaba tiritando, y pensé que la lluvia la había trasminado.

-Rima... ¡pobrecita! ¡Qué mojada estás! ¡Qué extraño resulta encontrarme contigo en tal lugar! Dime, mi querida Rima, ¿cómo pudiste dar conmigo?

-Estaba esperando... vigilando... el día entero. Te vi venir a través de la sabana, y te seguí a cierta distancia por el bosque.

-¡Y yo que te traté tan mal! ¡Ah, mi Angel de la Guarda, luz de mis tinieblas, cómo me reprocho el haberte hecho sufrir! Dime, ¿de-seabas que volviera a vivir a tu lado?

Ella no respondió a mis palabras. Luego, pasando mis dedos a lo largo de su brazo, le tomé la mano. Estaba ardiente, como la de uno que tiene fiebre. Me la llevé a los labios, y pretendía atraerla hacia mí, pero ella se inclinó hasta el suelo y se arrodilló a mis pies, con la cabeza gacha. Inclinéme hasta ella la rodeé con mi brazo y la levanté para estrecharla contra mi pecho, mientras su corazón le palpitaba locamente. Con las palabras más cariñosas, procuré que me hablara, pero ella se limitaba a responder: "Ven, ven", y se deshacía de mi abrazo, tomándose de la mano para guiarme a través del matorral.

Antes de mucho, llegamos a un claro en que la oscuridad era menos profunda, y soltando mi mano, comenzó a caminar rápidamente delante de mí, siempre a una distancia que me permitiera distinguir su borrosa silueta gris. De vez en cuando desandaba el camino para tomar una senda bien conocida de ella, y de esta manera seguimos casi hasta el fin, sin cambiar una palabra y sin sentir otro rumor que el continuo chasquido de la lluvia, que nuestro oído ya habituado había dejado de percibir, junto con el gorgoriteo de innumerables arroyos. De pronto, un reflejo de fogata apareció por entre un claro, al llegar frente a la choza de Nuflo. Ella se volvió como para decirme: "Ahora ya sabes dónde estás", y se precipitó adelante, dejándome que la siguiera tan bien como me fuese posible.

CAPITULO XI

EL tiempo había mejorado mucho al despertar a la mañana siguiente: el cielo estaba ahora sin una nube y lucía con esa pureza de color y esa insondable profundidad que sólo se ve cuando la atmósfera esta libre de brumas. El sol no había salido todavía, pero el viejo Nuflo estaba ya en cuatro pies, soplando las brasas que había descubierto entre el rescoldo. Rima pasó luego hacia la puerta con su paso ligero y rápido, sin dirigirme la palabra ni mirarme siquiera. El viejo se quedó observándome por un rato, y después de mirar hacia afuera, se volvió a preguntarme con gran interés qué era lo que me había pasado la noche anterior. En respuesta, le conté que la joven me había encontrado perdido en el bosque y sin hallar cómo salir de entre la maraña.

El me oyó, sobándose las rodillas con las manos y haciendo gestos de regocijo.

-Anduvo afortunado, señor -me dijo-, en que mi nieta lo mire con tan buenos ojos, porque de lo contrario, usted pudo haber perdido la vida anoche. Una vez que usted la tuvo a su lado, ya no necesitaba de ningún guía, fuese el sol, la luna o ese pequeño instrumento que, según dicen, puede guiar a un hombre por el desierto o entre las tinieblas más espesas..., ¡si hay quien crea tales patrañas!

-Sí, fue una suerte para mí -repliqué-. Pero estoy abrumado de remordimientos, por haber sido causa de que la pobre niña anduviera expuesta con tal tiempo.

-¡Oh, señor -exclamó él, en tono despreocupado-; no se aflija por eso! La lluvia, el viento o el sol más fuerte, que nos hacen buscar protección a nosotros, no le afectan a ella. Ella no se resfría ni sufre de fiebres, ni aun de tercianas.

Después de conversar un rato más, lo dejé en libertad de que se escapara al bosque, y me fui a vagar en la esperanza de encontrarme con Rima y conseguir que se pusiera más comunicativa conmigo.

Mi plan no tuvo resultado; no me fue posible divisar ni su sombra entre los árboles, y ni una nota de sus labios melodiosos vino a alegrarme. A mediodía volví a la vivienda y hallé alimento dispuesto para mí, por lo que comprendí que ella había estado antes allí y no se había olvidado de mis necesidades.

"¿Debo darte las gracias por esto?", pensé. "Te pido del néctar celestial para el sustento de la mejor parte de mi naturaleza y tú me ofreces un camote asado, torrejón de charqui de zapallo, y un puñado de maíz tostado. ¡Rima, Rima!, mi niña del bosque, mi dulce salvadora, ¿por qué sigues rehuyéndome? ¿Será que el amor y la repugnancia se debaten dentro de ti? ¿Alcanzas a ver con claros ojos espirituales los elementos más groseros de mi naturaleza, y los rechazas, o es que alguna falsa imaginación me presenta ante ti como una criatura maligna, que se hubiera adueñado de tus pensamientos infectándote con la dulce enfermedad del amor?"

Pero como ella no estaba allí para responderme, al rato salí a sentarme en la raigambre de un árbol seco, no lejos de la casa. Había permanecido allí por una hora entera cuando de pronto Rima apareció a mi lado. Inclinandose hacia mí me tocó la mano, pero sin mirarme a la cara, y diciéndome "Ven conmigo", se volvió andando rápido, en dirección al extremo norte del bosque. Parecía dar por descontado que la seguiría, pues no miró atrás, ni retardó una sola vez su rápida marcha; pero yo no podía sino seguirla con gusto, y salí sin vacilar tras ella. Me condujo por caminos fáciles bien conocidos de ella, dando muchos rodeos para evitar las malezas y sin dirigirme ni una sola palabra ni moderar el paso hasta no haber salido de la espesura. Por primera vez me encontré entonces al pie de la gran montaña de Ytaioa. Volviéndose hacia mí por un momento, señaló la cumbre con el brazo, y comenzó en seguida la ascensión. Este terreno no parecía serle menos familiar. Desde abajo las faldas se divisaban muy ásperas: una salvaje confusión de grandes masas de rocas filudas, mezcladas con un enmarañamiento de plantas y arbustos; pero si-

guiéndola a ella en su marcha ondulante, la subida resultaba fácil, aunque me fatigara mucho debido a lo rápido de la marcha. El cerro tenía una forma cónica, pero la cima era chata, una superficie oblonga, casi pareja, de piedra arenisca, con algunos bloques de roca más dura dispersos por uno y otro lado, y sin otra vegetación que el líquen gris de la altura y algunos arbustos resecos y enanos.

Aquí Rima se quedó de pie por algunos momentos, a unos cuantos pasos de mí, como para darme tiempo de recobrar el aliento. Fue para mí un verdadero placer poder sentarme a descansar en una piedra. Luego ella se dirigió lentamente hacia el centro del terreno, que tendría una hectárea de extensión. Yo la seguí hasta allí y trepando a un gran bloque de piedra, me puse a mirar el ancho panorama que se extendía ante nosotros. El día estaba claro y en calma, sin más que algunas nubes blanquecinas que flotaban a una gran altura y arrastraban allá abajo sus sombras sobre la accidentada comarca, donde los bosques, los pantanos y sabanas se distinguían apenas por la diferencia de color, como los grises, azules y amarillos de un mapa. A grandes distancias el círculo del horizonte se rompía aquí y allá con la silueta de otras montañas, pero todos los cerros vecinos quedaban por debajo de nosotros.

Después de mirar en derredor por varios minutos, me dejé caer de mi observatorio y me quedé reclinado contra la piedra, en espera de que la joven me dirigiera la palabra. Estaba convencido de que ella tenía algo de la mayor importancia (para ella) que comunicarme, y que solamente la urgente necesidad de un confidente que no fuera Nuflo la había hecho vencer la timidez que sentía respecto de mi persona. Yo estaba resuelto a darle todo el tiempo que quisiera para contarme sus asuntos de la manera que ella tuviese por mejor. Por un rato siguió en silencio todavía, esquivando la cara; pero sus movimientos nerviosos y la agitación de sus dedos que se enlazaban y desenlazaban continuamente, mostraban que estaba impaciente y que su

espíritu no descansaba. De pronto, medio vuelta hacia mí, comenzó a hablar con gran decisión y rapidez:

-¿Ves -me dijo, tendiendo su brazo en torno para indicar el ruedo del mundo- qué grande es? ¡Mira -continuó, señalando las montañas del oeste-, éstas son las Vahanas... una, dos, tres... Vahana-Chara, Chumi, Aranoa. ¿Ves esa mancha de agua? Es un río, llamado el Guaypero. Baja de los cerros de Inaruna, que se alcanzan a divisar allá por el sur..., lejos..., lejos.

Y en esta forma fue señalando y dando nombres a todas las montañas y ríos que alcanzaba a abarcar la vista. Luego dejó caer de golpe sus manos a lo largo del cuerpo, y continuó:

-Eso es todo, ya que no podemos divisar más allá. ¡Pero el mundo es más grande todavía! Otras montañas, otros ríos. ¿No te he hablado de Voa, de ese río Voa donde yo nací, donde murió mi madre, donde el cura me enseñó a rezar, hace años, muchos años? Todo eso no alcanzas a verlo, por hallarse tan distante... tan distante.

Yo no me reí de su candorosidad; ni siquiera me sonreí, ni tuve el deseo de hacerlo. Por el contrario, una simpatía tan aguda que tenía algo de penoso, fue lo que sentí, mirando su carita velada por la melancolía y de expresión que cambiaba a cada instante. Aún no podía darme cuenta exacta de lo que quería revelarme, pero visto que aguardaba una respuesta, le dije:

-El mundo es tan grande, Rima, que sólo podemos ver una pequeña porción de él desde un punto cualquiera. Fíjate en esto, añadí, y con el palo que me había servido para trepar a la cima, tracé un círculo de unas seis o siete pulgadas de circunferencia sobre la piedra arenisca, y en el centro puse una piedrecilla.

-Esto representa la montaña en que estamos -continué, tocando el guijarro-, y esta línea que lo rodea abarca toda la tierra que alcanzamos a divisar desde aquí arriba. ¿Has comprendido?... La línea que he marcado es la línea azul del horizonte, que no alcanzamos a ver. Y fuera de este pequeño círculo, está toda la cima chata del Ytaioa, que

representa al mundo. ¡Piensa, pues, en lo pequeña que resulta la porción del mundo que alcanzamos a ver desde este lugar!

-¿Y tú lo conoces todo? -replicó entusiasmada-. ¿Todo el mundo? -encerrando con un movimiento de la mano la cumbre circular del monte-. ¿Todas las montañas, y ríos y selvas..., a todas las gentes del mundo?

-Eso sería imposible, Rima. Toma en cuenta lo grande que es.

-Eso no importa. Vamos, vamos juntos... nosotros dos y el abuelo, a recorrer todo el mundo; todas las montañas y bosques, y a conocer a todos sus pobladores.

-No sabes lo que estás diciendo, Rima. Tanto valdría que dijeras: "Anda, vamos al sol, y veamos todo lo que hay allí".

-Tú eres el que no sabe lo que dice -me respondió con ojos muy brillantes, que por un momento se clavaron en los míos-. Nosotros no tenemos alas como los pájaros para volar hasta el sol. ¿No soy capaz de caminar por el suelo y correr? ¿No puedo nadar? ¿Soy o no capaz de trepar montañas?

-No, no puedes. Tú te figuras que toda la tierra es como este pedacito que ves. Pero todo no es parecido a esto. Hay ríos tan grandes que no podrías atravesarlos a nado; selvas en que no podrías penetrar... tenebrosas y pobladas por bestias dañinas, y tan extensas, que todo lo que desde aquí ves es una mera mota de polvo en comparación.

Ella me oía con gran interés.

-Oh, ¿tú sabes todo eso? -exclamó, dándome una mirada de extraña inteligencia; y luego, medio dándome la espalda, añadió con repentina petulancia:

-Y, sin embargo, hace apenas un minuto no sabías nada del mundo... ¡a causa de que es tan grande! ¿Qué se saca con hablar con alguien que dice cosas tan contradictorias?

Le expliqué que no me había contradicho yo mismo, que era ella quien no había interpretado bien mis palabras. Yo conocía, le dije, algunas de las principales características de los diversos países del

mundo; por ejemplo, las más altas cadenas de montañas, los ríos y ciudades. También sabía algo, bien poco, acerca de sus tribus salvajes. Ella me oía con impaciencia, por lo que yo me sentía impulsado a hablar rápidamente; en términos muy generales y para simplificar las cosas, reduje el mundo al continente en que vivíamos. Habría sido tiempo perdido el extenderse más allá, y su impaciencia no lo hubiera permitido tampoco.

-Dime todo lo que sepas -me dijo tan pronto dejé de explicarme-. Qué es lo que hay ahí, y allá, y allá... -señalando en distintas direcciones-. Ríos y selvas, eso no me dice nada... Los poblados, las tribus, las gentes de cada país; dime eso, porque tengo que saberlo todo.

-Va a tomar mucho tiempo el contarlo, Rima.

-Porque eres tan lento. ¡Mira qué alto está el sol! ¡Habla!, ¡habla! ¿Qué hay allá? -preguntó indicando al norte.

-Toda esa comarca -dije, abarcando con mi mano de oriente a poniente- es la Guayana; y es algo tan inmensa que podrías ir en esta o en aquella dirección viajando por meses enteros, sin ver el fin de la Guayana. Siempre sería la Guayana; ríos, ríos y ríos, con selvas entre ellos, y otras selvas y otros ríos más allá. Y pueblos salvajes, razas y tribus... Guahibo, Aguancoto, Ayano, Maco, Piaroa, Quiriquiripo, Tuparito..., ¿quieres que te nombre un centenar más? No tendría objeto, Rima; son todos salvajes, y viven desparramados por la selva, cazando con flechas y arcos, y con cerbatana. ¡Piensa, pues, en lo grande que es la Guayana!

-¡Guayana! ¡Guayana! ¿Crees que no sé que todo esto es Guayana? ¿Pero más allá, y más allá todavía? ¿No tiene fin la Guayana?

-Sí, hacia el norte termina en el Orinoco, un gran río, que proviene de las cordilleras, montañas tan enormes, que comparada con ellas, ésta de Ytaioa sería como una de las piedras en que nos sentamos a descansar. Has de saber que la Guayana es solamente una porción, la mitad de nuestro país, Venezuela. Mira -le dije poniéndome la mano en la espalda, entre los omóplatos-, aquí hay una fila de hue-

esos que corre a lo largo del espinazo dividiendo el cuerpo en dos partes iguales. Así el gran Orinoco divide a Venezuela en dos, y a un lado queda toda la Guayana, y al otro las provincias de Cumaná, Matorín, Barcelona, Bolívar, Guarico, Apure, y muchas otras. -Aquí le hice una rápida descripción de la mitad norte de mi país, con sus grandes llanos cubiertos en parte por los ganados, sus plantaciones de café, de arroz y caña de azúcar en otras, y sus principales ciudades; por último, mencioné a Caracas, el alegre y opulento pequeño París de América.

Esto pareció aburrirla; pero apenas dejé de hablar, y antes de que tuviese tiempo de humedecer mis labios resecos, me pidió que le diera a saber lo que había más allá de Caracas... más allá de Venezuela.

-El mar..., agua, agua, agua -repliqué.

-¿No hay gentes en el agua... nada más que peces? -me dijo; y añadió de repente:- ¿Entonces Venezuela es el mundo entero?

La tarea que me había propuesto cumplir parecía estar apenas en sus comienzos. Pensando en cómo continuarla, paseé la mirada por el pequeño llano de la cima, y me llamó la atención que su planta irregular, más ancha de un lado y casi puntiaguda del otro, se asemejara vagamente por su forma al continente sudamericano.

-Mira, Rima -le dije;- aquí estamos parados en este terroncillo. Ytaioa con esta línea que nos encierra, y más allá de la cual no alcanzan nuestras miradas. Ahora figurémonos que nuestros ojos pueden penetrar más allá..., que podemos ver toda esta cima del monte, lo que quiere decir que podemos abarcar el mundo entero. Ahora, pon atención mientras yo te voy nombrando todos los países, las principales montañas y ríos y ciudades del mundo.

El plan que me había propuesto me obligaba a moverme de un lado a otro y acarrear un buen número de piedras bastante pesadas, trazando las líneas de las fronteras; pero era un placer para mí, por cuanto Rima me seguía todo el tiempo de cerca, atendiendo a todo lo que le explicaba, sin decir palabra, pero con vivo interés. En la parte

más ancha del terreno, indiqué los límites de Venezuela, mostrando por medio de una larga línea cómo estaba dividida por el Orinoco, y señalando también varios de los grandes ríos que desembocaban en él. Señalé además la ubicación de Caracas y otras ciudades, por medio de una piedra; y me congratulé de que no seamos como los europeos, grandes constructores de ciudades, pues las piedras eran trabajosas de mover. Luego siguieron Colombia y Ecuador por el oeste; y sucesivamente, Perú, Bolivia, Chile, para terminar en la Patagonia, una región fría y árida, desierta y desolada. Señalé las ciudades del litoral a medida que avanzábamos por ese lado, hasta llegar al Pacífico, con su extensión infinita.

Luego, en un repentino fluir de la inspiración, le describí las Cordilleras... esa estupenda cadena, extensa como el mundo; su mar del Titicaca, su desolado páramo barrido por los vientos, donde yacen las ruinas de Tiahuanaco, más antiguas que Tebas. Mencioné sus ciudades principales... esos pequeños forúnculos inflamados que llaman tanto la atención por aparecer en tal cuerpo. Quito, llamada -no por ironía, sino por su propio pueblo- la Espléndida, la Magnífica; tan alta sobre la superficie de la tierra, hasta aparecer apenas separada del cielo. .. "De Quito al Cielo", como dice el dicho. Pero ni una palabra de su sublime historia, de sus reyes y conquistadores, Haymar Cápac, el Grande, y Huáscar, y Atahualpa, el Desdichado. Mucho hablé -¡y con qué poco acierto!- de las cumbres arropadas en nieves eternas que se levantan sobre ella, sobre este ombligo del mundo, por encima de la tierra, del océano de las tempestades tenebrosas, del vuelo de los cóndores. El llameante Cotopaxi, cuyos rabiosos gruñidos se sienten hasta doscientas leguas de distancia, y Chimborazo, Antisana, Sorata, Illimani, Aconcagua... nombres de montañas que nos impresionan como si fuesen nombres de dioses, el implacable Pachacámac y Viracocha, a los que sirven de indestructibles tronos de granito. Por último, le mostré el Cuzco, la ciudad del Sol, y la más alta región habitada por los hombres en la tierra.

Me dejé arrastrar por lo sublime del tema, y al considerar que mi oyente no entendía de estas cosas, le di rienda suelta a mi fantasía, olvidando que sus preguntas provenían de un pensamiento o un sentir no revelado. Mientras hablé de las montañas, ella estuvo pendiente de mis labios y me siguió de un lado a otro en mis demostraciones, denotando un interés tan vivo, que todo su cuerpo temblaba de entusiasmo.

Me quedaba todavía por describir todo aquel inabarcable espacio que se extiende al oriente de los Andes; sus ríos -¡y qué ríos!-, las llanuras verdes que son como el mar... la ilimitada extensión de las aguas, allí donde termina la tierra, y sus regiones selváticas. A la sola idea de las selvas amazónicas, mi espíritu decaía. Si hubiese podido tomar a Rima y ponerla en la cumbre del Chimborazo, habría abarcado desde allí con la vista diez mil millas cuadradas de territorio, tan vasto es el horizonte a esa altura. Y posiblemente su imaginación hubiese sido capaz de revestir todo eso con una selva ininterrumpida. Y, con todo, qué pequeño habría sido el cuadro en comparación con el estupendo total... ¡una región selvática más extensa que toda Europa! Cuanto hay de belleza, de gracia, de majestad, se ve allá; pero nosotros no podemos verla ni concebirla... ¡dejémosla! Me alejé mentalmente de ese vasto escenario, que ha de ser ocupado en el futuro distante por millones y miles de millones de seres que anden derecho sobre sus pies como nosotros; las naciones que vendrán cuando todas las razas del mundo y las civilizaciones que ellas representan estén tan muertas como las que tallaron las piedras del viejo Tiahuanaco... Huí de ese teatro de palmeras que se halla preparado para un drama diferente de todo lo que hasta hoy han podido presenciar los Inmortales... y luego llevé a Rima, lentamente a lo largo de la costa atlántica, haciéndola sentir el fragor de sus grandes olas y deteniéndome a intervalos para mostrarle alguna de sus ciudades marítimas.

Probablemente jamás desde que el viejo padre Noé dividió la tierra entre sus hijos, se había pronunciado una arenga geográfica se-

mejante; y una vez terminada, me senté agotado por el esfuerzo y limpiándome el sudor de la frente, pero muy satisfecho por haber cumplido mi tarea y en la certeza de haber convencido a Rima de la inutilidad de su deseo de conocer personalmente todo el mundo.

Su excitación se había calmado ya. Rima se hallaba de pie, algo separada de mí, con los ojos bajos y en actitud pensativa. Después de un rato se acercó a mí y me dijo con un ademán circular de su brazo:

-¿Qué queda detrás de aquellas montañas, más allá de esas ciudades... más allá del mundo?

-Agua, nada más que agua, ¿no te lo dije? -repetí con firmeza, pues había resuelto sepultar el istmo de Panamá bajo el mar.

-¿Agua por todas partes? -insistió ella.

-Sí. Así es.

-¿Agua, sin nada más allá? ¿Sólo agua y nada más que agua?

No podía seguir apegado a tan grosera mentira. Ella era demasiado inteligente para engañarla de esta manera, y yo la quería demasiado. Levantándome, le indiqué montañas distantes y picachos aislados:

-Mira esos picachos -le dije-. El mundo es algo semejante. Más allá de toda esa agua que rodea este mundo, pero muy distante, tan lejos que nos tomaría meses en un gran barco para llegar hasta allá, hay muchas islas, unas pequeñas, otras tan grandes como nuestro mundo. Pero, Rima, eso está tan distante, es tan imposible de alcanzar, que no tiene objeto hablar o pensar en ello. Son para nosotros como el sol, la luna y las estrellas, a donde no podemos ir volando. Y ahora siéntate aquí a mi lado a descansar, pues ya lo sabes todo.

-Nada sé... nada me has dicho de lo que quiero saber. ¿No te dije ya que las montañas y ríos no son nada? Cuéntame de los pueblos del mundo. ¿Mira! Allá queda el Cuzco, una ciudad que no se parece a ninguna otra... ¿no me lo aseguraste tú mismo? Nada me dijiste de su gente. ¿Son ellos diferentes también de todas las demás del mundo?

-Te lo diré, siempre que tú me satisfagas primero una pregunta, Rima.

Ella se acercó un poco más, mostrando su curiosidad por oírme, pero sin decir nada.

-Prométeme que me darás una respuesta -insistí, y como ella persistiera en silencio, agregué: -Entonces, ¿no quieres que te pregunte?

-Dímelo.

-¿Por qué te empeñas en saber cosas de la gente del Cuzco?

Me miró un momento con ojos penetrantes, y luego esquivó la vista. Estuvo vacilando por algunos momentos, luego se me acercó y me tocó en el hombro, diciendo con suavidad:

-Date vuelta del otro lado; no me mires.

Le obedecí, e inclinándome tanto que sentí su aliento en el cuello, me dijo muy bajito:

-¿Son parecidas a mí las gentes del Cuzco? ¿Me comprenderían... todo eso que tú no puedes entender? ¿Has comprendido?

Su voz trémula denunciaba su agitación, y sus palabras, creí adivinarlo, revelaban el motivo de su acción al hacerme trepar a la cumbre del Ytaioa, y su deseo de visitar y conocer todos los pueblos que habitan la tierra. Después de conocerme había comenzado a darse cuenta de su aislamiento, y de su diferencia frente a los demás, y a imaginarse al mismo tiempo que acaso en alguna parte hubiese alguien que se le pareciera, pudiese entender su misterioso lenguaje y participar en su pensar y su sentir.

-Esa pregunta te la puedo contestar yo -le dije-. Ah, no, pobre niña, no hay nadie como tú, ni una sola criatura humana. De todos los vivientes -sacerdotes, soldados, comerciantes, obreros, blancos, negros, cobrizos y mestizos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, ricos y pobres, feos y hermosos- ni uno solo comprendería la dulce lengua que hablas.

Ella nada dijo, y al mirar en su dirección, descubrí que iba alejándose con las manos entrecruzadas, la vista en el suelo, y con una ex-

presión de profundo desaliento. Levantándome de un salto, corrí tras ella:

-Escucha -le dije, poniéndome a su lado-. ¿Sabes si hay otros en el mundo que se te parezcan y puedan entender tu lenguaje?

-¡Oh, si lo sabré! Sí... mi madre me lo dijo. ¡Yo era muy niña cuando moriste, oh madre; pero ¿por qué no me diste a saber más?

-Pero, ¿dónde están?

-Oh, ¿te figuras que no me habría ido con ellos si supiera donde están, que iría preguntando por todas partes?

-¿Lo sabe Nuflo?

Ella movió la cabeza negativamente, mientras caminaba a mi lado.

-Pero, ¿se lo has preguntado? -insistí.

-¡Si lo habré hecho! Una y mil veces.

Y después de una pausa:

-Mira -me dijo-, ahora estamos nuevamente en la Guayana. De ese lado, hacia el Brasil, y para el lado de las Cordilleras, todo eso es desconocido. Hay pueblos que viven por esos lados. Ven conmigo a buscar la raza de mi madre en esos lugares. Vamos con el abuelo, pero no con sus perros, que asustarían a los animales y denunciarían nuestro paso al ladrarles a esos hombres crueles que nos matarían con sus flechas envenenadas.

-Oh, Rima, ¿cómo te haré comprender? Es demasiado lejos. Y tu abuelo, pobre viejo, se moriría de cansancio, de hambre y de vejez en alguna selva desconocida.

-¿Sería posible que muriera... el abuelo? Entonces podríamos cubrirlo con hojas de palmera y dejarlo en el bosque. No sería el abuelo, sino su cuerpo que se convertiría en polvo. El estaría lejos... tan distante como las estrellas. Pero nosotros no moriríamos, sino que seguiríamos adelante, adelante y adelante.

Parecía inútil continuar la porfía. Me quedé pensando en lo que le había oído: que había otras criaturas semejantes a ella en aquel vasto

mundo verde, del que una gran parte era poco conocido, y otras regiones nunca exploradas por los blancos.

Era ciertamente raro que ningún rumor tocante a ellos hubiera llegado a oídos de algún viajero; y con todo, aquí estaba Rima a mi lado, como prueba de que tal raza existía realmente. Nuflo sabía probablemente más de lo que confesaba. Yo había fracasado, como ya hemos visto, en mi empeño de arrancarle una confesión a las buenas, y no podía pensar en obligarlo por la fuerza, con ayuda del suplicio y la tortura, a que me lo dijera todo. Para los indios, Rima era puramente un objeto de temor supersticioso, una hija de Didí, y nada sabían ellos acerca de su origen. Y ella, la pobre niña, solo tenía el vago recuerdo de unas cuantas palabras oídas en la infancia a su madre, y probablemente mal comprendidas.

En tanto que estos pensamientos me pasaban por la mente, Rima había permanecido en silencio allí cerca, al parecer esperando una respuesta a sus últimas palabras. Luego se inclinó al suelo, recogió una piedrecilla y la arrojó a unos cuantos pasos de distancia.

-¿Viste donde cayó? -me dijo-. Es por la frontera de la Guayana, ¿no es así? ¡Vamos allá primero!

-¡Rima, qué daño me hacen tus palabras! No podemos ir por ese lado. Esa es una maraña salvaje, casi desconocida del hombre..., un espacio vacante en el mapa...

-¿El mapa?..., no digas ninguna palabra que yo no pueda entender.

En unas pocas palabras le di a comprender lo que quería decir: aun menos que ésas habrían bastado, con lo rápido de su entendimiento.

-Si es un espacio vacante -replicó al punto-, quiere decir que no hay nada que pueda detenernos..., ni ríos que no podamos cruzar a nado, ni montañas como ésa en que se asienta Quito.

-Pero es el caso que he llegado a saber por boca de los indios que ése es el sitio de más difícil acceso. Hay allá un río que aun cuando

no figura en el mapa, resulta más difícil de cruzar, para nosotros, que el grande Orinoco o el Amazonas. En sus orillas hay vastos pantanos donde abunda la malaria, donde crece la vegetación más enmarañada y habitan animales salvajes y ponzoñosos, a tal punto que ni los mismos indios se atreven a acercarse. Y antes de llegar al río, se tropieza uno con una cadena de montañas muy escarpadas que llevan el mismo nombre -justamente donde cayó el guijarro-, las montañas de Riolama...

Apenas había salido ese nombre de mis labios, cuando se produjo en su fisonomía un cambio tan rápido como un relámpago: todas sus dudas, su ansiedad, petulancia, desaliento y esperanzas, en los más variados matices, sobreponiéndose unos a otros, se desvanecieron al instante, y se vio trasminada por alguna poderosa emoción que acababa de encenderse en su alma.

-¡Riolama! ¡Riolama! -repetía con tanta rapidez, y en un tono tan agudo, que hacía vibrar el cráneo-. ¡Ese es el lugar que ando buscando! ¡Allá fue donde encontraron a mi madre!... ¡Allá viven los de su raza y la mía! Por eso me pusieron por nombre Riolama... ¡Ese es mi verdadero nombre!

-¡Rima! -insistí, estupefacto de oírla.

-No, no, no..., Riolama. Cuando era chiquita y el cura me bautizó, me puso Riolama..., el nombre del lugar donde encontraron a mi madre. Pero como era muy largo de pronunciar, me llamaron Rima.

De pronto se quedó callada, y luego gritó con voz resonante:

-¡Y él lo sabía todo este tiempo, el viejo..., él sabía que Riolama está cerca... nada más que ahí donde cayó la piedrecilla..., que podíamos ir allá!

Mientras hablaba se volvió del lado de la cabaña, señalándola con la mano levantada. Toda su apariencia me recordaba ahora nuestro primer encuentro, cuando me mordió la serpiente: el rojo delicado del iris de sus ojos, que relucía como el fuego mientras que la piel parecía arder con un intenso color de rosa, y su cuerpo temblaba de pies a

cabeza con su agitación, de manera que su suelta cabellera se remecía como si el viento pasara por entre sus hebras.

-¡Traidor!, ¡traidor! -gritaba, señalando siempre hacia la choza, y haciendo gestos rápidos y llenos de pasión. Lo sabías muy bien, y me mantuviste engañada todo este tiempo: ¡a mí misma te atreviste a mentirme con tus labios! ¡Oh, es horrible! ¿Se había visto alguna vez una monstruosidad semejante en toda la Guayana? Ven, anda conmigo, ¡salgamos inmediatamente para Riolama!

Y sin tomarse siquiera el trabajo de echar una mirada atrás para ver si la seguía o no, se lanzó a escape y en dos o tres minutos desapareció más allá del borde de la achatada cumbre.

-¡Rima! ¡Rima! Vuelve y atiende a lo que voy a decirte. ¡Oh, estás loca! ¡Vuelve, vuelve atrás!

Pero ella no soñaba en volver o detenerse a oírme; y buscándola con la vista, la divisé saltando cuesta abajo por el rocoso faldeo como si fuese una ágil criatura salvaje, poseedora de plantas invulnerables e infalible instinto; y antes de mucho desapareció entre las grietas y arbustos de allá abajo.

"Nuflo, pobre viejo, pensé, echando una mirada a su vivienda, ¿no sientes dolores premonitorios en tus viejos huesos, que te adviertan a tiempo de la tempestad que está por estallar sobre tu cabeza?"

En seguida me senté a reflexionar.

CAPITULO XII

HABRÍA sido imposible seguir a la impetuosa Rima en su carrera cerro abajo, ni sentía yo tampoco el deseo de presenciar la escena con el pobre Nuflo. Era mejor dejarlos que arreglaran solos sus diferencias, mientras yo me ocupaba de examinar los hechos recientes y de comprobar hasta qué punto se avenían con mis cálculos de las últimas dos o tres semanas. Pero no tardé en advertir que se hacía tarde, y que el sol no tardaría más de dos horas en ponerse, por lo que comencé a bajar en seguida. No logré llegar abajo sin algunos machucones y no pocos rasguños. Después de beber un poco de agua helada que obtuve poniendo los labios contra una roca negra que rezumaba un chorrillo, me dirigí de regreso a la cabaña, manteniéndome cerca del extremo poniente del bosque, por miedo de perderme. Había recorrido la mitad de la distancia entre el pie del cerro y la choza de Nuflo, cuando se puso el sol. Allá por la izquierda rompió de repente el concierto de los monos aulladores, y a los dos o tres minutos se interrumpió, dejando destacarse en el silencio los gritos aislados de los pájaros que pasaban a recogerse entre los árboles lejanos. Más cerca se sentían otros ruidos menos penetrantes, de aves, ranas e insectos. El cielo poniente se había teñido de un color de ámbar llameante, y contra ese incommensurable fondo remoto, las ramas y el follaje vecino se veían enteramente negros, aun cuando hacia mi izquierda la vegetación se mostraba siempre de un verde sombrío. En unos momentos más la noche vendría a tragarse todos los colores y matices, y no quedaría otra luz que la de las luciérnagas vagabundas, que el viajero que transita por sitios desconocidos recibe siempre con desagrado, pues que al

igual de los fuegos fatuos, sólo sirven para emborrachar la vista y hacer perder el rumbo.

Apresuré el paso con ansiedad creciente, hasta que un sordo gruñido que salía de los matorrales unos cuantos pasos más adelante, me hizo detenerme. En un instante los dos perros, *Sucio* y *Goloso*, salieron disparados ladrando desde su escondite; pero pronto me reconocieron y se volvieron todo encogidos. Ya tranquilizado, seguí adelante por un corto espacio; luego se me ocurrió que Nuflo no podía estar lejos, visto que los perros no se separaban de su lado. Desanduve el camino hasta el sitio donde me salieron al encuentro, y en la vecindad alcancé al fin a distinguir una borrosa forma amarillenta, que resultó ser uno de los perros. El bruto permanecía echado bajo un matorral de ancho ruedo reseco, sobre el cual se extendía una enredadera a semejanza de un tapiz tirado sobre una mesa, con sus brotes más tiernos colgando del borde como los flecos de un mantel. Pero el tapiz no alcanzaba a tierra, y por el hueco alcancé a divisar al otro perro, y tras inquirir con la vista desde el borde, descubrí también una negra silueta recostada que calculé sería Nuflo.

-¿Qué estás haciendo ahí, buen viejo? -grité-. ¿Dónde está Rima?... ¿No la has visto? Sal de ahí. Ven acá.

Sólo entonces se movió, arrastrándose lentamente hacia afuera en cuatro pies, y al fin, ya libre de la maleza, se levantó a mirarme a la cara. Su expresión era la de un loco, la barba revuelta y blanquecina, con hojas secas y musgos prendidos a ella, los ojos dilatados como los de una lechuza, y la boca abriéndose y cerrándose, con sus dientes que castañeteaban como los de un pécarí furioso. Después de observarme fijamente por algunos momentos, rompió a hablar:

-¡Maldito sea el día en que te vi por primera vez, hombre de Caracas! ¡Maldita sea la serpiente que te mordió y no tuvo suficiente poder en su ponzoña para matarte! Ah, ¿ahora vienes del Ytaioa, donde estuviste hablando con Rima? Y ahora has venido hasta la guarida del tigre a burlarte de ese animal, peligroso con la pérdida de su

cachorro. ¡Insensato, si no querías que los perros se saciaran en tu carroña, habría sido mejor que te hubieras ido a pasear por otro lado!

Estas rabiosas palabras no tuvieron el efecto de alarmarme en lo menor, ni siquiera de causarme mucho asombro, a pesar de que hasta entonces el viejo se había mostrado siempre dócil y respetuoso. Su ataque no parecía enteramente espontáneo. A pesar de lo desordenado de sus ademanes y de la violencia de su lenguaje, debía estar representando un papel que había ensayado antes. No hizo más que irritarme, y dando un paso adelante, le pegué un fuerte golpe en el pecho con el revés de la mano.

-Habla con más moderación, viejo -le dije-; no olvides que te diriges a un superior.

-¿Qué vienes a decirme a mí? -chilló con una áspera voz entrecortada, acompañando sus palabras con enfáticos gestos-. ¿Crees que estás en las calles de Caracas? Aquí no hay policía que te proteja..., aquí estamos solos en el desierto, donde los títulos no valen de nada cuando un hombre se enfrenta con otro hombre.

-Un hombre joven con uno viejo -le repliqué-. Y en virtud de mi juventud, soy tu superior. ¿Quieres que te agarre por el cogote y te sacuda como a un costal?

-¡Cómo! ¿Me amenazas con pegarme? -exclamó poniéndose en actitud de ataque-. ¿Tú, el hombre que yo salvé, al que di alojamiento y comida, y traté como a un hijo? Tú has terminado con mi tranquilidad, y no crees que me has hecho bastante daño. Me arrebataste el corazón de mi nieta, y la has vuelto loca con mil embustes. ¡Mi hija, mi ángel, Rima, mi salvadora! ¡Con tu lengua mentirosa la has transformado en un demonio que me persigue! ¿Y no te sientes satisfecho, sino que has de venir a completar tu maligna obra golpeando mis pobres huesos? ¡Todo, todo lo he perdido! ¡Toma mi vida si quieres, que nada vale ya, y que no deseo conservar! (Y ahora se tiró de rodillas, y desgarrando su vieja túnica, me presentó su pecho descarnado.) ¡Dispara, dispara tu arma! -chilló-. ¡Y si no tienes tu arma,

toma mi cuchillo y húndemelo en mi triste corazón, y déjame que muera!

Y sacando el puñal de su vaina, lo tiró a mis pies.

Toda esta comedia no contribuyó más que a aumentar mi impaciencia y mi desprecio; pero antes de que pudiera replicarle, alcancé a divisar a cierta distancia una silueta borrosa que venía en dirección a nosotros..., algo gris sin forma precisa, que se deslizaba rápido y sin ruido, a la manera de un gran búho que viniera volando por lo bajo entre los árboles. Era Rima, y apenas había tenido tiempo de reconocerla, cuando ya estaba a nuestro lado, enfrentándose a Nuflo. Se estremecía de pies a cabeza en su apasionamiento, y sus ojos aparecían luminosos en la penumbra.

-¡Aquí estabas! -gritó con ese rápido tono resonante que repercutía casi dolorosamente en los oídos-. ¡Te habías figurado que podías escaparte de mí! ¡Ocultarte a mis ojos en el bosque! ¡Miserable! ¿No sabías que te necesito... que todavía tenemos cuentas que arreglar? ¿Querrás que te lleve a fuerza de azotes hasta Riolama..., que te arrastre hasta allá por las barbas?

El se había quedado mirándola con la boca abierta y sosteniendo los trozos de su túnica en sus manos descarnadas.

-¡Rima! ¡Rima! ¡Ten compasión de mí! -gritó con acento lastimoso-. ¡Oh, hija mía, no puedo ir hasta Riolama, tan lejos, tan lejos! Estoy tan viejo, que moriría por el camino. Oh, Rima, hija de la mujer que yo salvé de la muerte, ¿no tienes piedad de mí? ¡Me moriré, me moriré!

-¿Dices que vas a morir? No antes de que me dejes en camino para Riolama. Y cuando haya visto a Riolama con mis ojos, entonces puedes morirte, y yo me alegraré de que hayas muerto; y los hijos y los nietos, y los primos y amigos de los animales que tú has muerto para devorártelos, sabrán que estás muerto y se alegrarán de ello. ¡Porque me has engañado con tus mentiras por tantos años..., a mí

también..., y no tienes derecho a seguir viviendo! ¡Ven ahora a Riolama; levántate sin demora, que yo te lo ordeno!

En vez de levantarse, Nuflo estiró la mano de repente y recogió el puñal del suelo.

-¿Quieres entonces que muera? -gritó-. ¿Te alegrarás de mi muerte? Mira, entonces, cómo voy a matarme en tu presencia. ¡He de morir a mis propias manos, Rima, sepultando este puñal en mi corazón!

Mientras hablaba seguía blandiendo su cuchillo por encima de su cabeza con trágico ademán; pero yo no me moví, pues estaba convencido de que no tenía tales intenciones de quitarse la vida, de que seguía representando una farsa. Rima, incapaz de entender tales arterías, tomó la cosa de otra manera:

-¡Oh, te vas a matar! -gritó-. Ah, hombre perverso, aguarda a saber lo que te espera una vez muerto. He de decírselo todo a mi madre. Oye mis palabras, y después te das muerte.

También se puso ella de rodillas, y levantando sus manos juntas y fijando sus ojos indignados y chispeantes en el retazo azul del cielo que alcanzaba a divisarse por entre los árboles, comenzó a hablar rápidamente, en un tono claro y vibrante. Estaba dirigiendo una plegaria a su madre en el cielo; y mientras Nuflo ponía toda su atención en ella, con los ojos fijos en su semblante, la mano que empuñaba el cuchillo resbaló hasta su costado. Yo mismo la oía maravillado de admiración. Hasta entonces había sido reservada y hasta huraña conmigo, y ahora estaba, como si ignorara mi presencia, cantando los secretos más íntimos de su corazón:

-¡Oh, madre, madre, atiende a lo que va a decirte Rima, tu adorada hija! -comenzó-. Por todos estos años he vivido engañada miserablemente por el abuelo -Nuflo-, el viejo que dio contigo. A menudo le he hablado de Riolama, donde tú viviste una vez, donde están los de tu raza, y él me aseguró que no sabía nada de la existencia de tal lugar. A veces me decía que estaba a una inmensa distancia, en una

gran selva llena de serpientes más crecidas que los troncos de los árboles, y donde había malos espíritus y hombres salvajes que asesinaban a los forasteros. Otras veces me decía que no existía tal lugar; que eso eran cuentos que contaban los indios: todas esas falsedades me contaba a mí..., a tu Rima, tu hija. Oh, madre, ¿concibes tal maldad?

"Luego, un extraño, un blanco de Venezuela, llegó a esta selva: éste es el mismo que fue mordido por una serpiente, y su nombre es Abel; eso sí, que yo no lo llamo por ese nombre, sino por otros nombres que te he dicho a ti. Pero quizás tú no me oíste, ya que te hablaba en voz baja, y no como ahora, solemnemente. Pues debo decirte ahora, oh, madre, que después de tu muerte, el cura de Voa me dijo una y otra vez que cuando rezara, ya fuese dirigiéndome a ti o a cualquiera de los santos o a la Madre de Dios, debía hacerlo como él me enseñó, si quería ser oída y comprendida. Y esto me pareció tan raro, puesto que tú me habías dicho otra cosa; pero entonces tú estabas viva en Voa, y tal vez ahora que estás en el cielo lo sabrás mejor. Por esto atiende a lo que te digo, madre, y no pierdas una palabra de lo que voy a pedirte.

"Después que este hombre blanco hubo pasado algunos días con nosotros, me ocurrió algo muy raro que me hizo cambiar por completo, de tal manera que ya no fui Rima, aun cuando seguí siendo Rima..., tan extraño fue todo eso que me ocurrió; y con frecuencia fui a mirarme en el pozo para descubrir el cambio, pero nada diferente pude notar. En primer lugar, el cambio provino de algo que pasó de sus ojos a los míos, y que me trasminó, como un rayo de sol atraviesa una nube al atardecer; más tarde ya no fueron solamente sus ojos, sino que era algo que sentía cada vez que estaba en su presencia, aun a la distancia, cuando oía su voz, y más que nada cuando me tocaba su mano. Cuando se ausenta de mí, no puedo estar tranquila hasta no volver a verlo; y cuando lo veo, entonces me siento alegre, aunque con tal miedo y confusión, que me escondo de él. Oh, madre, es algo

que no puede decirse, porque una vez que me tomó en sus brazos y me obligó a hablar de ello, no pudo entenderme. Y sin embargo, había que decirlo, y por eso al fin se me ocurrió que nadie más que los de nuestra raza debían saberlo, porque ellos comprenderían, y podrían responderme y decirme lo que se debe hacer en tales casos.

"Y luego, madre, esto es lo que paso después: Me encaré con el abuelo y comencé por rogarle y luego pasé a ordenarle que me condujera a Riolama; pero él no quería obedecerme ni atender a lo que le decía, sino que, cada vez que le hablaba de esto, se ponía en pie y se alejaba de mí. Y cuando lo seguía, me arrojaba una rabiosa y confusa respuesta, diciendo, al mismo tiempo, que hacía tantos años que había ido a Riolama, que ya no recordaba donde quedaba eso, y que no había tal lugar. Y yo no podía decidir qué palabras suyas eran verdaderas y cuáles falsas, de tal manera que habría sido mejor si no hubiese dado respuesta ninguna, y no hubiese esperado ayuda alguna de su parte. Con esas esperanzas fallidas, y no hallando otra persona de quien valerme que del forastero, resolví acudir a él y buscar en su compañía a los de mi raza por todo el mundo. Esto te sorprenderá, ¡oh, madre!, en vista del temor que me causaba su presencia, llevándome a ocultarme a su vista; pero mi deseo era tan grande, que llegó un día en que dominé mis temores. Fui, pues, en su busca, y lo encontré en el bosque, triste por mi ausencia; le hablé y lo llevé a la cumbre del Ytaioa para que me mostrara desde arriba todos los países del mundo. Y debes saber, además, que yo temblaba en su presencia, y no porque le tema como a los indios y a los malvados, pues no hay maldad en él, y es de hermosa figura, y sus palabras son suaves, y su deseo es estar siempre en mi compañía, de manera que es distinto de todos los demás hombres que conozco, tal como yo soy diferente de todas las demás mujeres, excepto tú solamente, ¡oh, mi buena madre!

"En la cumbre del monte, él demarcó y le dio nombre a todas las naciones del mundo, las grandes montañas, los ríos, las llanuras, los bosques, las ciudades, y me refirió también cosas de las gentes, blan-

cos y salvajes; pero ni una palabra tocante a los nuestros. Y más allá de donde termina el mundo, hay agua, agua, agua. Y cuando hablé de las tierras desconocidas en las fronteras de la Guayana, acertó a nombrar a Riolama, y así fue cómo supe por la primera vez de qué lado quedan los míos. Entonces lo dejé en el Ytaioa por haber rehusado seguirme y corrí a encontrar al abuelo, a echarle en cara sus falsedades, y él, viendo que yo lo sabía todo, se me escapó al bosque, donde acabo de encontrarlo en conversación con el forastero. Y ahora, oh, madre, viéndose pillado y sin saber cómo escapar de nuevo, ha tomado un puñal para matarse, con el fin de no verse obligado a llevarme a Riolama. Está esperando hacerlo apenas yo termine de hablarte, pues quiero que sepa lo que va a pasarle una vez muerto. Quiero, pues, madre, que me oigas con atención y hagas como te pido. Cuando se haya matado y llegue a donde tú estás, quiero que estés segura de que no escape al castigo que merece. Está atenta a su llegada, es muy falso y astuto, y tratará de esconderse de tu vista. Cuando lo hayas reconocido -un viejo de piel cobriza como un indio, con una barba blanca-, muéstraselo a los ángeles y diles: "Ese es Nuflo, el hombre malo que engañó a Rima". Que entonces ellos lo tomen y le tuesten las alas al fuego, a fin de que no pueda escapar volando. Y luego échalo a una caverna oscura dentro de una montaña, y ponle encima de la boca un peñasco que ni cien hombres puedan remover y déjalo ahí solo en las tinieblas para siempre".

Una vez terminado su ruego, se incorporó prontamente, y en el mismo instante Nuflo soltó su cuchillo y se puso de rodillas a sus pies:

-¡Rima, hija mía, hija mía, eso no! -imploró con una voz temblorosa de espanto. Hizo la tentativa de abrazarse a sus pies, pero ella lo esquivó con repugnancia. Continuó él persiguiéndola a rastras, como un lagarto valetudinario, suplicándole abyectamente que lo perdonara, recordándole que había salvado de la muerte a la misma mujer que ahora se le ponía por enemiga, y terminando por declarar que

haría cualquier cosa que se le pidiese, y con gusto moriría por servirla.

Era una escena lastimosa, y me apresuré a acercarme a ella y tocarla en el hombro, pidiéndole que lo perdonara.

La respuesta no tardó en venir. Volviéndose nuevamente hacia él, le dijo:

-Te perdono, abuelo. Y ahora llévame pronto a Riolama.

El viejo se incorporó, pero siempre de rodillas.

-Entonces, ¿usted no le ha dicho lo que hay? -me indicó apuntándola con el dedo por encima de su hombro. Y a ella:

-Piensa, hija mía, que estoy viejo y que seguramente voy a morir en el camino. ¿Adónde iría a parar mi alma en tal caso? Pues ya le has contado a ella cuanto había que decir, y eso no se olvidará.

Rima le miró en silencio por algunos momentos, luego se apartó un trecho y dejándose caer nuevamente de rodillas, levantó las manos y la vista hacia el retazo de cielo ya salpicado de estrellas, y rogó una vez más:

-Oh, madre, escúchame, que tengo algo más que decirte. El abuelo no se ha matado, sino que me ha pedido perdón y me promete obedecerme. Oh, madre, lo tengo perdonado, y va a llevarme a Riolama, adonde los míos. Por eso, madre, si muriese en el camino a Riolama, ve que nada le pase en la otra vida, y recuerda solamente que lo perdóné en el último momento. Y cuando llegue al sitio donde tú estás, ve que sea bien recibido, pues tal es el deseo de Rima, tu hija.

Tan pronto como terminó esta segunda petición, se puso nuevamente de pie y comenzó a discutir animadamente con él, exigiéndole que la llevara sin más tardanza a Riolama, en tanto que él, ya más repuesto de sus temores, alegaba que tan importante empresa requería pensarlo muy bien, y una larga preparación; que la travesía debía tomarles unos veinte días, y que a menos de llevar provisiones abundantes, seguramente él moriría de hambre antes de andar la mitad del

camino, con lo cual ella quedaría en peor situación que antes. Por lo tanto, terminé por afirmar que no sería posible la partida antes de una semana o de ocho días, por lo menos.

Seguí la disputa con vivo interés por un rato, y al fin me decidí a intervenir en favor del viejo. En su ruego la pobre niña me había revelado sin quererlo el poder que sobre ella tenía, y era una agradable experiencia ejercerlo. Tocándola nuevamente en el hombro, la convencí de que siete u ocho días era solamente un plazo razonable para hacer los preparativos de tan larga travesía; ella accedió inmediatamente y después de mirarme a los ojos desapareció en las tinieblas, dejándome a solas con Nuflo.

De regreso juntos por en medio de la profunda oscuridad del bosque, yo le expliqué al viejo cómo se había presentado el tema de Riolama en mi conversación con Rima, en vista de lo cual él me pidió excusas por el violento lenguaje con que se había dirigido a mí. Una vez arreglado este incidente personal, entró él a tratar de la peregrinación que le esperaba, comenzando por comunicarme en confianza que se proponía preparar una cantidad de carne ahumada y empaquetarla bien entre unas tapas de pan de casaba y tajadas de zapallo maduro, y otras inocentes fruslerías que la disimularan de los ojos penetrantes y el olfato delicado de Rima. Por último se prodigó en declaraciones interminables que por un momento imaginé irían a rematar en una relación del origen de Rima, añadiendo algunos detalles de su pueblo de Riolama; pero todo vino a parar en darme su opinión de que la joven tenía un barreno en el cerebro, pero como se apoyaba en poderosos abogados ante las potencias celestiales, especialmente en su madre, que había llegado a ser un personaje importante entre los bienaventurados, era buena política el someterse a sus deseos. Volviéndose hacia mí, sin duda para hacerme un guiño (aunque invisible, debido a la oscuridad), añadió que era una suerte tener santos en la corte. Con un gesto de petulancia siguió diciendo que otros tenían necesidad de obedecer todas las prescripciones de la iglesia,

contribuir a su sostenimiento, oír misa, confesarse de vez en cuando, y recibir la absolución: en consecuencia, los que salían a despoblado, donde no hay iglesias ni curas que los absuelvan, se aventuraban con riesgo de perder su alma. Pero él era otra cosa: tenía confianza en que habría de librarse de las llamas del Purgatorio y pasar directamente al cielo con toda la carga de sus pecados, algo -según me advirtió- que le ocurría a muy pocos. Y había que tener presente que él, Nuflo, no era ningún santo, y se había refugiado desde muy joven entre los salvajes con el fin de escapar al castigo de sus delitos.

No pude resistir la tentación de hacerle notar que para un hombre pecador el país celestial podría resultarle un sitio de residencia poco agradable. A esto replicó despreocupadamente que había pensado en ello y no temía a lo que viniera; que en sus muchos años de vida había tenido tiempo de observar los métodos de gobierno de los asuntos terrenos desde las esferas celestiales, y que esto le había permitido formarse una idea clara de aquel sitio, y creía que aun entre tanto glorioso personaje tendría medios de hallar algunos que le recibieran bastante bien y no le echaran en cara sus pequeñas debilidades.

Yo no sabría decir cómo se le había metido en la cabeza la idea de que Rima podría allanarle el camino a la otra vida; probablemente, era efecto de la poderosa personalidad de la joven y de su viva fe, al influir una mente tan ignorante y supersticiosa. Mientras ella estuvo dirigiendo su petición a su madre en el cielo, no me pareció que hubiera en eso nada de ridículo, ni me sentí inclinado a sonreír una sola vez, ni aun cuando oí aquello de que le chamuscaran las alas a Nuflo para que no se escapara volando. El éxtasis de su expresión, la intensa convicción que vibraba en su sonora voz apasionada, el espléndido menosprecio con que ella, tanto como odiaba ver derramar sangre, tan tierna como se mostraba para toda criatura viviente, aun las más ruines, le desafiaba a que se matara, aguardando solamente oír antes cómo iba su venganza a perseguir su alma trapacera hasta el otro mundo; la franqueza con que había expuesto las circunstancias, re-

velando hasta los secretos más íntimos de su corazón..., todo esto había tenido un extraño poder de convicción sobre mí. Después de oírla, no era ya el hombre de ojos bien abiertos, positivo, incrédulo. Ella misma se hallaba tan cercana a lo sobrenatural, que por esto mismo parecía acercarlo a mí; sentimientos indefinibles que habían estado latentes en mí, renacieron a la vida, y siguiendo la dirección de sus divinos, resplandecientes ojos, fijos en lo profundo del cielo, me pareció ver en lo alto otra criatura parecida a ella, una Rima glorificada, que inclinaba su pálida carita espiritual para recoger las palabras inspiradas de su hija terrestre. Y aun en estos momentos en que oía hablar a Nuflo, por más que éste mostrara un espíritu empañado por tan groseros embustes, no me sentía enteramente libre de los extraños efectos de la plegaria. Por cierto que sólo era una ilusión; su madre no podía estar allá arriba escuchando la voz de la niña. Con todo, Rima aparecía a mis ojos, no menos que a los del crédulo Nuflo, como una criatura superior y sagrada, y esta creencia pareció mezclarse con mi pasión, purificándola y exaltándola hasta hacerla infinitamente dulce y preciosa.

Después de un rato de silencio, dije:

-Mi buen viejo, el resultado de la gran discusión que has tenido con Rima es que has convenido en llevarla a Riolama, pero ninguno de ustedes ha dicho una sola palabra de que yo tenga que acompañarlos.

El se detuvo de golpe para clavar sus ojos en mí, y a pesar de la oscuridad pude darme cuenta de su asombro:

-Señor -exclamó-, no podemos ir sin usted. ¿No oyó las palabras de mi nieta..., que era solamente por usted por quien emprendíamos este viaje descabellado? Si no está con nosotros en esto, señor, entonces aquí no más nos quedaremos. ¿Pero qué va a decir Rima de esto?

-Muy bien, iré, pero con una condición.

-¿Cuál? -me preguntó con un cambio brusco en el tono de su voz, que me advirtió que el hombre estaba nuevamente en guardia.

-Que me cuentes toda la historia del origen de Rima, y cómo viviste a vivir en su compañía en este solitario lugar, y qué clase de gente es ésa que ella quiere volver a ver en Riolama.

-Ah, señor, es una larga historia, y muy triste. Pero usted ha de oírla hasta lo último. Tendrá que saberla usted, señor, desde que ahora es uno de nosotros; y cuando yo no esté ya en este mundo para proteger a Rima, entonces usted quedará en mi lugar. Y por más que no logre jamás hacer más que yo por ella, es posible que ella esté más satisfecha; y en cuanto a usted, será más capaz que yo de existir inoportunamente a su lado sin necesidad de la exigencia de probar carne, ya que tendrá esta rara flor para su deleite. Pero la historia ocupará mucho tiempo en su relación. La oirá entera en el curso del viaje a Riolama. ¿Qué más tendremos que hablar cuando vayamos caminando toda esa larga distancia, y cuando descansemos junto al fuego por noches?

-No, no, viejo, no creas que vas a entretenerme con esas cosas. Tengo que oírla antes de partir.

Pero él estaba resuelto a guardar la historia para el camino, y tras un rato más de porfía, cedí en este punto.

CAPITULO XIII

ESA noche junto al fuego, el viejo Nuflo, poco antes tan abatido y ahora tan feliz en sus presunciones, estuvo más alegre y parlanchín que nunca. Era como un niño que, habiéndose arrepentido a tiempo, ha escapado a un severo castigo. Pero su animación era sobrepasada por la mía, y con la excepción de una velada por venir, ésa fue la más feliz de mi vida. La razón era que el dulce secreto de Rima estaba en mi conocimiento, y la misma ignorancia en que ella se hallaba del significado de los sentimientos que experimentaba contribuía al puro deleite que yo sentía ante tales pensamientos.

En esta ocasión ella no se deslizó hasta su alcoba con esa timidez de ratoncito que mostraba habitualmente, sino que permaneció con nosotros como para darle una gracia particular a la velada, sentándose apartada del fuego, en el mismo rincón en penumbra donde la vi por primera vez, cuando tanto me admiró el cambio en su apariencia.

Desde su rincón podía verme la cara, iluminada por el fuego, mientras ella permanecía en lo oscuro, con los ojos fijos en tierra. Mientras yo estaba allí, sentía la vívida sensación de mi felicidad, que era como el efecto de un vino generoso, gracias al cual mi fantasía tomó tal vuelo y formas tan varias, que el buen Nuflo me aplaudía sin cesar, declarándome un poeta y suplicándome que pusiera mis improvisaciones en verso. No podía hacer esto para complacerlo, por la razón de que nunca había adquirido el arte de la improvisación, ese arte vano de hacer consonar las palabras, que los hombres del tipo de Nuflo tanto admiran en mi país. Y, con todo, esa noche yo tenía la convicción de que mis sentimientos sólo podrían ser bien expresados en el lenguaje vibrante que han empleado los espíritus superiores en sus

momentos de inspiración. Y, de acuerdo con esto, me puse a recitar; pero no versos de ningún poeta moderno, ni siquiera de alguno del siglo diecisiete, sino que fui a buscar los más antiguos romances y baladas, aquellos dulces versos castizos que, ya fuese en tono alegre o triste, nos parecen siempre tan naturales y espontáneos como el canto de los pájaros, y tan sencillos que hasta un niño los entendería.

Era ya tarde cuando agoté mi repertorio de romances, y solamente cuando no tuve nada más de valor que decir, Rima dejó su rincón en la penumbra y escapó en silencio hacia su alcoba.

Aunque tenía resuelto hacer el viaje con ellos y había tranquilizado a Nuflo en este respecto, mi intención era obtener la petición de los propios labios de Rima; y a la mañana siguiente encontré la oportunidad de hacerlo, una vez que el viejo Nuflo hubo escapado por su lado con sus perros. Desde el momento de su partida, mantuve una estrecha vigilancia sobre la vivienda, así como cuando uno ojea un matorral donde se ha ocultado un pájaro que desea sorprender y que teme pueda escaparse inadvertido en cualquier momento.

Al fin la vi salir a la puerta, y al notar mi presencia hizo ademán de volver a su escondite; pues, a despecho de su franqueza del día anterior, apareció ahora más huraña que nunca al sentir mi llamado.

-Rima -le dije-, ¿recuerdas aquel árbol, bajo el cual conversamos por la primera vez, cuando me hablaste de tu madre, diciéndome que había muerto?

La joven movió la cabeza, volviendo la cara a un lado. -¿Has olvidado lo convenido, Rima?

-No -respondió. Y luego, acercándose a mí, me dijo en voz baja:- Iré donde dices, nada más que por complacerte, pero tú también tendrás que hacer lo que yo te diga.

-¿Qué es lo que deseas, Rima?

Ella se acercó todavía más:

-¡Oyeme bien! Tú no debes mirarme frente a frente ni tomarme la mano.

-Mi adorada Rima, tendré que tomarte la mano al hablar contigo.

-No, no, no -murmuró retirándose de mi lado; y viendo que no había otra manera de complacerla, tuve que acceder muy a mi pesar.

No tuve que esperar mucho en el sitio convenido para la cita. Era allí donde se me apareció por la primera vez, junto al claro de limpia arena amarilla, entrecruzando y desenlazando sus dedos y ya entonces turbado su ánimo. Sólo que ahora demostraba que su turbación era de otro carácter y más intensa, acentuando su timidez y poniéndola más reservada.

-Rima, tu abuelo va a llevarte a Riolama. ¿Quieres que te acompañe?

-¡Cómo!, ¿no lo sabías? -me respondió estudiando rápidamente mi semblante.

-¿Cómo querías que lo supiera?

Sus ojos fueron de aquí para allá, inquietos:

-En el Ytaioa me dijiste infinidad de cosas que yo no sabía - replicó en un tono vago, como queriendo dar a entender que con mi profundo conocimiento de la geografía era raro que yo no lo supiera todo, hasta sus más secretos pensamientos.

-Dime por qué tienes que ir a Riolama.

-Ya lo sabes. A hablar con los de mi raza.

-¿Qué vas a decirles? Cuéntame.

-Lo que tú no entiendes. ¿Cómo podría decírtelo?

-Te entiendo cuando me hablas en español.

-Oh, eso no es hablar.

-Anoche le hablaste a tu madre en castellano. ¿No se lo dijiste todo?

-¡Oh, no! Esta vez no. Cuando se lo digo todo, le hablo de otra laya, en voz baja..., no de rodillas y rezando. Yo se lo cuento todo cuando estoy sola, de noche o en el bosque. Pero quizás ella no me

oye, puesto que no está aquí, sino allá arriba..., ¡tan lejos! Ella nunca me responde; pero cuando hable con los míos, ellos me responderán.

En seguida se volvió de otro lado, como si no quedara más que decir.

-¿Es eso todo lo que tienes que decirme, Rima? -exclamé-. ¡Tanto que le dijiste a tu abuelo, tanto que le hablaste a tu madre muerta, y a mí tan poquito!

Ella se volvió nuevamente hacia mí, y con los ojos bajos, replicó:

-El me había engañado..., tenía que decirle todo eso, y luego rogarle a mi madre. Pero a ti que no entiendes, ¿qué voy a decirte? Solamente puedo decirte que no te pareces a él ni a los demás que conocí en Voa. Es algo tan diferente..., y lo mismo. Tú eres tú y yo soy yo; ¿por qué es eso?... ¿lo sabes tú?

-No. Sí... Lo sé, pero no puedo decírtelo. Y si encuentras a tu gente, ¿qué esperas hacer?... ¿Dejarme, para irte con ellos? ¿Tendré que ir hasta Riolama solamente para perderte?

-Donde yo esté tendrás que estar tú.

-¿Por qué?

-¿No lo veo ahí? -replicó indicándome con un rápido gesto que lo veía en mi cara.

-Tu vista es penetrante, Rima, penetrante como la de los pájaros. La mía no es tan aguda. Déjame mirar una vez más dentro de esos lindos ojos esquivos, y entonces acaso pueda ver en ellos tanto como tú ves en los míos.

-¡Oh, no, no, eso no! -murmuró ella afligida, esquivándose de mi lado. Y luego con súbito y vivo rubor, exclamó:

-¿Has olvidado el convenio..., la promesa que me diste?

Sus palabras me hicieron avergonzar de mi conducta, y no tuve qué responderle. Pero mi vergüenza no era comparable en su fuerza con el impulso que sentía de estrechar su hermoso cuerpo entre mis brazos y cubrirle la cara de besos. Enfermo de deseo, me dirigí a otro

lado, y sentándome en el tronco de un árbol, me cubrí la cara con las manos.

Ella se me acercó: yo alcanzaba a distinguir su sombra por entre mis dedos; en seguida percibí su semblante, y sus melancólicos ojos compasivos.

-Perdóname, mi querida Rima -le dije, quitándome las manos de la cara-. He hecho cuanto he podido para complacerte en todo. Pon tus manos en mi cara..., eso solamente, y te seguiré a Riolama y haré cuanto me mandes.

Vaciló por algunos momentos, haciéndose rápidamente atrás para evitar que la mirara. Yo sabía que no se había alejado, que estaba muy cerca, detrás de mí. Y después de esperar algunos momentos más, sentí que sus dedos tocaban mi cara, suavemente, temblando sobre mi mejilla como las alas de una mariposa; luego, el aéreo contacto pasó y con él desapareció también Rima, igual que una mariposa.

Al quedarme solo en el bosque, no me sentía feliz. El contacto tembloroso y acariciador de sus dedos había sido para mí tan claro como las palabras, y más elocuente que el lenguaje hablado, y sin embargo, la seguridad que me daba no ofrecía una satisfacción perfecta. Y cuando me pregunté por qué la alegría de la noche anterior me había abandonado..., por qué me sentía abrumado por esta nueva tristeza, ya que todo se me presentaba favorable, descubrí que la causa era que mi pasión había aumentado grandemente en las últimas horas. Hasta en sueños estuvo creciendo, y no podía satisfacerse con el mero recuento de los encantos morales y físicos de la amada, y con sueños anticipados de la realidad futura.

Llegué a la conclusión de que sería mejor, tanto por Rima como por mí mismo, que yo pasara unos días antes de salir de viaje en la compañía de mis amigos los indios, los cuales se hallarían preocupados de mi larga ausencia. En conformidad con esto, a la mañana siguiente le dije adiós a Nuflo, prometiéndole volver en dos o tres días,

y partí sin despedirme de Rima, a quien había visto salir de la casa más temprano que de costumbre. Una vez libre del bosque eché una mirada atrás y alcancé a divisar a la joven mientras se hallaba de pie bajo un árbol aislado, observándome con esa vaga, borrosa apariencia que tenía tan a menudo cuando se la avistaba en la resolana y a corta distancia.

-¡Rima! -grité, volviéndome apresurado a hablar con ella; pero al llegar al sitio, ella había desaparecido. Después de esperar algún tiempo, sin oír ni ver indicación alguna de que ella estuviera en la vecindad continué mi camino, no sin dejar de creer a ratos que mi imaginación era lo que me había hecho verla, la que me había engañado.

Mis amigos indios estaban ya de regreso, y no me extrañó hallarles en una actitud bastante cambiada hacia mí. Yo no esperaba menos, y si se considera que ellos se habrían dado cuenta de dónde y con quién había pasado yo el tiempo, no era de extrañar. Al atravesar la sabana había comenzado a preocuparme del riesgo que corría. Pero esta reflexión sirvió solamente para adaptarme a una nueva condición de las circunstancias, pues no había que pensar por un momento en volver atrás ahora y presentarme de nuevo ante Rima, y mostrarme con esto como una persona no sólo capaz de olvidar ocasionalmente una promesa, sino también de voluntad débil y vacilante.

Se me recibió sin entusiasmo, pero con bastante prudencia; ni una pregunta, ni una palabra tocante a mi larga ausencia salió de boca de nadie. Era como si un extraño hubiese aparecido ante ellos; un individuo del que nada sabían y al que miraban, en consecuencia, con sospecha, por no decir con franca hostilidad. Pretendí no darme cuenta del cambio, y sin que me invitaran metí la mano en la olla para satisfacer el hambre, me puse a fumar y luego a descansar en mi hamaca durante las horas más calurosas del día. Luego tomé mi guitarra y pasé el resto de la tarde afinándola y rasgueando sus cuerdas con tal suavidad con las yemas de mis dedos, que para alguien que las

oyera a distancia de unos pasos, el son debió haberle parecido el murmullo o zumbido de las alas de un insecto. Y con este acompañamiento apenas inteligible, ensayé en un tono igualmente bajo una nueva canción.

Esa noche, cuando todos estuvieron reunidos bajo techo, y todos hubimos cenado, volví a tomar la guitarra, observado furtivamente por todos aquellos ojos entrecerrados de animales salvajes, y pulsé las cuerdas con vigor y canté en voz alta. Canté una vieja y sencilla melodía española, a la cual le había puesto yo letra en lengua indígena, una lengua que carece de palabras que no sean de uso corriente, y en la cual es tan difícil expresar sentimientos fuera y por encima de lo común. Lo que había estado componiendo y ensayando toda la tarde *sotto voce*, era una especie de balada, un romance extremadamente sencillo de un pobre indio que vivía solo con su tierna familia en una estación de hambruna: de cómo iba un día y otro día al bosque, donde no se sentía el grito de un pájaro, para volver cada noche con algunos agrios frutos silvestres en la mano, a donde estaba su macilenta esposa, de ojos hundidos en las cuencas, todavía ocupada en mantener encendido el fuego, sin nada que poner a cocer en él. Y de cómo sus niños lloraban de hambre, mostrando sus huesos a través de la piel, con más relieve cada día; y cómo al fin aquella época de esterilidad pasó un día sin que ocurriera nada milagroso; la huerta volvió a producirles zapallos, maíz y mandioca, los frutos silvestres volvieron a madurar, y volvieron los pájaros a llenar el bosque con sus cantos. De esta manera su larga hambruna quedó satisfecha, los niños crecieron gordos y contentos, jugando y riendo al sol; y la mujer, sin tener ya que cavilar encima de la olla vacía, tejió una hamaca de juncos, decorada con las plumas azules y escarlata del guacamayo, y sobre esta hamaca flamante, el indio descansó largamente de sus fatigas, fumando incontables cigarros.

Al poner por fin término a mi canción con una aguda nota de alegría, sentí un profundo suspiro de alivio y satisfacción que venía de

los rincones de la vivienda, indicándome que se me había escuchado con profundo interés; y aunque no se dejó oír una palabra, aunque se me siguió mirando como a un forastero sospechoso, estaba a la vista que el experimento había tenido buen éxito, y que por el momento el peligro quedaba conjurado.

Me fui directamente a mi hamaca y me eché a dormir, pero sin sacarme la ropa. Al día siguiente me encontré sin mi revólver y vi que se habían llevado también la funda en que se guardaba, desprendiéndola del cinturón. No me habían llevado mi puñal, debido, probablemente, a que yo estaba acostado del lado donde lo cargaba. En respuesta a mis averiguaciones, se me dijo que Runi había tomado prestado el revólver para llevarlo al bosque, y que me lo devolvería la noche del mismo día. Hice como que la cosa me hacía gracia, por más que en el fondo me sintiera inquieto. Pensándolo mejor, llegué más tarde a la conclusión de que Runi había tenido la intención de matarme, que yo lo había ablandado con mi canción indiana, y que al tomar mi revólver quería darme a entender solamente que me tendría en adelante como su prisionero. Acontecimientos posteriores me confirmaron en esa sospecha. A su regreso, Runi declaró que había salido a perseguir caza por el bosque, y como iba solo, quiso llevar mi revólver para que lo guardara de peligro -dando a entender los de índole sobrenatural-, y que había tenido la desgracia de perderlo entre los matorrales mientras iba persiguiendo a un animal. Le respondí acaloradamente que no me había tratado como amigo, que de haberme pedido el revólver, se lo habría prestado: pero como lo había tomado sin mi consentimiento, debía pagarme su valor. Tras alguna reflexión, Runi me dijo que cuando lo tomó, yo estaba profundamente dormido, y que no se perdería. El me conduciría al sitio donde se le había caído, a fin de que lo buscáramos juntos.

En apariencia se mostraba ahora más amistoso conmigo, al punto de pedirme que repitiera la canción de la noche anterior, de manera que tuvimos la fiesta nuevamente, para satisfacción general. Pero al

día siguiente no se manifestó dispuesto a ir a buscar la pistola, alegando que había suficiente alimento en casa para el día, y que mi revólver no sufriría daño con esperar un día más allí donde se había caído. Al otro día, la misma excusa; y yo por mi parte seguí disimulando la impaciencia y la sospecha, para resignarme a esperar. Esa noche volví a cantar la canción por tercera vez. Al día siguiente Runi me llevó a un bosque distante una legua y media, y allí buscamos el revólver por entre los matorrales. Yo tenía pocas esperanzas de encontrarlo, en tanto que el indio se ocupaba de escuchar los cantos de los pájaros, y a menudo me pedía que me agazapara o me quedara quieto mientras él cazaba algo.

El resultado de ese día perdido fue que yo me decidiera a huir de Runi en la primera oportunidad, aun a riesgo de convertirlo en mi enemigo mortal, y de hacer el viaje a Riolama sin más arma que mi machete. Había notado, sin aparentar que me daba cuenta, que dondequiera que fuese me seguía un indio, de manera que necesitaba usar de toda mi prudencia. Al otro día comencé nuevamente a hacerle cargos a mi huésped con referencia a mi revólver, diciéndole con indignación muy bien fingida que, de no encontrarlo, tendría que pagarme su valor. Me avancé hasta indicarle una lista de los artículos que necesitaría, incluyendo entre ellos un arco y flechas, cerbatana, dos lanzas y otras cosas que no hay para qué detallar, con lo cual quedaría equipado para el resto de mi vida de salvaje en los bosques de la Guayana. Iba a añadir una mujer a la lista, pero como me habían ofrecido ya una, no creí necesario mencionarla. Runi pareció algo contrariado al ver el valor que le daba a mi revólver, y me prometió ir a buscarlo nuevamente. Yo le pedí que Kuakó, cuya agudeza de ojo tenía en mucho, fuera con nosotros. Runi accedió a esto y fijó el día subsiguiente para la expedición. Muy bien, pensé yo, mañana estarán menos sospechosos y mi oportunidad habrá llegado. Luego, tomando mi rudo instrumento, les canté una vieja canción española:

Desde aquel doloroso momento.

pero esta clase de música no tenía ya encantos para ellos, y me pidieron que les repitiera la balada que comprendían tan bien, en la cual parecían más interesados a cada repetición. Pese a mi ansiedad, me divertí mirando a la vieja Claclá, que me observaba con sus ojos de lechuga y los labios en movimiento. Mi canción no tenía nada de maravilloso, al igual de aquellas que ella repetía para hacer dormir a los hombres. Acaso ella había descubierto ya que era la extraña miel de la melodía lo que hacía tan grato al paladar el pan áspero de los acontecimientos de cada día que relataba mi historia. No me habría extrañado recibir una petición para darle lecciones de música y de canto a Claclá, y dejarle por herencia una guitarra en mi testamento. Pues, a pesar de su pelo blanquecino y su millón de arrugas, ella, más que cualquier otro salvaje de los que había conocido hasta entonces, parecía haber bebido un trago de la jamás descubierta Fuente de la Juventud, de Ponce de León. ¡Pobre vieja bruja!

El día siguiente se cumplían seis desde que no veía a Rima. Traté de disimular mi intensa ansiedad jugando con los niños esos antiguos asaltos cómicos de esgrima con palos y tocando briosamente la guitarra. Después del mediodía, cuando hacía más calor, le propuse a Kuakó que fuéramos a bañarnos al estero. El se negó -yo contaba con ello- y me pidió con gran insistencia que no fuera a bañarme al pozo que acostumbraba, porque se habían presentado allí algunos pequeños peces caribes que me atacarían sin remedio. Yo me reí de su embuste, y descolgando mi capote salí puerta afuera silbando una alegre canción. Kuakó sabía que yo me echaba siempre mi capote a la cabeza para protegerme contra el sol y contra las lancetas de las moscas al salir desnudo del agua, y con eso sus sospechas no se despertaron y pude seguir sin ser vigilado de cerca. El pozo quedaba a unos diez minutos de marcha de la casa; llegué hasta él con el corazón palpitante, y torciendo hacia el otro extremo donde la corriente estaba muy

extendida, me senté a descansar unos momentos y tomé algunas buchadas de agua fresca en el hueco de la mano. No tardé en levantarme, crucé el cauce y comencé a correr agazapado por entre los arbustos vecinos a la orilla, hasta alcanzar un zanjón seco que se internaba por alguna distancia en la sabana. Al seguir por él aumentaba considerablemente la distancia que debía recorrer, pero el camino en línea recta me habría expuesto a ser visto, y resultaba peligroso. Como me había apresurado mucho al comienzo, pronto el esfuerzo, el calor del sol y mi propia agitación agotaron mis fuerzas. No me atrevía a pensar siquiera que mi fuga pudiese haber pasado inadvertida; pensaba que los indios, sin tener que cargar ningún peso, estaban ya sobre mi huella y se aprestaban a dispararme sus mortales venablos por la espalda. Con un sollozo en que había rabia y desesperación, me dejé caer de cara al suelo sobre el lecho seco del torrente, y por dos o tres minutos permanecí en ese estado de postración y desaliento, en tanto que mi corazón palpitaba con tal violencia, que se estremecía todo mi cuerpo. Si mis enemigos me hubiesen alcanzado con intenciones de matarme, yo no habría podido levantar una mano para defender mi vida. Pero pasaban los minutos y ellos no llegaban. Me levanté y seguí adelante, ahora a buen paso, y cuando terminó el zanjón protector, caminé ocultándome tras los resecos arbustos esparcidos por la orilla sur, y a veces agazapado en el suelo, a ratos corriendo, deteniéndome de vez en cuando para tomar aliento y observar hacia atrás; al fin alcancé la loma divisoria por el extremo sur. El resto del camino era comparativamente fácil, con cierta pendiente favorable, y viendo ahora aquella verde floresta ante mis ojos, y con una esperanza que crecía a cada minuto dentro del pecho, mis rodillas dejaron de temblar, permitiéndome correr de nuevo casi sin descanso, hasta tocar y perderme entre su benéfica penumbra.

CAPITULO XIV

¡AH, aquel regreso al bosque habitado por Rima, tras un día de tantos sobresaltos, mientras el sol de la tarde era todavía caluroso y las sombras de la enramada verde eran tan gratas! La frescura, la sensación de alivio y seguridad, calmaban la fiebre y la ansiedad que había sufrido en la abierta sabana. Yo seguía con paso reposado, deteniéndome a menudo para escuchar el canto de un pájaro o para mirar algún insecto curioso o una flor parasitaria que lucía como una estrella en la penumbra. Sentía en mí una extraña, exquisita sensación. Me comparaba yo mismo a un niño que, asustado por algo que viera mientras jugaba fuera de casa, corre hacia su madre para sentir la caricia de su mano en su carita y olvidar sus temores. El compararme con un niño me daba cierta vergüenza y me hacía burlarme de mi propio miedo; y sin embargo, esos sentimientos eran muy dulces. En ese momento Madre y Naturaleza parecían una y la misma cosa. Yendo por la parte más rala del bosque, por el extremo sur, la roja llama del sol poniente se veía a intervalos por entre el profundo verdor húmedo de las copas de los árboles. ¡En qué maravilloso esplendor se bruñía todo cuanto él tocaba! En cierto sitio allá donde el follaje raleaba, y donde las lianas y enredaderas pendían como las rotas jarcias de un mástil, precisamente ahí, bañado en la gloria de la luz, noté la presencia de un pájaro que agitaba las alas, y me detuve a observar sus juegos.

La roja llamarada de la tarde se había desvanecido ya en las copas de los árboles, y el sol se ocultaba dejando al bosque entre las sombras, cuando llegué al fin de mi camino. No quise acercarme a la casa por el lado de la puerta, y sin embargo, de algún modo advirtieron mi

llegada, y al punto salieron a mi encuentro. Rima adelante, y detrás Nuflo agitando los brazos y vociferando. Pero al acercarme, la niña se hizo atrás y se quedó inmóvil mirándome, en tanto que una profunda agitación animaba su pálido semblante. Mucho me costó quitar mis ojos de su expresivo semblante: me pareció adivinar en ella alivio y alegría, mezclados con sorpresa y algo así como contrariedad. Tal vez había picado su amor propio el que la hubiera sorprendido cuando menos lo esperaba, que después de tanto aguardarme en el bosque, hubiese aparecido de repente cuando ella estaba en casa.

-¡Felices los ojos que lo ven! -exclamó el viejo, riendo a carcajadas.

-Felices los míos, que vuelven a ver a Rima, dije. Mi ausencia ha sido larga.

-Larga..., con razón lo dice -replicó Nuflo-. Ya lo habíamos dado por perdido. Nosotros decíamos, que, alarmado por la idea de la travesía hasta Riolama, usted había resuelto abandonarnos.

-¡Nosotros decíamos! -exclamó Rima, con una violencia que le hizo subir de pronto los colores a la cara-. Yo decía algo muy diferente.

-Ah, sí, por cierto..., por cierto -dijo Nuflo en tono chancero y con un ademán familiar-. Tú decías que él se hallaba en peligro y retenido allá contra su voluntad. Ahora está presente..., que él diga.

-Ella estaba en lo cierto -dije-. ¡Ah, Nuflo, viejo mío!, tú has vivido largo y ganado mucha experiencia; pero te falta penetración..., esa visión interior que ve más allá de la mirada.

-Ya lo creo que sí -dijo él. Y levantando su mano a lo alto, añadió:- El conocimiento de que usted habla viene de allá.

La joven había estado oyéndonos con vivo interés, mirándonos ya a uno, ya al otro.

-¡Cómo! -dijo de pronto, como si no pudiera guardar silencio por más tiempo-. Entonces, abuelo, ¿tú crees que ella me habla cada vez que hay peligro... cuando la lluvia está por terminar..., cuando va a

hacer viento..., todo, todo? ¿No paso las noches en claro, interrogándola y aguardando una respuesta? Ella esta siempre muda, como las estrellas.

Luego, señalándome con el dedo, dijo:

-¿El sabe tantas cosas! ¿Quién se las dice?

-Pero distingamos, Rima. Tú no separas lo chico de lo grande -dijo Nuflo con gran seriedad-. *Nosotros* sabemos un millar de cosas, pero son cosas que cualquier hombre con dos dedos de frente puede aprender. La ciencia que viene de lo alto no se parece a eso..., es más importante y prodigiosa. ¿No es como digo, señor? -terminó dirigiéndose a mí.

-¿Me toca a mí decidir? -dije, dirigiéndome a la joven.

Pero aunque ella tenía en ese momento vuelta la cara hacia mí, rehusó levantar sus ojos hasta los míos, y permaneció callada. Callada, pero no satisfecha. La duda perseveraba en ella y había creído percibir algo en mi expresión que aumentaba su perplejidad.

El viejo Nuflo comprendió lo que eso quería decir:

-Mírame, Rima -dijo, echando afuera el pecho-. El es joven, yo soy viejo..., ¿no soy yo el que sabe más? Lo que he dicho es la verdad.

Ella mostraba siempre su expresión mal convencida, y su cara seguía vuelta hacia mí, como a la espera de algo.

-¿Seré yo el que decida? -repetí.

-¿Quién otro, entonces? -dijo ella al fin, con una voz que era apenas un murmullo; y sin embargo, se dejaba notar un tono de reproche en sus palabras, como si hubiese dicho un largo discurso y yo la hubiese provocado a pronunciarlo a despecho de sí misma.

-Esto es lo que pienso, pues -dije al cabo-. A cada uno de nosotros, igual que a cada una de las especies animales, hasta a los más pequeños pájaros o insectos, y a cada categoría de plantas, se le ha dado algo particular, una fragancia, una melodía, un instinto especial, un arte, un conocimiento que ninguna otra posee. Y a Rima se le dio su rapidez de percepción y el poder de adivinar las cosas distan-

tes: es su don particular; así como la rapidez, la gracia y el poder de cambiar los visos de su brillante plumaje son dones del picaflor. Por lo tanto, ella no necesita que nadie se comunique con ella desde el más allá.

El viejo ahondó el ceño y meneó la cabeza, en tanto que Rima, después de una mirada rápida y disimulada a mi semblante, y con la insinuación de una sonrisa asomando a sus delicados labios, volvió a entrar a la casa.

Aquella última mirada me dejó convencido de que ella había llegado a comprenderme, y que mis palabras habían sido para ella hasta cierto punto un alivio. Pues por más que fuese recia su fe en lo sobrenatural, mostrábase siempre dispuesta a rehuirlo cada vez que se le ofrecía una manera de hacerlo, así como le agradaba despojarse del pobre traje de algodón y de las maneras reservadas que adoptaba en la vida doméstica. La religión y el traje de percal eran a no dudar los restos de su primera educación en el poblado de Voa.

El viejo Nuflo, cosa rara, había cumplido su palabra mejor de lo que era de esperar. En vez de inventar nuevos motivos de atraso, como yo creía que iba a ocurrir, me informó luego que sus preparativos para la marcha estaban casi enteramente terminados, y que sólo habían estado esperando mi regreso para partir.

Rima nos dejó pronto solos en la forma silenciosa que acostumbraba, y entonces, sentados junto al fuego, le conté a Nuflo mi detención por los indios y la pérdida de mi revólver, que yo estimaba cosa muy seria.

-Tú no parece concederle importancia -le dije, viendo que la noticia no le daba ni frío ni calor-. Y sin embargo, no sé cómo voy a defenderme en caso de ataque.

-No tengo ningún temor de que nos ataquen -respondió-. A mí me parece que da tanto que usted tenga su revólver o no, o un arma cualquiera. Y por una razón muy sencilla. Mientras Rima esté con nosotros, mientras nos ocupemos de sus asuntos, estaremos protegidos por

los poderes celestiales. Los ángeles, señor, nos harán guardia noche y día. ¿Para qué necesitamos armas, pues, como no sea para procurarnos alimento?

-¿Y por qué no habían de ser los ángeles los que nos dieran asimismo de comer?

-No, no, eso es otra cosa -replicó Nuflo-. Eso es una necesidad menor y grosera, una necesidad común a todas las criaturas, que cada cual sabe cómo satisfacer. Usted no supondrá que los ángeles van a espantarle un enjambre de zancudos, o a sacarle una garrapata de encima de su persona. No, señor, usted dirá lo que quiera tocante a dones naturales, pretendiendo hacer creer a Rima que ella es lo que es y sabe lo que sabe debido a que, al igual del picaflores o de cualquiera planta con una fragancia particular, ha nacido con tal gracia. Eso no está bien, señor, y discúlpeme que se lo diga; no le sienta nada bien que esté metiéndole tales patrañas en la cabeza.

-Ella misma parece no creer lo que tú dices -le respondí con una sonrisa.

-Pero, señor, ¿qué puede usted esperar de una niña ignorante como Rima? Ella nada sabe, o muy poca cosa, y no quiere atender a razones. Si quisiera estarse tranquilamente en casa, con el pelo atado en dos trenzas, rezando y estudiando su catecismo, en vez de andar corriendo por ahí tras las flores, los pájaros y las mariposas y otras niñerías, sería mucho mejor para ella y para mí.

-¿De qué manera, viejo?

-Vaya, está a la vista que si ella quisiera intimar con los espíritus que la rodean..., quiero decir, ésos que vienen de parte de su santa madre y se muestran dispuestos a cumplir todos sus deseos, podría hacer mucho más agradable y seguro el lugar donde vivimos. Por ejemplo, ahí están Runi y su gente: ¿por qué dejarlos viviendo tan cerca de nosotros que llegan a ser un peligro constante, cuando con mandar una epidemia de viruelas o una fiebre cualquiera, nada costaría matarlos a todos?

-¿Y le has indicado eso alguna vez a tu nieta?

-Sí, muchas veces -dijo, tras lanzarme una mirada de sorpresa y contrariedad, de ver que le preguntara tal cosa-. Habría sido un mal cristiano si no se lo hubiera dicho. Pero cuando le hablo de ello, me mira únicamente y se aparta, para no dejarse ver nuevamente todo el día, y al volverla a ver hasta rehusa responderme... tan perversa y tan torpe es ella en su ignorancia... Pues, como usted puede observar sin que yo se lo diga, no se preocupa de lo que realmente importa, más que cualquier mosquito pintado que vaga de uno a otro lado todo el santo día, sin objeto alguno.

CAPITULO XV

AL día siguiente comenzamos a trabajar desde temprano. Nuflo había recogido ya, secado y acarreado hasta un sitio seguro, la mayor parte de sus cosechas de huerta. Era su intención no dejar nada que pudiera caer en las manos de alguna banda de merodeadores salvajes que llegara a alcanzar hasta su vivienda durante su ausencia. No es que temiera una visita de sus vecinos, pues esperaba que no se dieran cuenta de que él y Rima habían salido del bosque. Quedaban por esconder unas cuantas vasijas de greda que contenían maíz desgranado, porotos y tajadas de zapallo secadas al sol. Echándose al hombro uno de esos tiestos y pidiéndome que yo cargara con otro, Nuflo se internó en el bosque. Caminamos unos quinientos metros, luego descendimos un faldeo muy inclinado en la vecindad del costado poniente del bosque, y una vez abajo seguimos avanzando un poco más, hasta encontrarnos al pie del precipicio por donde yo me arrojara desesperadamente aquella noche tormentosa en que me sabía mordido por la serpiente. Nuflo, avanzando con su andar silencioso y prudente por entre los matorrales, observaba una cautela semejante a la de la gallina cuando visita el sitio escondido donde pone sus huevos. Aquí estaba su nido, su preciado tesoro, y es probable que no llegara a revelármelo sin un rudo conflicto interior, a pesar de que nuestros destinos estaban eslabonados de ahora en adelante. En un sitio del faldeo donde afloraba la roca, y como a unos cuatro metros del suelo, pero fácilmente accesible desde abajo, se abría una cavidad natural de tamaño suficiente para albergar todos sus bienes. Allí había almacenado junto con su cosecha de tabaco, sus armas primitivas, sus útiles de cocina, cordeles, petates y otros objetos. Hicimos dos o tres viajes más

para acarrear las vasijas que faltaban, tras lo cual tapamos la entrada con una lámina de piedra arenisca, calafateamos las grietas y esparcimos maleza por encima para disimular nuestra obra.

Hacia el anochecer, después de descansar toda la tarde durmiendo la siesta, Nuflo sacó de otro escondite dos bultos: uno que pesaba unas veinte libras y que contenía carne ahumada, junto con sebo y resinas para alumbrarnos, y algunos otros objetos. Ese saco debía cargarlo él. A mí me tenía reservado otro bulto más pequeño con maíz tostado y frijoles.

Siempre cauteloso en sus movimientos, siempre procediendo como si lo rodearan enemigos invisibles, Nuflo aguardó hasta una hora después de anochecido para partir. Flanqueando el bosque en su costado poniente, dejamos el Ytaioa a la mano derecha, y atravesando terrenos accidentados y ásperos, sin otra luz que la de las estrellas, vimos salir la luna menguante poco antes del amanecer. Al principio habíamos tomado un rumbo hacia el nordeste, y ahora íbamos directamente hacia el oriente por en medio de anchas sabanas reseca, con uno que otro retazo de bosque ralo en todo lo que alcanzaba a abarcar la vista. Fue una marcha muy fatigosa ésa de la primera noche, y no menos fatigosa resultó la espera del día siguiente, durante la cual pasamos sentados a la sombra esas horas de pesado calor, en que nos persiguieron sin tregua bandadas de feroces zancudos. Pero los días y las noches que siguieron fueron mucho peores, a causa del intenso calor y de los recios aguaceros que caían a menudo. La única compensación que yo esperaba, y que me habría pagado todas las molestias extremas que sufríamos, me fue negada. Rima no me hacía más caso ni se acercaba más a mí que en aquellos días en que vagaba como una criatura salvaje por el bosque, y en que cada matorral, enredadera o ramaje parecía de intento ocultármela a la vista. Es verdad que a ratos durante el día estaba visible y a corta distancia, como para dirigirle algunas palabras, pero no existía intimidad entre nosotros, y más bien parecíamos pájaros migratorios que vuelan independientes

en la misma dirección, no tan aparte uno de otro que no alcancen a verse y oírse de vez en cuando. El viajero del desierto suele tener por compañero a un pájaro, un pájaro que con la facilidad de su vuelo le deja a menudo tan atrás que parece perdido para él; pero siempre para volver a presentarse a sus ojos, pues él no había perdido de vista ni olvidado al peregrino que va avanzando pesadamente por el suelo... Rima nos hacía compañía en una forma tan loca y caprichosa como ésa. Una palabra, un gesto de Nuflo, bastaba para que ella supiera la dirección que debía tomar: hacia la distante selva o la más remota montaña a cuyo costado debíamos pasar. Ella se nos adelantaba hasta perderse de vista, y al pasar cerca de un bosque se internaba en él a explorarlo, para descansar a su sombra y procurarse su alimento; pero invariablemente llegaba antes que nosotros a cada punto de descanso, en la etapa de cada jornada.

Encontramos poblados indios en el camino, pero los evitamos todos; al igual que al divisar sus campamentos o grupos sueltos a la distancia, dábamos un rodeo o nos escondíamos para no ser observados. Sólo en una ocasión, dos días después de la partida, nos vimos obligados a hablar con unos forasteros. Al doblar la puntilla de un cerro, nos tropezamos de manos a boca con tres individuos que iban en dirección contraria -dos hombres y una mujer- y por extraña fatalidad, Rima iba en esos momentos en nuestra compañía. Nos paramos un rato a conversar con los desconocidos, para los cuales nuestro encuentro era indudablemente una sorpresa, y nos manifestaron sus deseos de saber quiénes éramos; pero Nuflo, que hablaba su lengua como si hubiera sido uno de su raza, era demasiado astuto para decirles la verdad. Ellos por su parte nos dijeron que habían estado a visitar a un pariente en Chani, el nombre de un río que quedaba a tres jornadas más adelante, y que ahora volvían a su aldea de Baila-baila, a dos jornadas más allá de Parahuari. Después de despedirnos de ellos, Nuflo estuvo todo el resto del día preocupado del encuentro. A su vez, esas gentes pasarían a descansar a alguna de las aldeas del Parahuari,

donde seguramente darían nuestras señas, con lo cual nos exponíamos a que Runi y nuestros demás malos vecinos se impusieran de que habíamos salido del Ytaioa.

No hay para qué contar otros incidentes que nos acaecieron en nuestra larga y fatigosa travesía. Sentados bajo algún árbol de espeso follaje en las horas más pesadas del día, cuando Rima andaba demasiado distante para oírnos, el viejo me fue contando a retazos y con muchas digresiones, especialmente de carácter religioso, la extraña historia de Rima.

Unos diecisiete años atrás -Nuflo no tenía un método seguro de computar el tiempo-, cuando ya bordeaba la vejez, él era uno de una partida de nueve hombres que vivían merodeando por estos mismos campos que ahora atravesábamos. Los demás, mucho más jóvenes que él, eran igualmente fugitivos de las leyes de su país, verdaderos forajidos. Nuflo era el jefe de la banda, en razón de haber pasado la mayor parte de su vida fuera de las tierras civilizadas, y con la ventaja de poder hablar los dialectos indígenas y conocer íntimamente esta parte de la Guayana venezolana. Pero, a creer sus propias declaraciones, no estaba de acuerdo con ellos. Los otros eran hombres resueltos y sin Dios ni ley, cuyos apetitos no habían hecho más que avivarse con los crímenes cometidos hasta entonces; mientras que él, ya desgastadas sus pasiones, cavilando en sus muchas tropelías y con la vívida memoria de todo lo que se le había enseñado en su niñez -pues Nuflo, si de algo tenía, era de hombre creyente-, comenzaba a ponerse tímido y deseoso de arreglar sus cuentas con Dios. Esta diferencia de ánimo le ponía mohíno y pendenciero con sus camaradas, y ellos lo habrían asesinado sin compasión alguna, decía, de no serles tan útil en su carrera. Su método favorito de acción era quedarse merodeando en la vecindad de cualquier poblado pequeño y aislado del resto de la comarca, vigilándolo de cerca, y cuando la mayoría de los hombres del lugar estuviera ausente, caer sobre él de sorpresa y hacer su voluntad. Ahora bien, tras uno de esos asaltos, ocurrió que una

mujer que ellos se habían raptado y que comenzaba a estorbarles, fue arrojada a un río, para que se la comieran los caimanes; pero cuando la arrastraban hacia la orilla, ella levantó los ojos y con grandes voces pidió al cielo que tomara venganza en sus asesinos. Nuflo aseguraba que él no había tenido parte en esta negra acción; con todo, la imploración suprema de aquella mujer estaba siempre presente en su memoria. Su temor era que la muerta hubiera conseguido hacerse oír de Dios, y que la "persona" encargada más tarde de ejecutar el castigo - con el acostumbrado retardo, naturalmente- llegara a proceder de acuerdo con el principio contenido en el viejo proverbio (*Dime con quién andas y te diré quién eres*), y castigara al inocente junto con el culpable. Pero, si bien ansioso de poner a salvo sus intereses espirituales, Nuflo no se sentía todavía preparado para romper con sus compañeros. Creyó mejor contemporizar con ellos y consiguió convencerlos de que sería muy expuesto atacar otro poblado de blancos en los meses venideros; y que en el intervalo podrían encontrar alguna diversión, por más que no hallaran gran provecho en dedicar su atención a los indios. Los infieles, les aseguró, eran los enemigos naturales de Dios, y por lo tanto, buena presa para los cristianos. Para abreviar la historia, la cuadrilla cristiana de Nuflo tuvo algunos reveses que redujeron su número de nueve a cinco. Huyendo de sus enemigos buscaron abrigo en Riolama, un lugar inhabitado, donde les fue posible subsistir por algunas semanas recogiendo frutos silvestres y recurriendo a la caza, que era abundante.

Una vez, allí por el mediodía, mientras repechaban una montaña que quedaba al extremo sur de la cadena de Riolama, con miras de divisar desde la cima qué clase de región quedaba de la otra falda, Nuflo y sus compañeros descubrieron una caverna, y viendo que no había allí humedad y que el piso era parejo y no contenía animales que la ocuparan, resolvieron sin más convertirla en su vivienda por una temporada. Leña para el fuego y agua podían hallar a corta distancia, y tenían provisión abundante de carne ahumada, de un tapir

que habían muerto días antes, de manera que podían darse el gusto de reposar un tiempo en tan grato retiro. A corta distancia de la cueva hicieron una fogata para asar algunas lonjas de carne para la comida, y mientras estaban en esto, de repente uno de los hombres dio una exclamación de sorpresa. Nuflo levantó la vista y vio de pie allí cerca y con expresión de asombro y temor en sus grandes ojos, a una mujer de una maravillosa apariencia. La única prenda que llevaba puesta era de un material sedoso y tan blanco como la nieve de la cima de las cordilleras, pero de esa nieve que al ser tocada por los rayos del sol poniente parece despedir llamaradas de cambiante color. Su cabellera oscura era como una nube bajo la cual se mostraba el semblante, y rodeaba su cabeza una especie de nimbo como el de las imágenes de los santos, pero todavía más hermoso. Pues, decía Nuflo, una imagen es una imagen, mientras que aquello era una realidad, lo que vale más. Al verla él cayó de rodillas y se persignó, en tanto que los ojos de la mujer, llenos de asombro y de un brillo tan esplendoroso que él no podía mirarlos de frente, estaban fijos en él y no en los otros. Esto le hizo pensar que ella había venido a salvar su alma, la que estaba en peligro de perdición debido a que se acompañaba de hombres que ofendían a Dios y no tenían remisión.

Pero en este mismo instante, sus camaradas, recobrándose de su sorpresa, se pusieron de pie de un salto, y la mujer desapareció. Justamente detrás de donde ella había permanecido, y a no más de diez metros de ellos, se abría una enorme grieta en la montaña, cuyos costados estaban cubiertos con espinosos arbustos. Los hombres gritaron que ella había escapado por allí, y se lanzaron en revuelto grupo tras sus pasos.

Nuflo les gritó de atrás que lo que habían visto era una santa y que algo terrible les ocurriría si intentaban alguna maldad contra ella; pero ellos se burlaron de sus palabras y pronto desaparecieron de su vista, en tanto que él, temblando de miedo, se quedó rezando a la

mujer que se le había aparecido y lo había mirado con ojos tan extraños, a fin de que no lo castigara por pecados ajenos.

No tardaron en volver los otros, sintiéndose burlados y rabiosos por haber fracasado en su persecución; y acaso porque las advertencias de Nuflo les habían hecho abandonar su intento demasiado pronto. En todo caso, se mostraban inquietos y desconfiados, y resolvieron abandonar la caverna: en poco rato se alistaron para ir a levantar su campamento a una distancia considerable de la montaña. Lo que había era que no estaban satisfechos con lo ocurrido. El miedo había pasado, pero no el tumulto de las malas pasiones que se habían rebelado en su naturaleza, y tras mucho intercambio de impresiones, llegaron a la conclusión de que habían perdido una linda ocasión por culpa de la cobardía de Nuflo. Y cuando éste quiso reprenderlos por ello, los bandidos se pusieron a blasfemar en nombre de todos los santos del calendario y amenazaron con castigarle de hecho. Temeroso de permanecer por más tiempo en la compañía de estos individuos sin Dios ni ley, no esperó más que se hubiesen dormido, y levantándose con mucha cautela, arrastró con casi todas las provisiones y emprendió la fuga, rogando devotamente que tras perder su guía, aquellos malvados perecieran sin pérdida de tiempo.

Al verse solo y dueño de su voluntad, Nuflo se sintió en tremendos apuros, pues por más que su corazón se encogiera de miedo, le impulsaba al mismo tiempo imperiosamente a volver a la montaña en busca de la sagrada aparición que se le había presentado, sólo para verse obligado a huir de sus brutales compañeros. De obedecer a esa voz interior, podría salvarse; si no, no quedaría ninguna esperanza para él, y caería en la perdición eterna junto con los que arrojaron la mujer a los caimanes. Por último, al siguiente día volvió a la montaña, no sin muchos recelos y escalofríos, y se sentó en una piedra en el mismo punto donde había estado asando su carne de tapir el día anterior. Tras esperar en vano, esa voz que hablaba en sus entrañas, a la que venía obedeciendo, comenzó a suplicarle que bajara hasta el fon-

do del barranco por donde la mujer se había escapado de la persecución de sus camaradas, y que la buscara allá. Conforme con esto, comenzó a bajar con muchas precauciones, deslizándose por los pedruscos filudos y por entre la densa apretura de arbustos espinosos y malezas. Al fondo del barranco se deslizaba espumeante y ruidoso un torrente de aguas cristalinas; pero antes de alcanzarlo, y cuando todavía le faltaban unos veinte metros para llegar abajo, Nuflo fue sorprendido por un sordo gemido que salía de entre el matorral, y después de mirar a uno y otro lado, descubrió a la mujer maravillosa, a su salvadora, como él decía. No se hallaba ahora de pie, ni podía estarlo, pues permanecía medio tendida entre las piedras sueltas y con un pie aprisionado en una grieta de las rocas, sin movimiento posible; y en esta penosa posición había permanecido prisionera desde el mediodía de la víspera. Ella le miraba con muda consternación, en tanto que él, arrojándose de rodillas al suelo, imploraba su perdón y le rogaba indicarle su voluntad. Pero como ella no le diera ninguna respuesta, y viendo que no podía moverse, Nuflo llegó a la conclusión de que a pesar de ser uno de los escogidos de Dios, de esos que los hombres adoran, ella era también una criatura de carne y hueso, y expuesta a los accidentes que suelen ocurrirles mientras peregrinan en la tierra. Y acaso, pensó él, ese accidente que le había ocurrido a la maravillosa mujer, estaba dispuesto por los poderes celestiales con el fin de ponerlo a él a prueba. Con mucho trabajo y no sin causarle grandes sufrimientos, logró librarle el pie de la apretura, y descubriendo luego que el pie herido estaba hinchado y cubierto de moretones, la tomó en sus brazos y la llevó hasta el torrente. Una vez allí, hizo una copa con una hoja fresca y le ofreció que bebiera, lo que ella hizo con ansia. En seguida le lavó el pie en la corriente y se lo vendó con frescas hojas acuáticas; por último le preparó un lecho de musgo y pasto seco, y la dejó tenderse allí. Esa noche la pasó en vela a su lado, cambiándole las hojas medicinales a medida que las otras se secaban y arrugaban con el calor de la inflamación.

El efecto de sus cuidados fue que poco a poco ella iba olvidando el terror con que antes lo mirara, y al siguiente día, cuando ella demostraba estar recobrando sus fuerzas, él le propuso por señas llevarla a la caverna de arriba, donde estaría al abrigo de la intemperie. Ella dio muestras de entenderle, y se dejó llevar en sus brazos, hasta depositarla tras grandes esfuerzos en la cima del barranco. Nuflo le preparó un nuevo lecho en la caverna y la atendió con esmero. Comenzó por hacer fuego en el suelo y mantenerlo encendido día y noche; y la tuvo provista de agua fresca y de hojas para curarle el pie. No era mucho más lo que podía hacer por ella, pues los mejores bocados de tapir que le ofreció la hicieron volver la cara con repugnancia. Todo lo que aceptaba era un poco de pan de casaba sopeado en agua, pero esto tampoco parecía satisfacerle.

Transcurrido algún tiempo, y temiendo que fuera a perecer de hambre, se dedicó a buscarle frutos silvestres, bulbos comestibles y goma de los árboles, y con esta parquedad de alimentos se mantuvo ella durante todo el tiempo de su permanencia en despoblado.

Aunque inválida de por vida, la mujer pudo ya ir tropezando de un lado a otro sin necesidad de apoyo, y se pasaba una parte del día entre las rocas o perdida por la espesura de la montaña. Nuflo comenzó por temer que fuese a abandonarlo, pero no tardó en convencerse de que no tenía tales intenciones. Y se veía, sin embargo, que era profundamente desgraciada. La veía de ordinario sentada en una roca, como cavilando sobre cierta pena secreta, con la cabeza inclinada sobre el pecho y grandes lágrimas que le resbalaban por entre los párpados.

Desde el principio se había formado la idea de que ella estaba próxima a ser madre, una idea que no parecía muy de acuerdo con la suposición de que fuese una criatura celestial ésta que él servía y de quien esperaba la salvación eterna. Pero ahora estaba convencido de la verdad de su estado, y presumía que de ahí proviniera su pena y esa ansiedad parecía oprimirla continuamente. Por medio de ese lenguaje

mudo de señas y gestos en que conversaban entre ellos, Nuflo le dio a entender que a una gran distancia de las montañas existía un lugar donde había seres semejantes a ella, mujeres y madres que la consolarían y atenderían con tiernos cuidados. Una vez que hubo comprendido, ella se manifestó complacida y dispuesta a acompañarle hasta ese remoto lugar. Así fue como ocurrió que llegaron a abandonar su abrigo de entre las rocas y a dejar atrás las montañas de Riolama. Pero por varios días seguidos, cada vez que se detenían en su trabajosa marcha a través de la llanura, la mujer se volvía a mirar las cumbres lejanas y derramaba un copioso llanto.

Afortunadamente la aldea de Voa, sobre el río del mismo nombre, adonde se dirigían y que era el poblado blanco más cercano a Riolama, resultaba ser bien conocida de Nuflo: había vivido allí en años anteriores, y lo que era una gran ventaja más, sus habitantes ignoraban sus peores crímenes, o como él decía con sentido más sutil, los crímenes cometidos por los hombres que andaban con él. Grande fue el asombro y la curiosidad de los pobladores de Voa cuando, tras muchas semanas de viaje, Nuflo llegó al fin con su compañera. Pero él no iba a decirles la verdad, ni siquiera una minúscula porción de la verdad, a una chusma de infelices que los miraban con tamaño boca abierta. Para ellos, mentiras ingeniosas; solamente al cura le contó la historia completa, detallando prolijamente todo lo que él había hecho para salvarla y protegerla; todo lo cual fue aprobado por el agente divino, cuyo primer cuidado fue bautizar a la mujer, por temor de que no fuera cristiana. Conste en bien de Nuflo que él se opuso a la ceremonia, alegando que ella no podía ser una santa y tener un nimbo como prueba de santidad, y estar necesitada al mismo tiempo de que la bautizara el cura. Un fraile, añadía él con un gesto de maliciosa satisfacción, que andaba a menudo borracho, que hacía trampas en el juego y que a veces le ponía veneno en las estacas a su gallo de pelea para estar seguro de ganancia. No había duda de que el cura tenía sus defectos; pero no carecía de buenos sentimientos, y durante los siete

años de permanencia de la infeliz forastera en Voa, hizo cuanto le fue posible por hacerle tolerable la existencia. Unas cuantas semanas después de su llegada ella dio a luz una niña, y entonces el cura insistió en bautizarla con el nombre de Riolama, a fin de que, decía él, se conservara la memoria del encuentro de su madre en ese lugar.

La madre de Rima no pudo aprender a hablar ni castellano ni la lengua de los indios, y cuando se convenció de que el misterioso y melodioso lenguaje que salía de sus labios no era comprendido por nadie, dejó de oírse la y se mantuvo en adelante sin romper el silencio ante las gentes que vivían con ella. Evitaba a los demás con una mezcla de disgusto y terror, y sólo toleraba la compañía de Nuflo y del cura, cuyas buenas intenciones parecía comprender y apreciar. Su vida en la aldea era hasta aquí muda y triste. Pero con su niña era diferente, y día a día, siempre que no lloviera, se la veía salir con ella de la mano, cojeando penosamente, en dirección al bosque, y allí, sentadas ambas en el suelo se comunicaban por horas de horas sus pensamientos en su maravilloso lenguaje.

Comenzó ella a ponerse más y más pálida, semana a semana y luego día a día, hasta que ya no le fue posible llegar hasta el bosque; pero se pasaba los días sentada o reclinada en su lecho, respirando ansiosamente en el sombrío ambiente de su cuarto, en espera de que la muerte viniese a libertarla. Al mismo tiempo la pequeña Rima, que había tenido siempre una apariencia delicada, comenzó a enflaquecer y a asemejarse a una sombra, al punto de que se creyera que no sobreviviría a su madre. La agonía de la madre fue larga, pero un día Nuflo pensó que había llegado la hora e hizo venir al cura para que la acompañara en tal trance. En ese momento la pequeña Rima, que había aprendido a expresarse en español, se levantó del camastro donde su madre había estado susurrándole palabras al oído, y comenzó con cierta dificultad a traducir lo que preocupaba a la moribunda. Había dicho ella que su hija no viviría mucho si la dejaban en ese ambiente húmedo y caluroso, pero que si se la llevaba a un lugar distante donde

hubiera montañas y aire fresco, la pequeña reviviría y se pondría fuerte otra vez.

Al oír esto, el viejo Nuflo declaró que la niña no perecería; que él mismo se la llevaría a Parahuari, un lugar distante donde había montañas, llanuras salubres y arbolado; y que la cuidaría y velaría allá por ella, tal como había cuidado a su madre en Riolama.

Cuando Rima le dio a comprender a la moribunda lo que había querido decir Nuflo, la mujer se incorporó de repente y poniéndose de pie en el suelo, cosa que no había hecho por muchos días, demostró en la irradiación del semblante la alegría que la animaba. Entonces Nuflo comprendió que los ángeles del cielo habían venido por ella, y le tendió los brazos para evitar que se cayera; y mientras él la sostenía, la gloriosa animación desapareció de su semblante, que era ahora del color de la ceniza apagada, y con un murmullo suave y melodioso, la mujer entregó su alma.

Nuevamente Nuflo se convirtió en un vagabundo, llevando ahora a la delicada Rima por compañera, la sagrada criatura que había heredado de su santa madre su posición de intercesora. El cura, al que probablemente había contagiado la supersticiosa creencia de Nuflo, no los dejó salir de Voa sin darle todas las piezas de percal que le parecieran necesarias para que fueran pagando por la hospitalidad de los indios y demás menesteres durante muchos años.

En Parahuari, donde por fin llegaron sin mayores contratiempos, vivieron por una corta temporada en uno de los poblados indígenas. Pero la niña sentía una aversión instintiva por todos los salvajes, o posiblemente había heredado tal sentimiento de su madre, pues lo había demostrado ya temprano en el mismo Voa, cuando se negó a aprender la lengua de los indios. Esto impulsó a Nuflo a irse a vivir con ella sola en el bosque vecino al Ytaioa, donde se edificó una vivienda y cultivó una huerta. Los indios continuaban amistosos, sin embargo, y lo visitaban a menudo. Pero cuando Rima creció y se convirtió en la joven del bosque que se me apareció a mí, los indios se

pusieron sospechosos, y terminaron por mirarla con un sentimiento de peligrosa hostilidad. La pobre niña los detestaba porque los veía en guerra constante contra los animales que ella amaba, sus compañeros; y como no les temía, pues no se había dado cuenta de que llevaban intenciones de atacarla con sus flechas ponzoñosas, andaba siempre frustrando sus cacerías. Y los animales, en liga con ella, parecían comprender sus gritos de prevención y se escondían o huían a la vecindad del peligro. A la larga el odio y la prevención de los indios contra Rima se hicieron tan enconados que resolvieron darle muerte, y un día, tras madurar sus planes, se fueron al bosque y se repartieron por parejas a lo ancho de éste. Cada pareja no se mantenía unida sino que se apartaba una distancia de unos cincuenta pasos, uno de otro, a fin de que no se les escabullera la presa. Dos de los salvajes, armados con cerbatanas, se hallaban al borde del bosque, en el costado más próximo a la aldea, cuando uno de ellos, viendo moverse el follaje de un árbol, corrió con disimulo y prontamente a ver si alcanzaba a divisar al enemigo. Y no hay duda de que alcanzó a verla, pues ella estaba allí observándolos a él y a su compañero, y cuando el indio le disparó una flecha, recibió a su vez una que le traspasó el pecho por encima del corazón. El indio corrió por un breve espacio con la fatal saeta clavada en su cuerpo, hasta reunirse con su camarada, que era el mismo que lo había herido confundiéndolo con Rima. El herido se tendió a morir, y en la agonía le contó a su compañero que le había disparado una flecha a la muchacha, mientras se hallaba sentada en la rama de un árbol, y que ella había tomado la flecha y se la había devuelto instantáneamente, clavándosela en el corazón. Lo había visto con sus propios ojos, decía; y su compañero, que le había herido, le creyó lo dicho y fue a referirlo a los demás. Rima había visto a un indio herir al otro, y cuando se lo contó a su abuelo, él le explicó que se trataba de un accidente; pero para sí se dio perfecta cuenta de con qué miras había sido disparada la flecha.

Desde ese día los indios no volvieron a cazar en el bosque; y poco más tarde Nuflo se encontró con un indio que no lo conocía y que le buscó conversación. Luego le dio a saber la extraña historia de la flecha, y que la misteriosa joven que no podía ser alcanzada por ellos era la hija de un hombre anciano y de una Didí que se había enamorado de él; que al fin, cansada de su amante, la Didí había vuelto a su río, dejando su medio-humana hija para que hiciera de las suyas en el bosque.

Esta fue la historia que me contó Nuflo, aunque no referida aquí en su lenguaje, que era infinitamente prolijo; y no se imagine usted que dejara de conmoverme... que yo dejara de bendecirle por lo que había hecho, a pesar de sus motivos egoístas.

CAPITULO XVI

DEMORAMOS dieciocho días en el viaje a Riolama, y los dos últimos, en que avanzamos muy lentamente, fueron los más penosos a causa de las continuas lluvias. Afortunadamente, los perros habían dado en el rastro de un oso hormiguero, al que Nuflo consiguió matar, proveyéndonos, de esta manera, con excelente carne para reponer las fuerzas. Al fin habíamos alcanzado hasta las montañas de Riolama, y Rima no se separaba de nuestro lado, al parecer a la espera de grandes acontecimientos. Yo no esperaba nada, por mi parte, fundádome en razones que daré más adelante. Mi convicción era que la única cosa importante que podía ocurrirnos sería que nos muriéramos de hambre.

La tarde del último día la pasamos doblando la punta de una dilatada montaña que coronaba en su extremo sur una enorme masa de rocas en forma de cabeza de esfinge, erguida sobre su largo cuerpo recostado. Era ya tarde y continuaba lloviendo con fuerza, pero Nuflo seguía adelante, contrariamente a su método habitual de dedicar las últimas horas del día a recoger leña y construirse un abrigo para pasar la noche. Por último, cuando llegamos frente al picacho, comenzó a repechar la montaña. La subida era suave por este lado, y la vegetación, en su mayor parte formada por espinos enanos que se agarraban a las grietas de las rocas, no ponía grandes tropiezos a nuestro avance; con todo, Nuflo avanzaba oblicuamente, como si hallara muy áspera la pendiente, y haciendo frecuentes paradas para tomar aliento y echar una ojeada en rededor. Luego llegamos a un profundo barranco en forma de quebrada en el costado del monte, y que se angostaba y

ahondaba hacia arriba, pero hacia abajo iba ensanchándose en forma de valle. Sus empinados flancos estaban revestidos con una densa vegetación espinuda, y del fondo subía hasta nosotros el ronco rumor de un torrente invisible. Nuflo siguió repechando por el borde de la quebrada y nos sacó al fin a una meseta rocosa adherida al costado del monte. Aquí se detuvo, y volviéndose a mirarnos con una expresión de malicia satisfecha en sus ojos, declaró que habíamos llegado al fin de nuestro viaje, y que confiaba en que este áspero y desolado faldeo nos compensara por todas las molestias que habíamos sufrido en los últimos dieciocho días.

Yo le oí con indiferencia. Había reconocido ya el sitio que él me había descrito con tanta precisión, y ahora veía todo lo que esperaba ver: una gran montaña desolada... Pero, ¿qué podía haber esperado Rima para mostrar esta expresión desconcertada de sorpresa y dolor?

-¿Es éste el lugar donde mi madre se te presentó? -le gritó de repente a Nuflo.

-¡Este, éste es el punto exacto!

Rima agregó:

-La caverna donde la cuidaste, ¿dónde queda?

-De ese lado -dijo él, indicando hacia otro extremo de la meseta, donde el terreno se cubría en parte con plantas y arbustos, para terminar en un muro de roca poco menos que vertical y de unos diez o doce metros de altura.

Al dirigirnos al acantilado, no vimos ningún orificio, hasta tanto Nuflo no hubo cortado con su machete un trozo del matorral, que vino a dejar a la vista una entrada que tendría la mitad de la altura de una puerta ordinaria y el doble de su anchura.

Lo que hicimos en seguida fue preparar una antorcha y con ayuda de su resplandor nos colamos adentro y exploramos el interior. Descubrimos que la cueva tendría unos veinte metros de fondo, y que terminaba allá en un angosto socavón; pero hacia el frente formaba una cámara oblonga de alto techo y con el piso bien enjuto. Dejando la luz

adentro, nos pusimos a cortar leña suficiente para mantener el fuego encendido toda la noche. El pobre Nuflo gozaba intensamente con pasarlo junto a una buena fogata; un gran fuego y carne gorda para asar (y mientras menos fresca, mejor para él) eran los más preciados bienes que el hombre podía desear. La perspectiva de una buena fogata reanimó también mi corazón, y me puse a cortar leña con gran vigor, hasta el momento en que la lluvia se convirtió en un diluvio. Cuando vine a terminar de acarrear la leña, Nuflo había logrado ya que el fuego prendiera lindamente, y le estaba amontonando lumbre encima en la forma más generosa.

-No hay por qué temer que podamos prenderle fuego a la casa esta noche -dijo con una risa seca... La primera manifestación de contento que se le había notado en todo este tiempo.

Una vez aplacado el hambre y fumado uno o dos cigarros, la desusada tibieza de la temperatura, las ropas secas y el fuego mismo debieron hacernos dormitar y es probable que yo estuviera traspuesto por algún tiempo; pero despertando en uno de mis cabeceos eché de menos a Rima apenas abrí los ojos. Nuflo parecía estar dormido, aunque seguía en la misma postura, sentado junto al fuego. Me levanté y salí a la carrera, envolviéndome bien con el capote para protegerme contra la lluvia; pero cuál no sería mi sorpresa al salir de la caverna, sentir un viento seco y fresco que me daba en la cara, ¡y distinguir frente a mí leguas de campos brillantemente iluminados por la luna llena! La lluvia había cesado al parecer hacía horas, y nada más que unas cuantas nubecillas blancas se mostraban resbalando a través de la azul extensión del cielo. El cambio del tiempo era muy grato, pero la impresión de sorpresa y regocijo fue seguida instantáneamente por el temor loco de haber perdido a Rima para siempre. No se la veía por ningún lado hacia la parte baja del faldeo, y corriendo hacia el extremo de la meseta, a fin de que no me estorbaran la vista los matorrales, volví los ojos en dirección a la cumbre, y allí a corta distancia por encima de mi cabeza la descubrí de pie e inmóvil, con la mirada en lo

alto. Muy pronto me abrí camino hasta llegar a su lado, llamándola al tiempo de acercarme; pero ella sólo se volvió a medias a mirarme y no respondió.

-Rima -le dije-, ¿qué has venido a hacer aquí? ¿Estás de veras pensando en subir a la cumbre a estas horas de la noche?

-Sí..., ¿por qué no? -me respondió, retirándose unos dos pasos de mi lado.

-Rima..., mi querida Rima, ¿quieres poner atención a lo que voy a decirte?

-¿Ahora? Oh, no..., ¿por qué me pides eso? ¿Acaso no atendí a lo que me dijiste antes de partir, y tú me prometiste también hacer lo que yo te pidiera? Ya ves que dejó de llover y la luna brilla en el cielo. ¿Por qué he de esperar? Tal vez desde la cumbre podré ver las tierras donde vive mi gente. ¿No estamos ya cerca?

-Oh, Rima, ¿qué es lo que esperas ver? Oyeme..., tendrás que oírme, porque yo sé lo que realmente hay. Desde esa cumbre tú no vas a ver nada más que un vasto desierto borroso; montañas y selva, montañas y selva más allá, por donde podrías vagar años y años, o hasta perecer de hambre, de fiebre o muerta por alguna fiera o los salvajes; pero, ¡oh, Rima!, nunca, nunca, nunca llegarás a encontrar a tu gente, pues ellas no existen. Has visto el agua mentirosa de los espejismos de la sabana, cuando el sol es más claro y fuerte; y si uno se pusiera a seguir esa visión, llegaría a rodar de cansancio y a morir, sin una gota de agua fresca para humedecer los labios. Y tu esperanza, Rima -esta esperanza de encontrar a los tuyos que te ha traído hasta Riolama-, es un espejismo, un engaño, que acarreará la muerte si no lo abandonas.

-¡Tú sabes muy bien lo que hay! -me dijo, volviéndose a mirarme con ojos llameantes-. ¡Lo sabes mejor, y me vienes con eso! Nunca hasta este momento me habías dicho una falsedad. Oh, ¿por qué vienes a decirme tales cosas a mí..., que llevo el nombre de este lugar, Riolama? ¿Soy yo también como esa agua engañosa de que hablas...

no la divina Rima, la dulce Rima? Y mi madre, ¿no tuvo madre, ni madre de su madre? Yo la recuerdo en Voa, antes de su muerte, y esta mano también parece real... como la tuya; y me has pedido que la deje entre las tuyas. Pero no es él quien me habla ahora..., el que me mostró el mundo entero desde el Ytaioa. ¡Ah, te has envuelto en un capote ajeno, dejando tu barba canosa allá adentro! Vuélvete a la cueva y póntela de nuevo y déjame a mí que vaya sola a buscar a mi gente.

Otra vez, como aquel día en que me impidió matar a la culebra en el bosque, y como en aquella otra ocasión en que se encontró con Nuflo después de que subimos juntos al Ytaioa, aparecía transformada y rebosante de intenso resentimiento..., una hermosa avispa humana, y cada palabra un agujonazo.

-¡Rima! -exclamé-, qué cruelmente injusta eres conmigo al decirme tales cosas. Si sabes que nunca jamás te engañé antes, pon un poco de fe en mis palabras esta vez. Tú no eres una ilusión ... ni un espejismo, sino Rima, un ser como no hay otro igual en la tierra. No puedo ser tan franco y perfecto como tú, pero antes que engañarte con embustes, me echaría a morir encima de esta roca, y renunciaría para siempre tanto a ti como a esta clara luz que nos alumbraba.

Al escuchar mis palabras, dichas con apasionado acento, ella se puso pálida y entrelazó las manos:

-¿Qué he dicho? ¿Qué he dicho? -repetía en voz baja y cargada de dolor, y de pronto se me acercó, y con un ronco grito sollozante, se dejó caer a mis pies. Y como en aquella ocasión en que me encontré en el bosque cerca de su vivienda, me dirigía tiernas expresiones y lamentos en su misterioso lenguaje. Pero antes de que pudiera tomarla en mis brazos, se levantó con rapidez y se retiró unos pasos de mi lado.

-¡Oh, no es posible que tú tengas la razón! -comenzó de nuevo-. Pero estoy cierta de que nunca has tratado de engañarme. Y ahora, por haberte acusado sin fundamento, ya no podré ir allá arriba sin ti -

agregó mostrando la cumbre-, sino que he de quedarme donde estoy y oírte todo, lo que tengas que decirme.

-Ya sabes, Rima, que tu abuelo me ha contado tu historia de cómo encontró a tu madre en este lugar y la llevó a Voa, donde tú naciste; pero nada sabe él de las gentes de tu raza, y por lo tanto no puede conducirte hasta ellos.

-¡Ah, eso es lo que crees! Te dice eso ahora; pero me engañó por tantos años; y si me mintió antes, ¿por qué no había de seguir mintiendo y asegurar que no sabe nada de mi gente, lo mismo que aseguraba no saber nada de Riolama?

-Nuflo cuenta mentiras en ocasiones y dice verdades otras veces, Rima, y unas pueden ser separadas de otras. La última vez dijo la verdad, y nos trajo hasta aquí; pero no sabría ir más lejos.

-Tienes razón; tendré que seguir sola.

-Eso no, Rima, porque donde tú vayas, nosotros iremos. Bastará que vayas delante para indicarnos el camino, por más que creamos que nuestra búsqueda ha de terminar en un desengaño, si no en la muerte.

-Creyendo eso, ¡y sin embargo pronto a seguir! ¡Oh, no! ¿Por qué había de consentir en venir tan lejos, para nada?

-¿Te olvidas que le obligaste? Tú sabes lo que él cree; y es un hombre viejo que mira con temor a la muerte, con el recuerdo de sus maldades, y está convencido de que solamente por tu intercesión y la de tu madre podrá escapar a la condenación eterna. Date cuenta, Rima; él no podía negarse a obedecerte, para que te irritaras con él y verse así privado de su única esperanza.

Mis palabras parecieron turbarla, pero bien pronto volvió a hablar con renovada animación.

-Si mi raza existe, ¿por qué ha de sobrevenir el desengaño y acaso la muerte? El no sabe nada; pero mi madre se le presentó aquí..., ¿no es así? Los demás no están aquí, pero no están lejos, quizá. Vamos, sube conmigo a la cumbre a echar una ojeada sobre la selva y la

montaña..., montaña y selva. ¡Allá en algún sitio deben estar! Tú dices que yo adivino ciertas cosas remotas. ¿Y no he de saber cuál montaña será, cuál bosque?

-Ay, Rima, tu penetración tiene un límite, y aunque esa facultad fuera tan poderosa como tú imaginas, no ganarías ninguna ventaja, pues no existe montaña ni selva donde se refugien los tuyos.

Estuvo callada por algunos momentos; pero sus ojos y sus dedos entrelazados demostraban su agitación. Parecía estar buscando en las profundidades de su mente algún argumento que oponer a mis afirmaciones. Luego, con una voz apagada y casi de desconsuelo, y con tonos de reproche en ella, dijo:

-¿Hemos venido tan lejos para volvernos otra vez? Tú no estabas en el caso de Nuflo para necesitar mi intercesión, y sin embargo viniste también.

-Donde tú estés he de estar yo..., tú misma lo has dicho. Además, cuando comenzamos el viaje, tenía cierta esperanza de encontrar a los tuyos. Ahora que he oído lo que me contó Nuflo, sé a qué atenerme. Ahora sé que tu esperanza es vana.

-¿Por qué? ¿Por qué? ¿No se encontró aquí... a mi madre? ¿Dónde están entonces los demás?

-Sí, aquí se la encontró sola. Tú sabes recordar todo lo que ella te dijo antes de morir. ¿Te habló alguna vez de su propia raza...; se refirió a ellos como si vivieran y como si te recibirían con gusto entre ellos algún día?

-No. ¿Por qué no me hablaría de eso? ¿Lo sabes tú..., podrías decírmelo?

-Puedo adivinar la causa, Rima. Es muy triste..., tan triste que me cuesta decirlo. Cuando Nuflo la tendió en la caverna y se mostraba pronto a adorarla y hacer cuanto ella le dijera, entendiéndose con ella por signos, ella no mostró ningún deseo de volverse con los suyos. Y cuando él le ofreció, en forma que ella pudo entender, llevarla a un lugar distante, donde se encontraría entre gentes extrañas, tales como

Nuflo, ella consintió sin vacilar, y con grandes esfuerzos se arrastró hasta alcanzar a Voa. ¿Lo habrías hecho tú, Rima...; te habrías alejado tanto de tu amada gente, para no volver nunca, para no hablarles nunca más? Oh, no, tú no lo habrías hecho, ni ella tampoco, si su gente hubiera estado viva. Pero ella sabía que les había sobrevivido; que una gran calamidad había terminado con ellos. Quizá ellos eran escasos en número, estaban rodeados por tribus hostiles, y no tenían armas ni practicaban la violencia. Se habrían conservado hasta entonces gracias a que habitaban algún valle profundo rodeado de altas montañas, impenetrables bosques y pantanos; pero al fin los crueles salvajes violaron su retiro y los cazaron como a alimañas, matándolos a todos, excepto unos cuantos fugitivos, que se escaparon por separado, como tu madre, y huyeron a esconderse en algún sitio remoto y solitario.

La ansiosa expresión de su semblante se acentuó al escucharme estas cosas, hasta convertirse en una de angustia y desesperación, y en seguida, casi antes de terminar mis palabras, levantó de pronto las manos hasta su cabeza, con un grito de angustia que terminó en un sollozo, y habría caído contra las piedras si no la tomo prontamente en mis brazos. Otra vez en mis brazos..., contra mi pecho, ¡dónde siempre debió estar! Pero ahora todo ese hervor de vida parecía haberse escapado de ella; su cabeza cayó sobre mi hombro, y su cuerpo no hizo ningún movimiento, excepto uno que otro escalofrío que la estremecía entera, acompañado por un entrecortado sollozo. Bien pronto los sollozos cesaron, se le cerraron los ojos y una palidez de muerte le cubrió la cara, y con una terrible ansiedad en mi corazón, la llevé hasta la caverna.

CAPITULO XVII

AL verme entrar en la caverna con Rima en los brazos, Nuflo se incorporó en su asiento y clavó sus ojos asustados en los míos. Tirando el capote al suelo, tendí a la joven encima, y conté en pocas palabras lo que había pasado.

El se acercó a examinarla, poniéndole una mano sobre el corazón.

-¡Muerta! ¡Está muerta! -exclamó.

Mi propia ansiedad se transformó en una rabia loca al oír sus palabras:

-¡Viejo mentecato! ¿No ves que está desmayada solamente? -le dije-. ¡Ve a buscarme un poco de agua, pronto!

Pero el agua no consiguió hacerla recobrar el conocimiento, y mi ansiedad aumentó al mirar su semblante rígido y descolorido. Oh, ¿a qué fui a contarle esa triste tragedia imaginada por mí, sin preparar antes su ánimo? ¡Ay, había realizado mi propósito con más éxito del que buscaba, matando sus esperanzas y matándola a ella al mismo tiempo!

El viejo, siempre inclinado sobre ella, habló nuevamente:

-No, no puedo creer que esté muerta todavía; pero, señor, si no ha muerto está agonizando.

De buena gana lo habría derribado al suelo de un bofetón en pago de lo que decía.

-Entonces, que muera en mis brazos -le dije, echándolo violentamente a un lado y levantando a Rima del suelo envuelta en mi capote.

Y en tanto que yo la sostenía en esa forma, con su cabeza apoyada en mi brazo y mantenía fijos mis ojos, con un sentimiento de indes-

criptible angustia, en la extraña palidez de su semblante, rogando desesperadamente a Dios que me la devolviera, Nuflo se dejó caer de rodillas ante ella, y doblando la cabeza sobre el pecho y juntando las manos, comenzó a hablar:

-¡Rima, nietecita mía! -suplicaba con una voz temblorosa que denunciaba su agitación-. ¡No te mueras todavía! No debes morirte, no has de morirte por completo hasta que no hayas oído lo que tengo que decirte. No te pido que me respondas con palabras de tu boca..., sería demasiado pedirte, y yo soy una persona razonable. Te pido solamente que, al terminar, me hagas una seña: un suspiro, un movimiento de los párpados, una contracción de la boca, aunque sea con las comisuras de los labios; nada más que eso, para demostrarme que has oído, y me daré por satisfecho. Recuerda todos esos años en que te protegí y la larga travesía que acabo de hacer para complacerte, sin olvidar todo lo que hice por tu santa madre antes de que ella muriera en Voa, para convertirse en uno de los más importantes personajes que rodean a la Reina de los Cielos, y que, cuando desean alcanzar un favor, con media palabra les basta para conseguirlo. Y no eches en olvido que al fin te conduje sin contratiempo hasta Riolama. Es verdad que te engañé en algunas menudencias; pero eso no debe influir en tu ánimo, puesto que se trata de cosas sin importancia y que no merecen mención al lado de todo lo que me debes. Dejo todo en tus manos, Rima, confiando en las promesas que me hiciste y en mis servicios. No tengo más que agregar una advertencia: no dejes que la magnificencia del lugar donde vas a entrar ahora mismo, las nuevas vistas y colores, el ruido y los aplausos y el son de las trompetas, lleguen a hacerte olvidar esto que te pido. Ni tampoco has de comenzar a considerarte poca cosa al verte rodeada de santos y ángeles, pues tú no eres menos que ellos, aunque no lo parezca en un principio, cuando los veas con sus trajes flamantes, que, según dicen, brillan como el mismo sol. No puedo pedirte que te envuelvas un hilo en el dedo: me confiaré solamente a tu memoria, que fue siempre fiel, hasta para las

cosas más insignificantes; y cuando se te pida, como indudablemente lo harán, que expreses un deseo, acuérdate, ante todo, de hablar en favor de tu abuelo y de los servicios que me debes, así como tu bienaventurada madre, a quien le darás mis respetuosos recuerdos.

En el curso de esta petición, que en otras circunstancias sólo me habría provocado a risa, pero que ahora no hacía más que irritarme, un cambio casi imperceptible que se operaba en aquel cuerpo inanimado me trajo una esperanza. La pequeña mano que tenía entre las mías no se sentía ya tan helada, y aunque ni el más ligero color asomaba a su semblante, su palidez había perdido algo de su apariencia de máscara de cera, y también los labios estaban menos apretados y parecían prontos a entreabrirse. Puse la punta de mis dedos contra su pecho, y percibí, o creí percibir, una ligera palpitación, hasta llegar a convencerme de que efectivamente su corazón latía.

Me volví a mirar a Nuflo, que seguía inclinado hacia ella a la espera de las señas que le había pedido hacerle. Mi irritación y enfado contra su grosero egoísmo habían pasado ya.

-Demos gracias a Dios, viejo -le dije con lágrimas de alegría que ahogaban mis palabras-. Está viva..., ya está saliendo de su desmayo.

Nuflo se enderezó, y siempre de rodillas y con la cabeza gacha, murmuró una oración de gracias al cielo.

Seguimos juntos pendientes de su semblante por una media hora más, mientras yo continuaba con ella en mis brazos, que no se cansarían jamás de tan dulce carga, y siempre a la espera de otras manifestaciones más ciertas de su vuelta a la vida. Ella nos parecía ahora como alguien que hubiese caído en un sueño que debe terminar con la muerte. Sin embargo, al recordar su cara con el aspecto que tenía una hora antes, me confirmé en la creencia de que su mejoría, bien que muy lenta, era más segura. Era tan lenta la reacción, que apenas habían pasado nuestros temores cuando comenzamos a notar que sus labios no estaban ya enteramente descoloridos, y que bajo su pálida piel transparente era ya visible un ligero tono rosa-azulado. Más tar-

de, viendo que todo peligro había pasado, el viejo Nuflo se acercó nuevamente al fuego, y tendiéndose a lo largo en el suelo arenoso, pronto cayó en un profundo sueño.

No me habría sentido en una soledad más completa con Rima, si el viejo no hubiese estado tendido frente a mí bajo la cruda luz de la fogata.. . solo entre esas remotas montañas, en aquella caverna secreta, con luces y sombras danzantes en su bóveda plomiza. En aquella profunda soledad y silencio, la misteriosa belleza de su rostro inmóvil bajo mis vigilantes miradas, su apariencia de vida sin conocimiento, me producían una extraña sensación, muy difícil, acaso imposible de describir.

Una vez que yo andaba trepando por las rocas erizadas de matorrales de los montes Queneveta, me encontré con una flor blanca que no conocía y que no he vuelto a ver desde entonces. Después de mirarla un largo rato, seguí adelante; pero la imagen de flor tan perfecta quedó a tal punto fija en mi memoria, que al día siguiente volví al mismo sitio con la esperanza de encontrarla todavía intacta. No había cambiado en absoluto, y en esta ocasión pasé mucho más tiempo mirándola, admirando la maravillosa belleza de su forma, que me parecía tan superior a la de todas las demás flores. Tenía pétalos tan gruesos que al principio me dio la impresión de una flor artificial, tallada por algún divino artista en alguna desconocida piedra preciosa. Su tamaño era el de una naranja grande y su color más blanco que la leche, y, a pesar de su opacidad, con un lustre cristalino en la superficie. Al otro día volví con pocas esperanzas de no encontrarla marchita: estaba tan fresca como recién abierta; y después seguí yendo a verla una y otra vez, a veces con intervalos de muchos días, y ni una muestra de decadencia aparecía en sus claras, exquisitas líneas, con la pureza y el lustre del primer día en que la vi. ¿Por qué, me preguntaba a menudo, esta mística flor de la selva no se marchita y muere como las otras? La primera impresión de su apariencia artificial estaba ya olvidada; era ciertamente una flor, y al igual de otras flores,

tenía su vida y su crecimiento, sólo que con su belleza trascendente tenía otra clase de vida. Inconsciente, pero más elevada; acaso inmortal. Así continuaría abierta cuando le diera mi última mirada; ni el viento, ni la lluvia ni la luz del sol marchitarían o mancharían su sagrada pureza: el indio salvaje, por poco que halle que admirar en una flor, al ver a ésta se cubriría la cara y volvería atrás; hasta la bestia voraz de la selva que pasa pisoteándolo todo, se sentiría asombrada de su extraña magnificencia, se haría a un lado y pasaría sin hacerle daño. Más tarde supe por los indios a quienes hablé de mi hallazgo, que la flor que había descubierto era llamada Hata, y que había una superstición referente a ella, una extraña creencia. Decían que existía una sola flor de Hata en el mundo, que florecía en un punto por el espacio de una luna, y que con el fin del ciclo lunar desaparecía la flor, para ir a florecer en otro punto, a veces en una selva distante. Y también decían que quienquiera que descubra la flor de Hata en el bosque, triunfará de todos sus enemigos y cumplirá todos sus deseos, y finalmente sobrevivirá a todos sus contemporáneos por muchos años. Pero, como he dicho, todo esto vine a saberlo más tarde, y mientras tanto mi sentimiento medio supersticioso por la flor había nacido espontáneamente en mí. Un sentimiento semejante fue el que revivió dentro de mí mientras miraba el semblante fijo, inmóvil, que se hallaba inconsciente y en que sin embargo alentaba la vida, una vida de tan alta esfera como para armonizar con la pura, insuperada belleza de sus rasgos. Estuve a punto de creer que, igual que la flor del bosque, Rima se mantendría para siempre en este aspecto y condición, subsistiendo y acaso participando con su inmortalidad a cuanto la rodeaba..., a mí que la sostenía en mis brazos y no apartaba mis ojos de su pálido semblante, coronado por la nube de cabellos oscuros y sedosos; a las ondulantes llamas que arrojaban cambiantes reflejos sobre las sombrías paredes de piedra; al viejo Nuflo y sus dos perros miserables que permanecerían tendidos en el suelo, sin despertarse jamás...

Esta convicción se adueñó a tal punto de mí, que me mantuvo por un tiempo tan inmóvil como el cuerpo que yacía en mis brazos. Lo que vino a librarme de la sugestión fue el notar nuevos cambios en la fisonomía que tenía bajo mis ojos, lo que indicaba una vuelta más rápida a la vida consciente. La vaguedad del color, que era apenas una ilusión de color, se intensificaba perceptiblemente; los párpados se alzaban lo suficiente para mostrar un destello de las órbitas cristalinas que había debajo, y los labios estaban también ligeramente entreabiertos.

Y, por último, al acercarme a ella para sentir si respiraba, no pude resistir más la belleza y la gracia de esos labios, y los toqué con los míos. Una vez que hube probado su fragancia y dulzura, era imposible dejar de besarlos una y otra vez. Ella no había vuelto en sí..., ¿cómo podía estarlo y no rehuir mis caricias? Con todo, tenía una sospecha, y echándome atrás, la miré fijamente a la cara una vez más. Una extraña, fresca luminosidad se extendía sobre ella. ¿O sería puramente el engañoso reflejo de la fogata sobre la piel? Puse mi mano de pantalla contra la luz, y vi que realmente su palidez había desaparecido, que el tinte rosado de sus mejillas era parte de su vida. Sus brillantes ojos, a medio abrir se miraban en los míos. ¡Oh, era evidente que había vuelto a la realidad! ¿Se habría dado cuenta de esos besos no consentidos?, ¿los rechazaría ahora? Temblando me agaché a besarla nuevamente, y cuando levanté la cabeza y la miré, vi que el rubor de sus mejillas era más encendido, y que sus ojos me miraban bien abiertos. Y al mirarme con esos ojos bien despiertos, me pareció que al fin, al fin, el velo que nos separaba se había desvanecido, que estábamos unidos en un amor y una confianza perfectos, y que la palabra estaba de más. Y cuando me decidí a hablar, no fue sin cierta duda y vacilación: nuestra dicha en esos momentos había sido tan completa, que no atiné qué podía hacer la palabra, como no fuese abreviarla.

-Mi vida, mi amor, mi dulce Rima, estoy seguro de que me entenderás ahora, por lo que no me comprendiste antes, en aquella noche oscura; ¿recuerdas, Rima, cuando te estreché contra mi pecho allá en el bosque? ¡Cómo me traspasaba el corazón el dolor de haberte hablado como te hablé esta noche en la montaña... para matar la esperanza que te sostenía y que te trajo tan lejos de tu vivienda! Pero ahora que la angustia ha pasado, la luz ha vuelto a esos hermosos ojos que me están mirando. ¿Es acaso porque me quieres y sabes lo que yo te amo también, que ya no tendrás para qué buscar a otra alma viviente para hablarle de estas cosas? Contarlo y hacer que yo lo vea, te basta ahora..., ¿no es así, Rima? ¡Qué extraño me pareció en un comienzo, cuando te esquivabas con terror de mí! Pero más tarde, cuando te dirigiste en voz alta a tu madre, mostrando todos los secretos de tu corazón, lo comprendí todo. En aquella vida solitaria y aislada de los bosques, tú no sabías lo que era el amor, ni su poder sobre los corazones, y su infinita dulzura; cuando lo sentiste por fin, era algo nuevo, inexplicable, y te colmó de celos y pensamientos tumultuosos, al extremo de inspirarte temor y procurar esconderte del que lo causaba. Temores semejantes serían de sentir si siempre fuera de noche, sin otra luz que la de las estrellas y la de la luna, tal como la vimos hace poco en la montaña; pero al fin aclara el día, y una extraña, desconocida llamarada rosa y púrpura se enciende en el oriente, anunciando la salida del sol. Este ha de aparecer más hermoso que cuanto pudo mostrarnos la noche, y sin embargo uno tiembla y el corazón apresura sus latidos ante la extraña visión. Uno querría volar en busca de quien pueda interpretarnos su significado, y si el acontecimiento que anuncia llegará realmente alguna vez. Ese es el porqué deseabas encontrar a los de tu raza, y viniste a Riolama buscándolos; y cuando supiste... cuando cruelmente yo te dije que no los encontrarías nunca, entonces te figuraste que esos extraños sentimientos de tu corazón serían para siempre un secreto, y no pudiste soportar la idea de tu soledad. Si no te hubieras desmayado tan pronto, te habría di-

cho entonces lo que debo decirte ahora. Los tuyos han desaparecido, Rima; pero yo estoy contigo, y sé lo que sientes, aunque carezcas de palabras para expresarlo. ¿Pero de qué pueden servirnos las palabras? Brilla en tus ojos; arde como una llama en tu rostro; lo siento en tus manos. ¿No lo ves tú también en mi cara... todo lo que siento por ti, el amor que me hace feliz? Porque esto es amor, Rima, la flor y la melodía del vivir, lo más dulce, el dulce milagro que hace de dos almas una sola.

Siempre descansando en mis brazos, como si estuviera feliz de sentirse allí y con los ojos fijos en los míos, era evidente para mí que había comprendido cada una de mis palabras. Y luego, ya sin sombra de duda o de temor, me incliné de nuevo hasta que mis labios tocaron los suyos, y al apartarme otra vez, sin atinar a cual placer era más intenso -besar sus delicados labios o contemplar su rostro-, ella me echó de repente los brazos al cuello y se levantó hasta quedar sentada en mis rodillas.

-Abel..., ¿debo llamarte desde ahora y siempre Abel? -me dijo sin quitarme los brazos del cuello-. Ah, ¿por qué me dejaste venir a Riolama? ¡Tanto porfiar para el viaje! Y lo obligué a venir a él... al pobre abuelo que duerme ahí. El no importa; pero tú..., ¡tú! ¡Después de que habías oído mi historia y sabías que todo sería inútil! Y todo lo que yo quería saber estaba ahí... en ti! ¡Oh, qué hermoso es! Pero no hace mucho, ¡qué dolor! Cuando estaba en la montaña y tú me hablabas, y yo sabía que tú podías decírmelo, y me empeñaba en no ver. Al fin no pude más; todos estaban muertos, igual que mi madre; todo lo que yo hacía era ir tras el espejismo de agua de la sabana. "Oh, quiero morir también", pensé, ya sin poder resistir mi sufrimiento. Y más tarde, en esta caverna, era como alguien que duerme, y al despertar no me sentía realmente despierta. Era como pasa en las mañanas cuando la luz nos cosquillea los ojos para que los abramos. ¡Todavía no, mi buena luz! Un poquito más; ¡es tan dulce estarse quietecita! Pero eso no me dejaba tranquila; era como un mosquito verde reluciente; hasta

que tanto me hizo, que entreabrí mis párpados. No era la luz de la mañana, sino la fogata, y yo estaba en tus brazos y no en mi camita. Con tus ojos fijos mirándose en los míos. Pero yo podía distinguir los tuyos mejor. Lo recordé todo entonces, de cómo una vez me pediste que te mirara a los ojos. ¡Recuerdo tantas cosas, tantas!

-¿De cuántas cosas te acordabas, Rima?

-Mira, Abel, ¿te has tendido alguna vez sobre el musgo seco y has mirado derecho para arriba a contar los hojas de un árbol?

-No, mi amor, eso no podría ser; ¡hay tantas que contar! ¿Sabes cuántas son mil?

-¡Oh, que no he de saberlo! Cuando un picaflor vuela frente a mi cara y se detiene en el aire, zumbando como una abeja, y luego desaparece, en ese corto tiempo alcanzo a contar un centenar de plumillas redondas y relucientes en su garganta. Eso es solamente un ciento; un millar son más, diez veces más. Al mirar a lo alto, cuento mil hojas; luego paro de contar, porque hay otros millares detrás de las primeras, y más millares tan apretadas que no puedo contarlas. Cuando descansaba en tus brazos, mirándote a la cara, era como en aquel caso; no podía contar todo lo que recordaba. En el bosque, cuando tú estabas allí, y antes; y antes, mucho antes en Voa, cuando era una niña y vivía con mi madre.

-Dime algo de lo que recuerdas, Rima.

-Sí, una cosa..., una sola por ahora. Cuando era todavía una niña en Voa, mi madre tenía un pie baldado... eso lo sabías. Cada vez que salíamos a pasear por el bosque, andando muy lentamente, ella se sentaba debajo de un árbol mientras yo me ocupaba de correr y jugar. Y cada vez que volvía a su lado, la encontraba tan pálida, tan triste, llorando, llorando... Era entonces cuando me escondía y llegaba junto a ella de puntillas para que no me sintiera venir. "Oh, madre, le decía, ¿por qué estas llorando? ¿Te duele mucho el pie?" Hasta que un día me tomó en sus brazos y me dijo la causa de su llanto.

Rima dejó de hablar, pero me miró con una luz extraña y desconocida en sus ojos.

-¿Por qué lloraba, amor mío?

-Oh, Abel, ¿podrás comprenderlo ahora... al fin?

Y pegando sus labios a mi oído comenzó a murmurar suaves y melódicos sonos, que nada me decían. Luego echando atrás la cabeza volvió a mirarme con los ojos salpicados de lágrimas y los labios entreabiertos por una sonrisa tierna y empapada de melancolía.

¡Ah, pobre niña! Pese a todo lo dicho, a todo lo ocurrido, volvía a la vana esperanza de que yo llegara a comprender su lenguaje. Todo lo que pude hacer fue responder a su mirada, tristemente y en silencio.

Desapareció el fulgor de animación de su semblante, y luego volvió a hablar con un tono de ruego en su voz:

-Mira, ya no estamos aparte, yo escondida en el bosque y tú buscándome, sino que juntos, diciendo la misma cosa. En tu idioma..., el tuyo y ahora mío. Pero antes de que tú vinieras, yo no sabía nada, nada, porque no había más que el abuelo con quien hablar. Unas cuantas palabras cada día, las mismas palabras. Si tu idioma es el mío, el mío debe ser tuyo. Oh, ¿no sabes que el mío es mejor?

-Sí, mejor; pero ¡ay!, Rima, yo no puedo soñar con llegar a entender tu dulce lengua, mucho menos llegar a hablarla. El pájaro que apenas da piídos, no podrá jamás cantar como el ruiseñor.

Ella escondió la cabeza en mi hombro, llorando, y luego murmuró entre sollozos.

-¡Nunca, nunca!

¡Qué extraños parecían en estos momentos de dicha tal desborde de llanto, palabras tan desconsoladas!

Por algunos minutos me mantuve en apesadumbrado silencio, dándome cuenta por la primera vez de hasta dónde era posible apreciar esas cosas, lo que significaba para ella mi incapacidad de comprender su secreto lenguaje, esa lengua más pura y rica en que úni-

camente alcanzaban a ser expresados sus raudos pensamientos y vívidas emociones. Aunque Rima podía expresarse con facilidad en castellano, no me costaba imaginarme que para ella debía aparecer como un mero tartamudeo; conforme me dijera una vez cuando le pedía que hablara español: "Eso no es hablar". Y en tanto que yo no llegara a comulgar con ella en ese más alto lenguaje, en que se reflejaba su alma, no podría haber entre nosotros esa perfecta unión que ella deseaba tan apasionadamente.

Poco a poco, a medida que la veía más calmada, procuré decirle algo que fuera un consuelo para ambos:

-Mi dulce Rima -le dije-, es bien triste que no pueda soñar con llegar a hablar contigo en tu lenguaje; pero nunca llegaremos a sentir un amor más grande que éste que ya sentimos, y este amor nos hará dichosos, indeciblemente dichosos, a pesar de ese imposible. Y quizás dentro de poco tú puedas expresarlo en mi idioma, que es también el tuyo, como decías no hace mucho. Cuando volvamos nuevamente a nuestro amado bosque, y conversemos otra vez bajo aquel árbol, y debajo de la morera, en la que te escondiste para echarme hojas encima, donde pillaste a la arañita para mostrarme cómo te hacías tus vestidos; allá podrás hablarme en tu hermosa lengua, y luego procurarás decir las mismas cosas en español... Y al fin llegarás a descubrir, acaso, que no era tan imposible como creías.

Ella se inclinó a mirarme, volviendo a sonreír entre las lágrimas y movió la cabeza ligeramente.

-No olvides -proseguí después de un momento-, que oí que poco antes de morir tu madre lograste comunicarle a Nuflo y al cura lo que ella deseaba. ¿No podrías decirme de la misma manera por qué lloraba ella?

-Puedo decírtelo, pero será como no decirlo.

-Comprendo. Puedes contar los hechos desnudos. Yo me figuraré un poco más y el resto lo perderé. Cuéntame, Rima.

Su semblante se turbó; sus miradas vagaron en torno, a lo largo de las paredes de la borrosa caverna; luego volvieron nuevamente hacia mí.

-Mira al abuelo dormido junto al fuego -dijo-. Tan lejos de nosotros..., ¡oh, tan lejos! Pero si fuésemos a un sitio distante de esta cueva, caminando hasta la gran montaña donde se asienta la Ciudad del Sol, y nos viéramos rodeados por una gran multitud de gente, y todos mirándonos, hablándonos, sería la misma cosa. ¡Serían iguales a los árboles, las rocas y animales... tan distantes! No con nosotros, ni nosotros con ellos. Pero nosotros estamos juntos dondequiera que sea; separados de los demás..., nosotros dos. Eso es amor; lo sé ahora, pero no lo sabía antes, por haber olvidado lo que me había dicho mi madre. ¿Crees que yo podría decirte lo que ella me respondió cuando le pregunté por qué lloraba? ¡Oh, no! Bástete esto: ella y otro eran como una sola persona, constantemente, aparte de los demás. Luego, algo ocurrió..., ¡algo ocurrió! Oh, Abel, ¿fue eso lo que tú me dijiste en lo alto de la montaña? Y el otro se perdió para siempre, y ella quedó sola en los bosques y montañas del mundo. Oh, ¿por qué lloramos por lo que hemos perdido? ¿Por qué no lo olvidamos en seguida y nos ponemos alegres otra vez? Solamente ahora vengo a saber lo que tú sentías, adorada madre, cuando te sentabas sin moverte a llorar, mientras yo jugaba y reía. ¡Oh, pobre madre! ¡Oh, qué dolor!

Y ocultando su cabeza en mi hombro, volvió a llorar en silencio.

El amor y la simpatía también hicieron asomar las lágrimas a mis ojos; pero bien pronto mis cariñosas y consoladoras palabras, junto con mis caricias, la hicieron desviar la atención del triste pasado al presente. Luego se reclinó nuevamente sobre mi capote, con el cuerpo apoyado en parte en mi brazo y parte en el muro de roca, mientras sus ojos entrecerrados expresaban una tierna felicidad, ya segura de sí misma... la fresca sonrisa del sol tras la lluvia; una deliciosa languidez que era en parte pasión, pero sublimada.

-Dime, Rima -le dije inclinándome sobre ella-, durante aquellos inquietos días en el bosque, ¿no tuviste algunos momentos felices? ¿No había algo en tu corazón que te dijera que era dulce amar, aun antes de que supieras lo que es el amor?

-Sí... y una vez, oh Abel ... ¿recuerdas aquella noche, de vuelta del Ytaioa, cuando te quedaste hasta tan tarde charlando junto al fuego? Yo en lo oscuro, sin mover un dedo, escuchando, escuchando y tú cerca del fuego, con las llamas reflejándose en tu cara, y hablando de tantas cosas. Yo era feliz entonces, ¡oh, tan feliz! Era noche cerrada y estaba lloviendo, y yo era una planta que crecía en la sombra, sintiendo cómo caían frescas gotas de lluvia sobre mis ramas. "Oh, no tardará en llegar la mañana y el sol vendrá a poner brillantes mis hojas empapadas"; y esto me ponía tan contenta que temblaba de felicidad. Luego el rayo bajaba de repente, con tal resplandor, y yo me ponía a tiritar de terror y a desear que oscureciera de nuevo. Eso ocurría cada vez que me mirabas, y ni podía desviar mis ojos bastante pronto ni tampoco resistir tu mirada, de manera que volvía a estremecerme de miedo.

-Y ahora no hay ya temor... ni sombras: ahora te sientes perfectamente feliz.

-¡Oh, tan feliz! Si el camino hasta nuestro bosque fuera diez veces más largo y si las grandes montañas blancas de nieve se pusieran de por medio, y las más enmarañadas selvas y ríos más anchos que el Orinoco, siempre yo iría sola y sin miedo, porque sabría que tú vendrías a reunirme conmigo en el bosque, para quedarte conmigo para siempre.

-Pero yo no te dejaría ir sola, Rima... tus días de soledad han terminado.

Ella abrió los ojos más todavía y me miró gravemente al rostro.

-Tendré que irme sola, Abel. Debo dejarte antes de que llegue la mañana. Descansa aquí con el abuelo por algunos días y luego me sigues.

La oí con estupefacción.

-¡No puede ser, Rima! -exclamé-. ¿Cómo, permitir que me abandones... ahora que eres mía... para recorrer toda esa distancia, por esas comarcas salvajes donde puedes perderte y perecer abandonada? ¡Oh, no sueñes con eso!

Mientras me oía, sus ojos me miraban ligeramente turbados, pero siempre con una ligera expresión sonriente. Su pequeña mano resbaló hacia arriba a lo largo de mi brazo y me acarició la mejilla; luego me acerqué a ella hasta que se unieron nuestros labios. Pero cuando volví a mirarla a los ojos comprendí que no había logrado hacerla cambiar de parecer.

-¿Acaso no conozco ahora todo el camino -dijo-, todas las montañas y ríos y bosques?... ¿Cómo habría de perderme? Y debo volver con rapidez, no paso a paso, descansando aquí y allá, caminando al paso otra vez, deteniéndome a comer, a juntar leña y preparar alojamiento. ¡Oh, yo sola tardaré la mitad del tiempo; y tengo tantas cosas que hacer!

-¿Qué tienes que hacer, amor mío?... Todo lo que hay que hacer lo haremos cuando nos juntemos en el bosque.

Una brillante sonrisa con matices burlones le pasó por el semblante al replicar:

-Oh, ¿tendré que recordarte que hay cosas que tú no puedes hacer? Mira, Abel -me dijo, y se pasó la mano por su ligero vestido, ahora más delgado por el uso y deslustrado por la intemperie, bajo el sol, el viento y la lluvia.

Yo no podía obligarla a obedecerme, parecía impotente para vencerla, pero no me daba por vencido, y me puse a enumerarle todos los argumentos que hallé a mano para hacerla convenir conmigo, y cuando terminé ella volvió a ponerme los brazos al cuello y se incorporó de nuevo.

-Oh, Abel -me dijo, sin hacer ningún caso de mis palabras-. Imagínate, yo sola en el bosque, día tras día, esperándote, trabajando sin

descanso, diciendo: "Ven pronto, Abel; no te apures tanto, Abel. ¡Oh, Abel, cuánto tardas! ¡Oh, no llegues hasta tanto mi obra no esté terminada!" Y cuando todo esté listo y llegues allá, me encontrarás, pero no en seguida. Primero me buscarás en la casa, luego en el bosque, llamando: ¡Rima, Rima! Y ella estará por ahí, escuchando, escondida entre los árboles, con el deseo de estar en tus brazos, de gozar de tus labios... oh, tan feliz, y sin embargo, con miedo de presentarse. ¿Sabes por qué? El te lo dijo..., ¿no es así?..., que la primera vez que vio a mi madre, estaba ante él vestida de blanco... un traje que era como la nieve de las cumbres, cuando se está poniendo el sol y la tiñe de rosa y púrpura. Yo estaré lo mismo escondida entre los árboles, y diciéndome: "¿Soy diferente... no como Rima? ¿Me reconocerá... me querrá lo mismo?" ¡Oh, ¿acaso no sé que tú estarás feliz, me amarás y me dirás hermosa? ¡Escucha! -exclamó de pronto, poniendo oído.

Entre los matorrales, a no gran distancia de la entrada de la caverna, un pajarito rompía a cantar una melodía clara y tierna que pronto fue coreada por otros pájaros más distantes.

-Pronto saldrá el sol -dijo, y luego me estrechó de nuevo contra su pecho con apasionamiento. En seguida, deslizándose de mis brazos, y echando una rápida mirada al viejo que dormía, salió de la cueva.

Seguí sentado por algunos momentos sin darme cuenta de que me había dejado: a tal punto había sido rápida su partida; luego, recobrando mis facultades, me incorporé de un salto y salí corriendo con esperanza de alcanzarla.

No aclaraba todavía, pero quedaba cierto resplandor de la luna llena que acababa de ocultarse detrás de las montañas. Abalanzándome hasta el borde de la meseta, por entre las hierbas, recorrí con la vista la rocosa pendiente sin divisar su silueta, y luego llamé: ¡Rima, Rima!

Un suave gorjeo que no provenía de la garganta de ningún pájaro salió de los matorrales de más abajo; y corrí en esa dirección. Deteniéndome luego, volví a llamar. Las suaves notas fueron repetidas

esta vez de mucho más lejos, al extremo que me costó oírlas. Y cuando avancé más allá, y la volví a llamar una y otra vez, ya no hubo respuesta, y comprendí que había partido realmente en su larga jornada solitaria.

CAPITULO XVIII

CUANDO al fin Nuflo abrió los ojos, me encontró solo y pensativo junto al fuego, recién llegado de mi inútil persecución. Me había sorprendido una llovizna en el faldeo y me hallaba calado hasta los huesos, y no menos fatigado y soñoliento de resultas de los días de marcha laboriosa y de la vigilia de toda la noche anterior; y, sin embargo, no quería ni pensar en dormir. Ella se había separado de mí y yo no había podido impedirlo; la idea de que la había dejado escapar de mis brazos, para aventurarse sola en aquella peligrosa travesía, era tan intolerable como si yo hubiese consentido en ello.

Nuflo se sorprendió al oír por primera vez las nuevas de la partida repentina de Rima; pero se rió de mis temores, asegurando que con una vez que ella hubiese hecho un camino, le bastaba para no perderse más; que no peligraría por el lado de los indios, ya que los divisaría a la distancia para evitar el encuentro, y que las fieras salvajes, serpientes y demás bichos no le harían daño alguno. Lo poco que ella necesitaba para alimentarse, lo encontraría en cualquier parte, sin contar con que su viaje no se vería interrumpido por el mal tiempo, ya que ni la lluvia ni el calor la afectaban en absoluto. Al fin de cuentas, Nuflo parecía contento de que ella se hubiese ido adelante, agregando que la presencia de Rima en nuestro bosque pondría a salvo de los extraños la casa, los sembrados y las provisiones y enseres que allá dejara. Su confianza me contagié, y tendiéndome en el suelo de la caverna, caí en un profundo sueño, del que desperté solamente al anochecer para compartir la comida con el viejo y volver a dormir hasta el día siguiente.

Nuflo no se sentía dispuesto a regresar todavía: se había aficionado a las comodidades desusadas de un lugar bien seco donde dormir, con un fuego que no fuese desparramado por el viento y en el cual no cayeran gotas silbantes de lluvia. Dos días más me costó convencerlo de que debíamos partir, y, de haberme dejado persuadir por él, habríamos pasado toda la semana en Riolama.

Tuvimos buen tiempo al comienzo de la jornada, pero no pasaron muchas horas sin que se nublara, y desde entonces, por espacio de más de dos semanas nos tocaron lluvias y temporales, que nos hicieron tan difícil la marcha, que sólo a los veintitrés días de viaje logramos verle el fin, cuando a la ida sólo habíamos tardado dieciocho. De las aventuras que nos ocurrieron y las penalidades que pasamos en la travesía, no hay para qué hablar aquí. La lluvia nos mantuvo en perpetua miseria; pero lo que más nos hizo sufrir fue el hambre, y en más de una ocasión nos vimos reducidos poco menos que a la muerte por inanición. Dos veces llegamos a mendigar alimentos de los indios, y como no podíamos corresponderles con nada, fue bien poco lo que conseguimos. Es posible lograr la hospitalidad del indio sin tener ni anzuelos, ni clavos ni percal que ofrecerles; pero en esta ocasión yo me encontraba sin ese otro impalpable recurso de intercambio que tanto me había servido en mi primer viaje a Parahuari. Ahora me sentía débil y decaído, y me faltaba la astucia. Es verdad que podíamos haber cambiado los dos perros por pan de casaba y maíz, pero entonces habríamos quedado en peor situación que nunca. Y después de todo, los perros nos salvaron la vida con una que otra captura que hicieron: un armadillo pillado en campo abierto y antes de que pudiera sepultarse en tierra, o una iguana, o un hurón o *labba*, a los que ellos seguían el rastro por medio de su agudo olfato. Estas veces, Nuflo celebraba un verdadero festín, regalando a los perros el cuero, los huesos y las entrañas. Pero hacia el final del viaje, uno de los perros se quebró una pata, y Nuflo, que estaba muy hambriento, tomó la cojera como disculpa para sacrificar al bruto, lo cual hizo sin demostrar

ninguna pena, a pesar de que el animal le había servido tan bien como había podido. Esta carne la cortó Nuflo en tajadas y la puso a ahumar, y los intolerables calambres de la hambruna me obligaron a compartir tan repugnante alimento con él. Mi impresión era que no sólo resultábamos indecentes, sino unos caníbales al comernos al pobre servidor que había buscado alimento para nosotros. "Pero, ¿qué importa, después de todo? -me decía a mí mismo-. Toda carne, blanca o negra, debe ser y es repugnante para mí, y el matar animales, una especie de asesinato. Pero ahora me veo obligado a hacer estas fechorías para conseguir un bien. Como es solamente para conservar la vida..., empleo este odiado medio de recuperar las fuerzas que me permitirán alcanzar hasta Rima, y a esa vida más pura y mejor que nos espera".

Durante todo este tiempo, mientras anduvimos legua tras legua, sin decir palabra, o nos sentábamos ante una fogata, yo pensaba en muchas cosas; pero bien poco me preocupaba el pasado, con el cual había roto definitivamente. Rima era siempre la fuente y el núcleo de todos mis pensamientos; de ella surgían y hacia ella retornaban. Pensar, esperar, soñar, fue lo que me sostuvo en esos negros días y noches de privación y sufrimiento. La imaginación era el pan que me confortaba, el vino que me alegraba. Lo que sostenía el ánimo de Nuflo, no lo sé. Probablemente era como una crisálida; en un sopor, no necesitaba de alimento: mariposa de alas relucientes, que sería llamada a la vida con una tremenda ovación de las huestes de ángeles y concierto de instrumentos musicales, dormía tranquilamente, acorazado en su pesada y grosera naturaleza.

¡Por fin divisamos nuestro amado bosque! Jamás el campesino suizo debió encontrar más bella su aldea natal en el fondo de algún valle profundo de los Alpes, al regresar de su remoto destierro voluntario, que lo que me pareció a mi aquella bruma azuleja en el horizonte: el bosque donde habitaba Rima, mi prometida, mi adorada. Y alzándose hasta las nubes, quedaba detrás el cono sombrío del Ytaioa,

en el que saciaba mis ojos hambrientos. ¡Al fin los tenía cerca, tan cerca! Y, sin embargo, las dos o tres leguas que faltaban y que hubo que atravesar paso a paso..., ¡qué distancia tan grande parecía! Ni aun en la remota Riolama, al comenzar el viaje de retorno, me sentía tan lejos de mi bien amada. Mi loca impaciencia acabó con las pocas fuerzas que me quedaban, y fue un tropiezo más. No podía andar ligero, ni menos comer: el viejo Nuflo, lento y calmoso, sin ninguna llama que le abrasara el corazón, se mostraba más fuerte que yo hacia el término del viaje, y todo lo que yo conseguía era no quedarme atrás.

Hacia el final de la jornada, Nuflo se puso a ejercitar prudencia, metiéndose en el bosque por la lengua de vegetación que se prolongaba por encima de los lomos del extremo sur. Anduvimos a cubierto poco más de media legua; y luego comencé a reconocer terreno familiar, los viejos árboles bajo los cuales acostumbraba pasear o sentarme, sabiendo ya que unos cien pasos más adelante podría echar la primera mirada a la choza de hojas de palmera. A la vista de aquello, mi fatiga desapareció, y con una exclamación ahogada de esperanza y alegría, me precipité adelante; pero agucé en vano la vista buscando el sitio donde se levantaba aquel techo amable: no se veía una sola mancha de amarillo pálido entre el verdor parejo de matorrales, lianas y árboles, árboles unos tras otros, las copas de unos sobrepasando las de otros.

Por algunos momentos no pude darme cuenta de las cosas. No; seguramente había errado el camino; la casa no quedaba de ese lado; la veríamos aparecer poco más adelante. Di algunos pasos indeciso un poco más allá y luego me detuve, con la cabeza hecha un torbellino y el corazón a punto de reventar de angustia. Seguía allí inmóvil, con las manos apretadas contra el pecho, cuando Nuflo me alcanzó.

-¡Dónde está... la casa? -dije tartamudeando, señalando con la mano.

Su propia pachorra pareció abandonarle; él también temblaba como yo, y sus labios se movían sin ruido. Por último, dijo:

-Pasaron por aquí...; ¡los hijos del diablo estuvieron aquí y destruyeron cuanto había!

-¡Rima! ¿Qué habrá sido de Rima? -gemí.

Sin responderme, Nuflo marchó adelante, y yo le seguí.

Pronto descubrimos que le habían prendido fuego a la casa. No quedaba ni un madero en pie. Donde estaba la vivienda se veía apenas un montón de negra ceniza..., nada más. Pero al examinar el terreno, no pudimos descubrir huellas recientes de seres humanos que hubiesen pasado por allí. Una masa espesa de pasto y maleza cubría el claro de terreno que rodeaba antes la vivienda, y el aspecto del montón de cenizas era como si hubiese pasado un mes, por lo menos, desde el incendio. Nada se le ocurría a Nuflo acerca del posible paradero de Rima. Sólo atinó a sentarse en el suelo, enteramente abrumado por la calamidad que le caía encima. La gente de Runi había pasado por ahí..., de eso no tenía duda, ni tampoco de que volverían y que no le quedaba más que esperar la muerte a sus manos. La idea de que Rima hubiese muerto, de que estuviera perdida para siempre, me era intolerable. ¡No podía ser! Estaba a la vista que los indios habían venido a destruir la casa en nuestra ausencia; pero al volver ella al bosque, ellos no se atreverían a acercarse más. Rima debía estar en algún punto del bosque, acaso no muy lejos, aguardando con impaciencia nuestro regreso. El viejo tenía los ojos clavados en mí, mientras yo hablaba, parecía hallarse presa del estupor, y no decía palabra. Por último, dejándolo siempre sentado en el suelo, me interné en el bosque en busca de Rima.

Al penetrar en el bosque, deteniéndome a ratos a examinar algún rincón sombrío o algún claro, y a poner el oído, me sentí más de una vez tentado a gritar el nombre de la que buscaba; pero siempre me detuvo el temor de atraer en esa forma algún peligro ignorado sobre mí o sobre ella. Una extraña melancolía penetraba el ambiente, con raros

gritos de pájaros que rompían la quietud. ¿Cómo, me pregunté, podría encontrarla nunca en esta extensión de bosque, si he de seguir buscándola en silencio? Mi única esperanza era que ella me descubriera a mí, y pensé que el sitio más probable para un encuentro sería alguno de los puntos favoritos de nuestras reuniones, donde teníamos nuestras charlas. Pensé primero en la morera, entre cuyas ramas ella se escondiera de mí, y hacia allá dirigí mis pasos. Permanecí alrededor de una hora bajo la sombra de este árbol, y por último, levantando la vista a la espesa nube de hojas verdes y moradas, llamé en voz baja:

-¡Rima, Rima, si me has visto y te has escondido entre las ramas, hazme la merced de responderme..., hazme la merced de bajar sin demora!

Pero Rima no respondió ni echó sobre mí por jugarreta puñados de hojas rojizas; solamente el viento, allá muy arriba, secreteó algo lamentoso y apagado entre el follaje, y entonces yo volvía a seguir mi ciega rebusca por la espesura.

Poco más tarde me alarmó sentir el largo y agudo grito de un pájaro silvestre, que resonó con extraño eco en el silencio. Apenas volvió el aire a su quietud, se me ocurrió la idea de que ese grito no provenía de un pájaro. El indio es un buen imitador de las voces de los animales; pero la práctica me había hecho a mí muy entendido en esto de distinguir cuándo los gritos provenían de un pájaro y cuándo no. Por cosa de un minuto estuve sin moverme, sin atinar a hacer nada, y luego seguí adelante con grandes precauciones, respirando apenas y aguzando la mirada para penetrar en los espacios más sombríos. De pronto tuve una conmoción, pues divisé frente a mí una oscura silueta humana sentada inmóvil en los nudos del tronco de un árbol. Me quedé sin dar un paso por algunos momentos, no sabiendo todavía si me habría visto o no; pero todas mis dudas se desvanecieron al verlo levantarse y venir directamente a mi encuentro. Era un indio desnudo con una cerbatana en la mano. Al salir de la parte más

oscura del arbolado, reconocí a Piaké, el adusto hermano mayor de mi amigo Kuakó.

Era una gran contrariedad encontrarme con él en el bosque, pero en esos momentos no tuve tiempo de reflexionar. Sólo recordé que yo les había ofendido seriamente, que probablemente me tenían ahora por enemigo, y no les importaría mucho quitarme la vida. Ya era demasiado tarde para pensar en salvarme recurriendo a la fuga; yo estaba agotado por una larga travesía y por las muchas privaciones que había sufrido, mientras que él se presentaba en todo su vigor y con un arma mortífera en sus manos.

No me quedaba sino poner cara impasible, saludarlo como si nada hubiese pasado, e ir inventando alguna historia plausible que explicara mi conducta al salir secretamente del poblado.

Piaké se había parado junto a mí y me miraba en silencio. Al mirar hacia un lado vi que no estaba solo: a unos cuarenta pasos de distancia aparecieron dos siluetas oscuras que me observaban desde la sombra.

-¡Piaké! -dije, adelantándome unos tres o cuatro pasos.

-Estás de vuelta -me dijo, pero sin mover pie-. ¿De donde vienes?.

-De Riolama.

El meneó la cabeza, y me preguntó hacia dónde quedaba eso.

-Veinte días de marcha hacia el poniente -dije. Y como él siguiera callado añadí-: Me dijeron que podría encontrar oro por allá. Un viejo me lo dijo y fuimos a buscarlo.

-¿Qué encontraste?

-Nada.

-¡Ah!

Y con esto, nuestra conversación pareció tocar a su término. Pero tras algunos momentos, mi intenso deseo de averiguar si los salvajes sabían de la presencia de Rima o no, me hizo aventurar una pregunta:

-¿Están viviendo ahora aquí en el bosque? -le dije.

El volvió a mover la cabeza, y al rato explicó:

-Venimos a matar animales.

-Tú eres ahora como yo -le dije en seguida-; ya no le temes a nada.

Me miró con desconfianza, acercándoseme luego, y dijo:

-Eres muy valiente. Yo no me habría atrevido a ir en una travesía de veinte días, sin armas, y solamente con un viejo por compañero. ¿Qué armas tenías?

Vi que recelaba de mí, y quería estar seguro de que no estaba en situación de causarle daño.

-No tengo más arma que mi cuchillo -dije con fingida despreocupación. Y con esto me levanté el capote para que viera por sí mismo, dando una vuelta en redondo frente a él-. ¿Han encontrado mi revólver? -añadí.

Movió la cabeza negativamente; pero ahora se mostraba menos desconfiado y se me acercó más:

-¿De dónde sacas alimento? ¿Para dónde te encaminas? -me dijo.

Yo respondí descaradamente:

-¡Alimento! ¡Si estoy medio muerto de hambre! Voy para la aldea a ver si las mujeres tienen algo en la olla, y para contarle a Runi todo lo que ha pasado desde que no lo veo.

Me echó una mirada penetrante, algo sorprendido posiblemente de verme tan seguro de mí mismo; luego dijo que él también iba de regreso a casa y que me acompañaría.

Uno de sus camaradas avanzó con la cerbatana en la mano a juntarse con nosotros, y salimos del bosque para cruzar la sabana.

Era desesperante para mí tener que volver a atravesar el llano y dejar a mi espalda el bosque donde esperaba encontrar a Rima; pero no podía hacer otra cosa. Era un prisionero nuevamente; el cautivo antes perdido, ahora recobrado, al que todavía no le alcanzaba el perdón y acaso no le alcanzaría nunca. No me quedaba más que emplear toda mi astucia para salvarme, y en cuanto a Nuflo -¡pobre viejo!-, tendría que afrontar su suerte.

Una y otra vez en el camino, por el descampado, tuve que detenerme a recobrar el aliento, explicándole a Piaké que había estado caminando día y noche, sin probar bocado por los últimos tres días, de manera que estaba agotado. Esto era una exageración; pero se hacía necesario explicar de algún modo la debilidad que retardaba mis pasos, y que no provenía tanto de falta de alimento como de la opresión moral que sentía.

A ratos le dirigía la palabra a Piaké, preguntándole por cada uno de los individuos de la aldea, y llamando a cada uno por su nombre. Por último, siempre pensando en Rima, le dije si había otra persona o personas que vivieran ahora en el bosque con ellos.

Me dijeron que no.

-Antes -dije-, estaba la hija de la Didí, una muchacha que todos ustedes temían. ¿Está ella ahí ahora?

Piaké me miró sospechoso, y meneó la cabeza. No me atreví a insistir, pero tras una pausa, él dijo bien claro:

-Ella no está ahora aquí.

Y me vi obligado a creerle; pues, de haber estado Rima en el bosque, no se habrían acercado a él. Por lo menos, sabía ya que ella no estaba allí. Entonces, ¿se habría perdido en el camino, o perecido en aquella larga travesía desde Riolama? ¿O no habría hecho más que regresar, para caer en manos de sus antiguos enemigos? Mi corazón estaba abrumado de angustia; pero en caso de que esos demonios con forma humana supiesen más de lo que daban a entender, me dije, no me queda más que ocultar mi ansiedad y esperar pacientemente hasta descubrir la verdad, siempre que ellos me dejaran con vida. Y si me dejaran con vida a mí y hubiesen acabado con esa otra vida que estaba entrelazada con la mía, el día habría de llegar en que ellos descubrieran -demasiado tarde- que habían acogido entre ellos a un demonio peor que ellos mismos.

CAPITULO XIX

Mi llegada a la aldea causó cierto revuelo; pero se veía a las claras que no se me miraba ya como amigo, ni menos como uno de la familia. Runi estaba ausente, y yo no dejaba de sentir bastante inquietud a la idea de su regreso; era indudable que él decidiría de mi suerte. Kuakó se encontraba también fuera de casa. Los demás se hallaban parados o sentados aquí y allá, dentro de la habitación, y no me des-pintaban la vista, sin chistar. Yo no me di por entendido, y me limité a pedirles de comer, y luego a reclamar mi hamaca. La colgué en el sitio de costumbre, y tendiéndome en ella, pasé dormitando toda la tarde. Al anochecer apareció Runi. Yo me levanté a saludarlo, pero él no dijo palabra, y se mostró callado y mohíno hasta la hora de retirarse a su hamaca, sin darse por entendido de mi presencia.

La crisis se presentó al día siguiente. Estábamos de nuevo, todos reunidos en la habitación -todos menos Kuakó y otro indio que andaba con él en alguna expedición de caza-, y por espacio de media hora nadie habló una palabra. Se estaba a la espera de algo; hasta los niños se mantenían extrañamente sosegados, y cada vez que uno de los pájaros caseros venía a asomarse a la puerta, lanzando un chillido lastimero, se le echaba afuera inmediatamente, pero sin despegar los labios. Pasado algún tiempo, Runi se enderezó en su asiento y fijó sus ojos en mí; luego carraspeó y comenzó una larga arenga con ese monótono canturreo que yo tan bien conocía y que daba a entender que la ocasión era importante. Y como acostumbra los indios en tales casos, la misma idea se repetía y repetía una y otra vez, y otra vez más, con pesada, rabiosa insistencia. El orador de la Guayana, para

impresionar a sus oyentes, debe estirarse mucho en su discurso, por poco que sea lo que tenga que decir. Aunque parezca raro, yo le oía con espíritu de severa crítica y no sin cierto desdén ante su torpeza. Pero la verdad es que me sentía más a mis anchas. El mismo hecho de que me hiciera tal discurso indicaba que el cacique no deseaba quitarme la vida, y que no lo haría si yo lograba quitarme de encima la sospecha de traición.

Yo era un hombre blanco, me dijo; ellos eran indios; así y todo, me habían tratado bien. Me habían dado de comer y donde dormir. Habían hecho mucho por mí, llegando hasta enseñarme el uso de la cerbatana y a prometerme una de regalo, sin pedir nada en cambio. También me habían prometido mujer. ¿Y cómo los había tratado yo? Los había dejado para marcharme a escondidas, y sin que ellos pudieran adivinar mis intenciones. ¿Cómo podían ellos saber por qué me había ido, y para dónde? Ellos tenían un enemigo; Managa era su nombre; él y su gente odiaban a Runi y a los suyos. Yo sabía que se querían mal y sabía donde vivía Managa, porque ellos me lo habían dicho. Eso era lo que pensaban cuando yo me fui de repente. Ahora volvía donde ellos, diciendo que había andado por Riolama. El sabía por donde quedaba Riolama, aun cuando nunca había llegado hasta allá; ¡era tan lejos! ¿A qué fui a Riolama? Era un lugar de mal nombre. Había indios en Riolama; no muchos; pero no eran indios buenos, como los de Parahuari, y no dejarían de matar a un hombre blanco. ¿Era verdad que había ido allá? ¿A qué había ido allá?

Al fin terminó su discurso y me tocaba a mí tomar la palabra; pero él me había dado tiempo de sobra y mi respuesta estaba pronta.

-Te he oído con atención -le dije-. Tus palabras son buenas palabras. Son palabras de amigo. "Yo soy el amigo del hombre blanco -dices tú-: ¿es él mi amigo? Se fue de nuestro lado en secreto, sin decir palabra: ¿por qué se fue sin prevenir al amigo que lo había tratado bien? ¿Habrá estado con mi enemigo Managa? ¿Acaso sea amigo de mi enemigo? ¿Dónde ha estado?" Yo debo responder a todo eso di-

ciendo palabras francas a mi amigo. Tú eres un indio, yo soy un blanco. Tú no conoces todos los pensamientos de un hombre blanco. Esto es lo que yo quiero darte a saber. En la tierra del hombre blanco hay dos clases de individuos. Primero están los ricos, los que tienen todo lo que el hombre puede desear, casas construidas de piedra, repletas de cosas valiosas, lindos trajes, buenas armas, ricos ornamentos; y tienen además caballos, ganado, ovejas, perros: todo lo que desean. Esto se debe a que tienen oro, porque con oro el hombre blanco compra lo que quiere. La otra clase de blancos son los pobres, los que no tienen oro y no pueden comprar o poseer cosa alguna: tienen que trabajar duramente para el rico, a cambio del poco alimento que les da y algún trapo para cubrir su desnudez. Si él les permite alojarse bajo techo, pueden tener un abrigo; si no, tendrán que dormir a la intemperie y bajo la lluvia. En mi país, a unas cien jornadas de aquí, yo era el hijo de un gran jefe que poseía mucho oro, y al morir él, yo fui dueño de todo y quedé muy rico. Pero yo tenía un enemigo, uno peor que Managa, porque era rico y disponía de mucha gente. Y en el curso de una guerra él venció a mi gente, se apoderó de todos mis bienes y me dejó pobre. El indio mata a su enemigo, pero el blanco le quita su oro, y eso es peor que la muerte. Entonces me dije: fui hombre rico y ahora soy pobre, y debo trabajar como un borrico para algún rico, a la espera del escaso alimento que me tirará al fin de cada día de trabajo. ¡No, yo no puedo hacer eso! Me iré de aquí a vivir con los indios, de manera que los que me han conocido rico, no puedan verme jamás trabajando como un borrico para mi amo, y contarle a todo el mundo y mofarse de mí. Pues los indios no son como los blancos: no poseen oro, ni hay entre ellos ricos ni pobres; todos son iguales. Un solo techo los protege del sol y de la lluvia. Todos tienen armas de su propia hechura; todos se ocupan de cazar pájaros en el bosque y pescar en los ríos; y las mujeres cuecen los alimentos, y todos comen en el mismo tiesto. Y con los indios seré un indio más, y cazaré en el bosque, y comeré y beberé con ellos. En consecuencia, salí de mi tie-

rra y vine hasta aquí a vivir contigo, Runi, y fui bien tratado. Y bien, ¿por qué me fui a otra parte? Eso es lo que quiero contarte ahora. Después de algún tiempo de vivir con ustedes, me fui a andar por el bosque vecino. Ustedes no querían que fuese, por culpa de una cierta hija de Didí, que vivía allí; pero como no le temo a nada, fui. Allí me encontré con un viejo que me habló en la lengua de los blancos. Era hombre muy viajado, y me contó algo muy extraño. En una montaña de Riolama, me dijo haber visto una pelota de oro que apenas podría cargarla un hombre. Y al oírle esto, me dije: "Con ese oro yo podría volver a mi tierra, comprar armas para mí y para mi gente y lanzarme a la guerra contra mi enemigo y quitarle todos sus bienes, pagándole con la misma moneda con que me pagó a mí". Le pedí al viejo que me llevara a Riolama, y cuando consintió en ello, me fui de aquí sin prevenirlos, a fin de que no se opusieran a mi aventura. Riolama está muy distante y yo no tengo armas; pero nada temía. Me dije: "Si hay que pelear, pelearé; si he de morir, moriré". Pero cuando llegué a Riolama, no encontré oro. No hallé más que una piedra amarilla, que era lo que el viejo había tomado por oro. Tenía el color del oro pero no se podría comprar nada con ella. Resolví, pues, volverme a Parahuari, a casa de mi amigo, y si él sigue enojado conmigo por haberle dejado sin prevenirlo, espero que me diga: "Anda a buscarte otro amigo en otra parte, porque yo he dejado de ser tu amigo".

Terminé en esa forma altanera, con el propósito de que no fuera a suponer que yo le sospechara de abrigar intenciones siniestras a mi respecto, o de que yo consideraba nuestras diferencias como algo serio. Cuando hube terminado, él emitió un ruido que no expresaba ni aprobación ni desaprobación, sino puramente el hecho de darse por enterado de mi discurso. Pero yo estaba satisfecho. Su expresión había cambiado favorablemente; era ahora menos severa. Pasado un rato, observó, con un peculiar fruncimiento de la boca, que podría haberse convertido en una sonrisa:

-Los blancos harán esto y lo otro por conseguir oro. Tú anduviste veinte días para mirar una piedra que no sirve para comprar nada.

Fue una suerte que tomara así las cosas, con lo cual se complacía su naturaleza de indio, y acaso se despertaba su sentido de lo ridículo. En todo caso, nada dijo que pusiera en duda la veracidad de mi historia, la cual había sido oída por todos con profundo interés.

Desde ese momento pareció quedar tácitamente convenido dar al olvido lo pasado, y pude notar que, a medida que disminuía la animosidad que estuvo a punto de costarme la vida, volvía el placer, que habían sentido antes en mi compañía. Pero mis sentimientos respecto de ellos no cambiaron, ni podían cambiar mientras no se dispase de mi corazón aquella terrible y negra sospecha tocante a Rima. Volví a conversar abiertamente con ellos, como si jamás hubiésemos tenido una ruptura en nuestras relaciones de amistad. Si ellos se quedaban vigilándome cuando salía de la casa, yo no me daba por entendido. Me puse a arreglar mi ruda guitarra, que había sido estropeada en mi ausencia, y me esforzaba por aparentar un ánimo alegre. Pero al quedarme solo, en mi hamaca o en algún sitio en que no era observado, frente a frente con mi conciencia, me daba cuenta de un profundo cambio en mi vida; una nueva naturaleza, negra e implacable, ocupaba el lugar de la antigua. Y a veces era difícil ocultar este frenesí que ardía en mis entrañas; a veces sentía impulsos de arrojarme como un tigre sobre cualquiera de los indios, agarrarlo por el cuello hasta arrancarle de los labios el secreto que ansiaba conocer, y luego reventarle los sesos contra una piedra. Pero ellos eran muchos, y no me quedaba sino mantenerme cauteloso y paciente, si quería vencerlos con las armas del disimulo y la astucia.

Tres días después de mi regreso a la aldea volvió Kuakó con su compañero. Yo lo recibí con exageradas muestras de cordialidad; pero realmente me alegraba de su regreso, en la creencia de que si los indios sabían algo referente a Rima, él sería entre todos, mi más probable confidente.

Kuakó parecía haber traído importantes nuevas de su viaje, las que se puso a discutir con Runi y los demás; y al siguiente día noté que estaban haciendo preparativos para una expedición. Se habían alistado las lanzas, los arcos y flechas, pero no las cerbatanas, lo cual me convenció de que no se trataba de una cacería. Con estas informaciones, y visto que solamente cuatro hombres irían en la expedición, llamé aparte a Kuakó y le rogué que me llevaran con ellos. Mi petición pareció agradarle, en seguida se la trasmitió a Runi, quien después de pensarlo unos instantes, dio su consentimiento.

Un rato más tarde me dijo, tocando su arco:

-Tú no puedes pelear con nuestras armas: ¿qué harás si nos topamos con un enemigo?

Yo le respondí sonriendo que no me daría a la fuga. Todo lo que quería probarles era que miraba a sus enemigos como enemigos míos, que estaba pronto a batirme por mi amigo.

Mis palabras le dejaron muy complacido, pero no dijo una palabra más, ni me dio arma alguna. A la mañana siguiente, al ponernos en marcha antes de que saliera el sol, descubrí que Runi llevaba mi revólver escondido bajo el taparrabos; pero como le abultaba bastante, su secreto no era tal. Yo nunca había creído que lo hubiera perdido, y ahora estaba convencido de que lo llevaba consigo con miras de entregármelo en el último momento, en caso de tener un encuentro con algún enemigo.

Al salir de la aldea nos dirigimos hacia el noroeste, y antes de mediodía acampamos en un bosquecillo de árboles enanos donde permanecemos hasta la caída del sol, para continuar nuestra caminata a través de una comarca desierta. Esa noche volvimos a acampar, deteniéndonos junto a un raudal poco profundo, y tras una cena de carne ahumada y maíz tostado, nos dispusimos a dormir hasta la madrugada del día siguiente.

Cuando estuvimos sentados junto al fuego, me decidí a hacer una primera tentativa de descubrir por intermedio de Kuakó todo lo que

supiera de la suerte que hubiese corrido Rima. En vez de tenderme junto con los demás, me quedé sentado cerca de mi guardián... quien no se acostaba, esperando, a no dudarlo, que yo lo hiciera primero. Luego me acerqué y comencé a conversar con él en voz baja, ansioso de no despertar la atención de los demás...

-Una vez me dijiste que me darían a Oalava por mujer -le dije- Pronto estaré dispuesto a casarme.

El aprobó con la cabeza, y agregó sentencioso que el deseo de tener mujer lo compartían todos los hombres.

-¿Qué me ha quedado? -dije con desconsuelo, y desplegando mis dedos-. Perdí mi revólver, ¿y no le di el yesquero a Runi y a ti la cajita con el gallo pintado encima? Nada recibí en cambio... ni siquiera la cerbatana. ¿Cómo podría entonces comprarme una mujer?

El, igual que los otros, según el obtuso salvaje que era, había llegado a la conclusión de que yo era incapaz de la astucia y el disimulo que ellos practicaban. Puesto que no alcanzaba a percibir un loro verde que estuviera parado sin voz ni movimiento entre el verdor del ramaje, tal como les era posible a ellos, gracias a su casi sobrenatural poder de visión, de igual manera se figuraban que engañar con mentiras y ficciones era una facultad de ellos y no mía. Así cayó fácilmente en la trampa. Mi deseo de hablar de asuntos prácticos le pareció muy bien. Me aconsejó poner mis esperanzas en que algún día Oalava sería mi mujer, a pesar de mi pobreza. No siempre era necesario poseer algunas cosas para adquirir mujer: bastaba poder mantenerla. Algún día llegaría a ser tan capaz como ellos de matar animales y pescar en el estero. Además, ¿no se proponía Runi conservarme a su lado por otras razones? Pero no podría tenerme privado de mujer. Yo era hábil para muchas cosas: podía cantar y hacer música; era valiente y no le temía a nada: podía enseñarle a los niños el arte de pelear.

No decía, sin embargo, que yo pudiese enseñarle algo a una persona de sus años y sus prendas.

Yo declaré que él me elogiaba demasiado; que ellos no eran menos valientes. ¿No demostraban un valor tan grande como el mío al ir cada día a cazar al bosque donde vivía la hija de la Didí?

Llegué a abordar este tema con un temblor de miedo, pero él lo acogió con gran calma. Después de mover la cabeza de uno a otro lado, empezó de pronto a contarme cómo fue que comenzaron a ir a cazar al bosque. Me dijo que pocos días después de haberme ido a escondidas, dos hombres y una mujer que volvían a su pueblo de un lugar distante, adonde fueron a visitar a un pariente, se habían detenido a descansar en la aldea. Esos viajeros contaron que a dos jornadas del Ytaioa se habían encontrado con un grupo de tres personas que viajaban en sentido opuesto: un viejo de barba blanca seguido por dos perros barcinos, un joven que llevaba un gran capote y una niña de extraña apariencia. Así fue como llegaron a saber que yo iba de viaje en compañía del viejo y de la hija de la Didí. Las nuevas fueron muy celebradas por los indios, pues se figuraban que no teníamos intenciones de volver al bosque, y en seguida se lanzaron a cazar en él, matando pájaros, monos y otros animales en gran número.

Sus palabras comenzaban a causarme gran excitación, pero yo hacía esfuerzos por mantenerme sereno, interesado en el relato apenas lo suficiente para que lo continuara.

-Más tarde volvimos -le dije al terminar él-. Pero solamente dos de nosotros y separado uno del otro. Dejé al viejo en el camino, y ella se separó de nosotros en Riolama. Se fue para las montañas..., ¡quién sabe para dónde!

-¡Pero volvió aquí! -dijo Kuakó con un destello demoníaco en su mirada, que me heló la sangre en las venas.

Era muy penoso seguir fingiendo; provocarlo a decir algo que me volviera loco.

-No, no -le respondí después de pesar sus palabras-. Ella temía el regreso y se fue a esconder en las grandes montañas que quedan más allá de Riolama. No podía volver.

-¡Pero volvió! -insistió él con el mismo destello triunfal en sus ojos. Mi mano se aferraba bajo el capote al mango de mi puñal, pero hice tremendos esfuerzos para contener el fiero, casi loco impulso de tirarlo de la vaina y hundírselo como el rayo en la garganta al miserable.

-Siete días antes de tu regreso, la vimos en el bosque. Siempre estábamos a la espera, vigilantes, con temor, y al salir a cazar, andábamos en grupos de tres y cuatro. Ese día la vi con tres compañeros. Fue en un claro del bosque, donde los árboles son muy grandes y crecen apartados unos de otros. Nos levantamos apresuradamente y nos lanzamos a la siga de ella cuando la vimos huir de nosotros; pero temíamos dispararle una flecha o un venablo. Y en un momento ella se subió a un árbol, y luego, igual que un mono, se pasó por las ramas de la copa a las de otro árbol más alto. Allí no podíamos verla, pero estábamos seguros de que estaba arriba, porque no había ningún otro árbol cerca..., no tenía por dónde escaparse. Tres de nosotros nos quedamos de guardia, y el otro fue con las nuevas a la aldea. Tardó mucho en volver, y ya estábamos pensando en alejarnos por temor a que ella nos hiciera algún daño, cuando nuestro compañero volvió seguido por todos los demás: hombres, mujeres y niños. Traían hachas y machetes. Luego Runi dijo: "Que nadie dispare una flecha contra el árbol pensando en alcanzarla con eso, porque ella la tomará al vuelo y la lanzará contra él mismo. No nos queda sino quemarla con árbol y todo: es la única manera de acabar con ella". Todos íbamos dando vueltas al árbol y mirando para arriba por ver si alcanzábamos a divisarla; pero no veíamos nada. Alguien dijo que se había escapado volando como un pájaro; pero Runi repuso que el fuego diría lo que hubiera. Nos pusimos, pues, a cortar el árbol más pequeño y trozamos las ramas, repartiéndolas en torno al tronco del árbol grande. Luego, a cierta distancia, cortamos otros diez árboles de poco tamaño, y luego otros diez, y así otros hasta que el montón cubrió el suelo a esa distancia del tronco...

Y con la mano me señalaba un matorral a no menos de cuarenta o cincuenta metros de nosotros.

Mi emoción a lo largo de esta historia se hacía ya intolerable. El sudor me corría a torrentes; temblaba como un enfermo en un ataque de tercianas, y apretaba los dientes para que no me castañetearan.

-Tengo que ir a beber -le dije, interrumpiéndole y poniéndome de pie.

El también se levantó, pero no me siguió al verme que me dirigía con paso inseguro al torrente que quedaba a unos diez o doce metros de distancia. Tendiéndome boca abajo, tomé un largo sorbo de agua fresca, y sumergí por un momento la cara en la corriente. El contacto del agua helada hizo pasar un escalofrío por mis nervios, oreándome el sudor y dándome fuerzas para oír el resto de la horrible historia. A paso lento me acerqué de nuevo al fuego y me senté en mi sitio, mientras él volvía a ponerme a mi lado.

-Quedamos en que habían quemado el árbol de raíz -le dije-. Cuéntame lo que falta para irme a dormir. Los párpados me pesan de sueño.

-Así fue. Mientras que los hombres cortaban árboles y los acarreaban, las mujeres y los niños recogían chamiza en el bosque y traían brazadas de ella para desparramarla en torno al árbol. En seguida le prendieron fuego por todos lados, riendo y gritando: "¡Quémate, quémate, hija de la Didí!" Al fin todas las ramas bajas ardieron, y ardió también el tronco, pero la copa seguía intacta y no podíamos ver nada. Pero las llamas seguían subiendo más y más alto con gran ruido, y por último de la copa del árbol, de entre las hojas verdes, llegó un gran grito, como el grito de un pájaro: "¡Abel, Abel!", y al mirar en esa dirección vimos algo que caía; por entre el follaje y las llamaradas seguía cayendo igual que un gran pájaro blanco alcanzado por una flecha y que se viene al suelo, hasta hundirse en medio de las llamas. Y era la hija de la Didí, y se quemó hasta convertirse en cen-

zas, como una mariposa en las llamas de una hoguera, y nadie ha vuelto a verla o a oírla desde entonces.

Fue una suerte para mí que hablara rápidamente y terminara pronto su relato. Aun antes de que le diera remate, yo me eché el capote a la cara y me tendí en el suelo. Y supongo que él hizo otro tanto; pero yo estaba ciego y sordo a todo signo exterior. Mi corazón ya no palpitaba con fuerza, sino que apenas daba señales de vida: recuerdo que sentía un rumor de cascada en los oídos, y que parecía estar en mis últimos momentos. Una vez que pasaron estas horribles sensaciones, permanecí tranquilo por una media hora, y durante este tiempo la imagen del último acto de la odiosa tragedia se hizo más y más vívida en mi mente, al punto de llegar a creer que la estaba mirando, que mis oídos se llenaban con el rumor del silbido y chisporroteo del fuego, los gritos ufanos de los salvajes, y por encima de todo, aquel agudo llamado de "¡Abel, Abel!", que saliera de en medio del follaje ardiente. Llegó un momento en que no pude soportarlo más, y me levanté. Miré a Kuakó, que reposaba unos tres o cuatro metros más allá, y él, igual que los demás, dormía o parecía dormir profundamente. Estaba tendido de espaldas, y su rostro moreno encendido por el resplandor del fuego, tenía la apariencia de una cariátide de piedra. Había llegado mi oportunidad de escaparme..., si eso era lo que deseaba. Así era, pues ya poseía el ansiado secreto, y nada tenía que ganar con seguir al lado de mis mortales enemigos. Y ahora, para mi fortuna, me habían traído lo más cerca posible de aquel lugar de las cinco lomas que era donde vivía Managa... Managa, cuyo nombre había venido a mis labios tan a menudo desde mi regreso a Parahuari. Desviando la mirada del rostro petrificado de Kuakó, mis ojos repararon en la pálida estrella solitaria que Runi me había mostrado hacia el horizonte del noroeste, aquella vez que le pregunté donde vivía su enemigo. Era la misma dirección que habíamos seguido desde que salimos de la aldea; ciertamente si yo caminara toda la noche, al siguiente día temprano podría llegar a los dominios de Managa, y una

vez en lugar seguro, reflexionar acerca de lo que había oído y qué era lo que me convenía hacer.

Me retiré unos cuantos pasos sin hacer el menor ruido; pero ocurriéndome que sería conveniente llevar una lanza conmigo, me volví a buscarla y grande fue mi sorpresa al notar que Kuakó también se había movido de su posición. Tendido ahora de costado, tenía la cara vuelta hacia mí. Sus ojos se veían cerrados, pero como podía estar fingiendo el sueño, no me atreví a ir por la lanza. Tras unos segundos de vacilación volví a avanzar unos pasos; echando una última mirada atrás, y viendo que él no se movía, crucé con cuidado el raudal, anduve unos veinte pasos más en la punta de los pies, y luego eché a correr. De tarde en tarde me detenía a escuchar, y pronto comencé a sentir el eco de unos pasos presurosos, como de alguien que viniera persiguiéndome. Con esto me lancé adelante a toda carrera y dejé de distinguir sonido alguno. La única esperanza que me quedaba era que mi perseguidor me perdiese de vista en la oscuridad, pues el camino estaba en tinieblas, aunque lucía un cielo estrellado. Sin otra arma que mi cuchillo, era bien poco lo que podía esperar en caso de que él me alcanzara. Además, era seguro que habría despertado a los demás antes de comenzar la persecución y todos llegarían pisándome los talones. No se veían matorrales por ninguna parte, donde pudiera ocultarme y dejarlo pasar de largo, y para colmo de mala suerte, el suelo cambió de aspecto, y me vi corriendo sobre una arcilla blanca, cuya costra salina arrojaba una claridad que hacía bien visible a la distancia una mancha oscura que fuera moviéndose sobre aquél. Allí me paré a escuchar, y luego distinguí claramente un rumor de pasos, y en seguida la silueta vaga de un indio que corría hacia mí con su lanza levantada a la altura de su cabeza. En la breve pausa que yo había hecho, él había llegado casi a una distancia suficiente para arrojarme su arma y volviéndole la espalda, yo proseguí la fuga, tirando al suelo mi capote para correr más ligero. Cuando volví a mirar para atrás, siempre lo tenía a la vista, pero ya no tan cerca, pues se

había detenido a recoger mi capote -el que desde ahora sería de su propiedad-, y esto me había dado una pequeña ventaja. Seguí corriendo con todas mis fuerzas, y no habría avanzado más de cincuenta metros, cuando su lanza pasó rozándome y desgarrándome el brazo izquierdo cerca del hombro. Sin darme cuenta de que estaba mal herido, ni saber a qué distancia se hallaba mi perseguidor, me volví desesperado a hacerle frente, y le vi a no más de veinticinco metros de distancia, corriendo hacia mí con un objeto brillante en la mano. ¡Oh, afortunado joven salvaje, qué fama y satisfacción no le esperaba tras tamaña victoria, y con tan hermoso capote por trofeo! Mi ánimo cambió, rápido como el relámpago, y sentí un súbito alborozo. Es verdad que estaba herido, pero mi mano derecha estaba firme y empuñaba un cuchillo tan bueno como el de Kuakó, y nos hallábamos en igualdad de condiciones. Lo esperé calmosamente. Toda debilidad, dolor y abatimiento habían desaparecido, y no sentía otra sensación que un terrible deseo de derramar su odiosa sangre; mi cerebro estaba despejado y mis nervios como cuerdas de acero, y recordé con una especie de alegría nuestros divertidos simulacros con espadas de madera. ¡Ah, éstos no eran más que asaltos simulados y juegos de niños; ahora la cosa iba de veras! ¿Sería posible que un hombre blanco, privado de su traicionera arma que mata a la distancia, se enfrentara con un salvaje bien resuelto, cara a cara y pie con pie, y que le igualara en un duelo con las armas primitivas? ¡Pobre muchacho, tu excesiva confianza te iba a costar cara! Difícilmente podría calificarse de un asalto entre iguales su acción de lanzarse contra mí, sin otros medios que su brutal energía y valor frente a mi destreza. En unos cuantos segundos lo tenía tendido a mis pies, con la sangre que corría a raudales de su cuerpo hasta el suelo sediento. Le volví la espalda al cuerpo yacente para encarar a mis demás perseguidores con el puñal todavía tinto en sangre, pensando siempre que vendrían siguiéndonos de cerca. ¿Por qué se había detenido entonces a recoger mi capote, a menos de temer perderlo a manos de otro? Quería morir haciéndoles

frente, y no se me aparecía la muerte como una cosa terrible; ya podía morir tranquilo después de matar a mi primer asaltante. ¿Pero estaba él realmente muerto?, me pregunté al sentir una especie de quejido o lamento que escapaba de sus labios. Inclinéme rápidamente al suelo, volví a hundir el puñal hasta el mango en su cuerpo inerte, y cuando vi que daba un hondo suspiro, que le pasaba un estremecimiento de pies a cabeza, y la sangre volvía a correr, sentí una sensación de salvaje alegría. A todo esto no llegaba ningún rumor de persecución a mi oído alerta, ni se divisaba ninguna vaga silueta en la penumbra de la noche. Llegué a la conclusión de que, o él no los había despertado, o ellos habían tomado una falsa dirección. Recogiendo mi capote, iba a seguir adelante, cuando reparé en la lanza que me había arrojado Kuakó, tirada a unos pasos más allá, y recogéndola también, seguí nuevamente mi camino, orientado siempre por la estrellita.

CAPITULO XX

AQUELLA brava pelea había sido para mí como un buen trago de vino, y me hizo olvidar por algún tiempo mi desgracia y el dolor de mi herida. Pero la embriaguez y el sentimiento de exaltación no duraron mucho: comenzó a arderme la herida, me sentí debilitado con la pérdida de sangre, y abrumado de fatiga. Si mis enemigos hubiesen aparecido en escena, me habrían dominado a poca costa; pero como no vinieron, seguí caminando lenta y trabajosamente, con frecuentes paradas para descansar.

Reponiéndome al fin de mi decaimiento, y perdiendo el temor a que me dieran alcance, mi pesadumbre revivió en toda su intensidad, y las ideas volvieron a enloquecer mi cerebro.

¡Ay, aquel ser vivaz, sin igual en su divina vivacidad, que tardara tanto en su gestación, no era ya más que una hoja seca, un puñado de polvo, perdido y olvidado para siempre! ¡Oh, implacable crueldad!

Pero era algo que sabía de antemano..., esta ley de la Naturaleza y de la necesidad, contra la cual es inútil rebelarse; a menudo esta reflexión me había penetrado de inefable melancolía; solamente ahora me parecía más cruel que todo cuanto fuera imaginable.

No podía llamar cruel a la Naturaleza, mero instrumento; no a la tajante espada que corta las carnes sangrantes, sino a la mano que la empuña..., lo desconocido invisible, ese algo, o alguien, que se manifiesta en las horribles acciones de la Naturaleza.

-¿Sabías tú, amada mía, al llegar tu fin, en aquel calor intolerable, en ese momento de angustia suprema, que *El* no oye a nadie, que es tan indiferente como las estrellas, y por eso no lo llamaste? Tu llama-

do se dirigió a mí; pero tu pobre y débil compañero mortal no estaba allí para salvarte, o en caso de no ser esto posible, para arrojarse él mismo a las llamas y perecer contigo, maldiciendo a Dios.

Enloquecido por el dolor, me expresaba en voz alta de esa manera; solo en la soledad, fugitivo y sangrando en medio de la negra noche, levanté la mirada a las estrellas y blasfemé del Autor de mi ser, y le apostrofé que me privara de su aborrecido don de la vida.

Y, sin embargo, de acuerdo con mi filosofía, ¡qué vano era todo esto! Todo mi resentimiento, mi odio y mis sarcasmos eran tan inútiles, tan vanos e ineficaces como las súplicas del humilde devoto, y no significaban más que el susurro de una hoja o el rumor de las alas de un insecto. Ya fuese que expresara mi amor al ser que preside sobre todas las cosas, tal como lo hiciera cuando le di las gracias postrado de rodillas por haberme guiado hasta donde oí la misteriosa melodía, o que, igual que ahora, lo aborreciera y desafiara todo provenía de El: amor y odio, bien y mal.

Pero sé perfectamente -lo sabía entonces- que mi filosofía fallaba por un lado, que no contenía toda la verdad; que aunque mis imprecaciones no lo tocaran a El ni llegaran hasta El, tendrían que causarme daño a mí; y al igual que un preso enloquecido por la injusticia de su suerte se da de cabezadas contra las paredes de piedra de su celda, y cae al fin magullado y sangrando al suelo, de la misma manera yo maltrataba a sabiendas mi propia alma, reconociendo que esas heridas que yo mismo me causaba, no habían de cicatrizar.

No diré nada más de lo que me ocurrió aquella noche, uno de los períodos más negros de mi vida, y sólo tocaré a la ligera otros acontecimientos que siguieron.

Cuando amaneció el día, me encontraba a una distancia de muchas millas del sitio de mi duelo con Kuakó, en una región accidentada de lomas que alternaban con llanos y bosques. Me sentía muy agotado con mi larga caminata, y estaba convencido de que, a menos de conseguir alimento dentro de pocas horas, mi situación sería real-

mente desesperada. A costa de muchos esfuerzos logré trepar hasta la cumbre de un cerro, de unos cien metros de altura, a fin de abarcar la comarca de una ojeada, y descubrí que éste era uno de cinco lomajes gemelos, y de esto deduje que sería uno de los Cinco Cerros de Uri-tay, y que me hallaba en la vecindad de la aldea donde vivía Managa. Una vez abajo me encaminé en dirección al cerro vecino, que era más alto, y antes de llegar al pie me encontré con un estero que corría por el fondo de un estrecho valle que separaba los cerros, y siguiendo la orilla con intención de descubrir el vado, llegué a la vista del poblado que venía buscando. A medida que me acercaba iba viendo que la gente se movía rápidamente de un lado a otro, y al llegar a mi destino vi a siete u ocho hombres que se hallaban parados frente a las viviendas, algunos empuñando sus lanzas, con las mujeres y los niños detrás de ellos, todos observando con curiosidad al forastero. Acercándome algo más grité con las pocas fuerzas que me quedaban que venía en busca de Managa, al oír lo cual un hombre de pelo encanecido se adelantó lanza en mano y me dijo que él era Managa, y me pidió que dijera para qué lo buscaba. Le conté parte de mi historia, lo suficiente para demostrar que tenía una enemistad a muerte con Runi, y que venía huyendo de él después de matarle a uno de sus mocetones.

Me condujeron a una de las casas y se me dio de comer; examinaron mi herida y la curaron, y luego me dejaron que me acostara y durmiera, en tanto que Managa con media docena de sus hombres salía apresuradamente a visitar el sitio de mi pelea con Kuakó, no solamente para comprobar la verdad de mi historia, sino también con la expectativa de encontrarse con Runi. No volví a verle hasta la mañana siguiente, y entonces me dijo que había descubierto el lugar donde fui alcanzado, y que el cadáver había sido recogido antes y llevado a Parahuari. Managa les había seguido la huella por cierta distancia, y volvía convencido de que Runi había hecho este camino sin otras miras que espiar sus movimientos.

Mi llegada y las nuevas que traía conmigo pusieron la aldea en profunda conmoción; estaba a la vista que desde ese instante Managa vivía en constante aprensión de un ataque sorpresivo de parte de su antiguo rival. Esto era para mí una gran satisfacción; mi plan era mantener sus sentimientos bien vivos, y más que esto, insinuar a menudo la sospecha de las intenciones sanguinarias de su enemigo, hasta que lo llevó a una especie de frenesí mixto de miedo y rabia. Y como era de una naturaleza desconfiada y violenta, un día Managa se volvió contra mí, dándome por causante de su miserable condición, y con la sospecha de que posiblemente sólo quería hacerlo un instrumento de mi venganza. Pero como me hallaba entonces en un estado de audacia desesperado, e indiferente a todo peligro, no hice más que reírme de sus desahogos, declarándole con altanería que no le tenía miedo; que Runi, su enemigo mortal y también mío, me temía a mí y no a él; que Runi sabía perfectamente bien donde había buscado refugio, y no se atrevía a realizar su proyectado ataque mientras yo permaneciera con ellos, sino que aguardaría mi partida.

-Mátame, Managa -le grité, golpeándome el pecho y poniéndome por delante-. Mátame, y el resultado será que él vendrá al primer descuido y te matará a ti y a toda tu gente, tal como tiene pensado hacerlo más pronto o más tarde.

Al oír estas palabras, me miró, con ojos taladrantes por un momento y sin decir palabra, y en seguida, tiró a un lado la lanza que había tomado en un raptó de rabia, y salió muy tieso en dirección al bosque. No tardó en volver a ocupar su sitio acostumbrado, cavilando en mis amenazas, y con un semblante más sombrío que la noche.

Es harto penoso para mí el recordar aquel negro período de mi vida..., aquella época de demencia moral. Pero como no quiero ser un hipócrita, consciente o inconsciente, ni engañarme yo mismo con esa excusa de aberración mental, diré que mi cerebro estaba entonces bien despejado; tanto el pasado como el presente se presentaban claramente a mi examen, y el futuro más claro aún. Podía medir el al-

cance de mis actos y reflexionar sobre sus consecuencias, y mi conciencia de lo bueno y lo malo, y la responsabilidad individual, era más precisa que en cualquiera otra época de mi vida. ¿Podría siquiera alegar que estaba cegado por la pasión? Empujado, tal vez, pero no cegado. Ni reacción ni sometimiento habían seguido a mi primera furiosa rebelión contra el ser desconocido, personal o no, que se halla a espaldas de la Naturaleza, y en cuya existencia creía. Yo continuaba siendo un rebelde: me proponía seguir aborreciéndole, y demostrarle mi odio imitando sus acciones, tales como aparecían reflejadas en el espejo de la Naturaleza. ¿Verdad que yo había recibido de El dones preciosos..., la conciencia del Bien y del Mal, y sentimientos humanitarios? Iba a aplastar sin compasión esa hermosa y sagrada flor que había cultivado en mi espíritu; su belleza, su fragancia y su gracia perecerían para siempre; no habría cosa alguna dañina y contraria a mi naturaleza que yo dejara por cometer, jactándome de mi culpa. Esto no sólo lo sentí por algunos días: permanecí por cerca de dos meses en la aldea de Managa, sin arrepentirme jamás ni desistir en mi esfuerzo para inducir a los indios a acompañarme en aquella bárbara aventura en que había puesto todos mis anhelos.

Al fin lo conseguí: hubiese sido extraño que fracasara. No hay para qué estampar los horribles pormenores del caso. Managa no esperó a su enemigo, sino que cayó sobre él por sorpresa, una hora después de anochecido, y en su propia aldea. Si había estado realmente fuera de mi razón durante aquellos dos meses; si había estado privado de la luz del conocimiento, y alguna fuerza demoníaca me empujaba, esa penumbra de demencia se desvaneció, y sus amarras se cortaron en un instante apenas la infernal tarea estuvo terminado. Fue la vista de una anciana que había quedado tendida donde mismo fue alcanzada, con el fulgor del incendio reflejado en sus ojos vidriosos y desencajados, entre su pelo revuelto y manchado de sangre, lo que de pronto operó el milagro de volverme a la lucidez. Pues ya todos habían muerto, jóvenes y viejos, todos los que habían encendido la hoguera

en torno al árbol donde se había refugiado Rima; los mismos que habían bailado alrededor de la hoguera, gritando: ¡Quémate, quémate!

En el mismo instante en que mi mirada reparó en aquel cuerpo que yacía inmóvil, me quedé sin poder dar paso y temblando como una persona que siente su corazón traspasado por una herida, y que cree llegada de repente su última hora. Tras una pausa, me escabullí de la zona iluminada por el incendio para sumirme en la espesa oscuridad del contorno. Instintivamente tomé la dirección del bosque que quedaba del otro lado de la sabana..., mi bosque, nuevamente; y huí del ruido y la vista de las llamas, sin detenerme hasta no hallarme cubierto por la negra espesura de los árboles. No me atrevía a penetrar en la tiniebla del corazón del bosque: me detuve en el borde, para preguntarme qué hacía solo en mitad de la noche. Sentándome por allí, me cubrí la cara con las manos, como si quisiera ocultarla mejor de lo que podían hacerlo la noche y las tinieblas del bosque. ¿Qué cosa tan horrible..., qué calamidad que aterrorizaba mi alma de sólo pensarlo, había caído sobre mí? La reacción de los sentimientos, el indescriptible horror, el remordimiento, eran más de lo que se podía resistir. Me levanté de golpe con un alarido de angustia, y me habría matado en ese momento para librarme de mi tortura; pero la Naturaleza no es siempre absolutamente cruel, y en esta ocasión acudió en mi ayuda. Perdí el conocimiento, y no vine a revivir sino con la luz del nuevo día que apareció por el oriente; entonces me encontré tendido en el pasto mojado, mojado con la lluvia que había caído en la noche. Mi tormento físico era tan grande, que me impidió volver a pensar en las escenas vistas por mí la víspera. La naturaleza volvía a mostrarse piadosa en esto. Lo único que recordé fue que era menester esconderse, en caso de que los indios anduviesen todavía merodeando y se les ocurriera penetrar hasta aquí. Lenta y penosamente me interné en el bosque, y al fin me senté a descansar por horas seguidas, sin pensar apenas, y en una condición de semiinconsciencia. Al mediodía se despejó el cielo y el sol oreó el bosque. Yo no sentía hambre, sino

una vaga sensación de malestar físico, y con esto el temor de que, en caso de salir a campo raso, pudiera toparme cara a cara con algún ser humano. Este temor me impidió moverme de donde estaba hasta que llegaron las oraciones, y sólo entonces me aventuré a salir al borde del bosque para pasar allí la noche. No podría decir si logré dormir o no mientras duró la oscuridad: día y noche mi condición parecía igual. Todo lo que sentía era una pesada sensación de sufrimiento en que participaba igualmente el espíritu junto con la carne; una incapacidad de pensar con precisión, o por más de algunos momentos consecutivos acerca de cualquiera cosa. Escenas en que yo había participado acti-vamente, aparecían y pasaban de largo, igual que en un sueño cuando se desata la voluntad: ya era que estaba ejercitando mis diabólicas artes para convencer a Managa; ya me veía inmóvil en el bosque a la espera de la dulce, misteriosa melodía; luego clavando los ojos dilatados por el terror en la cara de Claclá, con su mirada vidriosa y desencajada, y su pelo blanco embadurnado de sangre; por último, me veía de pronto en la caverna de Riolama, aguardando con amoroso cuidado la vuelta a la vida y al color de la salud en el rostro rígido de Rima.

Al llegar la mañana me sentía tan débil que el vago temor de desmayarme y morir de hambre me animó por fin a salir a buscar alimento. Mis movimientos eran tardos y mis ojos no veían bien claro; pero sabía tan bien donde encontrar algo comestible -raíces tiernas, tallos y bayas o resinas de plantas-, que habría sido muy raro que no pudiese apaciguar mi hambre en un bosque tan rico en vegetación. No fue mucho lo que encontré, pero era lo suficiente para pasar el día. Nuevamente la Naturaleza fue piadosa para mí, pues mi afanosa rebusca de un alimento que pudiera estar escondido entre el follaje, no me dejaba tiempo para pensar; cada bocado que encontraba, traía un placer momentáneo, y a medida que prolongaba mi inspección, mi paso se hacía más firme, desaparecía lo nublado de la vista, me olvidaba más de mis preocupaciones, y era como un animal salvaje que

no piensa ni siente más allá de sus necesidades inmediatas. Sintién-dome fatigado hacia el fin de la jornada, me eché a dormir tan pronto como la oscuridad me impidió seguir buscando, y ya no desperté sino con la luz del nuevo día.

El hambre me volvió con gran premura. Los pídidos de una pareja de pajarillos que pasaban y repasaban en torno mío, o se detenían en una rama, con las alas y el pico abiertos, sirvieron para recordarme que Rima me había enseñado a descubrir sus nidos. Ella los buscaba nada más que para recrear sus ojos en su presencia; pero para mí serían alimento, y su sustancia dentro de la cáscara pulida como una gema o con puntitos oscuros en su superficie, me serviría para conservar la existencia. Estuve todo el día buscando nidos, siguiendo el rastro de cada grito de pájaro y atisbando el movimiento de cualquiera criatura alada, y así pude encontrar, junto con bayas y frutas, alrededor de una veintena de nidos con su provisión de huevos, en su mayoría pequeños, y aunque el trabajo era considerable y muchos los rasguños, quedé contento del resultado.

Días más tarde encontré una cantidad de goma de Haima, y me puse afanosamente a recogerla del árbol, no porque pudiera aprovecharla; pero tenía tan vivo el recuerdo de las brillantes llamaradas en que arde, que recogí maquinalmente hasta el último grumo. La posesión de esta resina me produjo, al llegar la noche, un intenso deseo de ver luz artificial y sentarme junto a un buen fuego. Nunca me había costado tanto acostumbrarme a la oscuridad. Envidiaba a las luciérnagas su fulgor natural, y corrí de un lado a otro en la penumbra para capturar algunas y retenerlas en el hueco de las manos, a fin de gozar de sus fríos e intermitentes destellos. Al día siguiente perdí dos o tres horas procurando hacer fuego por el método primitivo de res-tregar un palo seco contra otro; pero no tuve resultado y perdía mucho tiempo, aumentando con tal motivo mi sufrimiento a causa del hambre. Y, sin embargo, el fuego estaba en todas partes, y me bastaba golpear la madera dura con mi cuchillo para que salieran chispas.

¡Cómo pudiera apoderarme de esas maravillosas chispas promisorias de calor y de luz! Hasta que, de pronto, como si se me hubiera presentado una nueva y prodigiosa revelación, se me ocurrió que con la hoja de acero de mi cuchillo y un trozo de pedernal se podría obtener fuego. Al punto me puse a juntar yesca con ayuda de musgo seco, madera apolillada y algodón silvestre; y en corto tiempo obtuve el ansiado fuego y amontoné sobre él leña seca y verde para alimentarlo. Lo cuidé con esmero y pasé la noche junto a él, y me sirvió, además, para asar algunas macizas larvas blancas que había descubierto dentro del tronco carcomido de un árbol. La apariencia de esas larvas me había parecido antes repelente; pero ahora las encontraba muy agradables al paladar, y que satisfacían mi hambre, y esto era todo lo que por ahora le pedía a mis alimentos silvestres.

Pasó mucho tiempo sin que me atreviera a vencer el vago sentimiento que me alejaba de la vivienda de Nuflo. Pero al fin me decidí a ir por esos lados, y lo primero que hice fue ponerme a merodear por el sitio fatal, observando con cuidado entre la maleza, como si temiera ser mordido por una serpiente. A la larga descubrí, a cierta distancia de los escombros de la cabaña, un esqueleto humano, en que reconocí a Nuflo. En vida había sido él un gran cazador de armadillos, y estos curiosos devoradores de carroñas habían tomado su desquite, comiéndose su cadáver tan pronto como lo encontraron en el bosque..., asesinado por los salvajes.

Una vez vuelto a este sitio poblado de recuerdos, ya no pude alejarme de él. Mientras durara mi vida en la soledad, no saldría ya de aquí, y al avecindarme en este sitio, no podía dejar el esqueleto sin darle sepultura. Con algún trabajo hice un hoyo en el suelo, teniendo cuidado de no estropear una enredadera de anchas hojas que había comenzado a crecer allí, y una vez que hube rellenado el hoyo, extendí las largas guías de la planta sobre el montecillo.

-Duerme en paz, viejo -dije al terminar mi tarea; y esas palabras, que no envolvían ni censura ni elogio, fueron todo el servicio fúnebre que Nuflo obtuvo de mí.

En seguida fui al lugar donde había ayudado a Nuflo a esconder sus provisiones antes de salir para Riolama, y tuve la satisfacción de ver que no habían sido descubiertas por los indios. Junto con su reserva de hojas de tabaco, maíz, zapallo, pan de casaba y los utensilios de cocina, encontré entre otras cosas un machete, un gran hallazgo, ya que con él podría cortar palmeras y bambúes para hacer una choza.

La posesión de una reserva de alimentos me dejó tiempo para muchas cosas: en primer lugar, me dejó libres mis horas para planear mejoras; que ya más tarde habría tiempo de ir añadiendo lujos, una vez satisfechas las necesidades primarias, tal como había ocurrido siempre en el mundo: luego vendría una vida sana y provechosa de reflexión y acción combinadas, y por último una tranquila y contemplativa vejez.

Limpié el suelo de cenizas y escombros, y demarqué el sitio preciso en que se hallaba el departamento de Rima, a fin de construir allí mismo mi habitación, la que me proponía hacer de reducidas proporciones. En cinco días estuvo terminada; y luego me puse a hacer fuego y me tendí en mi lecho de musgos y hojas secas con un sentimiento que tenía algo de triunfal. Que caiga ahora la lluvia a torrentes, apagando la luz de las luciérnagas; que el viento y el trueno rujan con todas sus fuerzas, y el rayo abraza la tierra con su intolerable resplandor, aterrorizando a los pobres monos en sus húmedas viviendas de follaje, que a mí me importará bien poco en mi lecho bien abrigado, bajo un techo enjuto de hojas de palmera, con una soberbia fogata que me haga compañía y me proteja contra mi antiguo enemigo, la oscuridad.

Mi primer sueño bajo techo me dejó muy descansado, aparte de que ya no me vería espoleado por el hambre a salir a buscar alimento

entre la humedad del bosque. Había llegado el anhelado día en que podría descansar de mis faenas y darme tiempo para pensar. Reposaba en el mismo sitio donde ella noche a noche estrechaba entre sus brazos a la visión de su madre, susurrándole las palabras más tiernas en su oído *ilusorio*, y yo también apretaba entre mis brazos a una Rima inmaterial... ¡Qué otras me parecían ahora las noches en que había vagado sin techo, antes de volver a descubrir el fuego! ¿Cómo había podido soportarlo? Esa extraña atmósfera sombría del bosque por las noches, cuando se llenaba de innumerables formas extrañas; todo quieto y oscuro, y sin embargo, con algo que se movía entre las tinieblas, igualmente vago, oscuro y extraño, tal vez una lechuga, o un murciélago, o una gran mariposa, o un chotacabras. No me quedaba entonces otra cosa que hacer que poner oído a los ruidos nocturnos del bosque, y los había tan numerosos como los del día, y por cada ruido diurno, por cada chillido y cada murmullo, había su equivalente en la noche, pero siempre con algo misterioso e irreal, propio de la noche. Eran sonidos fantasmales emitidos por los espectros de animales difuntos; eran cien ruidos diferentes, pero cada uno con su significación especial, que yo trataba vanamente de descubrir..., ¡algo que podría ser interpretado solamente por cierta facultad dormida en nosotros, dormida a medias, y ahora, ahora mismo a punto de despertarse!

Ya la sombra y el misterio quedaban excluidos de mi vivienda; tenía lo que representaba para mí el placer, o, algo más que el placer. Era un melancólico deleite quedarse ahora despierto por horas sin desear ni el sueño ni el olvido, y rebelándome a la idea del amanecer que vendría a espantar y desvanecer mi visión. ¡Estar de nuevo al lado de Rima -mi perdida Rima ya recobrada-, mía, mía al fin! Ya no se interpondría la fastidiosa duda: "Tú eres tú y yo soy yo... ¿por qué es eso?" La pregunta que se presentaba cuando nuestras almas se acercaban una a la otra, como dos gotas de lluvia que se aproximaban irresistiblemente cada vez más: pues ya se tocaban y no eran sino una

e inseparable gota, cristalizada sin la posibilidad de un cambio, para no separarse ya con el tiempo, ni deshacerse bajo el golpe de la muerte, ni desvanecerse bajo la acción de alquimia alguna.

Tenía otra compañía además de mi infaltable compañera y del vivo resplandor danzante del hogar que me hablaba con sus fantásticas lenguas de fuego. Tenía por costumbre cerrar bien la puerta antes de acostarme. Acaso el pesar me había debilitado y enfriado la sangre pues sufría menos con el calor que con el frío, por esa época, y me gustaba sentir el aliento del fuego durante toda la noche. Quería también librarme de esos insectos nocturnos que vuelan o corretean por las habitaciones. Pero resultaba imposible excluirlos por completo: por una docena de rendijas invisibles se colaban adentro, y otros se introducían de día y se ocultaban en cualquier rincón en espera de la noche. Una monstruosa araña peluda halló asilo en un hueco del techo, y se pasaba allí día a día sin moverse, de claro en claro; pero apenas llegaba la noche desaparecía... ¡quién sabe en qué correrías sanguinarias! Su color era de un amarillo oscuro de hoja seca, con unas franjas leonadas que imitaban el color de los gatos monteses, y era tan corpulenta, que con sus largas patas peludas que irradiaban del disco de su torso aplastado, podría haber cubierto la mano de una persona adulta. Era fácil verla de día reposando en su rincón; pero nunca de noche. Su presencia me turbaba; pero, pensando en Rima, había resuelto no molestar a ninguna criatura viviente, a no ser para satisfacer mi hambre. Se me había ocurrido hacerle algún daño solamente -arrancarle una pata, lo que no le haría mucha falta, pues tenía tantas-, con el fin de obligarla a huir de un sitio tan poco hospitalario y no volver más. Pero me faltó el valor para hacerlo. Temí que pudiera volver una noche con gran sigilo y hundirme sus largas y retorcidas pinzas en la garganta, emponzoñando mi sangre con fiebre delirante y horrible muerte. La dejé, pues, donde estaba, y me limité a echarle furtivas miradas, con el temor de que hubiese adivinado mis intenciones. Nuestra convivencia continuó, pues, tan fría como antes.

Más amistosas -pero siempre desagradables- parecían las innumerables criaturas que corrían por el suelo y las paredes de mi vivienda: grillos, cucarachas y otras. Su aspecto era elegante, bruñido y de tonos oscuros, y las veía ir de un lado a otro como ligeros carruajecitos sin caballos que se movieran a voluntad. A veces se paraban frente a mí, clavándome sus ojos inmóviles, al parecer viéndome o adivinando mi presencia en tanto que sus flexibles antenas se movían arriba y abajo como delicados instrumentos que sondeasen el aire. Los ciempiés y los milpiés venían también por docenas, y no eran más bienvenidos. No era que le temiese a su veneno, pero eran desagradables de ver, ya que me hacían pensar en algo que no estuviera viviente, sino que remedara las vértebras de culebras y anguilas y peces de alargado y enjuto cuerpo, peces de piel resbalosa, muertos y ya disecados, que la Naturaleza pusiera en movimiento gracias a algún impulso maquinal. Pronto mis manos se hicieron expertas en tomarlos del suelo con un par de tallos de plantas, y los arrojaba a la noche que rondaba afuera.

Una noche, una mariposa entró volando y se vino a parar en mi mano, en circunstancias que me hallaba junto al fuego, causándome tal emoción que se me suspendió el aliento. Me quedé contemplándola sin respirar por unos instantes. Sus alas delanteras eran de un gris pálido, ribeteadas con signos más claros y más oscuros, que parecían una escritura misteriosa y crepuscular; pero las redondas alas inferiores eran de un claro tono amarillo de ámbar, entrecruzado como una hoja por venas rojas y purpúreas: algo de una belleza tan perfecta y pura, que a su vista experimenté un estremecimiento de placer. Pronto levantó el vuelo, dio unas vueltas por la habitación y fue a detenerse en el techo, por encima del fuego. Pensé que el calor iba a obligarla a alejarse pronto de ese sitio, y fui a abrir la puerta con el fin de que pudiera volverse a su elemento en la fresca atmósfera del bosque. Y parado junto a la puerta abierta, le dirigí las siguientes palabras:

-Oh, vagabunda de la noche, la de las pálidas hermosas alas, huye de aquí y si llegas por fortuna a encontrarte con ella en las profundidades sombrías del bosque, cuando ande visitando de nuevo su antiguo refugio, sé mi mensajera...

Eso llevaba dicho, cuando la frágil mariposita se soltó de la viga para caer derecho al fuego. De un salto me puse en pie, lanzando un alarido y con los ojos clavados en el fuego, mientras me temblaba todo el cuerpo. Así también había caído Rima -precipitada de una grande altura-, tragada por las llamas que al instante consumieron su hermoso cuerpo y su luminoso espíritu. ¡Oh, Naturaleza cruel!

Un insecto que perecía en el fuego, cualquier sonido vago, los sueños de una noche, la apariencia de una sombra que se movía como una niebla en lo más sombrío del bosque, evocaban de pronto un vívido recuerdo, la vieja angustia, que venía a romper la calma del momento. Era, pues, una calma tras la tempestad. Así y todo, mi salud se echaba a perder. Comía y dormía poco, y me puse flaco y débil. Cada vez que me miraba en el sombrío pozo del bosque, allí donde Rima no volvería a encontrar su imagen mucho más real que en el espejo de los ojos de su amante, yo veía a un hombre flaco y astroso, con una gran mata de pelo negro que caía hasta los hombros; los huesos de la cara se notaban por debajo de la piel reseca y ama-rillenta, y los ojos despedían un brillo que semejava a la locura.

La vista de esta imagen tenía un efecto perturbador en mi ánimo. Una voz enconada venía a murmurarme al oído: "Sí, te estás volviendo loco. Dentro de poco saldrás disparado por el bosque, aullando, y no te detendrás hasta caer muerto; y nadie vendrá jamás a recoger tus huesos. El viejo Nuflo fue en esto más afortunado que tú".

-¡Esa voz miente! -replicaba yo, rabioso de pronto-. Mis facultades no estuvieron jamás tan despiertas como ahora. Fruta que madura, yo la encuentro. Si un pajarito pasa como una flecha frente a mí llevando un fruto o una pluma en el pico, yo reparo en él y sigo su vuelo, y ha de ser un pájaro muy afortunado para que yo no descubra

su nido al fin. Un salvaje, nacido en la selva, ¿podría hacer más? ¡El moriría de hambre donde yo hallo alimento!

-Ah, eso no tiene nada de milagroso -decía la voz. El forastero que viene de los países fríos sufre menos con el calor, en lo peor del verano, que el indio que no conoce otro clima que éste- ¡Pero repara en las consecuencias! El extranjero se muere, mientras que el indio, sudado y jadeando, le sobrevive. Por la misma razón, el salvaje de pensamiento obtuso, al quedarse sin comunicación con el mundo, conserva sus facultades hasta lo último, en tanto que tu cerebro más afinado causará tu ruina.

Corté un manojo de púas de un árbol, púas romas y largas que parecían barbas de ballena, y las clavé en un madero en el que había hecho con fuego una línea de agujeros, y con esto tuve un peine, que me sirvió para alisarme los cabellos y mejorar de aspecto.

-No es el enmarañamiento de tus cabellos -insistía la voz-, sino tus ojos, tan avispados y extraños en su expresión, lo que demuestra tu locura. Alísate el cabello como quieras, y cíñete una guirnalda de esas flores escarlata en forma de estrellas que cuelgan del matorral que tienes a tu espalda -corónate como lo hiciste con la vieja Claclá-, pero tu facha de loco no se te despintará por eso.

Y como no se me ocurriera nada que replicar, la rabia y la desesperación me impulsaron a hacer algo que parecía confirmar la profecía de la odiada voz. Tomando una piedra, la lancé al interior del pozo para romper la imagen que se veía reflejada en el fondo del agua, como si no hubiese sido una refracción exacta de mí mismo, sino una caricatura hábilmente ejecutada con arcilla esmaltada y cualquiera otro material semejante y puesta allí por algún enemigo para mofarse de mí.

CAPITULO XXI

HABÍAN pasado muchos días desde que construyera mi choza -no podría decir cuántos, ya que no llevaba la cuenta ni tajando un palo ni haciendo nudos en una cuerda- y sin embargo, hasta ahora no había encontrado en mis andanzas por el bosque las huellas del incendio en que pereció Rima. Tampoco había hecho nada por dar con ella. Por el contrario, mi deseo era no verla nunca, y el temor de tropezar con ella por casualidad me hacía ceñirme a los senderos familiares. Pero algún tiempo más tarde, una noche, cuando meditaba en el terrible fin de Rima, se me ocurrió de pronto que aquel odiado salvaje cuya sangre había yo derramado en la blanca sabana, acaso no hacía más que engañarme cuando me contó la patética historia de su muerte. Si ello fuese así, si el salvaje hubiese tenido pronta una relación ficticia de su fin para satisfacer mi pregunta, querría decir que Rima acaso viviera ahora mismo: extraviada, quizás, vagando por algún lugar distante, expuesta día y noche a los peligros, e incapaz de encontrar el camino, ¡pero todavía viva!, ¡viva!, con el corazón encendido por la esperanza de reunirse conmigo, marchando paso a paso por entre la maleza de selvas gigantescas; descubriendo de lejos los poblados indios y es-condiéndose a los ojos de todos los hombres, en la forma insuperable en que ella sabía hacerlo; estudiando el aspecto de montañas distantes por ver si reconocía algún rasgo familiar, y de esta manera encontrar de nuevo el camino hacia el bosque en que vivió. Y hasta era posible que ahora mismo, mientras yo reposaba junto al fuego en este vano devaneo, ella estuviera vagando por el bosque...

en la vecindad de mi vivienda; pero tras tan larga ausencia, llena de temores y a la espera de lo que pudiera mostrarle la luz de la mañana.

Me levanté rápidamente y aticé el fuego con manos temblorosas, y luego abrí bien la puerta para que el alegre resplandor alcanzara hasta el bosque. Pero Rima había hecho más; había penetrado en el bosque en medio de una terrible tempestad, me había encontrado y conducido a casa. ¡Cómo podía yo hacer menos! Rápidamente me interné en lo más sombrío del bosque. ¡Ciertamente debía ser algo más que una esperanza lo que hacía palpar tan locamente mi corazón! ¿Cómo podía invadirme una sensación tan repentina, tan irresistible en su vigor, a menos que ella estuviera viva y muy próxima? ¿Será posible, será posible que volvamos a reunirnos? ¡Mirarme de nuevo en tus divinos ojos... estrecharte al fin entre mis brazos! Yo tan cambiado... tan diferente... Pero el mismo amor está intacto; y nada sabrás de todo lo que ha ocurrido en tu ausencia... ni una palabra; todo será dado al olvido: sufrimientos, delirio, crimen, remordimiento. Nada te molestará ya... ni Nuflo, que te hacía rabiarse diariamente, pues ya ha muerto... asesinado (sólo que no te lo diré) y ya sepultados decentemente por mí sus viejos huesos pecadores. Solos los dos en el bosque -¡nuestro bosque desde ahora!-. Los dulces tiempos pasados volverán a repetirse, porque sé bien que tú no querrás otra cosa, ni yo tampoco.

De esta manera hablaba conmigo mismo, loco con la idea de la alegría que me aguardaba para dentro de poco; y a ratos me detenía y hacía reverberar los ecos en el bosque con mi llamado: ¡Rima, Rima! Llamé una y otra vez, y esperaba una respuesta; pero oía solamente los ruidos familiares... las voces de los pájaros y de los insectos, el tintineo de las ramas trepadoras, con algún sordo murmullo en las copas de los árboles al ser movidas por alguna ligera brisa que no alcanzaba a sentirse abajo. Me hallaba empapado de rocío, rasguñado y sangrando a causa de las caídas en la oscuridad, o del efecto de rocas, espinas y ramas, pero nada había sentido. Poco a poco mi agitación

fue pasando; estaba ronco de tanto gritar y a punto de caer desvanecido de fatiga, y todas mis esperanzas ya muertas. Por último volví a mi choza a tenderme en mi lecho de pasto seco y hundirme en un pasado, miserable y angustiado sopor.

Pero a la mañana siguiente no dejé de salir de nuevo, con la resolución de buscar por todo el bosque, ya que si no hallaba huellas de la gran fogata de que hablaba Kuakó sería posible creer todavía en la existencia de Rima. Busqué el día entero y nada encontré; pero la extensión era considerable, y tomaría varios días recorrerla toda.

Al tercero, di con el sitio fatal, y comprendí que ya nunca jamás volvería a ver a Rima en su forma carnal, que mi última esperanza había sido ciertamente vana. No había error posible; justamente me hallaba ante un claro del bosque tal como el indio me había descrito; con árboles gigantescos separados unos de otros, en tanto que uno de ellos aparecía consumido por el fuego y con el tronco ennegrecido, rodeado por un montón de leña quemada que abarcaría unos sesenta metros en circunferencia. Aquí y allá se veía asomar algún tallo tierno por entre las cenizas, las enredaderas omnipresentes comenzaban a tender sus verdes guirnaldas sobre los troncos carbonizados. Estuve largo rato mirando el vasto árbol funeral, cuyo tronco no tendría menos de cincuenta pies de circunferencia y que se levantaba derecho como el mástil de un navío hasta una altura de cien o ciento cincuenta pies por encima del suelo. ¡Qué tremenda caída, a través de ramas que ardían, a través del humo, igual que un pájaro blanco alcanzado por una flecha envenenada, que se precipitara recto y rápido dentro del mar de llamas de abajo!

Con qué crueldad la imaginación se complacía en convertir de nuevo el montón desolado de escombros, a pesar de las plúmulas del follaje y de los encajes de las enredaderas, en una hoguera de rugientes llamas... evocar nuevamente a los salvajes ya muertos, hombres, mujeres y niños -hasta los pequeños con que yo jugaba-, y ponerlos de nuevo a gritar en torno mío: *¡Quémate, quémate!* ¡Oh, no; este mal-

dito lugar no debía ser su sitio de final descanso! En caso que el fuego no la haya consumido enteramente -los huesos junto con su tierna forma carnal, convirtiéndola, igual que una mariposa, en la más impalpable ceniza blanca, mezclándola para siempre con la ceniza de ramas y hojas innumerables-, en tal caso lo que haya quedado debo llevarlo a otra parte para tenerlo siempre junto a mí y que sea mezclado al fin con mis cenizas.

Una vez resuelto a examinar y separar todo el montón, me puse inmediatamente a la obra. Si ella había trepado a la más alta rama central y caído derecho hasta el suelo, entonces se habría hundido en las llamas no lejos del tronco; y con esta reflexión me abrí un pasaje hasta las raíces, y al llegar la noche ya había removido todo lo que había alrededor del árbol hasta unos cuatro metros distantes, sin encontrar nada. Al día siguiente al mediodía descubrí el esqueleto, o por lo menos los huesos principales, que estaban tan quebradizos por la acción del fuego a que habían estado sometidos, que se rompieron en pedazos al tocarlos mis manos. Pero yo procedía con cuidado, ¡con cuánto cuidado!, a salvar las sagradas reliquias, ¡todo lo que ahora quedaba de Rima!... besando cada fragmento al levantarlo del suelo y juntándolos en mi viejo capote deshilachado a medida que los recogía. Y una vez que los hube recogido todos, hasta los huesos más pequeños, me llevé el tesoro a mi casa.

Otra tormenta había sacudido mi alma, y había sido seguida por otro período de calma, que daba muestras de ser más completo y prometía durar más que el anterior. Pero no era una calma pasiva, de letargo: mi cerebro estaba más activo que nunca, y algún tiempo más tarde descubrí una tarea en qué ocuparme, una tarea de tal carácter que me distinguiría de todos los demás ermitaños del bosque, fugitivos de la sociedad, en aquella región salvaje. Los huesos calcinados que yo recogí, los conservaba en uno de los tiestos de greda de forma grosera y medio desgastados por el uso, en que Nuflo guardara sus provisiones. Tenía el color de la ceniza de leña; y después de re-

nunciar a la búsqueda del sitio donde Nuflo había descubierto el material de que lo hizo -pues tenía la idea de hacer moldear yo mismo una urna funeraria con esa fina arcilla- me puse a adornar su cara exterior.

Cada día dedicaba algunas horas a esta faena artística, y cuando hube cubierto sus caras con una decoración de ramas espinudas y las guías y hojas encrespadas de una enredadera, con botones y flores colgantes, me puse a colorearla. Empleé solamente los tonos negro y morado, exprimiéndolos de los frutos de algunas plantas, y si algún color o matiz no me dejaba satisfecho, lo borraba para trazarlo de nuevo, y esto se repetía tan a menudo, que nunca llegué a completar mi obra. Pude haber hecho como los escultores antiguos, y con orgullosa modestia haber puesto en mi obra la inscripción "Abel estaba haciendo esto". ¿Pues no era mi ideal tan bello como el suyo, y apenas una imperfecta copia lo mejor que alcanzaba al trazar mi mano... un rudo bosquejo? Había pintado una serpiente enlazada en torno a la porción inferior de la vasija, cubriéndola con un color mate y con manchas negras a lo largo del cuerpo, y si alguien hubiese examinado de cerca esas manchas, habría descubierto que saltándose una cada vez, representaban una letra rudamente trazada, y que separándolas en palabras, componían el siguiente verso castellano:

Sin voz y sin Dios y sin mí.

Unas palabras que algunos estimarán extravagantes y hasta locas en su rareza, y compuestas por un poeta antiguo y olvidado, o acaso el lema de algún caballero errante enfermo de amor, cuya pasión se deshizo en cenizas hace muchos siglos. No eran ni locas ni absurdas para mí, sin embargo; para quien vivía a solas en una vasta llanura pedregosa bajo un eterno crepúsculo, donde no había ruido ni movimiento, y donde todas las cosas, hasta los árboles, las plantas y la hierba estaban petrificados. Y en tal lugar había permanecido por

miles de años, rígido e inmóvil, con dedos agarrotados que se enlazaban sobre mis rodillas; y allí seguiría sentado, inmóvil e incommovible, por siglos y siglos, mi Yo perdido para siempre en un mundo donde *ella* no existía, y donde no existía Dios.

Los días pasaban, y para otras gentes se agrupaban en semanas y meses; para mí eran solamente días, no sábado, domingo, lunes, sino desprovistos de nombre. Eran tantos y en sucesión tan dilatada, que toda mi vida anterior, todos los años que había existido antes de este tiempo solitario, ahora parecían una pequeña isla a una distancia incommensurable, apenas discernible, en medio de aquella inmensidad sin nombre de días sin nombre.

Mi reserva de provisiones se había agotado hacía tanto tiempo, que tenía ya olvidado el sabor de *pulse*, maíz, zapallo, patatas y camotes. Como los salvajes habían destruido la huerta de Nuflo, sin dejar ni un tallo, ni una raíz, yo, al igual del hombre que cavila sobre su pena o el artista que no piensa más que en su arte, había sido imprevisor y me había devorado las semillas sin sembrar nada bajo tierra. No tenía más que frutos silvestres por alimento, y bien poco de esto, que debía buscar con muchos afanes y que me costaba muchos rasguños el recogerlo. Los pájaros chillaban al acercarme a sus nidos, las ramas me desollaban y las espinas me clavaban, y peores eran todavía los enjambres de insectos que me perseguían como avispas, aunque no más grandes que las moscas. Zumbaban detrás de mí y me clavaban su aguijón. Desde que una serpiente no había podido matarme, poco se me da por vuestra gotita de veneno ardiente, siempre que pueda apoderarme de las larvas y la miel. ¡Mi pan blanco y mis vinos finos! Tiempo atrás mi alma estaba hambrienta de ciencia; gozaba con los altos pensamientos expresados con finura; los buscaba afanosamente en los libros impresos; ¡y ahora solamente esta vil hambre corporal, y una guerra innoble con menudas bestezuelas!

Con los animales grandes me revelé como un mal cazador. Los pájaros y las bestias se burlaban de mis trampas, que me tomaban

tantas horas de vigilia para concebirlas y tantas horas del día para ejecutarlas. Cierta vez que vi un tropel de monos que iban saltando por las copas de los árboles, los seguí atentamente por mucho tiempo, imaginando la gran fiesta que me daría si uno de ellos llegara a caerse por un raro accidente y quedara a mi alcance. Pero lo imposible no ocurrió, y me quedé sin comer carne. ¿Qué carne llegó a mis manos, con excepción de algún polluelo en su nido, o un lagarto o rana trepadora que alcanzaba a distinguir, a pesar de su color verdoso, entre el follaje? La ranita cantarina pasaba a asarse en el rescoldo. ¿Por qué no? ¿Qué sacaba con vivir punteando su mandolín, cuando ya no existía ella para gozar de su música? En otra época yo había gustado manjares de otra especie, pero un estómago hambriento no es exigente. Encontré una culebra enroscada en mi camino en un claro del bosque, y armándome con un palo, la desperté de su siesta y la maté sin compasión. Rima no estaba allí para calmar mi rabia y proteger su vil existencia. Esta no era una de esas víboras de coral, de cuerpo alargado y con brillantes anillos semejantes a los de la avispa, sino que era gruesa, con escamas encendidas salpicadas de negro, y con una cabeza chata y feroz, de ojos fríos y duros como un bloque de hielo; lo suficientemente fríos para congelar la sangre de su víctima y mantenerla inmóvil como la imagen de una criatura de ojos desencajados, a la espera del ataque rápido e inevitable... ¡tan veloz al fin y tan tardío en llegar! "¡Oh, abominable cabeza chata, de ojos de fiera humana, tan fríos, voy a degollarte y tirarte lejos! Y así lo hice, por lo menos hasta donde me fue posible. Sin embargo, de camino a casa iba turbado por la idea de que en alguna parte, allá entre el barro donde había caído la cabeza, sus ojos de hielo desnudos de párpados seguían vueltos hacia mí, e irían siempre siguiéndome a través de las ramas y los millones de hojas entrelazadas, y no dejarían nunca de ir tras mí en todas mis andanzas por el bosque. ¿Y por qué extrañarse de ello? ¿No estábamos juntos los dos solos, en esta horrenda soledad, yo y la serpiente, condenados a arrastrarnos por el polvo y malditos

de Dios entre todas las criaturas? Esa serpiente no iba a mordirme, y yo -canibal traicionero- la había asesinado. Esa endiablada alucinación no se desvanecía y parecía asilarse en todos los pliegues de mi cerebro; la cabeza degollada seguía creciendo y creciendo, y con ella los ojos sin párpados, hasta alcanzar el tamaño de dos lunas llenas. "¡Asesino, asesino! -me gritaban-. Primero asesinaste a tu prójimo... Eso no fue un gran crimen, pero Dios, nuestro enemigo, lo había hecho a su imagen y te había maldecido; y nosotros dos estábamos solos aquí, tú y yo, ¡asesino!, tú y yo, ¡asesino!"

Traté de librarme de esa porfiada imaginación pensando en otras cosas y burlándome de aquello. "El cerebro debilitado y anémico, me dije, tiene ideas raras". Me puse a examinar el grueso y oscuro cuerpo de la culebra, y no pude menos que reparar en que su lívida, manchada y escamosa piel mostraba a la luz un lindo juego de colores prismáticos. Sintíendome tocado por la poesía, me dije: "Cuando el salvaje viento del oeste rompió el arco iris de las grises nubes viajeras, y lo desparramó sobre la tierra, un fragmento debió caer indudablemente sobre este reptil y darle su celestial colorido. Así es como la Naturaleza muestra su amor por todos sus hijos, dándole a cada uno belleza, poca o mucha; solamente a mí, su aborrecido hijastro, no me ha dado ni belleza ni gracia. Pero, aguarda, ¿no soy injusto con ella? Rima, la más hermosa criatura que haya existido, ¿no me dio su amor, no me dijo que era hermoso?"

-Ah, sí, eso fue hace mucho tiempo -volvió a decir la voz que se había mofado de mí junto al pozo, cuando peinaba mis revueltos cabellos-. Mucho tiempo atrás, cuando el alma que se trasparenta en tus ojos no era ese algo maldito en que se ha convertido ahora. *Ahora* Rima se asustaría al mirarlos, y huiría espantada al ver su salvaje expresión.

-Oh, enconada voz, ¿llegarás a hacerme perder el deseo que tengo de devorar este animalillo de la lengua partida y la piel manchada? Tú en el día y Rima por la noche... ¿qué haré?"

Las cosas habían llegado hasta el punto de que el fin de cada jornada no me traía el sueño, sino un soñar despierto. Noche a noche, veía desde mi lecho de pasto seco a Nuflo sentado en su postura habitual, doblado por la cintura, con sus grandes pies morenos, junto a las blancas cenizas... sentado allí, callado y mohíno y miserable. Sentía lástima de él, y le debía hospitalidad; pero me parecía intolerable que se hiciera siempre presente. Más valía cerrar los ojos, ya que entonces los brazos de Rima se anudarían a mi cuello, con sus cabellos sedientos y abullonados rozándome la cara, y su aliento fragante, mezclado con el mío. ¡Qué semblante más resplandeciente el suyo! Aun con los ojos bien cerrados podía verla vívidamente: su piel traslúcida dejando ver el rosa de su carne, y sus ojos húmedos, espirituales y apasionados, del color del vino tinto bajo las oscuras pestañas. Entonces abría los ojos... ¡y no había Rima alguna entre mis brazos! Pero un poco más allá de donde se sentara a cavilar el viejo Nuflo algunos minutos antes, Rima aparecía de pie, inmóvil y pálida e indeciblemente triste. ¿Por qué se aparecía desde la tiniebla exterior para permanecer allí hablándome, sin llegar jamás a dirigirme una mirada? "No lo creas, Abel; no, eso no era más que un fantasma de tu imaginación, ese *Lo que Fui* que tú recuerdas tan bien. ¿Pues habrás notado que cuando yo llego, ella desaparece y no es nada? Eso no... no me lo pidas. Sé que una vez me negué a mirarte a los ojos, y más tarde, en la caverna de Riolama te miré largamente y me sentí feliz..., ¡indeciblemente feliz! Pero ahora... oh, tú no sabes lo que pides; no sabes la tristeza que hay en los míos, que si una vez te mirara, te morirías de pena. Y tienes que vivir. Pero yo te esperaré paciente, y al fin estaremos juntos, y nos veremos libres de apariencia. Nada podrá separarnos. Solamente no desees que sea pronto: no pienses que la muerte va a aliviar tu dolor, y no la busques. ¿Privaciones? ¿Buenas obras? ¿Plegarias? Eso no se ve; eso no se oye; es menos que nada, y no hay intercesión posible. Yo no lo sabía entonces; pero tú lo sabías. Tu vida te pertenecía; no hay quien te salve ni quien te juzgue; paga

tus culpas... deshace lo que hiciste, que el Cielo no puede hacerlo... y el Cielo no dirá nada, ni yo tampoco. No puedes hacerlo, Abel, no podrás. Lo que hiciste, hecho está, y el castigo y la pena serán tuyos... tuyos y míos... tuyos y míos... tuyos y míos".

Ese también era un fantasma, una Rima del intelecto, una de las formas que tomaban los vapores cambiantes del remordimiento y de la locura; y todas sus dolorosas palabras eran tejidas con la substancia de mi cerebro. No estaba tan loco que no lo comprendiera así: sólo un fantasma, una ilusión: y sin embargo, más real que la realidad... tan real como mi crimen y tan vana como mi remordimiento y la muerte venidera. Era ciertamente Rima, quien volvía a decirme que yo que la amé había sido más cruel con ella que sus más crueles enemigos, ya que ellos no habían hecho más que quemar su cuerpo, mientras que yo había ensombrecido su alma... esta culpa que las sobrepasaba a todas, inmitigable, eterna.

¡Siquiera hubiese podido ir muriendo poco a poco, sin dolor, debilitado mi cuerpo y con los sentidos más embotados cada día, para hundirme por último en un sueño! Pero era inútil esperarlo. Siempre la fiebre en mi cerebro, las voces engañosas por el día y los fantasmas por la noche, hasta que al fin llegué al convencimiento de que, a menos de huir del bosque en corto tiempo, la muerte me vendría en alguna forma terrible. Pero era imposible para mí salir de Parahuari en la debilidad en que estaba, y sin tener provisiones para el viaje, visto que tendría que comenzar por evitar el paso por las aldeas donde los indios eran de la misma tribu de Runi, los cuales me reconocerían por el hombre blanco que había sido una vez su huésped y más tarde su implacable enemigo. Tendría que esperar, y pese a un cuerpo debilitado y a un cerebro enfermo, esforzarme por arrancar una escasa subsistencia a la naturaleza salvaje.

Un día encontré un árbol caído y añoso, que estaba sepultado bajo un espeso manto de enredaderas y helechos. La madera estaba casi enteramente podrida, como pude comprobarlo al hundir mi cuchillo

en el tronco hasta el mango. No había duda de que tendría adentro esos parásitos que se alimentan de madera, y que formaban una buena proporción de mi alimento diario. Al día siguiente volví allí con un machete y un manojo de cuñas para rajar el tronco, pero apenas comenzaba mi trabajo, cuando un animal, asustado por los golpes, salió de debajo del monte a unos cuantos pasos de mí. Era de cuerpo robusto, de cabeza redonda, con las piernas cortas y del tamaño de un gato grande. Le cubría un pelaje espeso, de un color entre castaño y verdoso. Todo el suelo se hallaba cubierto con guías que envolvían los helechos y matorrales, y entre este confuso entrevero el animal iba abriéndose camino con mucha actividad, pero sin avanzar gran cosa; y de pronto la idea prendió en mi cerebro que se trataba de un perezoso -un animal común, pero rara vez visto en el suelo y que no tenía ningún árbol cerca donde refugiarse. Fue tan grande el gusto que esto me produjo, que me quedé un momento como aturdido, sin poder casi respirar; pero me recobré luego y salí en su persecución, aturdiéndolo con un golpe de machete en su redonda cabeza.

-¡Pobre perezoso! -dije, parándome a contemplarlo-. ¡Pobre flojo-nazo! ¿Te encontró alguna vez Rima durmiendo pendiente de la rama de un árbol, abrazado como si estuvieses enamorado de él, y vino ella y con su manita te acarició la cabeza, esa cabeza de forma casi humana, rió juguetona al ver el asombro en tus ojos soñolientos, y te reprendió cariñosa por llevar las uñas tan largas y verte tan feo? Perezoso, tu muerte está vengada. ¡Oh, poder salir de este bosque... alejarse de este sitio sagrado, irse dondequiera que el matar no sea un crimen!

Luego se me ocurrió que ya estaba en posesión de la cantidad de alimento que necesitaría para alejarme del bosque. ¡Qué noble captura! Tan valiosa para mí como si una mula vagabunda me hubiese encontrado, y yo a ella. Ahora podría ser mi propia acémila, paciente y sufrida y resistente, con pies tan duros como la pezuña del

animal, y con un atado de provisiones a la espalda que me evitarían el depender del pasto amargo de la sabana tostada por el sol.

Una parte de la noche y la mañana siguiente pasé en la tarea de ahumar la carne ante una fogata de leña verde, y luego en fabricarme un saco para transportarla, pues tenía resuelto salir de viaje inmediatamente. Mucho me preocupó el cómo llevar con más seguridad los despojos de Rima. La vasija de greda en que había puesto tanta suma de trabajo y cariño, hube de dejarla atrás, ya que era demasiado grande y pesada para llevarla. Al fin puse los huesos en un saquito, y con el objeto de evitar sospechas en las gentes que encontrara en el camino, los cubrí con una capa de bulbos y raíces. Diría a quien quisiera saberlo, que éstos poseían propiedades medicinales, conocidas de los médicos blancos, a quienes iba a vendérselas a mi llegada a una población cristiana, y con ese dinero me compraría ropa para volver al mundo civilizado, para comenzar una nueva vida.

Al día siguiente iría a darle mi último adiós al bosque poblado de recuerdos. Y comenzaría mi viaje con dirección al oriente, cruzando una tierra virgen de montañas, ríos y selvas en que una docena de kilómetros representarían lo que ciento en Europa; pero una tierra habitada por tribus no hostiles al forastero. Y acaso lograra la buena fortuna de toparme con indios que fueran con la misma dirección y conocieran el camino más fácil, y de tarde en tarde no faltaría un viajero compasivo que me dejara compartir su rastra de cuero tirada por un caballo, de manera de andar muchas leguas sin fatigarse, hasta alcanzar la orilla de algún gran río que se dirija a la Guayana holandesa o a la inglesa; y siguiendo así adelante, siempre adelante, a lentas o rápidas jornadas, con poco que comer tal vez, con grandes trabajos y sufrimientos, bajo el sol y las lluvias, saldría al fin al Atlántico y a las tierras habitadas por cristianos.

Esa noche, una vez terminados mis preparativos, cené con los sobrantes del animal que no eran apropiados para conservarlos, asando trozos de tocinos en el rescoldo y poniendo en una sopa la cabeza y

los huesos; y una vez que me bebí el caldo, trituré los huesos y sorbí la médula, a semejanza de cualquier carnívoro hambreado.

Echando una mirada a los desperdicios esparcidos por el suelo, recordé una vez más al viejo Nuflo, y de cómo lo había pillado al descuido en su banquete de rancia carne de coatimundi en su secreto retiro. "Nuflo, mi buen vecino, dije, ¡qué tranquilo te hallas bajo tu colcha verde de enredaderas, ahora adornada con flores amarillas! ¡Bien sé que no es un sueño fingido, viejo mío! Si una sospecha de lo que está ocurriendo -esta fiesta carnívora en un sitio y un día sagrados-, pudiera llegar volando como una mariposilla hasta penetrar en tu cráneo vacío, ¡no tardarías en sacar afuera la nariz para olfatear una vez más el aroma del tocino asado!"

En ese momento sentía una propensión a reírme; no lo conseguí, pero me produjo una extraña emoción, como un impulso que no hubiese sentido desde la niñez... familiar, y sin embargo, nuevo. Después de dar las buenas noches a mi vecina -la araña peluda- me dejé caer en mi camastro y dormí pesadamente, como cualquier animal. Ni ensueños ni alucinaciones esa noche: los ojos blanquecinos, implacables, desnudos de párpados de la serpiente, se habían por fin deshecho en polvo; ningún repentino fulgor soñado iluminó la arrugada cara de Claclá y sus ensangrentados cabellos canosos; el viejo Nuflo se quedó bajo su verde colcha de vegetación; ni siquiera mi novia espiritual vino a oprimir mi corazón con la idea de la inmortalidad.

Pero al llegar la mañana me costó un amargo esfuerzo dejar el lecho y alejarme para siempre del sitio donde tan a menudo había conversado con Rima... la real y la fantasmal. El cielo estaba limpio y el bosque humedecido como por una lluvia reciente; era solamente un espeso rocío que hacía verse las montañas pálidas y blanquecinas en la luz matinal. Luego la claridad aumentó y una brisa ligera se levantó al cruzar el bosque; y la humedad que se evaporaba rápidamente era como una niebla entre los matorrales y el follaje; pero en las ra-

mas altas era como un vaho iridiscente... un halo glorioso por encima de los árboles. Volvía a extenderse por todas partes la eterna hermosura de la Naturaleza, tal como la había visto a menudo con alegría y adoración antes de que el dolor y las pasiones más terribles nublaran mis ojos. Y ahora al marcharme, mis ojos volvieron a percibir una visión borrosa tras las lágrimas que afluían a ellos.

CAPITULO XXII

ANTES de que aquella desesperada travesía en dirección a la costa estuviese a medio camino, caí enfermo... tan enfermo, que cualquiera que me hubiese visto pudo haber creído que estaba cerca del fin de mis andanzas. Eso era lo que yo temía. Permanecí días enteros sumido en el más profundo decaimiento del ánimo; y luego, en un momento afortunado, recordé cómo, después de ser mordido por la serpiente, y cuando la muerte parecía ya próxima e inevitable, me había lanzado desesperadamente en medio del bosque en busca de socorro, corriendo durante horas bajo la tormenta y en medio de la oscuridad, y al fin me había librado de la muerte, al parecer a causa de esa misma agitación. Tal recuerdo me sirvió para inspirarme un valor desesperado. Despidiéndome de los indios de la aldea donde había caído con fiebre, me lancé de nuevo a aventurar a ciegas. Ciertamente parecía una aventura sin esperanza para un individuo en mi estado. Las piernas me temblaban al andar, en tanto que el sol y la lluvia los sentía como una llama o como el hielo quemante en mi piel hiperestesiada.

Por muchos días seguidos mis sufrimientos fueron intolerables, a tal punto que echaba de menos al purgatorio del bosque, de donde había estado tan ansioso por escaparme. Cada vez que pretendo rehacer mi camino en el mapa, hay un espacio de él en que los nombres me parece haberlos oído mentar, como en un sueño intranquilo. Las impresiones de la Naturaleza que recibí durante este tiempo son la mayor parte borrosas, o tan desfiguradas por una perpetua ansiedad y entremezcladas con semidelirantes alucinaciones nocturnas, que no puedo dejar de pensar en esa región como en un infierno terrestre donde me tocó bregar como no ha bregado otro hombre, alternativa-

mente derritiéndome de calor y helándome de frío. Calor y frío, calor y frío, y nada de términos medios. Aguas cristalinas, espacios sombríos bajo su toldo de hojas anchas y húmedas, y noches impregnadas de rocío... todo eso me hacía tiritar, pero no me renovaba las fuerzas; una región en que no había nada tierno o agradable, donde hasta la palma de Ita, el dedal de oro y la airosa epiphyte que constela la penumbra del bosque con sus racimos colgantes, habían perdido toda su gracia y belleza, donde todo el colorido brillante de cielo y tierra era como la luz del sol que cegaba mi vista y quemaba mi cerebro. No hay duda de que los indios debieron prestarme ayuda, ya que de otra manera no veo cómo pude haber continuado viaje; y, sin embargo, en el borroso recuerdo que conservo me veo siempre acosado por salvajes hostiles. Los veo pasar como espectros a través de la oscura selva: me rodean y me cortan la retirada, hasta que consigo romper por el medio de ellos, escapándome de sus mismas manos, para salir corriendo por alguna ancha y desnuda sabana, sin dejar de oír sus penetrantes chillidos y sentir el ardor de sus flechas ponzoñosas en mis carnes.

Esto lo achacué a la obra del remordimiento en un cerebro trastornado, y a verdaderas nubes de insectos venenosos que no dejaban un momento de zumbar en mis oídos, clavándome sus agujas de fuego en la piel.

No solamente me veía perseguido por salvajes imaginarios y traspasado por flechas fantasmales, sino que los mitos de los indios habían adquirido a mis ojos una realidad tan convincente como cualquier objeto de la Naturaleza. Me perseguía ese ogro sobrehumano al que se le atribuye el señorío de la selva. Debía estar a la espera de mi presencia en los sitios más oscuros y silenciosos. Al oír mis pasos vacilantes se me atraviesa en el camino, lanzando alaridos más potentes que los del barbudo aguarato en lo alto de los árboles, y yo me quedo paralizado, con la sangre cuajada en las venas. Sus velludos, enormes brazos me rodean; siento su fétido aliento en mi cara, y lo veo dis-

puesto a arrancarme las entrañas con sus grandes colmillos para satisfacer su hambre. ¡Ah, no, él no puede hacerme daño! Porque hasta las más rabiosas bestias, las serpientes venenosas y la misma horrenda Curupita, medio bestia y medio demonio, que comparte con ellas la selva, amaban y adoraban a Rima, y esta preciosa carga que llevo conmigo, sus cenizas, será el talismán que me proteja. El monstruo se aleja de mí dando lamentosos gritos para ir a perderse en lo más espeso del bosque, al punto que el horror que siento se trueca en aflicción, y yo me pongo a llorar por la primera vez la muerte de Rima; el recuerdo de toda su mística, imponderable gracia, encanto y alegría, me oprime con tal fuerza el corazón, que me echo de cara al suelo y lloro lágrimas que son como gotas de sangre.

No podría decir dónde queda esa región del rudo y salvaje corazón de la Guayana donde existían obstáculos naturales y privaciones bastante terribles sin los monstruos imaginarios y las legiones de fantasmas con que yo la había poblado. Tampoco podría conjeturar cuanto me salí de mi curso hacia el norte o hacia el sur. Todo lo que sé es que atravesé pantanos que eran como las Marismas del Abatimiento, y desnudas, húmedas sabanas, y selvas que parecían de una extensión infinita y que nunca terminaría de cruzar, y multitud de ríos cuya corriente hervía en torno a las filudas rocas en que amenazaba naufragar la frágil canoa de corteza... ríos de aguas negras, como los del infierno; y, montañas sin número y sin nombre que había que contornear o atravesar. Es posible que divisara a Riolama en ese estado de mi semiinconsciencia. Recuerdo vagamente un dilatado y gigantesco muro de piedra que parecía impedir el paso... un barranco rocoso que se levantaba a una estupenda altura, que aparecía a la luz de la luna con un capuchón de bruma blanquecina prendido a la cumbre: como si la serpiente camoodi que guardaba la montaña hubiese tenido una legua de largo y estuviera dejando resbalar sus anillos desde la alta meseta para espantar al intruso temerario.

Esa espectral camoodí que se me aparecía a la luz de la luna era una de las muchas apariciones de serpientes que me turbaban. Hubo otra, la peor de todas, que me persiguió por muchos días. Cuando el sol estaba alto en el cielo y era muy caluroso, yendo por la llanura abierta, veía algo que se movía a mi lado y que mantenía una marcha pareja con la mía. Una culebra pequeña, de uno a dos pies de largo. No, no era una culebra, sino un dibujo en la cabeza de una gran serpiente de cinco a seis metros de largo que marchaba intencionadamente a mi lado. Al pasar una nube por el cielo, o cuando se levantaba una fresca brisa, esa visión se desvanecía y sus colores se mezclaban con los tonos de la tierra.

Pero si el sol aumentaba en intensidad y en resplandor al avanzar el día, entonces la tremenda cabeza del reptil se hacía también más visible a mis ojos, con sus refulgentes escamas y simétrico dibujo. Yo me cuidaba de no tropezar con él, y cuando miraba hacia atrás, veía dilatarse sus anillos interminablemente a través de la sabana. Aun cuando extendía la mirada desde lo alto de un cerro, veía a la serpiente cubrir leguas y leguas de bosques, cruzar ríos y anchas llanuras, valles y montañas, para perderse al fin en la infinita lejanía azul.

Cómo y cuándo me abandonó este monstruo -acaso arrastrado por el aluvión de las lluvias de invierno- es cosa que no podría precisar. Probablemente no hizo más que transformarse en otra alucinación, convirtiendo sus vastos anillos en esas procesiones interminables, esas multitudes de gentes de rostro pálido que me parece recordar haber encontrado. En mis andanzas debo haber alcanzado hasta las playas del desconocido gran Lago Blanco, y haber cruzado las largas y brillantes calles de Manoa, la ciudad misteriosa de la selva virgen. Puedo evocar mi paso por allí, y las filas de gentes que bordeaban sus anchas calles, vestidas con alegres trajes de fiesta, y haciéndose atrás para dar paso al miserable peregrino y clavando sus ojos en mi cuerpo

consumido por la fiebre y las privaciones, cubierto de harapos y con su extraña carga al hombro.

Un nuevo Ashavero, que llevaba a cuestas la maldición de su imperdonable crimen, y sostenido, sin embargo, por un gran propósito.

Pero Ashavero pedía constantemente la venida de la muerte, mientras que yo luchaba contra ella con todo el escaso vigor que me quedaba. A intervalos solamente, en los períodos menos sombríos en que sentía algún alivio, rogaba a la Muerte que me esperase un corto tiempo más; pero cuando la tiniebla volvía a pesar sobre mi espíritu y las esperanzas parecían desvanecerse, entonces maldecía a la Muerte y desafiaba sus golpes.

A lo largo de todo esto me aferré a la convicción de que mi voluntad triunfaría, permitiéndome librar mi cuerpo agotado y sufriente hasta alcanzar la meta que me había propuesto: sólo entonces dejaría de bregar y permitiría a la Muerte que se saliera con la suya. Esta creencia habría sido consoladora sin esa imaginación febril que corrompía todo lo que tocaba a mi persona, dándole algún carácter odioso. Pronto esa convicción de que la voluntad se enseñoera de todo, alcanzó monstruosas proporciones y engendró monstruosos caprichos. Y, peor que todo lo demás, ocurría que cuando no sentía los sufrimientos, sino un indecible cansancio y fatiga de cuerpo y alma, cuando mis pies embotados no atinaban a sentir si pisaban en la roca ardiente o se hundían en el fango, se me ocurría que estaba ya muerto, por lo menos en lo tocante a mi cuerpo... que lo había estado por varios días, y que solamente la fuerza de la voluntad obligaba a la carne inanimada a seguir caminando.

No podría decir si fue la voluntad -más poderosa que los zumos mágicos de la chinchona y más sabia que los médicos- o meramente el *vis medicatrix* con el cual la Naturaleza compensa nuestra debilidad aun en casos en que la voluntad está inerme; lo cierto fue que gradualmente fui recobrando la salud, tanto física como mental, y al fin llegué a la costa comparativamente sano, aun cuando mi ánimo

estuviese siempre en un estado de sombrío abatimiento la primera vez que crucé las calles de Georgetown, cubierto de harapos, medio muerto de hambre y sin recursos.

Pero hasta cuando recobré la salud, mucho después de haber descubierto que mi cuerpo no sólo estaba vivo, que era de una resistencia fenomenal, la idea nacida en los peores tiempos de mi peregrinación, de que tendría que morir, continuó fija en mi cerebro. Había sobrevivido a pruebas que habrían acabado con la mayoría de los individuos... había vivido nada más que para cumplir mi último objeto en la vida. Ya estaba cumplido, y las sagradas cenizas que había traído de tan lejos y con tantos sacrificios, estaban en sitio seguro y podrían ser mezcladas con las mías. No quedaba nada en la vida que pudiera hacérmela amable en adelante o mantenerme prisionero de sus pesadas cadenas. Esta perspectiva de la muerte próxima desvaneció con el tiempo, volvió el amor a la vida, y la tierra ha recobrado para mí su eterna frescura y belleza; solamente mi sentir respecto de las cenizas de Rima no se ha desvanecido ni alterado, y sigue tan firme ahora como era entonces. Llámelo usted algo enfermizo... llámelo superstición, si se le antoja, pero ahí está el más poderoso motivo que yo haya conocido, que ha de ser tomado en cuenta para todo... que ha de dar origen a una filosofía de la vida adaptable a él. O tómelo como un símbolo, ya que éste puede llegar a fundirse con el objeto simbolizado. En aquellos días sombríos del bosque ella venía a visitarme... una Rima del intelecto, cuyas palabras reflejaban mi desesperación. Pero ni aun entonces estaba enteramente privado de esperanza. Ella me decía que ni el mismo cielo podría anular lo que yo había hecho; y también me decía que si yo me perdonaba, ni el cielo ni ella tendrían nada que decir. Esto sigue siendo mi filosofía. Plegarias, privaciones, buenas obras... todo eso no sirve de nada, y tampoco hay intercesión, y fuera del alma no hay perdón en el cielo o en la tierra para nuestras culpas. Hay, sin embargo, un camino que cada uno puede hallar por sí mismo... aun el más rebelde, el más manchado por el crimen y

atormentado por el remordimiento. Ese es el camino que yo he seguido, y habiéndome perdonado yo mismo y absuelto yo mismo de culpa, ahora estoy cierto de que si ella pudiera volver nuevamente al mundo y aparecerse ante mí -aun aquí donde reposan sus cenizas-, estoy cierto de que sus divinos ojos ya no se negarían a mirarse en los míos, puesto que el dolor que parecía eterno y que me hubiese causado la muerte de haberlo visto reflejarse en los suyos, ya no estaría en ellos.

FIN